

OBRAS DE SAN JUAN EUDES

**LA INFANCIA ADMIRABLE
DE LA
SANTÍSIMA MADRE DE DIOS**

De la boca de los niños, de los que están aún pendientes del pecho de sus madres, hiciste tú salir perfecta alabanza, por razón de tus enemigos, para destruir al enemigo y al vengativo.

Salmo VIII-3.

EDITORIAL «SAN JUAN EUDES»

USAQUEN-BOGOTÁ, D.E.

1957

SAN JUAN EUDES

**LA INFANCIA ADMIRABLE
DE LA
SANTÍSIMA MADRE DE DIOS**

EDITORIAL «SAN JUAN EUDES»

USAQUEN-BOGOTA, D.E.

1957

NIHIL OBSTAT
Dyonisius Cardona
C. J. M.

IMPRIMI POTEST
Camillus Macias, C.J.M.
Praep. Prov,
Bogotæ, die 20e Februarii 1.957.

Bogotæ, die 26e Februarii 1.957.

IMPRIMATUR:
AEmilius de Brigard.
Epp. Aux.

Í N D I C E

Prólogo						...		7
A San Joaquín y a Santa Ana				1 3				
A todas las Religiosas de Enseñanza					1 5			
CAPITULO 1 - Razones del título de este libro 21								
CAPITULO 2 - Que todos los cristianos están								
obligados a tener una devoción a								
todos los estados y misterios de								
la vida de la sacratísima Virgen 27								
CAPITULO 3 - Designios de la bondad incom								
parable del Hijo de Dios para con								
nosotros en la santa Infancia de								
su bienaventurada Madre si								
CAPITULO 4 - Predestinación eterna de María 35								
CAPITULO 5 - Promesas que Dios nos ha hecho								
de darnos a María 4 1								
CAPITULO 6 -Figuras e imágenes de esta divina Niña antes de que existiese								
el mundo 4 9								
CAPITULO 7 - Concepción Inmaculada de María 5 7								
CAPITULO 8 - Privilegio maravilloso de la Concepción 6 3								
CAPITULO 9 - Nacimiento de María 69								
CAPITULO 10 - Nace María de un padre y una								
madre santísimos 7 7								
CAPITULO 11 - María fruto milagroso de las o--raciones, lágrimas y buenas								
obras de San Joaquín y de Santa Ana 8 3								
CAPITULO 12 - El nacimiento de María revelado a San Joaquín y a Santa Ana 8 9								
CAPITULO 13 - Gozo extraordinario de que se vio lleno el mundo en el nacimiento de María 9 5								
CAPITULO 14 - Comentario de la Liturgia de la Iglesia en el nacimiento de María 103								
CAPITULO 15 - Sigue el comentario de la Epís								
tola 1 13								
CAPITULO 16 - Continúa el comentario de la Liturgia de la Iglesia. El capítulo XXIV del libro sagrado								
del Eclesiástico 1 23								
CAPITULO 17 - Nobilísimo origen y estirpe mal								
de María 1 85								
CAPITULO 18 - El Santo nombre de María ... 143								
CAPITULO 19 - Otras interpretaciones del santo nombre de María 151								
CAPITULO 20 - El santo nombre de María es el tesoro y el amor del Padre E								
terno 1 61								
CAPITULO 21 - El santo nombre de María es el tesoro y el oráculo de la Iglesia 167								

CAPITULO 22 - Perfección y hermosura incomparables del cuerpo virginal de María	175
CAPITULO 23 - Perfección admirable del alma santa de María	185
CAPITULO 24 - Luz y ciencia de María	189
CAPITULO 25 - Gracia prodigiosa de que estuvo adornada la santa Infancia de la bienaventurada Virgen	197
CAPITULO 26 - Santidad y perfección maravillosas de esta santa Infancia ...	203
CAPITULO 27 - Vida y ocupaciones de María en los tres años que estuvo en casa de sus padres	211
CAPITULO 28 -Sale María de la casa paterna y va a presentarse a Dios en el templo de Jerusalén	219
CAPITULO 29 - Presentación de María a Dios en el templo de Jerusalén	229
CAPITULO 30 - Estancia de María en el templo de Jerusalén	239
CAPITULO 31 - Ocupaciones y ejercicios de Ma ría en el templo	247
CAPITULO 32 -Exhortación a las jóvenes y mujeres cristianas para impulsar las a imitar a la Niña María en el santo uso del tiempo	255
CAPITULO 33 Para los que hacen profesión de devoción	263
CAPITULO 34 Para las religiosas	271
CAPITULO 35 Excelencia maravillosa de las virtudes de la Niña María	275
CAPÍTULO 36 Las virtudes de la Santa Infancia de María, modelo y regla de las virtudes que todos los fieles deben practicar	283
CAPITULO 37 - Meditaciones sobre la Santa Infancia de la bienaventurada Vir gen	293
PRIMERA MEDITACIÓN- Para la fiesta del santísimo nombre de María ...	293
SEGUNDA MEDITACIÓN- Excelencia de la santa Infancia de María	297
TERCERA MEDITACIÓN- Inocencia de María durante su santa Infancia	300
CUARTA MEDITACIÓN- Humildad de la bienaventurada Virgen en su Santa Infancia	305
QUINTA MEDITACIÓN- Obediencia de la bienaventurada Virgen en su santa Infancia	309
SEXTA MEDITACIÓN- Caridad y dulzura de la bienaventurada Virgen en su santa Infancia	313
SÉPTIMA MEDITACIÓN- Silencio de la bienaventurada Virgen en su santa Infancia	317
OCTAVA MEDITACIÓN- Modestia de la bienaventurada Virgen en su santa Infancia	321
NOVENA MEDITACIÓN- Virginitad de la bienaventurada Virgen en su santa Infancia	325
ORACIÓN DE LAS NIÑAS	329

P R O L O G O

«No tengo dificultad en ceder a todo el mundo en ingenio y en talento y en ciencia y en todo lo que quieran; lo que no podría soportar es que nadie me aventajase en respeto, en confianza y en amor a la Madre de Dios». Tal era el dicho conocido de San Juan Eudes.

Esta devoción nació en él cuando nació el uso de su razón, creció con él mientras creció su virtud, se unió en él al vehemente amor que siempre tuvo al Corazón de Jesús, y se expandió de él como se expandió su celo de la salvación de las almas.

Persuadido de que esta devoción era señal de predestinadas procuró que todos aquellos, a quienes se extendía su celo, la practicasen muy bien. Y para ello ejerció activamente el apostolado de la palabra, el del ejemplo y el de la pluma. En medio de sus muchísimas ocupaciones halló medio de escribir nada menos que cuatro libros acerca de la Santísima Virgen: La Infancia Admirable: La devoción al Santísimo Corazón y al muy Sagrado nombre de María; La devoción al Santísimo Corazón de la preciosísima Virgen; y El Corazón Admirable.

«La Infancia de la Virgen!... Parecía que había de ser muy difícil escribir todo un libro de alguna extensión y de interés acerca de la Infancia de Nuestra Señora de la que tan poco hay

LA INFANCIA ADMIRABLE

8 -

escrito en las Sagradas Letras, y tan poco, por no decir nada, se dice en los escritos más antiguos.

Sin embargo, la piedad, la teología, el celo y el ingenio leyendo en la tradición cristiana sabe fecundizar abundantemente los preciosos brotes de noticias acerca de la Santa Infancia de Nuestra Señora, hasta hacerlos producir preciosos frutos de sumo provecho para las almas espirituales.

San Juan Eudes nos los deduce todos en este libro.

Ni creáis que para ello fuerza los discursos o alambica los conocimientos.

Sólidamente diserta sobre doce grandes Misterios que pertenecen a la Santa Infancia; sobre doce Excelencias de esta Santa Infancia; sobre doce Virtudes de la bienaventurado, Virgen en su Infancia, y en fin, sobre doce medios de honrarla.

Los Misterios son: su predestinación, las promesas que en ella Dios nos hizo, las figuras en que nos la presentó antes de nacer, su Inmaculada Concepción, lo que hizo antes de nacer, su nacimiento, su dulce nombre de María, sus tres primeros años en casa de sus padres, su salida de la casa paterna, su presentación en el Templo, su permanencia en él, sus ocupaciones en él.

De estos misterios y en ellos deduce las excelencias que tuvo y las virtudes que practicó.

No hemos de creer que sobre ellos fantasea o sutiliza. Sino que, bebiendo en buenas fuentes, propone preciosa doctrina y sólidas verdades, autorizadas por los Santos Padres, por la Liturgia marial, por los doctores escolásticos por los místicos. La biblioteca marial de su tiempo está muy bien explotada.

Entre otros, sírvese muchísimo sobre todo, de los dos grandes depósitos de Salazar acerca de la Inmaculada Concepción y de Vega para la teología mariana en general.'

Sobre la Inmaculada Concepción se detiene singularmente, por la necesidad que había en su tiempo, cuando todavía no estaba definido este dogma. Y no hay que decir que resueltamente defiende la verdad, aunque no estaba aún definida. Pero sí es digno de atención el respeto con que en "te punto trata al Doctor Angélico.

También se extiende copiosamente sobre el Nacimiento de la Virgen y sobre su Santísimo Nombre.

No debe maravillarnos que en algunos Misterios demuestre la credulidad que se tenía en su tiempo en algunos puntos, Como, por ejemplo, en la vida que dice tuvo en el Templo la Santísima Niña. Dice lo que en su tiempo decía la piedad, excesivamente crédula no pocas veces, más de lo que la Santa Iglesia dicta. Pero, sea de, esto lo que sea, que no es este sitio para aquilatar creencias y opiniones, la doctrina que San Juan expone y enseña es siempre sólida y digna y provechosa.

San Juan Eudes no escribía sólo para enseñar. Su estilo es apostólico, porque su fin era inducir a todos los fieles, pero sobre todo a los que se están educando, a profesar una sincera devoción a la Virgen, y a la Virgen Niña con el fin de moverlos a la práctica de las virtudes juveniles y a la verdadera y cristiana educación. Conforme a este criterio el libro más bien que dogmático es apostólico y ascético.

Por esta razón, después de dedicar su obra a San Joaquín y a Santa Ana con una oración llena

de piedad y cariño, presenta el libro «a todas las religiosas de San Benito, de Santa Ursula, de la Congregación de Nuestra Señora, de la Visitación, y a todas las personas que se emplean en la instrucción de las jovencitas, para enseñarlas a temer y amar a Dios». Y luego de esta presentación y antes de entrar en el libro les traza un programa muy cristiano acerca de lo que se deben proponer en su apostolado de la educación, para la cual les escribe y ofrece este tratado de la Infancia de la Santísima Virgen, «que presento a todas vosotras, suplicando de todo mi corazón a mi adorabilísimo Jesús y a mi amabilísima Virgen María que derramen abundantemente sus santas bendiciones sobre cuantas lo lean por su amor, con deseo de aprovecharlo y de acomodarse entera y perfectamente a su Corazón».

El traductor, al poner en buen castellano obra tan devota y edificante, presta un buen servicio a todos los fieles que busquen la verdadera devoción a la Virgen Santísima; y sobre todo a las religiosas dedicadas a la enseñanza, y a sus alumnos, y en general a toda la juventud.

Es providencia de Dios, muy conforme con las inclinaciones humanas, el inspirar a la juventud católica una sentida devoción hacia la Virgen Santísima, y por medio de ella conservarla en la virtud y aun elevarla sobre las pasiones y conducirla por el buen camino a la salida de una virilidad digna y cristiana.

Para fomentar esta devoción servirán mucho, tanto a los que lean el libro, como a quienes hayan de explicar sus doctrinas, este tratado de «La Infancia admirable de la Santísima Madre de Dios», lleno de doctrina, de sugestión, de apostolado, de celo, de unción, de afecto mariano,

El que nos dijo que «si no nos hiciésemos como niños no entraremos en el Reino de los cielos», nos conceda a cuantos leamos este libro el don de nacer con la Virgen a la vida de la gracia, que es la vida que nos alcanzó nuestro Señor Jesucristo; el cual, así como no quiso vivir la vida humana, si no es de María y por María, así tampoco quiere que logremos su vida divina, que él recibe del Padre, sino por medio de su Madre.

Remigio Vilariño, S.J.

A SAN JOAQUÍN Y A SANTA ANA

A vosotros, después de Dios, oh bienaventurados San Joaquín y Santa Ana, nos vemos obligados a rendiros el tributo de nuestra gratitud, por esta admirable Niña, que será por toda una eternidad el objeto de las admiraciones de los hombres y de los ángeles, y que es totalmente nuestra, más nuestra que de los ángeles. Por vuestro medio nos ha dado Dios esta incomparable Niña, que encierra en sí todos los tesoros y todas las maravillas del tiempo y de la eternidad. Vosotros sois el padre y la madre de la que es la Hija única del Padre eterno, la santísima Madre del Hijo, la Esposa dignísima del Espíritu Santo, la Reina del cielo y de la tierra, la Madre de todos los cristianos, la Emperatriz del universo. De vosotros ha ~o. Es el fruto de vuestras lágrimas y de vuestras plegarias. Es un sol nacido de dos estrellas, o por mejor decir, son dos bellos astros, que no siendo más que uno en cuerpo y en corazón, nos han proporcionado dos admirables soles, Jesús y María.

Sí, Jesús y María, el Rey y la Reina del cielo, os reconocerán y os amarán eternamente como a m padre y a su madre. Todos los habitantes de la celestial Jerusalén os venerarán y alabarán eternamente como a padre y madre de su Rey y de su Reina y como a verdadero padre y madre de ellos mismos. En condición de tal, deben también los cristianos todos respetaros y servirlos en la tierra.

LA INFANCIA ADMIRABLE

Dignáos admitir, oh gran San Joaquín, oh gloriosa Santa Ana, la oferta que os hago de este pequeño libro, resumen de las excelencias maravillosas de la santa Infancia de vuestra amadísima hija María, como prueba de sumisión a vosotros, en condición de indignísimos hijos, como empeñada protesta de querer rendiros cuantas veneraciones, honores y sumisiones quiere Dios que os rindamos, y con supremo reconocimiento por habernos dado una Reina tan buena y poderosa y una madre tan llena de amar y de benignidad.

Dignáos ofrecer este libro a vuestro hijo Jesús y suplicadle que nos dé m santa bendición y que se sirva de él para inspirar en los corazones de cuantos lo leyeren una singular devoción a la santa Infancia de vuestra divina María, a fin de, por este medio, poder salvar algunas almas, ya que nada hay más poderoso para ir al cielo como hacernos con las gracias de la Reina del ciclo. Ofrecedlo también a esta gran Princesa, vuestra querida Hija, y suplicadle igualmente que nos dé su santa bendición y que imprima en los que lo leyeren una imagen perfecta de la inocencia, de la humildad. de la sencillez, de la obediencia, de la caridad, de la dulzura, de la modestia y demás virtudes de su santa Infancia a fin de que sean del número de aquellos de quienes dijo el Hijo de Dios: «Dejad que los niños vengan a mí, porque de ellos es el reino de los cielos» (1) .

(1) Matth. 19-14.

A TODAS LAS RELIGIOSAS

DE SAN BENITO, DE SANTA URSULA, DE LA CONGREGACIÓN DE NUESTRA SEÑORA, DE LA VISITACIÓN Y A TODAS LAS PERSONAS QUE SE DEDICAN A LA INSTRUCCIÓN DE LAS NIÑAS, PARA EDUCARLAS EN EL TEMOR Y EN EL AMOR DE DIOS.

Es un favor muy singular de la divina bondad, mis queridas hermanas, el haberos llamado a una profesión, en la que os veis asociadas a los varones apostólicos que trabajan en la gran obra de la salvación de las almas, lo cual, dice el gran San Dionisio, es la cosa más divina entre todas las cosas divinas» (1) .

Porque el cargo que tenéis respecto de las niñas que están en vuestros monasterios para enseñarles a vivir en el temor y en el amor de Dios, es una función completamente apostólica, a la que la divina Providencia os dedica, por un privilegio especial y por una bondad particular, por lo que jamás podréis darle las debidas gracias.

Y sabed, mis queridas hermanas, que este gran favor y obliga a dos grandes cosas: la primera es que trabajéis por adquirir tu virtudes

(1) De Coel. Hierarch., cap. 3.

LA INFANCIA ADMIRABLE

apostólicas, es decir, una profunda humildad, un perfecto desprendimiento de vosotras mismas Y de todas las cosas, un gran celo por la salvación de las niñas, una caridad cordial, una singular dulzura y mansedumbre, un ardiente amor a Dios y una devoción muy particular a la Santísima Virgen.

La segunda, que hagáis Cuanto podáis para infundir el espíritu de(cristianismo en los corazones de las niñas, a fin de que vivan como verdaderas cristianas. Para lo cual debéis hacer siete cosas:

Primeramente, enseñarles todo cuanto un cristiano debe creer para vivir como cristiano.

2.e Grabarles en el corazón el odio al pecado, especialmente a tres clases de pecados, a saber: los pecados que van directamente contra Dios, como la profanación de los lugares santos, las irreverencias, la profanación de los días santos y el mal uso de los sacramentos. En segundo lugar los pecados contrarios a la caridad, como los odios, las envidias, las venganzas, las maldiciones, las palabras injuriosas y picantes, las burlas, los hurtos las mentiras y -,esas semejantes. Y en tercer lugar, los pecados contrarios a la pureza, en pensamientos, palabras y obras, y todo cuanto pueda combatir esta angelical virtud.

3.e Imprimir en sus almas una alta estima y un gran amor a todas las virtudes cristianas, especialmente a la humildad, obediencia, paciencia 11 castidad y aún más especialmente a la caridad para con el prójimo y al amor de Dios.

4.e Grabarles en su espíritu y en su corazón una alta idea y una afición ardiente por las máximas evangélicas que nos predicán el menosprecio

el o de los honores, el amor de la abyección y de las humillaciones, el desapego de todos los bienes temporales, la afición a la pobreza y a los pobres, el horror a los placeres y delicias del mundo, el amor de la cruz y de las mortificaciones, y la profesión que hacen los verdaderos cristianos de amar a los que les odian, de bendecir a los que les maldicen, de hacer bien a los que les hacen mal y de rogar por los que les persiguen y calumnian.

5.e Enseñarles con todo empeño a levantar a Dios m corazón, como es debido, mañana y noche, mediante el ejercicio del cristiano; a hacer un santo uso de los sacramentos de la penitencia y eucaristía; a comportarse reverentemente en la Iglesia; a oír en ella la santa misa con las disposiciones interiores y exteriores que se requieren;

asistir a la predicación y a los catecismos con a asistir la modestia y devoción convenientes, a leer santamente los libros de piedad.

6.e Instruírles con todo cuidado sobre la profesión de su bautismo y sobre los votos y promesas solemnes que esedía hicieron a Dios de renunciar a Satanás, a sus obras y a sus pompas y de seguir a Jesucristo por el camino que El anduvo, es decir, de seguirle en su vida y sus virtudes, toda vez que la vida cristiana no es otra cosa que una profesión y una continuación de la vida de Jesucristo, como dice San Gregorio Nacianceno (1) ; hacerles comprender bien la importancia y la obligación de esas promesas del bautismo, que su cumplimiento no es una cosa de puro consejo, sino un mandato y una obligación y que sin esto es imposible vivir como cristiano y esperar el paraíso.

(1) Ad Harmonium.

No consentirles la violación de estos santos votos; así los llaman los santos Padres, 2

.1 San Agustín llega a decir que el voto del bautismo es el mayor de todos los votos (1): no permitirles, digo, que los violen, por lo menos mientras están en vuestros santos monasterios, siguiendo las pompas de Satanás que no son otras que las pompas del mundo, en sus vestidos, cabellos y en todo su continente.

7.e La séptima y principal cosa que tenéis que hacer, mis queridas hermanas, en orden a vuestras niñas, sin deseáis hacer de ellas predestinadas, es infundir bien en sus corazones una particular devoción a la sacratísima Madre de Dios, y especialmente a su santa Infancia. A este efecto, recomendables la lectura de este libro y haced que se consagren a esta amable Niña.

Pido de todo corazón a mi adorabilísimo Jesús y a mi amabilísima María que derramen abundantemente su santa bendición sobre cuantos leyeren este libro por amor a Jesús y a María con deseo de hacer de él un santo uso, deseándoles que Hijo y Madre les hagan entera y perfectamente según su corazón.

(1) Epist. 149, ad Paulinum.

**LA INFANCIA ADMIRABLE
DE LA
SANTÍSIMA MADRE DE DIOS**

CAPITULO I

RAZONES DEL TITULO DE ESTE LIBRO

Note extrañes, querido lector, si he puesto por título de este libro: *«La infancia admirable de la Santísima Madre de Dios»*, porque, efectivamente, esta santa infancia está llena de maravillas.

Esta Virgen incomparable no sólo es admirable en las grandezas de su divina Maternidad, y en las gloriosas dotes de esta sublimísima dignidad, que son: su soberano poder, su eminentísima santidad y su gloria inenarrable, sino que es también admirable en las debilidades de su infancia. Admirable es, no sólo en sus altas cualidades de Hija primogénita del Padre Eterno, de Madre del Hijo, de Esposa del Espíritu Santo, de templo de la Santísima Trinidad, de Reina de los hombres y de los ángeles, de Emperatriz del cielo y de la tierra, sino también en su condición de Hija de Joaquín y Ana. Admirable, no sólo en la concepción del Verbo Eterno, en su nacimiento y cuando le lleva en su seno virginal; sino que está además llena de maravillas en su propia concepción, en su nacimiento, y descansando y viviendo en el regazo de su madre Santa Ana.

Veo que los ángeles, transportados de admiración, al verla subir gloriosa y triunfante al cielo, le dicen: *¿Quién es ésta que sube del desierto rebosando en delicias apoyada en su Amado? (1)*.

(1) Cant. 8-5.

LA INFANCIA ADMIRABLE

Mas oigo también a los mismos ángeles que, viéndola en el momento de su nacimiento como una bella aurora del día que comienza a aparecer, y que poco a poco se va haciendo resplandeciente como la luna y por fin deslumbradora como el sol, exclaman extáticos: *¿Quién es ésta que va subiendo cual aurora naciente, bella como la luna, brillante como el sol, terrible y majestuosa como un ejército en orden de batalla? (1)*.

Al Padre eterno le oímos que amorosamente se queja de que «ha herido ella su corazón» con los dardos abrasados de su purísimo amor; y, según la versión de los Setenta, «ha arrebatado su corazón», es decir, a su único y muy amado Hijo. cuando le atrajo a su seno virginal.

Ahora bien. ¿cómo se lo ha arrebatado? No sólo con una mirada de sus ojos (2). es decir. con los grandes actos de virtud que ella practicó muy avanzadaya en los caminos de la gracia, lo que está significado por la mirada de sus ojos que son una de las más nobles partes del cuerpo humano, sino también *con una trenza de m cuello* (3), es decir, con las cosas más pequeñas que por Dios practicó en la pequeñez de su edad y en los comienzos de su gracia.

¿No habéis reparado nunca de qué manera su divino Esposo, el Espíritu Santo, hace su retrato en el capítulo séptimo del Cantar de los Cantares? Va describiéndola desde los pies a la cabeza, y al hacer el elogio de todo lo más noble y excelente que en ella se encuentra, como son los ojos, el cuello, el pecho, la cabeza, comienza

(1) Cant. 6-9. (2) Cant. 4-9. (3) Cant. 4-9.

por sus pies y por su calzado, que representan el comienzo de su vida y los primeros pasos que dio en los caminos de Dios, de los que no habla sino en términos de gran admiración: *¡Oh hermosa Princesa y con que gracia andan esos tus pies colocados en tan rico calzado (1)* . Notad que no habla con admiración de las benditas entrañas que han de llevar al Hijo del Padre eterno, ni de los pechos que le han de alimentar, ni de las santas manos que le han de fajar, ni de esos ojos sagrados que se verán bañados en lágrimas con su contemplación, ni de esa lengua de ángel que se empleará en alabarle, ni de ese corazón más que seráfico que la amará con más ardimiento que todos los corazones de los hombres y de los ángeles juntos. Pero sus pasos y su calzado, es decir, las primeras acciones y los primeros pasos del comienzo de su vida, y lo que parece más vil y más abyecto en ella, como son las bajezas de su infancia, eso sí, es el objeto de sus admiraciones y arrobamientos y lo que le hace exclamar: *Con qué gracia andan esos tus pies colocados en tan rico calzado, oh hermosa Princesa.*

No, nada hay en esta gloriosa Niña que no sea digno de admiración. Es admirable en su predestinación eterna, en las santas figuras que le han precedido y representado, en los divinos oráculos que le han predicho y anunciado, admirable en su Concepción Inmaculada que es un abismo de prodigios, admirable en su nacimiento que, fuera del de su Hijo, jamás tuvo semejante, admirable en su augusto nombre de María, que es un mundo de maravillas, admirable en los tres años que vivió en casa de sus padres, cada uno de cuyos momentos es una maravilla, admirable

(1) Cant. 7-1.

en su salida de la casa paterna para ofrecerse solemnemente a Dios en su templo cuando sólo contaba tres años, efecto extraordinario y milagroso del amor inconcebible que a su divina Majestad tuvo, admirable en esta oblación y presentación llena de prodigios, admirable en su permanencia en el templo, señalada con un plan milagroso de la divina Providencia, admirable en los ejercicios y maravillosas ocupaciones que tuvo en su residencia en este mismo templo.

¿Qué más diré? Veo aún en esta bendita Niña muchas excelencias y perfecciones maravillosas que serán eternamente el objeto de las admiraciones y alabanzas de todos los moradores del cielo. Porque si buscamos su origen y punto de arranque, encontraremos que es maravillosamente ilustre y gloriosa ante Dios y ante los hombres, descendiente de muchos reyes, el primero de los cuales es el santo rey David, y de muchos patriarcas eminentes en santidad.

Si miramos al padre y a la madre por cuya mediación Dios nos la ha dado, veremos que son dos prodigios de virtud y santidad, y que ella es el fruto milagroso de sus santas oraciones. Si nos ponemos a reflexionar sobre las circunstancias de su concepción y de su nacimiento, conoceremos que milagrosamente ha sido anunciado a sus padres por un arcángel expresamente enviado por Dios a este efecto, y que ha sido formada por un milagro de su poder en el seno de una mujer que era estéril.

Si nos fijamos en su cuerpo virginal, le veremos dotado de arrebatadora hermosura, pero de una hermosura que imprime amor a la pureza en los corazones de los que la contemplan,

Si pasamos a su interior, veremos su inteligencia

iluminada con una luz, cual nunca se vio en ningún hijo de Adán, su alma llena de una gracia que supera a todas las gracias de los hombres y de los ángeles, y su corazón abrasado en el amor divino más que los corazones de los serafines.

En fin. ¡Qué prodigio ver que esa pequeña María, hija de Joaquín y de Ana, que acaba de nacer, es ya reina del cielo y de la tierra, como después lo veremos! ¡Qué milagro ver a una niña que aún no sabe hablar y es un prodigio de ciencia y de sabiduría, un abismo de gracia, un milagro de santidad, una hoguera ardiente de amor y de caridad, y el más alto trono de todas las virtudes, que es el santuario del Espíritu Santo y de todos sus dones, el templo más sagrado de la Santísima Trinidad, y que, en una palabra, es un mundo inmenso de infinitud de cosas grandes y maravillosas!

Después de esto no te extrañes, querido lector, del título de este libro: *«La infancia admirable de la Santísima Madre de Dios»*, puesto que él contiene todas estas maravillas.

Si amáis a esta amabilísima Niña, si os tomáis la molestia de leer lo que en este libro se contiene, su lectura os llenará de gozo al ver las maravillas que en ella y por ella Dios ha hecho, os excitará a bendecir por ello a su divina Majestad, aumentará en vuestro corazón la devoción a María, os impulsará a imitar sus virtudes y os determinará a imprimir estos mismos sentimientos en los corazones de los demás: todo lo cual contribuirá a la salvación de muchas almas, que es el fin exclusivo por el que he emprendido este trabajo.

Porque, gracias a Dios, ninguna otra pretensión

tensión abrigo en mi alma que la de dar a conocer y hacer que sean amados mi adorabilísimo Jesús y mi adorable María y la de cooperar a la salvación de las almas que, sirviéndoles y honrándoles en este mundo, han de bendecirles y glorificarles eternamente en el otro. Para lo cual ningún otro medio encuentro más eficaz y más dulce que persuadirles que tengan una devoción especial a la Santísima Madre de Dios; porque es el sentir de todos los santos Doctores: que así como los que no sirven a esta gran Princesa, no pueden pretender que su Hijo Jesús, que tanto le ama, les dé un lugar en su casa del paraíso, así también es imposible que los que le tienen verdadera devoción puedan perecer.

He aquí por qué exhorto de todo corazón y suplico con toda instancia a todos los pastores, predicadores, confesores, catequistas, eclesiásticos, religiosos y seculares, a todos los directores y regentes de colegios, a todos los maestros y maestras de escuela, a todos los padres y madres, que nada omitan de cuanto puedan hacer, con su ejemplo y con sus palabras, para imprimir una particular y sincera devoción a la bienaventurada Virgen en los corazones de los fieles, porque contribuirán por este medio a la salvación de muchas almas, y se cumplirán en ellos estas palabras que el Espíritu Santo hace decir a esta Madre de bondad: *Los que me esclarecen obtendrán la vida eterna (1)*.

(1) Eccli. 24-31.

CAPITULO II

QUE TODOS LOS CRISTIANOS ESTÁN OBLIGADOS A TENER UNA DEVOCIÓN ESPECIAL A TODOS LOS ESTADOS Y MISTERIOS DE LA VIDA DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

Infinidad de razones nos obligan a honrar con todo fervor los estados y misterios todos de la vida de nuestro amabilísimo Salvador, entre las cuales observo cinco principales. Es la primera, que nada hay en El, ni siquiera en las pequeñeces de su infancia, que no sea grandísimo y que no merezca las mismas adoraciones que pertenecen a la divina Majestad.

La segunda, que este adorable Hijo de Dios ha dado y dará eternamente a su Padre una gloria infinita hasta con las más pequeñas cosas que por El pasaron durante el curso de su vida mortal sobre la tierra; por cuya razón, todo lo que hay en El merece ser adorado y glorificado infinitamente por todas las criaturas de la tierra y del cielo.

La tercera, que nada hizo en este mundo que no fuera por nuestra salvación, y con un amor incomprensible hacia nosotros.

La cuarta, que cuanto en él hay es manantial de vida, de gracia y de bendición para nosotros.

La quinta, que todos estos misterios y todas estas acciones son la regla que debemos seguir y el modelo sobre el que debemos formar nuestras

LA INFANCIA ADMIRABLE

costumbres y nuestro comportamiento. Por cuya razón, quiere San Pablo que constantemente lo tengamos a la vista: Poniendo siempre los ojos en Jesús, autor y consumidor de la fe (1), para rendirle nuestras adoraciones en todos los estados y misterios de su vida, para sacar de ellos el fruto que debemos, y para seguirle e imitarle en los ejemplos de virtud y de santidad que El nos ha dado. De lo contrario, si así no lo hacemos, este será el principal motivo de nuestra condenación el día del juicio y a la hora de nuestra muerte. Porque entonces, todos los misterios y todas las cosas que nuestro Redentor ha hecho por nuestra salvación en la tierra, que son ahora para nosotros otras tantas fuentes de gracia y de misericordia, serán otras tantas bocas terribles que pronunciarán el decreto de nuestra perdición. Ahora bien, todas estas razones que obligan a los cristianos a honrar todos los estados y misterios de la vida del Salvador, obligan asimismo, con la debida proporción, a reverenciar todos los estados y misterios de la vida de su divina Madre:

1. Porque nada hay en ella, ni siquiera en las pequeñeces de su infancia, que no sea nobilísimo y santísimo y que no merezca los honores que son debidos a la que Un Dios ha escogido para ser su Madre.

2. Como quiera que esta Reina de todos los santos, ya en los primeros momentos de su vida, ha estado llena de más gracia y santidad que los mayores santos en los últimos días de su vida, como más abajo veremos, y habiendo realizado siempre sus acciones, aún las más bajas, a medida de la gracia que en su alma tenía, siempre

(1) Hebr. 12-2.

rindió a Dios un grandísimo honor con las más pequeñas cosas que por ella pasaron. Por esta razón, todo lo que hay en ella merece singular veneración.

3. Porque nada ha hecho ella en todos los estados de su vida, sino para cooperar con su Hijo a la obra de nuestra salvación o para disponerse a esta maravillosa cooperación.

4. Porque, siendo la Madre de la gracia y el manantial, después de Dios, de todas las bendiciones del Cristianismo Todos los bienes me vinieron juntamente con ella (1), todo cuanto hay en ella reporta gracia y bendición a los que la sirven y honran.

5. Habiéndonosla dado Dios para que fuera nuestra Reina y nuestra Madre, además de reverenciarla como a tan gran Reina y tan digna Madre, estamos en la obligación de seguir e imitar los ejemplos de virtud y santidad de que están llenos todos los estados y misterios de su vida.

(1) Sap. 7-11.

CAPITULO III

DESIGNIOS DE LA BONDAD INCOMPARABLE DEL HIJO DE DIOS PAILA CON NOSOTROS EN LA SANTA IN FANCIA DE SU BIENAVENTURADA MADRE

Habiendo el Hijo único de Dios concebido el plan no sólo de hacerse hombre para la salvación de los hombres, sino también de hacerse niño, y de entrar en la vida humana no como en ella entró Adán, sino por vía de nacimiento, a fin de tener una madre sin padre en la tierra, como tiene un padre sin madre en el cielo, hubiera podido crear una virgen en una edad perfecta, como lo fue la primera mujer de la creación, de la que hubiera podido nacer. Pero su bondad excesiva hacia nosotros le obligó a proceder de muy distinta manera, porque quiso nacer de una Madre que fuese hija de Adán, y que, por consiguiente, hubiese venido al mundo por vía de nacimiento, pasando de este modo por el estado de la infancia, a fin de honrar por este medio toda la posteridad de Adán con tres maravillosas ventajas y con tres muy señalados favores.

Es el primero, que por este nacimiento de la gloriosa Virgen, la divina bondad nos da dos grandes santos, San Joaquín y Santa Ana, a quienes no tendríamos como padre y madre de la que es la Madre de nuestro Salvador, y con quienes no podríamos contar para que nos ayudasen y favoreciesen cerca de su santa Hija, Madre de Jesús. Son éstos, dos hermosos astros en el cielo de la Iglesia que derraman en ellas luces e influencias de gracias muy saludables y de las que nos veríamos privados.

LA INFANCIA ADMIRABLE

El segundo favor que Dios nos hace haciendo nacer para nosotros a esta santa Niña, es que introduce en la raza de Adán una Madre de Dios, que es hermana nuestra, y que con ello, la llena de una sabiduría sin igual, de una bondad inconcebible y de un admirable poder para saber, para querer y para poder ayudar, proteger y favorecer a todos sus hermanos y hermanas en todas sus necesidades.

Digo que Dios nos hace este grandísimo favor por el nacimiento de esta santa Niña; porque si El hubiera querido nacer de una madre que no hubiera venido al mundo por vía de nacimiento, como la primera mujer, no hubiera sido hija de Adán, y por consiguiente la raza de Adán no hubiera sido honrada con una Madre de Dios que hubiera salido de su sangre, y la Madre de Dios no hubiera sido nuestra hermana. Y así, debemos este incomparable favor al nacimiento de esta divina Niña que se llama María.

Además, por el nacimiento de esta maravillosa Niña tenemos una tercera ventaja que supera infinitamente a las dos primeras, y es que poseemos un inmenso tesoro, a saber, un Hombre-Dios, que es nuestro hermano salido de la raza de Adán. Lo cual no tendría lugar si hubiese nacido de una madre que no hubiese venido al mundo por vía de nacimiento, Y que por consiguiente no fuese hija de Adán. Porque siendo esto así, El mismo no sería descendiente de Adán, ni por lo tanto nuestro hermano. Supuestas estas verdades ¿qué veneración y qué devoción no hemos de tener a la santa infancia de la bienaventurada Virgen?

Pero no es esto todo; ha querido además el Hijo de Dios que su dignísima Madre pasase por

el estado de la infancia, a fin de que la Madre llevara en sí una imagen viva y una semejanza perfecta de todos los estados de la vida de su Hijo, y que fuese con su Hijo, en todos los estados, el modelo y la regla de nuestra vida.

Fue semejante a su Hijo en el estado de su vida oculta, desde la edad de doce años hasta los treinta, viviendo una misma vida oculta con El. Le fue semejante en el estado de su vida solitaria y penitente del desierto, llevando para ello una, soledad conforme a la suya. Le fue semejante en el estado de su vía de trato con los hombres, desde su salida del desierto hasta su muerte, siguiéndole y acompañándole por todas partes. Llevo en su corazón una vida *semejante* de su dolorosísima e ignominiosísima pasión.

Quiso también que pasase ella por todas las *pequeñeces, flaquezas y necesidades* de la infancia, por las que El después de ella había de pasar, a fin de que María niña *fuese una* imagen viva y perfectísima de Jesús niño, y para que fuese, con su Hijo, en el estado de su infancia, un ejemplar y una regla de la vida que todos los cristianos deben llevar, quienes están obligados por la ley evangélica a ser niños en la inocencia, en la sencillez, en la humildad, en la obediencia, en la pureza, en la dulzura y en la mansedumbre. *Sed como niños que acaban de nacer*, dice el Espíritu Santo, por boca del Príncipe de los apóstoles, *apeteced con ansia la leche del espíritu, pura y sin mezcla de fraude* (1). *En verdad os digo, es Nuestro Salvador el que habla, que si no os volvéis y hacéis semejantes a los niños*, en la sencillez e inocencia, *no entraréis en el reino de los cielos* (2).

(1) 1 Pet. 2. 1-2. (2) 32 18-3.

Contemplemos con frecuencia este divino ejemplar, estudiemos con cuidado esta santa regla, a fin de seguirla con fidelidad.

He aquí los designios de la bondad infinita de Dios para con nosotros, en la sagrada infancia de la gloriosa Virgen. He aquí las razones por las que guiso que pasase por el estado de la infancia; lo que nos obliga a darle a El infinitas gracias y a concebir un gran deseo de honrar esta admirable infancia de todas las maneras que nos sea posible.

En fin, a este adorable Jesús, Hijo de María, y a esta amable María, Madre de Jesús, encontrándose unidos en el misterio de la encarnación de la manera más divina y más estrecha que hubo ni puede haber, no hemos jamás de separarlos en nuestros ejercicios de piedad y religión. Por esto, así como no hay hoy verdadero cristiano que no tenga gran veneración a los misterios de la divina infancia de su Redentor, de igual manera no debe haber quien no se crea obligado a tener una singular devoción a la santa Infancia de la sagrada Madre del Salvador.

He aquí a qué deseo conducirte, querido lector, tratando de poner ante tus ojos los tesoros inestimables de gracia, de perfección y de santidad con que la divina bondad enriqueció a esta divina y admirable Niña para establecer por este medio en tu espíritu Niña alta estima del estado de su infancia y para imprimir en tu corazón un gran deseo, de honrarla.

CAPITULO IV

PREDESTINACIÓN ETERNA DE MARÍA

El primer misterio que pertenece a la santa infancia de la sacratísima Madre de Dios, es su eterna Predestinación; porque esta es la primera cosa que el Espíritu Santo le hace decir: *Desde la eternidad tengo yo el principado de todas las cosas* (1). Cosa cierta es también afirmar que esta amable Niña que se llama María, hija de Joaquín y de Ana, está predestinada y escogida por Dios desde toda la eternidad para hacer en ella y por ella las mayores maravillas que se propone hacer en el cielo y en la tierra.

Esta predestinación está ennoblecida y realzada con varias y muy señaladas mercedes; y la primera es, que tiene su origen y principio en el amor infinito del Padre eterno para con su Hijo Jesús, en el amor inmenso para con María su Hija muy amada, y en su caridad inconcebible para con nosotros.

Porque el amor incomprensible que tiene a su Hijo este adorable Padre, le ha llevado a escogerle una Madre desde toda la eternidad que fuese digna de El, y a prepararla desde su infancia para tal dignidad, comenzando desde entonces a enriquecerla con toda la virtud y santidad que era conveniente a la que debía concebir, dar a luz, alimentar y gobernar al que es el Santo de los santos y la misma santidad.

(1) Prov. 8-23.

LA INFANCIA ADMIRABLE

El amor inefable de este Padre santo para con su Hija María, que es el primer objeto de su amor después de su amado Hijo le obligó a predestinarla en su eterno consejo para que fuera la Madre, la aya y nodriza de su Verbo encarnado, la Reina de los ángeles, la Soberana del cielo y de la tierra, la Emperatriz del universo; y a arrojar en su alma, desde el primer momento de su infancia, los fundamentos de una gracia y de una perfección proporcionadas a la altura en cierta manera infinita de estas admirables cualidades.

La caridad sin igual de este Padre de misericordias hacia nosotros, le ha hecho concebir desde toda la eternidad el designio de hacer nacer en la tierra a esta Virgen incomparable, para darnos por ella un Redentor, y para asociarla a El en la obra de nuestra redención, y consiguiendo el designio de comenzar a revestirla, desde los primeros años de su vida, de las cualidades que exige tan excelente predestinación. He aquí el origen de esta predestinación que es la primera merced que la realza infinitamente por encima de las predestinaciones de todos los elegidos.

He aquí otra muy señalada merced o ventaja de la predestinación de María, y es la perfecta semejanza que tiene con la predestinación de Jesús, de la que es acabada imagen. Porque como Jesús es escogido por Dios desde toda la eternidad para ser el comienzo de sus caminos (1) y de sus designios, es decir, la primera en excelencia y la más maravillosa obra de sus manos: así el Espíritu Santo hablando por boca de la Iglesia pronuncia estas mismas palabras: *Principio de los caminos del Señor*, en alabanza de esta

(1) Prov. 8-22.

incomparable Hija que se llama María, porque, después del Hombre-Dios, es la más admirable obra maestra que haya salido del consejo eterno de su divina Majestad: Obra del eterno consejo, dice San Agustín (1) .

Como únicamente Jesús ha sido elegido entre millares (2), es decir, entre todos los hijos de Adán para ser unido hipostáticamente a la persona del Verbo eterno, así María es la única elegida entre millares, es decir, entre todas las hijas de Eva, para ser asociada de una manera la más íntima y levantada que puede darse, con el Verbo encarnado. Vuestra elección, oh *divina* Virgen, dice San Bernardo, y vuestra predestinación son semejantes a las del sol, es decir, a las del sol eterno que creó el sol temporal. Porque El es elegido *entre millares* de hombres; tú, entre millares de mujeres. Jesús es la maravilla de las obras de su padre, y María es la obra maestra de los milagros de Jesús.

Como Jesús, dice San Pablo, ha sido *predestinado para ser Hijo* de Dios por la virtud y poder de su Padre (3), es decir, por un efecto admirable de este divino poder, que formó su santa humanidad de la sangre purísima de la Virgen y la unió a la persona del Verbo divino en el momento de la encarnación; así María, habiendo sido elegida en el eterno consejo de la Santísima Trinidad, para ser la Madre del Hijo de Dios, fue formada en las entrañas de una madre estéril por un raro milagro del poder divino, y unida desde entonces con una unión santísima y perfectísima en calidad de Hija queridísima y de amadísima

(1) Serm. de Annunt, (2) Cant. 5-10. (3) Rom. 1-4.

Esposa, al que la había escogido para que fuera su dignísima Madre, y fue revestida desde aquel tiempo de la virtud del Altísimo, para formar y hacer nacer en su corazón al que ella debía formar y hacer nacer mucho tiempo después en sus benditas entrañas.

Como Jesús ha sido predestinado para ser Hijo de Dios por la operación del Espíritu Santo, *según el espíritu de santificación* (1), sigue hablando San Pablo, así María ha sido animada y poseída del mismo Espíritu, desde el primer instante de su vida, el cual la llenó de sus gracias y la santificó siempre más y más, durante el curso de su infancia, para disponerla a concebir y dar a luz al Verbo eterno y a ser Madre de Dios.

Como Jesús ha hecho ver la gloria y la majestad de la divina filiación a la que ha sido predestinado *por su resurrección de entre los muertos* (2) continúa el Apóstol, es decir, por los grandes milagros que obró, principalmente resucitando a los muertos y resucitándose a sí mismo, lo que no puede atribuirse sino a un poder tan grande como es el del Hijo de Dios, así la excelencia de la predestinación de nuestra santa Niña María para la divina maternidad, se manifiesta claramente por las grandes y maravillosas cosas que Dios obró en ella, cuando la hizo nacer milagrosamente de una madre que naturalmente no podía ser madre, cuando la preservó del pecado original en su concepción inmaculada, cuando la llenó de luz y de gracia desde el primer instante de su vida, cuando llenó todo el universo de gozo en su nacimiento, Cuando la honró con el nombre admirable de María, y cuando hizo en ella y

(1) Rom. 1-4. (2) Ibid.

por ella otras muchas maravillas que no convienen sino a la grandeza de una Madre de Dios.

Y como el fin de la predestinación de Jesús es dárnoslo por nuestro Salvador, nuestro mediador entre su Padre y nosotros, nuestro Padre, nuestro ejemplar, nuestro tesoro, nuestra gloria, nuestro paraíso, nuestro espíritu, nuestro corazón, nuestra vida, nuestro todo: así el fin de la predestinación de María es dárnosla para cooperar con su Hijo en nuestra redención, para ser nuestra mediadora entre El y nosotros, para ser nuestra Madre, nuestra aya, nuestra vida, nuestro consuelo, nuestra esperanza: *vida, dulzura y esperanza nuestra*, para ser nuestra luz en las tinieblas, luz *del mundo*, dice San Lorenzo Justiniano (1) ; nuestra fuerza en nuestras debilidades, nuestro socorro en nuestras miserias, nuestro refugio en todas nuestras necesidades, y nuestro modelo en nuestros hábitos y acciones. ¡Oh Madre admirable de Jesús, vuestro Hijo es todo nuestro, y vos sois toda nuestra; todos vuestros estados, todos vuestros misterios, toda vuestra vida. desde el primer instante hasta el último, son nuestros.

Aún añadiría a lo dicho, para hacer ver la perfecta semejanza que hay entre la predestinación del Hombre-Dios y la de la Madre de Dios, que, como aquella es el primer principio de todas las demás predestinaciones de los verdaderos hijos de Dios, ésta es de una manera parecida la causa segunda. *Nadie se ha salvado sino por Vos, oh santísima Virgen* (2), dice San Germán. Patriarca de Constantinopla. *Con razón*, dice San

(1) Serm. de Nat.

(2) De zona B. Virg. cap. 11.

40-

LA INFANCIA ADMIRABLE

Bernardo, *se fijan en Vos los ojos de toda criatura, porque en Vos y por Vos la mano benigna del Omnipotente reparó todo lo que había creado* (1) .

Todas estas cosas hacen ver que la predestinación de nuestra divina Niña es una perfecta imagen de la de Jesús. Pero, voy más allá y me atrevo a decir que hay tan estrecha unión entre estas dos predestinaciones, que, como Hijo y Madre no son más que una misma cosa, no, teniendo más que un alma, un corazón y una voluntad, tampoco en cierta manera tienen sino una sola predestinación. Porque no encontrándose Jesús en los designios eternos de Dios sino como Hijo de María, y no teniendo en ellos lugar María sino como Madre de Jesús, puede decirse que no tienen más que una misma predestinación. De aquí viene que la Iglesia y los santos Doctores apliquen a la Madre del Salvador las mismas palabras que el Espíritu Santo emplea para expresarnos la elección y la predestinación eterna de su Hijo: *«Desde la eternidad tengo yo el principado de todas las cosas. El Señor me tuvo consigo al principio de sus obras»* (2).

¿Queréis, queridísimo hermano, que así como son inseparables la predestinación de Jesús y de María, la vuestra también esté inseparablemente, unida con la suya? No separéis al Hijo de la Madre, ni a la Madre del Hijo en vuestras oraciones. Como debéis adorar al Hijo en todos los misterios de su vida, honrad también a la Madre en todos los misterios por los que pasó mientras estuvo en este mundo. Y como honráis a Jesús; en el estado de su divina infancia, tened también una devoción especial a la santa infancia de la Madre de Jesús.

(1) 2 de Pent. (2) Prov. 8-22.

CAPITULO V

**PROMESAS QUE DIOS NOS HA HECHO DE DARNOS
A MARÍA**

Prometió la divina bondad darnos este tesoro inmenso de toda clase de bienes. Porque cuando Dios se complace en hacer a los hombres algún favor señalado, es conducta ordinaria de su bondadosísima sabiduría anunciarles tiempos antes In gracia con que les quiere honrar, para llamarles la atención por este medio sobre su excelencia, para inducirles a desearla, a pedirla, a que se preparen a recibirla, a conservarla y a hacer de ella todo el uso que deben.

Habiendo resuelto dar a los hijos de Abraham la tierra de promisión, da palabra de ello a sus padres cuatrocientos años antes. Sojuzgados los Judíos por la divina justicia bajo la tiranía de Nabucodonosor, Rey de Babilonia, y queriendo su misericordia librarles de esta cautividad, les promete setenta años antes hacerles disfrutar de esta dicha (1) .

Habiendo Dios sacado de la nada en el comienzo del mundo dos criaturas nobilísimas, el ángel y el hombre, el ángel en el cielo y el hombre en la tierra, y habiéndose ambas precipitado y perdido en el abismo del pecado, ordena la divina justicia, con terrible y misterioso juicio, que el ángel permanezca en su perdición, y la misericordia, en un exceso de clemencia, quiere librar

(1) Jer. 25-12.

LA INFANCIA ADMIRABLE

de ella al hombre. A este efecto, el Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo desea que su único y muy amado Hijo, Dios como El, un mismo Dios con El, consustancial, coeterno, e igual a El en poder, en gloria y majestad, se haga hombre mortal y pasible, para librar a los hombres de la muerte eterna, y para hacerles vivir una vida inmortal y bienaventurada.

Pero no le basta que sea hombre, quiere que sea Hijo del hombre, para que los hijos de los hombres lleguen a ser hijos de Dios. Quiere que sea Hijo del hombre por un nacimiento temporal, como es Hijo de Dios por un nacimiento eterno. Quiere que tenga una Madre virgen sin padre en la tierra, como tiene un Padre virgen sin madre en el cielo; y quiere también darnos a esta Virgen por Madre nuestra. Quiere que como su Hijo es *«la figura de m substancia»* (1) y *«la imagen perfectísima de su Divinidad»* (2) también su Madre lleve en sí una imagen y semejanza perfectísima de El mismo.

Un día se verá el Hijo en la impotencia, en la indigencia y abatimiento de la infancia: y se verá también la Madre en este estado antes que su Hijo. El Hijo será concebido en las sagradas entrañas de su Madre *«en medio de los resplandores de la santidad»* (3) : y la concepción de la Madre será completamente inmaculada y santa. La Infancia del Hijo se verá adornada de la gracia increada y de la santidad esencial; y la Infancia de la Madre se verá llena de una virtud y santidad sin igual. Jesús Niño ocultará, en la pobreza

(1) Hebr., S.

(2) Col. 1-15.

(3) Ps. 109-3.

de su infancia, todos los tesoros de la ciencia y de la sabiduría de Dios; y María Niña llevara en su corazón todos los dones y todas las riquezas del Espíritu Santo. Jesús Niño rendirá a su Padre adoraciones y honores infinitos; y María dará en el estado de su infancia, más gloria a Dios que los más grandes santos en la plenitud de su edad. En fin, Jesús Niño será el Padre de todos los siglos, y el Redentor del universo; y María Niña, será la madre de todos los hijos de Dios, la esperanza, el gozo, el amor y las delicias del cielo y de la tierra.

He aquí los designios del Padre de las misericordias, he aquí los grandes dones que nos quiere dar, he aquí los tesoros inmensos con que quiere enriquecernos. Pero, a fin de que nosotros los deseemos ardientemente, los pidamos con toda instancia, nos preparemos cuidadosamente a recibirlos, los conservemos con fidelidad, le tributemos nuestro agradecimiento y hagamos de ellos todo el uso que debemos para su gloria y para nuestra salvación, nos los anuncia muchos años, más, muchos siglos antes, y de mil maneras por los oráculos de las divinas Escrituras, de los que sólo traeré aquí los que se refieren a la santa infancia de la bienaventurada Virgen.

He aquí uno que el Espíritu Santo pronunció por boca del Profeta-Rey: «*De la boca de los niños y de los que están, aún pendientes del pecho de sus madres, hiciste tú salir perfecta alabanza*» (1) . ¿Qué niños son estos de que aquí se hace mención? Sé muy bien que Nuestro Salvador aplicó estas palabras a los niños de los Hebreos, los cuales el día de su entrada en Jerusalén clamaban

(1) Ps. 8-3.

en el templo en alabanza de Jesús: *Hosanna al Hijo de David*. Pero como las palabras de Dios participan de su divina fecundidad y contienen muchos misterios y sentidos, puede decirse, no sin razón, que nos ponen éstas primera y principalmente ante los ojos a estos dos admirables niños Jesús y María, que han dado infinitamente más alabanza y gloria a Dios en un momento que todos los ángeles y santos juntos le darán por toda la eternidad; dos Niños que en los abatimientos de su infancia, son tan relevantes en perfección y santidad y tan llenos están de inenarrables maravillas que son el objeto de las admiraciones de todo el universo, pero especialmente de un gran Rey, de un gran Profeta y de un gran santo. Porque el santo rey y profeta David, dirigiendo la mirada de su espíritu profético a estos dos Niños, más de mil años antes de que existiesen en la tierra, y a las alabanzas infinitas e inmensa gloria que habían de dar -a Dios, exclama todo arrebatado: «*Oh Señor, Soberano Dueño nuestro, ¡cuán admirable es vuestro santo nombre en toda la redondez de la tierra! Porque vuestra Majestad se ve ensalzada sobre los cielos*» (1) . ¿Por qué medio? Por la alabanza perfectísima que recibiréis de la divina boca de dos Niños. ¿Qué niños son estos sino Jesús y María, puesto que no puede decirse que la divina Majestad haya jamás recibido una alabanza en todo punto perfecta sino la que se le ha dado por la sagrada boca de estos dos incomparables Niños? ¡Oh divinos Niños, a sólo vosotros toca alabar y glorificar dignamente a Dios. A vosotros hay que deciros: «*Alabad, niños al Señor: dad loores al nombre del Señor*» (2), como merece ser alabado.

(1) Ps. 8-1. (2) Ps., 112-1.

He aquí otro oráculo que pone ante nuestros ojos el estado de la santa Infancia de la Reina de los ángeles: «*Nuestra hermana es pequeña*». ¿Qué haremos con nuestra hermana el día en que se le haya de hablar? (1) .

Todas estas palabras están llenas de grandes misterios. Pero, ¿quién es el que aquí habla? Son las tres Personas divinas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, las que hablan por boca de la Segunda que es el Verbo y la Palabra del Padre, y que mira a nuestra *pequeña* pero grandísima María como a su Hija y a su Madre, como a su esposa y su hermana. Pero ¿por qué dicen que es *pequeña*? Es que la miran en su Infancia. Porque aunque considerada en sus más tiernos años, más aún, en sus primeros días y en sus primeros momentos, sea ya ella grandísima ante Dios en gracia y en santidad, es, sin embargo, pequeña en este estado, en comparación de lo que será cuando conciba y dé a luz al Grande de los grandes y al Rey de los reyes.

Dicen también que es pequeña, porque consideran en ella las dos principales virtudes que comenzaron a prepararla desde su infancia a ser Madre de un Dios, es decir, su humildad profundísima que siempre la hizo pequeñísima a sus ojos, y su pureza virginal que la conservó como si siempre fuera pequeña en orden a un matrimonio normal.

¿Qué día es ese en que estas adorables Personas dicen que tienen que hablar a su hermana pequeña? El día en que el Padre le quiere dar a su Verbo y a su Palabra para que sea su Hijo, una vez que le haya revestido de su carne virginal;

(1) Cant., 8-8.

46 -

LA INFANCIA ADMIRABLE

lo que ella realizó cuando sólo tenía quince años, es decir, a la salida de su infancia.

Y ¿qué quieren decir estas palabras: *Qué haremos con nuestra hermana pequeña el día en que se le haya de hablar?* Es para demostrarnos que para prepararla al admirable misterio de la encarnación del Hijo de Dios, que se ha de obrar «*por ella, en ella, de ella y con ella*», dice San Pedro Damiano (1), quiere Dios hacer en ella grandes cosas, llenarla de una maravillosa santidad, adornarla con todas las virtudes y perfecciones convenientes a la que ha de concebir en su seno al que es el Santo de los santos.

Cuando un gran monarca llama a consejo a todos los príncipes de su reino, para deliberar sobre algún asunto, al momento se juzga que se trata de un asunto de trascendentales consecuencias. Pues mirad, el Rey de los reyes tiene su consejo formado por las tres Personas eternas de la Santísima Trinidad y por todos sus divinos atributos, por su inmenso poder, por su bondad infinita, por su inefable misericordia, por su amor incomprensible y demás perfecciones para tratar del más importante asunto y (fe la mayor maravilla que jamás existió ni existirá, cual es hacer un Hombre-Dios y una Virgen Madre de Dios.

¿Cuál es el resultado de este consejo? Helo aquí: Que para hacer a esta Virgen, que aún está en su infancia, digna de que en ella y por ella se realicen estas dos grandes obras maestras, se ha determinado que el Padre eterno le comunique de manera admirable su divina paternidad, para hacerle Madre del mismo Hijo de quien El

(1) Serm. de Annunt.

LA INFANCIA ADMIRABLE

47 -

es Padre; que el Hijo le haga participante del celo ardentísimo que tiene por la gloria de su Padre y por la salvación de las almas; que el Espíritu Santo abraze extraordinariamente su corazón en las llamas de su amor; y que toda la Divinidad le revista de su sabiduría, de su fortaleza, de su bondad, de su pureza, de su santidad y demás divinas perfecciones. ¡Oh Virgen incomparable! ¡Oh admirable

Niña! ¡Qué grandes cosas deben ser dichas y pensadas de tí!

¿Queréis aún oír hablar a Dios sobre esta amabilísima Niña? Escuchadlo que tiene dicho desde el comienzo del mundo, después del pecado del primer hombre, hablando a la serpiente: *Yo pondré enemistades entre tí y la mujer, y entre tu raza y la descendencia suya; ella quebrantará tu c* (1) . ¿Cuál es esta mujer de que habla aquí Dios? Todos convienen en que es la Santísima Virgen. ¿Cuál es la raza de la serpiente? Son todos los infieles y todos los impíos; así como la de esta divina mujer, es su Hijo Jesús, y todos los verdaderos cristianos.

¿Y cuál es la cabeza de la serpiente que será quebrantada por la Madre de Jesús? La cabeza de la serpiente es la soberbia que ella venció con su humildad, primera virtud que practicó desde el primer momento de su nacimiento, como mas abajo veremos. La cabeza de la serpiente es la concupiscencia de la carne que ella echó por tierra con el voto de virginidad que hizo desde su infancia. La cabeza de la serpiente es el pecado original que ella destruyó desde el primer instante de su vida.

(1) Gen. 3-15.

48 -

LA INFANCIA ADMIRABLE

Muchos otros oráculos de las Sagradas Escrituras podríamos poner aquí que nos mostrasen las virtudes y misterios de la maravillosa infancia de la sacratísima Virgen que Dios por si mismo y por boca de los profetas nos ha prometido y anunciado; porque, como dice San Bernardo, *todas las divinas escrituras hablan de ella y han sido hechas por ella* (1).

¡Oh gran Dios, que eternamente seáis bendecido por vuestros eternos planes de darnos este tesoro inmenso de toda clase de bienes! ¡Bendito seáis por las promesas que habéis tenido a bien hacernos! ¡Que todos los hombres, los ángeles y las criaturas todas os alaben por ello e incesantemente os glorifiquen! ¡Oh sacratísima Virgen, oh amabilísima Niña, cuánto me gozo de veros así conocida, -amada, predicada, anunciada en el cielo y en la tierra, aun antes de que estuviésteis en el mundo. ¡Oh, quién me diera que todas las partes de mi cuerpo se trocasen en lenguas y que todas estas lenguas tuviesen voz suficientemente fuerte para dejarse oír por los cuatro ángulos del mundo, para que hiciese resonar incesantemente vuestras alabanzas por todo el universo!!

(1) In Salve

CAPITULO VI

FIGURAS E IMÁGENES DE ESTA DIVINA NIÑA ANTES

DE QUE EXISTIESE EN EL MUNDO

Toda la antigua ley lo mismo la natural que la escrita, y cuanto ella contiene, no son sino figuras y retratos de las dignísimas Personas de Nuestro Señor Jesucristo, de su sacratísima Madre y de los diversos estados y misterios de su vida. *Todas las cosas que les sucedían eran figuras* (1).

Todos los libros sagrados de la ley de Moisés están llenos de estas figuras y cuadros; y todos los Santos Padres en sus escritos se complacen en descubrírnoslos y en hacernos ver su esplendor y belleza. Tratamos de haceros ver las figuras e imágenes de la Santísima Virgen considerada en el estado de su infancia. He aquí tres principales:

La primera es la nubecilla del profeta Elías de que se habla en el libro tercero de los Reyes (2) de esta manera: Afligido el pueblo de Israel por espacio de tres años y medio con una cruel hambre causada por una extraordinaria sequía, el profeta Elías movido a compasión se postre en tierra en el monte Carmelo, y, después de suplicar a la divina misericordia con profunda humildad y gran fervor, envía a su criado al lado del mar, de donde solían levantarse las nubes y la

(1) 1 Cor., 10-11. (2) 28-44.

LA INFANCIA ADMIRABLE

lluvia, para ver si apercibía alguna señal de agua. Fue hasta siete veces, y a la séptima he aquí que subía del mar una nubecilla, pequeña como la huella de un hombre que se extendió poco a poco y de tal manera se agrandó que llegó a cubrir toda la tierra, derramando en ella una lluvia tan abundante que desterró de ella la sequedad y esterilidad y sobre ella atrajo una general afluencia de toda clase de bienes.

Esta nubecilla de Elías es una verdadera imagen de la santa infancia de la bienaventurada Virgen; porque asegura el venerable Juan, Patriarca de Jerusalén, que Dios reveló al profeta Elías que una pequeña niña, a saber, la bienaventurada Virgen, representada por esta nubecilla, nacería de la humana naturaleza corrompida por el pecado, y que estaba simbolizada por la mar.

Ved las relaciones que hay entre esta misteriosa nube y esta divina Niña. La nube de Elías fue esperada y deseada de los israelitas durante tres años y medio de sequía; y la pequeña Niña fue esperada y deseada mucho tiempo de los que esperaban la venida del Mesías, quienes sabían que había de nacer de una virgen. La nube de Elías es un efecto de las oraciones de este gran profeta: el nacimiento de María es el fruto de las oraciones de muchos santos Patriarcas y Profetas, y especialmente de San Joaquín y Santa Ana. Esta nube sale del mar cuyas aguas son amargas; pero al tiempo de salir pierde esta amargura, y no trae sino aguas muy dulces; esta santa Niña nace de la humana naturaleza corrompida y llena de hiel y amargura del pecado; pero desde el momento de su concepción, se ve exenta por completo de esta hiel y de esta corrupción, y llena de las aguas de la divina gracia que llevan consigo Increíble dulzura.

Esta nube es semejante a la huella de un hombre, para darnos a entender que el Hijo de Dios ha de descender hasta nuestra divina Madre y en ella hacerse hombre para derramar la lluvia celestial de sus gracias sobre los hombres. La nube del Profeta no se echa de ver sino a la séptima vez que envía a su criado para descubrirle: nuestra bendita Niña no nace sino en la edad séptima del mundo: La nube de Ellas, muy pequeña al principio, se hace poco a poco tan grande que riega la tierra con sus aguas: la Hija de Joaquín y Ana es pequeña en su infancia a los ojos de los hombres, pero llega poco a poco hasta una plenitud tal de gracia, y extiende tan lejos su virtud y su caridad que llena todo el mundo con sus gracias vivas y vivificantes. En fin, la nube del Carmelo es un manantial de fertilidad para la tierra de los israelitas, de frescor para sus cuerpos, de consuelo para sus almas, y de abundancia de trigo, vino, frutos y toda clase de bienes: y el nacimiento de la Reina de los ángeles llena todo el mundo de alegría y es el origen de una inmensidad de bienes, y un tesoro inagotable de toda clase de bendiciones para todos los hijos de Dios.

La segunda figura de la santa infancia de la Reina del cielo es la hermana del gran profeta Moisés, que nos la representa en tres cosas:

Primeramente en su nombre de María; ella es la única que lleva este hermoso nombre de María en las Santas Escrituras antes de la divina María, Madre de Jesús. En segundo lugar, en las cualidades y condiciones que lleva consigo con respecto a su hermano Moisés.

Para entender esto, notad que el cruel Faraón rey de Egipto, mandó dar muerte a todos los varones que nacieran de, los Israelitas, y la

madre del pequeño Moisés, queriendo salvar a su hijo, le puso en una cunita de juncos y le dejó junto a la orilla del río Nilo, entre los juncos y otras plantas que suelen crecer en los ríos, abrigando la esperanza de que viéndole alguno se movería a compasión y le sacaría del peligro en que estaba. Lo que así sucedió. Encontróse en aquel lugar la hija del mismo Faraón, y oyendo llorar al niño mandó que se lo trajeran; y aunque reconoció que era un niño de los hebreos, quedó de él tan prendada que tomó la resolución de criarlo y hasta de adoptarlo por hijo, porque llevaba mucho tiempo de casada y no tenía hijos. María, la hermana del pequeño Moisés, de diez o doce años de edad, que no estaba lejos, observaba lo que sería de su hermanito, e instruida por su madre sobre lo que debía decir y hacer, en el caso de que se encontrase alguna persona que le quisiese tomar, se presentó a la princesa egipcia, y se ofreció a encontrarle una nodriza. Convenido en ello, hizo venir al momento a su propia madre, que recibió de la princesa el encargo de alimentar y criar al niño. Por todo lo cual bien puede decirse que María, hermana de Moisés, no sólo es su hermana, sino en cierta manera su madre, su nodriza y su libertadora, puesto que tanto contribuyó a devolverle la vida que para él estaba como perdida, a procurarle una nodriza y a librarle del furor del Faraón.

María, hermana de Moisés, representa a nuestra admirable María, que es la hermana, la madre, la aya y la libertadora de nuestro verdadero Moisés, Jesucristo, nuestro Salvador, que concibió, dio a luz, alimentó, crió y salvó de la rabia del execrable Herodes, instruida desde su infancia por el Espíritu Santo sobre lo que debía decir y hacer para disponerse a tan grandes cosas.

María, hermana de Moisés, representa además a nuestra incomparable María en su virginidad. Porque muchos santos Padres nos enseñan que ella es la primera de la antigua ley que abrazó, como

estado, la virginidad que nuestra bienaventurada Virgen tanto amó, que hizo voto de ella desde su infancia, y no falta teólogo que diga que desde que tuvo uso de razón, es decir, desde el momento de su concepción: porque conoció que el voto de virginidad era más agradable a Dios que el simple propósito o deseo de guardarla. Ella es la primera que hizo este voto, ella la única que lo hizo desde el primer momento de su vida. Por esto podemos decir con el Espíritu Santo, que habla por boca de la Iglesia, que es María *una Virgen singular*, con San Ildefonso, que es la *Virgen admirable* (1), con San Basilio de Seleucia que *es el paraíso más florido de la virginidad* (2), con San Ambrosio que es el *partaestandarte de la virginidad, y el templo del pudor* (3), con San Juan Damasceno que es *el tesoro de lo, virginidad* (4), con San Cirilo de Alejandría que es *la corona de la virginidad* (5), con San Metodio que es la *gloria de la virginidad* (6), con el Beato Alano de Roche que es *el espejo de la castidad* (7), con San Ildefonso que es *la cumbre y el ejemplar de la perfecta virginidad* (8), con San Alberto el Grande que es *la Madre de las vírgenes* (9), y con la santa Iglesia que es

(1) Serm. 1 de Assumpt.

(2) Orat. 39.

(3) De instit. Virg. cap. 5.

(4) 1. de Nat. Virg.

(5) Hom. 6e. cont. Nestor.

(6) In Hypap.

(7) In 1 Cant.

(8) Cap. 82.

(9) In Hypap.

54 -

LA INFANCIA ADMIRABLE

la Virgen de las vírgenes, la Reina de las vírgenes y la Virgen por excelencia.

La tercera figura de nuestra amable Niña es la Reina Éster. ¿Queréis ver el parecido que hay entre Éster y María?

Éster quiere decir, «la que está oculta»: María siempre estuvo oculta a los ojos del mundo, especialmente durante el tiempo de su infancia, cuando estaba en la casa de sus padres y cuando moraba en el templo. Éster estaba dotada de una rara hermosura: más abajo veremos cuál fue la arrebatadora hermosura corporal y espiritual de María. Éster fue escogida entre millares por el gran Asuero para ser su esposa, y fue de él más amada que todas las mujeres e hijas de su reino: María fue escogida por el Rey de los reyes para ser su esposa, su madre y el primer objeto de su amor después de su Padre Eterno.

Es Éster tan humilde y aborrece tanto las enseñanzas del orgullo y de la soberbia del mundo que habla a Dios de esta manera: Tú conoces mi necesidad y que aborrezco el soberbio distintivo de mi gloria que llevo sobre mi cabeza en los días de gala y lucimiento (1). María, dice San Bernardo, con razón de última ha sido hecha la primera, porque siendo la primera de todos, se hacía la última (2).

Amatanto Éster a su Criador que protesta en su presencia: que desde el día que fue trasladada o casa de Asuero hasta el presente, jamás ha tenido contento sino en El (3). María ama

(1) Esth., 14-16. (2) Serm. 3 in signum magnum. (3) 14-18.

LA INFANCIA ADMIRABLE

55 -

tanto a su Dios que desde el primer momento de su vida hasta el último, nada amó que no fuera El, ni tomó jamás contento ni recreación, aun en su más pequeña infancia, sino en seguir en todo y por todo su adorabilísima voluntad, y en buscar todos los medios posibles de agradarle. Tan sola se encuentra

entre todas las criaturas que puede decir por boca de la santa Iglesia: Congratuláos conmigo, porque siendo aún tan pequeña agradé al Altísimo.

Éster desbarató el poder y el orgullo insoportable del soberbio Amán, hizo que fuera prendido y llevado a la horca que él había preparado para Mardoqueo, su padre adoptivo, y libró a su pueblo de la sangrienta carnicería a que estaba destinado, dándole el triunfo sobre todos sus enemigos; por mediación de María, el cruel y único enemigo de todo el género humano, que es el pecado, fue destruido y muerto en la cruz preparada para su Hijo; por la intercesión de María fue revocado el decreto de muerte eterna pronunciado contra nosotros, y hemos recibido de Dios el poder de vencer y aniquilar a todos los enemigos de nuestra salvación.

En fin, a Éster nos la presentan las Sagradas Escrituras como una pequeña fuente que crece hasta hacerse un río, y después se convierte en luz y en sol (1) : María, que en su infancia es pequeña a los ojos de los hombres, y más pequeña aún a sus propios ojos, por su humildad, viene a ser después tan grande por su divina maternidad que sólo Dios está por encima de Ella, y que todo lo que no es Dios está casi infinitamente debajo de Ella. Por encima de Tí, dice San

(1) Estr., 10-6.

56 -

LA INFANCIA ADMIRABLE

Anselmo, *sólo Dios, debajo de Tí todo lo que no es Dios (1)* . De suerte que, aunquetan grandes en su infancia en gracia y santidad delante de Dios, hay sin embargo tanta diferencia entre María niña y - María madre de un Hijo-Dios, como la que vemos entre una pequeña fuente y un mar inmenso, entre una estrellita y un gran sol.

Ved aquí las figuras e imágenes que nos ha dejado Dios de la santa infancia de la gloriosísima Virgen. ¿Queréis, queridos lectores, aumentar su número? Trabajad por grabar en vosotros, mediante una cuidadosa imitación, la imagen de la vida y costumbres de esta admirable Niña. Oíd que os dice lo que su Hijo dijo a cada alma fiel: *Ponme como sello sobre tu corazón, ponme por marca sobre tu brazo (2)* ; es decir, imprimid en vuestro interior y en vuestro exterior las virtudes que Dios me ha hecho la gracia de practicar interior y exteriormente, desde el estado de mi infancia, especialmente la humildad, la obediencia, la sencillez, la caridad, la pureza de alma y cuerpo, la paciencia, la modestia, la dulzura y la mansedumbre.

Esto es lo que quiero, oh Madre mía, para mi y para todos mis hermanos. Deseo ardientemente que la imagen de las virtudes de vuestra maravillosa infancia se grave en los corazones de todos los hombres.

(1) De excellent. Virg. (2) Cant. 8-3.

CONCEPCIÓN INMACULADA DE MARÍA (1)

No me admiro de que el miserable Calvino y sus secuaces tengan la audacia e insolencia de sostener que la sacratísima Madre de Dios en su concepción haya sido inficionada con el veneno y la corrupción del pecado original y, por consiguiente, alistada en la posesión y esclavitud de Satanás y objeto de la cólera y la maldición de Dios. Nada tiene de extraño que los que han hecho bancarrota a la verdad para tomar el partido -de la mentira y del error no puedan tener afecto a la que es Madre de la verdad eterna y enemiga irreconciliable del padre de la mentira. No es maravilla que los partidarios de la serpiente tengan aversión a esta divina Mujer que le quebrantó la cabeza.

Pero sí hay sobrada razón para admirarnos al ver que hoy se encuentren aún católicos que hacen profesión de piedad y quieren creer y persuadir a los demás que la Madre del Santo de los santos ha sido concebida con la corrupción general de los hijos de Adán.

El Espíritu Santo, mirando a esta dignísima Virgen mucho tiempo antes de que fuese concebida, y mirándola no sólo en una parte, sino en todo el curso de su vida, desde el primer momento

(1) No se olvide que escribió esto nuestro Santo antes de la definición dogmática de Pío IX, época en que este glorioso privilegio de María tenía sus adversarios entre los mismos teólogos. N. del T.

LA INFANCIA ADMIRABLE

hasta el último, la vio adornada de cuatro cualidades excelentísimas: la primera es la cualidad de Esposa del mismo Espíritu Santo: *Ven esposa mía* (1) ; la segunda la cualidad de ciudad del gran Dios: *Gloriosas cosas se han dicho de Tí, oh Ciudad de Dios* (2) ; la tercera la cualidad de Hija del Rey eterno: *Oh hermosa Princesa, Con qué gracia andas esos tus pies colocados en tan rico calzado* (3) ; la cuarta cualidad de mujer fuerte: *¿Quién hallará una mujer fuerte?* (4). El Espíritu Santo, digo, viéndola adornada de estas cuatro cualidades, declara ante el cielo y la tierra en sus divinas Escrituras:

Primero, que es toda hermosa: *Toda tú eres hermosa, oh amiga mía* (5), *no hay defecto alguno en tí*, como debe ser la Esposa de un Dios y su única Esposa: *una sola es la paloma mía la perfecta mía* (6), paloma sin hiel y sin pecado, en cuya comparación todas las demás almas no son sino sus siervas; hermosura y santidad tan maravillosa que merece ser el objeto de los arrobamientos de su divina Majestad: ¡Oh *qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa eres!* (7).

Segundo, que habiéndola escogido la Santísima Trinidad y preparado como una Ciudad santa en la que quiso establecer su morada más santa y dignamente que en el cielo empíreo, y poner en ella el más alto trono de su gloria y de su amor, fijó su divina Majestad los fundamentos de esta gloriosa Ciudad sobre *la cima de los montes*,

(1) Cant. 4-8. (2) Ps. 86-3. (3) Cant. 7-1. (4) Prov., 31-10. (5) Cant., 4-7. (6) 6-8. (7) 4 - 1.

LA INFANCIA ADMIRABLE

santos, es decir, que elevó a esta bienaventurada Virgen desde el comienzo y primer momento de su vida por encima de todo lo que hay de más santo y más perfecto en la tierra y en el cielo.

En tercer lugar, que siendo la Hija del Padre celestial y su única Hija, que siempre estuvo en su posesión desde el comienzo de sus caminos: *El Señor me tuvo consiga al principio de sus obras (1)*, fue siempre tan parecida como lo podía ser a este Padre adorable, por la plenitud supereminente de las gracias abundantísimas que le comunicó, llevando siempre en todos sus pasos el carácter y la imagen de las obras del Santo de los santos.

En cuarto lugar, que siendo esta mujer fuerte de que habla Salomón la generalísima de los ejércitos de Dios y la capital enemiga de la serpiente infernal y más terrible a todas las tropas del infierno, que lo es un poderoso ejército en orden de batalla a un número insignificante de débiles enemigos (2), quebrantó por completo la cabeza de la serpiente (3), es decir, venció perfectamente a toda clase de pecados, al mortal, al venial y al original, significados de particular manera por esta horrible cabeza del dragón infernal.

Después de todos estos oráculos del Espíritu Santo; y además de esto, después de que la santa Iglesia, animada y guiada siempre por el Espíritu Santo, ha dedicado y consagrado una orden particular de religiosas a este santísimo misterio de la Concepción Inmaculada de, la María

(1) Prov., 8-22. (2) Cant., 6-3. (3) Gen., 3-15.

60 -

LA INFANCIA ADMIRABLE

del Redentor, en la ciudad de Toledo el año 1484, cuya fundadora, Beatriz de Silva, señorita portuguesa, que vivió cuarenta años en el monasterio sin ser vista de persona alguna seglar a excepción de la reina de Castilla, Isabel de Portugal, y de la Infanta su hija; Orden que fue confirmada por el Papa Inocencio VIII y enriquecida después con muchas gracias y privilegios por Alejandro VI, Julio 11 y León X, que aprobaron su regla, en el capítulo tercero de la cual se lee como título: *el alma de esta divina Virgen fue santa desde el momento en que se unió a su cuerpo*; así como también autorizaron la manera de hacer en ella la profesión religiosa, en estos términos: Yo, *hermana N. para el amor y servicio de Nuestro Señor y de la Inmaculada Concepción de su santa Madre, hago voto*, cte.

Después de que muchos concilios, generales y provinciales, han proclamado la gracia original de la que siempre estuvo llena de gracia; después de que innumerables Santos Padres han abogado por ella; después de que muchos Pontífices han autorizado el culto de la Purísima Concepción y han recomendado celebrar su fiesta, Y hasta algunos de ellos han prohibido expresamente y bajo pena de excomunión, decir nada contra esta doctrina, ni en público, ni en particular; después de que todas las Ordenes de la Iglesia han abrazado con tanto fervor y júbilo este maravilloso misterio; después de que la famosa universidad de París, y luego las de Colonia, Cracovia, Salamanca, Coimbra, Barcelona, Sevilla y casi todas las demás universidades de la cristiandad decretaron que nadie sería recibido al grado de Doctor en la Facultad de Sagrada Teología si antes no se obligaba bajo juramento a sostener la limpieza de la Concepción de esta divina Madre;

LA INFANCIA ADMIRABLE

61 -

después de que más de quinientos célebres Doctores sostuvieron y se afirmaron en la verdad de esta purísima Concepción por medio de un número de sabios y hermosos libros, dedicando solamente la Compañía de Jesús más de setenta de sus hijos, que defendieron valerosamente el honor de la Reina del cielo en doctos y sabios escritos; después de las doce valiosísimas razones alegadas por el sapientísimo y piadosísimo Suárez, cte., cte., después de todas estas cosas ¿será posible que se encuentren aun católicos que sostengan lo contrario? ¿No sabéis lo que dice San Agustín, «que disputar contra una cosa que se practica en el mundo entero por orden y mandato de todas las Iglesias, es la más insolente locura que se puede pensar»? (1) .

¡Qué despropósito creer que Dios, que dio su gracia al primer hombre y a la primera mujer en su creación, aunque sabía muy bien que habían de ser la fuente de un número innumerable de pecados y la causa de la perdición de infinitas almas, haya permitido que aquella a quien escogió desde toda la eternidad para ser la Madre de su Hijo, la verdadera Madre de todos los vivientes y, según el lenguaje de San Bernardo, *la inventora de la gracia, la medianera de la salvación y la restauradora de los siglos* (2) haya sido concebida en pecado y en su desgracia! Decidme, os lo suplico, ¿no convendréis conmigo en que un hijo está obligado, por derecho natural y por derecho divino, a honrar y a amar a su madre, y por consiguiente a preservarla, en cuanto está de su parte, de todos los males que le puedan so

(1) El Papa Pío IX definió esta verdad el 8 de diciembre de 1854. Ningún católico puede ponerla en duda sin ser hereje. N. del T.

(2) Epist. 174.

62 -

LA INFANCIA ADMIRABLE

brevenir? ¿No ha impreso Dios estos sentimientos hasta en las bestias más feroces? Si un hijo viese a su madre a punto de caer en un horrible

precipicio o en una cruel esclavitud, y que pudiendo fácilmente preservarla de esta desgracia no lo quisiese hacer, ¿no diríais, y con razón, que era más desnaturalizado que los leones y los tigres? Reflexionad después de esto sobre la atroz ofensa que hacéis al Hijo único de la Virgen-Madre con creer que haya podido y no haya querido que su dignísima Madre no viniera a caer en el abismo de un pecado que es manantial de todas las desgracias de la tierra y del infierno, en la infame esclavitud del príncipe de las tinieblas?

¿No sabéis que el Espíritu Santo nos declara, por boca de San Pablo, que todos los que son concebidos en la culpa original son hijos de ira y de perdición? ¡Ah!, ¿qué os ha hecho esta tan amable María para cargarla con este vilísimo oprobio, haciéndola objeto de la maldición de Dios? ¿Y qué os ha hecho su Hijo adorable para hacerle la horrible injuria de hacerle nacido de una Madre que haya estado en posesión de Satanás?

CAPITULO VIII

PRIVILEGIOS MARAVILLOSOS DE LA CONCEPCIÓN INMACULADA DE LA SANTÍSIMA MADRE DE DIOS

Cuandola divina bondad quiere honrar a una criatura con alguna gracia extraordinaria, nunca va ésta sola, sino siempre acompañada de muchas otras ventajas. Su concepción Inmaculada es para la preciosísima Virgen un favor extraordinario de Dios que va seguido de muchos otros privilegios entre los cuales hago notar los más principales.

Es el primero, que fue concebida milagrosamente y por virtud sobrenatural. Este es el sentir de San Epifanio, San Juan Damasceno, San Gregorio Niseno, San Jerónimo y muchos otros santos doctores. Porque Santa Ana era de edad avanzada y no había tenido hijos, pasados los veinte años de su desposorio con San Joaquín.

El segundo privilegio es que la gloriosa Virgen no sólo fue preservada del pecado original en su concepción, sino que fue adornada de la justicia original y confirmada en gracia desde el primer momento de su vida, según muchos eminentes teólogos, a fin de ser más digna de concebir y dar a luz al Salvador del mundo; privilegio que jamás ha sido concedido a criatura alguna humana ni angélica; sino que no pertenece más que a la Madre del Santo de los santos, después de su Hijo Jesús.

El tercer privilegio es que, según San Bernardino de Sena y otros muchos santos Doctores,

LA INFANCIA ADMIRABLE

tuvo uso de razón actualmente desde el momento de su concepción. Porque no se puede dudar que la Madre no sea más privilegiada que el servidor, quiero decir que San Juan Bautista, de quien nos dice el santo Evangelio que se conmovió de gozo en el vientre de su madre cuando la santa Virgen le saludó; de donde concluye San Ambrosio que en aquel instante le fue dado el uso de la razón (1). Si preguntáis de qué manera se dio a la Santísima Virgen el uso de la razón desde el primer instante de su vida, se os dirá: que bien, elevando Dios de tal manera su entendimiento con su divina virtud que fuera capaz de obrar independientemente de los sentidos y órganos de] cuerpo, o bien, fortificando los órganos y los sentidos de tal manera que estuvieran en disposición de cooperar a las funciones del entendimiento.

El cuarto privilegio de esta maravillosa Concepción es que nuestra divina Niña no sólo tuvo en acto el uso de, la razón natural desde el primer instante de su vida, sino que desde entonces se vio inundada de la luz de la fe, y de una luz sobrenatural e infusa tan abundante que San Bernardino de Sena y San Alberto el Grande aseguran que conoció perfectamente a las criaturas y al Criador y todo el bien que se debe hacer y todo el mal que se debe evitar.

Pero los mismos Bernardino y Alberto el Grande, con el abad Ruperto, San Bernardo, San Antonino, Dionisio el Cartusiano, Juan Gerson, Suárez y otros muchos van más allá: porque no temen afirmar que esta admirable Virgen gozó de la visión clara de Dios, por lo menos algunas veces en su vida.

(1) Lib. 1. in Luc.

LA INFANCIA ADMIRABLE

De ser esto así, bien puede creerse (y es este el quinto privilegio) que se le concedió este favor en el momento de su Concepción. Porque una de las razones que estos santos Doctores presentan

para probar que vio el rostro de Dios al descubierto algunas veces en su vida, es que muchos convienen en que esta gracia fue hecha a Moisés y a San Pablo cuando fue arrebatado al tercer cielo, no pudiendo dudarse que la Reina sea menos favorecida que sus súbditos, ni creerse que los servidores hayan sido más privilegiados que la Madre. Ahora bien, nos consta, por el común sentir de los santos Doctores, que la bienaventurada Virgen fue llena de luz, de gracia y de santidad en el momento de su Concepción, y que amó más a Dios, siendo, por consiguiente, más amada de Dios que Moisés y San Pablo, aun considerados al fin de su vida. Por eso tenemos sólido fundamento para creer que no fue María menos favorecida de su divina Majestad al comienzo de su vida que estos Santos lo fueron en una edad más avanzada. Este es el sentir de muchos grandes teólogos.

El sexto privilegio de su santa Concepción es que mirándola el Padre eterno desde este momento como a la escogida por El para ser la Madre de su Hijo, puso en su alma los fundamentos de una gracia proporcionada a esta dignidad infinita de Madre de Dios: gracia que considerada no más que en su comienzo, en su raíz y en sus fundamentos, supera a la gracia consumada del primero de los serafines y del más grande de todos los santos: *Está fundada sobre los montes santos* (1) .

(1) PS., 86-1.

66 -

LA INFANCIA ADMIRABLE

El séptimo privilegio es que todas las virtudes, con todos los dones y frutos del Espíritu Santo, y las ocho bienaventuranzas evangélicas se encuentran en el corazón de esta divina Niña desde el momento de su concepción, tomando entera posesión y estableciendo en ella su trono en un grado altísimo y proporcionado a la eminencia de su gracia.

El octavo privilegio es que estando llena de luz y de gracia en el momento de su Concepción, permanece toda vuelta y entregada a su Dios. Toda, es decir, de espíritu, de corazón, de voluntad, de pensamiento y con todas las potencias de su alma, ofrecida y consagrada por completo a la gloria de su divina Majestad.

El noveno es que desde este momento comenzó a adorar, alabar glorificar y amar a Dios con toda su alma y con todas sus fuerzas y según toda la cantidad de gracia que en ella había. Por cuya razón puede decirse con toda verdad que como esta gracia aventajaba a la de los principales ángeles y mayores santos, adoró también a Dios más perfectamente, le alabó y glorificó más dignamente y le amó más ardientemente en el primer instante de su vida que lo hicieran los primeros santos al fin de sus días; así como también que ella ha sido más amada de Dios y honrada de El con mayores favores que todas sus criaturas.

El décimo privilegio es que esta bienaventurada Virgen no sólo fue llena de una gracia sin igual desde el primer instante de su vida, sino que el mismo Autor de la gracia, es decir el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo hicieron su entrada en su alma desde el primer momento en que se unió a su cuerpo y establecieron en Ella su

LA INFANCIA ADMIRABLE

67 -

morada y su reino con tal perfección que siempre en María reinaron absoluta y soberanamente y sin ninguna clase de obstáculos.

El undécimo privilegio de la admirable Concepción de esta maravillosa Niña está expresado por estas palabras que ella misma dijo un día a Santa Brígida, cuyas revelaciones llevan la aprobación de la santa Iglesia. He aquí sus palabras: «Bien puede decirse que la hora de mi Concepción es la hora *aurea y preciosa*, porque es el comienzo de la salvación del mundo». ¡Oh qué verdaderas son estas

palabras, puesto que esta bendita hora nos la ha dado la que es Madre de nuestro Salvador y la fuente primera, después de Dios, de nuestra eterna salvación!

¡Gracias eternas os sean dadas, oh adorabilísima Trinidad, por todos los favores de que habéis colmado a esta Virgen incomparable en su maravillosa Concepción! ¡Que el cielo y la tierra, los ángeles y los hombres y todas las criaturas os -alaben y bendigan por ello eternamente!

Gózome, oh amabilísima Madre, al veros toda pura, inmaculada y bella, toda santa y admirable desde el primer paso de vuestra vida.

CAPITULO IX

NACIMIENTO DE MARÍA

Vamos a considerar tres clases de dones rarísimos y preciosísimos que se dan el día del nacimiento de la santísima Virgen. Dones incomparables que la Santísima Trinidad hace a María; dones inestimables que Ella hace a la Santísima Trinidad y dones inconcebibles que a nosotros en Ella y por Ella nos vienen.

¿Cuáles son los dones que las tres Personas divinas hacen a nuestra bienaventurada Niña en el momento de su nacimiento? Son dones infinitamente preciosos. Porque, aparte de que Padre, Hijo y Espíritu Santo le hacen los mismos dones en substancia que le hicieron en el momento de su Concepción, aunque con un aumento que raya en lo infinito, el Padre eterno, mirándola como a su Hija única y únicamente amada, la constituye heredera universal de todos los bienes que posee, tanto en sí como fuera de sí, en la naturaleza, en la gracia y en la gloria. Pero le hace sobre todo cinco inestimables dones: Primeramente le comunica su adorable paternidad, comenzando a revestirla de la divina virtud por la que El produce a su Hijo en su seno paterno, para disponerla a hacerle nacer de su seno virginal, y consiguientemente le da a este mismo Hijo para que sea su Hijo único, como lo es de su Padre; y le da al poder de hacerle nacer desde entonces en su corazón. En segundo lugar le da a todos sus demás hijos, para que sea ella de todos madre, aya y nodriza, como debe ser madre, aya y nodriza

LA INFANCIA ADMIRABLE

de su Hijo Jesús. En tercer lugar le comunica el amor paternal que tiene a su Hijo primogénito y a todos los demás hijos. En cuarto lugar le comunica también el nombre y la cualidad que lleva de Padre de las misericordias y Dios de toda consolación, haciéndola Madre de misericordia, Madre de todos los miserables, Consoladora de todos los afligidos que recurran a ella en su aflicción.

En quinto lugar, como a este Padre Todopoderoso se atribuye especialmente el poder, se lo comunica también de una manera especial a ésta admirable Virgen dándole uno tan general y maravilloso que los santos Padres hablan de ella de la manera que vais a oír:

Dios os ha dado tan gran poder, le dice San Anselmo, que nada hay que con él no os sea posible (1).

Habiéndola hecho Madre del Hijo, dice el docto y piadoso Eusebio Emiseno, le ha dado una autoridad <soberana en el cielo y en la tierra (2).

Nada hay que sea capaz de resistir a vuestro poder, dice Jorge, Arzobispo de Nicomedia, nada que pueda oponerse a vuestra fortaleza. Todo se rinde a vuestro mandato, todo se somete a vuestro imperio, todo sirve al poder que Dios os ha dado (5).

He aquí los dones que el Padre eterno ha hecho a nuestra divina Niña.

El Padre y el Hijo le dan su divino Espíritu y su amabilísimo corazón para que sea su espíritu y en corazón.

(1) De exc. Virg. cap. 12. (2) Homl. in fer. 6 Temp. Adv. (3) Orat. de Oblat B. V. in templo.

El Hijo de Dios le da cuatro grandes cosas: Primero le comunica su infinita sabiduría de eminentísima manera. Segundo, le comunica su divina filiación de una manera tan excelente que la hace Hija única de su Padre, como El es su Hijo único. Tercero, El mismo se da a ella en calidad de Hijo, comunicándole poder y autoridad de Madre sobre El. Cuarto, al someterse a su autoridad, somete también a ella todas las cosas que de El dependen. El *Hijo de María*, dice San Juan Damasceno, *ha sometido todas las cosas creadas al imperio de su Madre*. Jesús, dice un santo abad, es el soberano Señor, María es la Señora soberana de todas las criaturas. *Quienquiera que doble sus rodillas ante 4 Hijo, lo hace también ante la Madre (1)*, aunque de diferente manera.

El Espíritu Santo le concede igualmente tres grandes dones: Primero, se da El mismo a ella en calidad de Esposo. Segundo, no sólo le da alguna parte de sus bienes, sino que la hace entrar en comunidad de bienes con El, dándole todo sin reserva alguna. Pone en su mano la llave de todos sus tesoros con pleno poder para enriquecer con ellos a sus hijos, y distribuirlos, dice San Bernardo, *a quien quiere, cuando quiere y como quiere (2)*. Tercero, como el Padre le comunica su poder y el Hijo su sabiduría, el Espíritu Santo le hace también participante, y en altísimo grado, de su incomprensible bondad. Por esto, como tiene todo poder de socorrer y favorecer a los *que* la invocan y es muy industriosa para encontrar toda clase de medios a fin de cooperar a la salvación de los hombres, se encuentra completamente

(1) Arnaldo Carnot. De laud. Virg. (2) Super Salve.

transformada en bondad y dulzura para con los que se dirigen a ella con humildad y confianza. No *le falta el poder a María*, dice S^a Bernardo, *porque es la Madre del Todopoderoso: ni industria, porque es la Madre de la Sabiduría; ni bondad, porque es la Madre de la misericordia*. He aquí los dones que las tres divinas Personas hacen a la bienaventurada Virgen en su nacimiento. Bien sé que por entonces no tiene aún María el uso perfecto de tantos bienes, pero esto no quita que estén en ella radicalmente y que con toda verdad le pertenezcan, como la pedrería, hermosos muebles y rica hacienda que daría un rey a la princesita que acabara de nacer o que *le* perteneciera por título de nacimiento, sería realmente de ella por más que aún no pudiese disfrutar de sus bienes satisfactoriamente.

¿No es cierto que esta divina Princesa de que hablamos, ha nacido para ser la Hija única del Padre eterno, la Madre del Hijo de Dios, la Esposa del Espíritu Santo y la Reina del cielo y de la tierra, y que no ha nacido sino para esto? Y por consiguiente además de que todas las cosas susodichas le son dadas por la real magnificencia del soberano Monarca del universo, ¿no es cierto que le pertenecen también por derecho de nacimiento como es debida la dotación a la persona noble y distinguida de que acabamos de hablar?

Veamos ahora los dones raros y extraordinarios que esta santa Niña hace a Dios en el momento de su nacimiento. Para decir mucho en pocas palabras, da ella a Dios todo lo que ha recibido de su divina liberalidad. Le hace entrega de un don que no tiene semejante en todos los siglos pasados. Le da una cosa que le es incomparablemente más agradable que cuanto le ha si

do dado en el cielo y en la tierra, desde que el mundo es mundo. ¿No es cierto que esta preciosa Niña vale más que diez mil mundos? Pues bien, ella se da toda a Dios en el instante de su nacimiento, y con mucho más amor y perfección que en el momento de su Concepción: le da su cuerpo, su alma, su corazón, su vida, su espíritu, todo lo que tiene, puede y es, y todo lo que eternamente podrá.

¿Queréis saber ahora lo que la divina bondad nos da el día del nacimiento de nuestra divina Madre? Tres dones inestimables: ¿Cuál es el primero? Poned ante vuestros ojos todo los dones y todas las gracias que Dios hace a esta sagrada Virgen, cuando acaba de nacer en el mundo, y sabed que a vosotros es a quienes os hace todos estos mismos dones y todas estas mismas gracias, porque se las hace para hacerla digna de daros un Salvador y de cooperar con El a vuestra salvación, y a fin de hacerla bastante poderosa, bastante sabia y bastante buena para hacer oficio de Reina, de Abogada, de Protectora vuestra y de todo el género humano.

¿Cuál es la segunda cosa que Dios nos da el día del nacimiento de nuestra preciosa Niña? Es un don inconcebible que debe colmarnos de indecible júbilo. Es que nos da a esta amable Niña y nos la da en la condición más honorable y más ventajosa para nosotros que puede existir, es decir, en condición de Madre, como después veremos, llenando su corazón de un amor materna] que jamás ha tenido igual.

¿Cuál es el tercer don que la divina liberalidad nos hace en el nacimiento de la Madre de la gracia? Helo aquí: Representáos todos los bienes temporales y eternos que proceden del misterio

7 4 -

LA INFANCIA ADMIRABLE

de la encarnación, y sabed que se nos dan en el momento del nacimiento de aquella que, después de Dios, es el manantial de todos esos bienes, puesto que Dios nos la da a ella misma en tan feliz momento. ¿No oís a San Juan Damasceno que le habla de esta manera?: *Vos sois, oh Virgen sagrada, la fuente de la verdadera luz: Vos sois el tesoro inexhausto de la mima vida; Vos seis una fuente abundantísima, de bendiciones; Vos sois, en fin, la causa y la Madre de toda clase de bienes que por Vos poseemos (1).*

Es la causa de todo el bien que hay en el mundo, dice Alberto el Grande; raíz de toda clase de bienes, dice Crisipo, sacerdote de Jerusalén; por Ella, dice el Sabio idiota (2), en Ella, y de Ella, tiene y tendrá el mundo todos los bienes que ha recibido de Dios (3) .

He aquí lo que nosotros debemos darle; lo que ella desea y espera de nosotros; el don que sus verdaderos hijos deben hacerle. Es nuestra Reina y nuestra Madre la que hace su entrada en el mundo el día de su nacimiento; vayamos a postrarnos a sus plantas, para ofrecerle nuestros respetos y nuestros dones.

i Oh divina Niña, postrados a vuestras sagradas plantas con toda la humildad y devoción que me es posible, os saludo y os honro como a mi Reina y mi Madre juntamente. Doy gracias infinitas a mi Dios porque os dio a mí con todos los favores que os ha hecho en vuestro nacimiento. Yo también os doy, Madre mía, mi cuerpo,

(1) Orat. 1. de dorm. Virg.

(2) El venerable Raimundo Jourdain, Abad de Calles. N. del T.

(3) In prol. Contemp. B. V.

LA INFANCIA ADMIRABLE

7 5 -

mi corazón, mi alma, mi vida, con todas sus pertenecías, todo lo que tengo, puedo y soy y puedo ser, protestando ante Vos que no quiero ser, ni vivir, ni hacer, ni decir, ni pensar, ni sufrir nada, sino por la gloria de vuestro Hijo y por vuestro honor. Dignáos ofrecerme a El y suplicadle que emplee el brazo omnipotente de su infinita bondad para destruir en mí cuanto le desagrade y establecer perfectamente el reinado absoluto del divino amor de Jesús y María.

CAPITULO X

NACE MARÍA DE UN PADRE Y UNA MADRE
SANTÍSIMOS

Es máxima indudable aceptada por todos los teólogos con el Doctor angélico que Dios nos da sus gracias de una manera conforme y proporcionada a la cualidad y dignidad del estado y condición a que nos llama. Por esto, habiendo escogido a San Joaquín y a Santa Ana para ser el padre y la madre de la que había de ser la Reina de todos los Santos, la Madre del Santo de los santos y la Esposa del Espíritu Santo, debemos estar persuadidos de que les llenó de todos los dones y gracias del mismo Espíritu Santo y de una santidad extraordinaria. Queriendo el Padre de las misericordias darnos por ellos a la que, después de su Hijo, es el más excelente modelo de toda perfección, el más alto trono de todas las virtudes y el más rico tesoro de toda santidad, ¿quién puede dudar que a los que habían de ser manantial y origen de un mar inmenso de gracias no les haya adornado de todas las virtudes y perfecciones imaginables y en altísimo grado?

Veamos también en ellos una fe vivísima, una firmísima esperanza, un ardentísimo amor a Dios, una caridad al prójimo perfectísima, una profundísima humildad, una abstinencia extraordinaria y una maravillosa pureza.

Ve del vigor de su fe y la firmeza de su *esperanza*. La consideración de su infecundidad debe arrancarles toda creencia y toda esperanza de tener hijos; pero puede decirse de ellos lo que

LA INFANCIA ADMIRABLE

se dijo de su padre Abraham: Creyeron y *esperaron contra toda esperanza* (1) ; lo que les hizo dignos de ser el padre y la madre de la Madre de Dios y de todos los hijos de Dios. El ángel les anuncia que Dios les dará una hija que será la Madre del Salvador del mundo. Si miran a su esterilidad, lo creerán imposible, como naturalmente lo es. Si dan oídos a su humildad, ésta les persuadirá que su indignidad debe oponerse a semejante favor. Pero su fe está tan fuerte y su esperanza tan inquebrantable, que San Epifanio, San Gregorio Niseno, San Jerónimo, San Germán de Constantinopla y otros aseguran que jamás tuvieron la menor duda sobre todas las cosas que el ángel les había dicho.

¿Queréis ver unas pruebas fehacientes de su ardentísimo *amor a Dios*? Vedaquí tres muy considerables. La primera es la santidad de sus costumbres y la pureza de su vida, que era, dice San Jerónimo, sencilla, inocente, recta delante de Dios e irreprochable delante de los hombres. La segunda es la gran caridad que tenían para con el prójimo, que es, como vamos a ver, la justa medida del amor que tenemos a Dios; porque si tenemos mucha caridad con nuestro prójimo, tenemos mucho amor a Dios; si tenemos poco de aquélla, poco tenemos de ésta; si no hay en nuestro corazón amor al prójimo, no hay en él amor a Dios. Si *alguno dice*, asegura San Juan, *yo amo a Dios, al paso que aborrece a su hermano, es un mentiroso* (2). La tercera prueba del gran amor que San Joaquín y Santa Ana tienen a Dios, es ver que se privan de su amada Hija, que es todo su tesoro, su gloria, su consuelo, su corazón,

(1) Rom. 4-18. (2) 1 Joan. 4-20.

LA INFANCIA ADMIRABLE

su amor y sus delicias, para darla a su divina Majestad, y para dársela desde la edad de tres años. Sé muy bien que han hecho voto de ello, mas aun que la retuvieran algunos años con ellos, no dejarían de cumplirlo después.

En lo que hace a la caridad para con el prójimo, el mismo San Jerónimo dice una cosa que es un notable testimonio de su gran caridad y del perfecto desprendimiento que tienen de los bienes de la tierra, de los que son idólatras la mayor parte de los hombres. Porque asegura que hacían de sus rentas tres partes: que una parte de ellas la dedicaban al sostenimiento de los ministros del templo; otra para socorrer a los pobres, dar alojamiento a los peregrinos y asistir a los afligidos; y la tercera parte para las necesidades de su familia.

Si deseáis saber cuál era su *piedad y su devoción*, fijáos en el fruto admirable que de ellos ha salido. ¿Qué fruto admirable es éste? Es nuestra maravillosa Niña. Yo diría aquí solamente lo que el Beato Andrés de Jerusalén nos asegura que el ejercicio ordinario de Santa Ana era la oración, y que ofrecía a Dios muchos votos y muchos sacrificios. Y San Epifanio dice otro tanto de San Joaquín, y añade que la Santísima Virgen fue concedida a su devoción.

¿Qué diré de su profundísima *humildad*? Diré en primer lugar que siendo la humildad la medida de la santidad, según la palabra del Hijo de Dios que ha dicho que el que más se humilla, es el mayor y, por consiguiente, el más santo en el reino de los cielos», la eminentísima santidad de San Joaquín y de Santa Ana nos hace concluir que su humildad es profundísima.

80 -

LA INFANCIA ADMIRABLE

En segundo lugar, que habiéndoles Dios elevado a una de las primeras dignidades del paraíso, cual es la dignidad sublimísima de padre y de madre de la Reina del cielo, y de abuelos del soberano Monarca del universo, es una prueba infalible de que mucho se humillaron, porque Dios no exalta más que a los humildes, y les exalta tanto como se abatieron.

En tercer lugar, que el oprobio y la confusión de su esterilidad que soportaron por espacio de veinte años, contribuyó mucho a fortificar y aumentar su humildad.

En cuarto lugar, que habiendo Dios escogido a San Joaquín y a Santa Ana para ser los abuelos del Rey de los humildes, y los padres de la más humilde criatura que jamás existió, era conveniente que hubiera un gran parecido entre la humildad de los padres y la humildad de los hijos.

Aún añadiría yo a esto que la humildad de la Hija es un argumento muy poderoso de la humildad de su padre y de su madre, porque aquélla es en parte, efecto de los ejemplos de ésta.

Si ahora consideramos la *abstinencia* de San Joaquín y Santa Ana, encontraremos una cosa extraordinaria y que sólo se encuentra en los grandes santos. Es lo que San Germán, patriarca de Constantinopla, ha escrito de ellos, que para obtener de Dios el hijo que le pedían, ayunaron cuarenta días enteros, lo mismo que Moisés y Elías (1). Y San Gregorio Niseno dice que su ayuno iba acompañado de continuas lágrimas.

(1) Orat. de Praesent, 13. V.

LA INFANCIA ADMIRABLE

81 -

Pero sobre todo, es admirable su *castidad*. Porque San Vicente Ferrier nos asegura que tan pronto como les fue conocida la esterilidad de Santa Ana se privaron enteramente del uso del matrimonio, hasta que recibiesen del cielo un mandato contrario. La misma Santísima Virgen se lo dijo un día a Santa Brígida.

En fin, San Joaquín y Santa Ana, sobresalieron en toda clase de virtudes, como lo dicen sus

mismos nombres: Joaquín quiere decir «*la preparación del Señor*» y Ana significa «gracia». Convenía, dice San Pedro Crisólogo, que la morada del que es el Santo de los santos y la misma santidad, fuese mucho tiempo antes preparada en la persona misma del padre y de la madre de la que le debía concebir y dar a luz.

¡ Oh feliz pareja, exclama San Juan Damasceno hablando a San Joaquín y Santa Ana, todo el mundo os está obligado, porque por vuestro medio podemos ofrecer al Creador el don más excelente de cuantos podemos imaginar, una hija digna de ser la Madre de su Hijo único! ¡Oh felices Joaquín y Ana que viviendo casta y santamente, habéis producido el tesoro de la virginidad! ¡Oh mil veces feliz Santa Ana, digna madre de la Madre de Dios, que disteis al mundo una hija cuyo nacimiento es honorabilísimo y cuyo parto es el restablecimiento del universo! (1) .

Aquí tenéis algo de la altísima santidad de aquellos por quienes nos dio Dios un tesoro inestimable de toda santidad en la persona de la sacratísima Virgen, hija única y muy amada de San Joaquín y de Santa Ana.

¿Quién podrá decir ahora el amor y reconocimiento.

(1) Orat. 1. de Nat. B. V.

82 -

LA INFANCIA ADMIRABLE

de esta bienaventurada Virgen a sus santos padres, siendo como es fruto de su virtud y de su santidad? ¿Quién podrá pensar lo mucho que le agradará la devoción que a sus padres se tiene? Si deseamos, pues, agradar a María, honrémosles con un afecto particular, y reconozcamos, lo muy obligados que les estamos. Porque San Joaquín y Santa Ana han dado al Padre eterno una hija única y amadísima, al Hijo una santísima Madre, al Espíritu Santo una dignísima esposa, a la adorabilísima Trinidad un templo augustísimo, a los ángeles una Reina, a los hombres una Soberana, a los cristianos una madre, a los afligidos una consoladora, a los huérfanos una protectora, a los pecadores una abogada, a todo el género humano una mediadora, a todo el universo una reparadora. ¡ Ah, que el cielo y la tierra, oh admirable San Joaquín, oh maravillosa Santa Ana, que los hombres y los ángeles, que el Criador y todas las criaturas incesantemente os bendigan y eternamente os alaben, porque nos habéis dado a esta incomparable Niña que encierra en sí los más ricos tesoros del cielo y de la tierra!

CAPITULO XI

**MARÍA, FRUTO MILAGROSO DE LAS ORACIONES,
LAGRIMAS Y BUENAS OBRAS DE SAN JOAQUÍN
Y DE SANTA ANA**

Siendo el Hijo de Dios la Verdad eterna que no puede engañarse ni engañarnos, y estando dotado de infinito poder, de infinita sabiduría e infinita bondad para poder, saber y querer cumplir sus palabras y promesas, no nos es dado dudar de la verdad de las que nos hizo cuando dijo: «*Pedid y recibiréis; buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá*» (1) ; y: «*Cuanto pidiéreis al Padre en mi nombre os lo concederá*» (2). Tan seguros debemos estar de ellas, como de que Jesús, que las pronunció, es verdadero Dios. Por esto, los servidores y siervos de Dios no han de extrañarse ni apenarse cuando les parece que sus oraciones son rechazadas, y que no hay quién las escuche. No, Dios Nuestro Señor jamás ha rechazado ni rechazará a ninguno de cuantos se acerquen a El con humildad y confianza: «*Al que viniere a Mí, no le desecharé*» (3). Ama El sobradamente a los que le aman y le sirven, aunque sea imperfectamente, para no escuchar sus oraciones. Es una verdad comprobada que jamás quedan sin efecto y sin fruto las oraciones de los amigos de Dios, sea que pidan para los demás, sea que pidan para ellos mismos. No siempre son atendidas cuando piden por los demás, es cierto;

(1) Matth. 7-7. (2) Joan. 16-23. (3) Joan. 6-37.

LA INFANCIA ADMIRABLE

porque acontece con frecuencia que aquellos por quienes se pide, ponen obstáculo a la oración y se hacen indignos de recibir su fruto. Pero aun cuando la oración quede sin efecto con relación a los demás, siempre lo obtienen para ellos mismos los que oran; porque la caridad que res hace pedir por su prójimo, les aumenta la gracia que poseen y les atrae alguna bendición de Aquel que es todo caridad para con los que practican la caridad.

Cuando oran por ellos mismos, despliega Dios tanta bondad que les concede siempre más de lo que piden. Si sucede acaso que llegan a pedir una cosa que, sin conocerlo, es perjudicial a su salvación, es El sobrado bueno para concedérsela; más concédeles en su lugar algún otro don, que no siempre lo conocen. Si piden una cosa en sí buena, pero que no es para ellos tan buena como alguna otra que Dios les puede dar, les niega lo menos para darles lo más; les niega un denario para darles diamantes; les priva de las cosas temporales para enriquecerles con las eternas.

Si piden algo completamente bueno y útil para su salvación y santificación, difiere a veces el éxito de sus demandas, para darles lo que piden en un tiempo más conveniente o de una manera más ventajosa, o para obligarles a pedirlo con más fervor y a perseverar en sus plegarias y a acompañar esta perseverancia con otros varios actos de virtud, como son humildad, confianza, desprendimiento de su propia voluntad y sumisión a la de Dios y otras semejantes, como también a simultanear sus oraciones con obras buenas, ayunos, limosnas, ofrecimientos y otras santas acciones.

He aquí por qué su divina misericordia retar

LA INFANCIA ADMIRABLE

da veinte años el logro de las peticiones que le hacen San Joaquín y Santa Ana y no obtienen por entonces la bendición de la fecundidad. Hácelo así Dios con el fin de darles mucho más de lo que le piden. Piden ser eximidos de la confusión de su esterilidad y quiere el Señor honrarles con la más

gloriosa fecundidad que haya existido en todos los siglos precedentes. Piden no más un hijo, y la divina misericordia quiere darles en innumerable número, haciéndoles padre y madre de todos los fieles que existirán en la tierra hasta el fin de los siglos y en el cielo por toda la eternidad. Piden un hijo que sea su sostén y su consuelo en los últimos años de su vida, y proyecta Dios darles una Hija que será la honra, el gozo, el amor y las delicias del cielo y de la tierra. Piden un hijo semejante a los demás hijos de Adán, y Dios desea darles una Hija que será semejante a los ángeles en pureza y santidad, una Hija que desde el primer momento de su vida será más ardiente en el amor de Dios que el primero de los serafines. Le piden un hijo para criarlo y educarlo en su temor, y para disponerlo a ser del número de sus servidores si es hijo, o del de sus criadas y siervas si es hija; y él les dará una Hija que será la madre de su Hijo único, y la reina de todas las criaturas.

Oh bienaventurados San Joaquín y Santa Ana, empleasteis veinte años en orar, llorar y ayunar, y Dios, en su admirable bondad, difirió concederos lo que le pedíais, para que se pueda decir por todas partes, en la tierra y en el cielo, que esta incomparable Niña que tanto deseasteis y pedisteis, es el fruto de vuestros deseos y de vuestras plegarias y para que todo el mundo o.¡ esté, eternamente obligado porque la obtuvisteis de Dios, a ésta que es la reparación, el ornamento, el tesoro y la gloria de todo el género humano.

86 -

LA INFANCIA ADMIRABLE

Sí, esta divina Niña es el fruto milagroso de las oraciones y de los suspiros de San Joaquín y de Santa Ana. Este es el sentir de San Epifanio, de San Jerónimo, de San Gregorio de Nicea, de San Juan Damasceno, de San Germán de Constantinopla, el cual dice que *más bien que San Joaquín y la estéril Santa Ana, fueron sus oraciones y sus votos los que hicieron nacer a la bienaventurada Virgen* (1).

Cuando uno quiere hacer una oración muy grata a Dios y muy valiosa para alcanzar de la divina Majestad lo que desea, es preciso juntar a ella, la limosna o alguna otra obra de caridad, la abstinencia y el ayuno cuando se puede ayunar, o alguna mortificación, a una con la práctica de otras virtudes, especialmente de una total sumisión a la adorabilísima voluntad de Dios, de una entera desconfianza de nosotros mismos y de todo lo que nosotros podemos hacer, de una perfecta confianza en la divina bondad, y de una profunda humildad.

Porque oigo al Espíritu Santo que nos enseña que: *«la oración del humilde traspasa las nubes y no reposa hasta acercarse al Altísimo; del cual no se apartará hasta tanto que incline hacia él los ojos»* (2).

Tales eran las oraciones de San Joaquín y de Santa Ana. Iban acompañadas de limosnas, porque según asegura San Jerónimo empleaban dos terceras partes de sus bienes en obras de caridad; de ayunos, porque ayunaban cuarenta días enteros como Moisés y Elías, según el testimonio de San Germán, patriarca de Constantinopla (3) ;

(1) Orat. de Nat. Virg. (2) Eccli 35-21. (3) Orat, de Praesentatione B. V.

LA INFANCIA ADMIRABLE

87 -

de suspiros, de lágrimas y del ejercicio de toda clase de virtudes, particularmente de una perfecta resignación en la santísima voluntad de Dios, de una total desconfianza de ellos mismos y de todas sus obras buenas, de una entera confianza en la infinita bondad de Dios y de una profundísima humildad que les hacía llevar con gran paciencia el oprobio de su esterilidad.

Estas oraciones, limosnas, ayunos, lágrimas, santas obras y ejercicios de virtud son los que

hicieron nacer a nuestra admirable Niña. Porque era conveniente, dicen los santos Padres, que cuando se trataba de colocar en el mundo a la que debía ser la Madre de la gracia, la naturaleza fuese ayudada y prevenida por la gracia, y que sus padres se dispusiesen a producir semejante fruto con ardentísimos deseos, con muy fervorosas oraciones, con santos ayunos, con obras de caridad y con el ejercicio de todas las virtudes, entre las cuales no debemos olvidar el singularísimo amor que tenían a la castidad.

Escucha lo que sobre esta virtud dijo un día la Santísima Virgen a Santa Brígida, como se cuenta en el capítulo noveno del libro primero de sus revelaciones: «Mi Hijo, le dice, me amó antes que yo le amase, porque es mi Creador. Hizo Él el matrimonio de mi padre y de mi madre tan puro y casto, que por entonces no se encontraba en el mundo unión más casta. Y cuando el ángel les anunció de parte de Dios que tendrían una Hija que, permaneciendo siempre virgen, sería la Madre del Salvador del mundo, acataron el mandamiento del cielo contra su inclinación; porque el amor divino tuvo sobre ellos un poder que el amor carnal jamás hubiera podido tener. De suerte que mi cuerpo ha sido formado no por la voluntad de la carne, sino por el instinto de la divina caridad».

88 -

LA INFANCIA ADMIRABLE

De esta manera nuestra bienaventurada Niña es el fruto maravilloso de las oraciones, lágrimas, mortificaciones y santas acciones de San Joaquín y de Santa Ana.

¿Queréis, mis queridos hermanos, participar de este favor tan señalado que Dios les ha hecho? ¿Queréis que la amabilísima Hija de Joaquín y Ana, que es ya vuestra hermana y vuestra madre, sea también vuestra hija, como su hijo Jesús quiere ser vuestro hijo, puesto que hace saber que el que hace la voluntad de su Padre es su hermano, su hermana y su madre? Trabajad con el fervor de vuestras oraciones, con la eficacia de vuestras instrucciones, y con el santo ejemplo de vuestra vida y de vuestras acciones, por hacer nacer y vivir a su hijo Jesús en los corazones y en las almas en que se encuentra muerto. Porque allá donde está muerto el Hijo está también muerta la Madre; y donde hagáis nacer y vivir al Hijo, haréis también nacer y vivir a la Madre; e Hijo y Madre serán el fruto de vuestras oraciones y de vuestros trabajos. Y así como podréis decir al Hijo, según el gran Gerson, *Tú eres mi Hijo, yo te engendré hoy (1)*, y te he hecho nacer en un alma en la que no teníais vida, podréis también decir lo mismo a la Madre. Y todos los ángeles con todos los santos os contemplarán, os honrarán y os amarán eternamente como a padre y madre de su Rey y de su Reina.

(1) Ps. 2-7.

CAPITULO XII

EL NACIMIENTO DE MARÍA REVELADO A SAN JOAQUÍN Y SANTA ANA

Cuanto voy a deciros lo he tomado de los escritos de San Jerónimo, de San Epifanio, de San Andrés Cretense, de San Germán de Constantínopla, de San Antonino y otros muchos.

Habiendo estado San Joaquín y Santa Ana veinte años sin tener hijos, y habiendo ayunado cuarenta días y empleado todo este tiempo en fervorosas oraciones, acompañadas de lágrimas y suspiros para obtener de Dios que fuera de su agrado, o librarles del oprobio de la esterilidad (1), o sacarles de este mundo, he aquí que se aparece a San Joaquín un ángel enviado de Dios, circundado de brillantísima luz y le habla de esta manera, según la relación de San Jerónimo: «No temas, Joaquín ni te turbes con lo que estás viendo; porque yo soy Gabriel, el Ángel del Señor, enviado por El a tí para anunciarte que el mérito de tus limosnas ha llegado hasta el trono de su divina Majestad y que tu oración ha eido oída. Dios ha hecho a Ana estéril para darle una fecundidad milagrosa. Vuestra madre Sara vivió hasta los ochenta años sin tener hijos, para que tuviera a Isaac, en quien estaba prometida la bendición de todas las gentes. Así tu mujer, después de haber sido mucho tiempo estéril, dará a luz una hija a quien llamaréis María. La

(1) Cuando Raquel tuvo a José, exclamó: Quitó Dios mi oprobio. Gen. 30-23. N. del T.

LA INFANCIA ADMIRABLE

señal que te confirme en lo que te anuncio será ésta: Así que llegues a las puertas de Jerusalén saldrá a tu encuentro Ana por la puerta dorada y tendrá un gran contento en verte>.

Ved aquí lo que el Ángel dijo a San Joaquín. ¿Quién Podrá calcular el gozo indecible que experimentó con tan gratas noticias? ¿Quién podrá decir las alabanzas y acciones de gracias que dio por ello a la divina bondad?

Después de esto, San Gabriel va a encontrar a Santa Ana, según el testimonio del Beato Andrés de Jerusalén, y de San Eustaquio, Obispo de Antioquía, que describen el hecho de esta manera: «Cerca de la hora de nona encontrábase Ana sentada en su huerto bajo un árbol y dirigía a Dios la siguiente plegaria: ¡Oh Dios de nuestros padres, oíd mi oración y bendecidme como bendijiste a Sara, dándole a su hijo Isaac». Y he aquí que el ángel del Señor se le aparece y le anuncia lo mismo que a su marido San Joaquín, que Dios les dará una hija que se llamará María y que será la Madre del Redentor del mundo; lo que le colma de indecible gozo. Esto es lo que dicen San Eustaquio, San Germán de Constantinopla (1), Metafraste, Nicéforo (2), Antíoco, Ahad del monasterio de San Sabas (3), Pantaleón Diácono (4), y muchos otros.

De esta manera tenemos que el nacimiento de nuestra santa Niña ha sido anunciado a San Joaquín y a Santa Ana por un ángel, privilegio

(1) In encomio Virg. (2) Hist. eccl. (3) Homil. 107 Compunctione. (4) De S. Michael.

LA INFANCIA ADMIRABLE

que sólo pertenece a esta gloriosa Virgen entre todas las mujeres. Ciertamente, el nacimiento del Patriarca Isaac y el de San Juan Bautista fueron prometidos por ángeles a sus padres; pero entre mujeres la Madre de Dios es la única en las Santas Escrituras cuyo nacimiento ha sido anunciado por

un ángel; y este ángel era San Gabriel, el cual, según Eusebio Emiseno, San Pedro Damiano y San Epifanio, era e: destinado por Dios para ser el ángel de la guarda de la Reina de los ángeles. Y esto está conforme con estas palabras que Santa Brígida le dirige en la primera de las oraciones que le fueron reveladas: ¡Gloria os sea cada, oh María, Virgen sagrada, Madre de Dios, cuyo nacimiento ha sido anunciado a vuestro padre y a vuestra madre por el mismo ángel que os anunció la encarnación de vuestro Hijo>.

Sostienen muchos Doctores que este santo Arcángel no estaba solo en esta ocasión, sino acompañado de un gran número de otros celestiales espíritus, tanto por razón de la importancia de tan solemne embajada, como por el grandísimo respeto y el ardentísimo afecto que todos los ángeles tenían a esta admirable Niña que había de nacer de San Joaquín y Santa Ana.

¡Oh bienaventurado Arcángel, sois el ángel de la guarda de la Madre de Dios. Os escogió Dios entre todos los espíritus, encargándoos los asuntos pertenecientes al misterio de su amor y de sus bondades, al misterio de la encarnación. Os envió al profeta Daniel para predecirle el tiempo en que este misterio había de cumplirse. Fuisteis enviado a Zacarías para decirle que su mujer Isabel tendría un hijo que se llamaría Juan y sería el Precursor del Mesías. Se os envió a San Joaquín y a Santa Ana para declararles que Dios les daría una hija a quien habían de llamar

9 2 -

LA INFANCIA ADMIRABLE

María, que había de ser la Madre del Salvador del mundo. Vos fuisteis el enviado a esta divina María, para saludarla como llena de gracia, como a quien tiene con ella al Señor, como a la bendita entre todas las mujeres y la escogida por Dios para concebir y dar a luz al Redentor del mundo. Fuisteis vos quien sacó a San José de la pena y turbación en que se encontraba, diciéndole que no temiera tomar a María por su esposa, porque lo que en ella vela era obra exclusiva del Espíritu Santo.

Vos anunciasteis el nacimiento del Salvador a los pastores de Belén, y cantásteis con un ejército innumerable de ángeles aquel divino cantar: *Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad*. Vais a la cabeza de todos los coros de los ángeles, cuando salen del cielo y vienen a caer en el establo de Belén, para adorar en él a su Rey: *Adórenle todos los ángeles de Dios* (1).

Advertís a San José que tome al Niño y a su Madre y que huya a Egipto para evitar el furor de Herodes, y muerto ya este tirano, obligáis de nuevo a San José a que salga de Egipto y vuelva a Nazaret.

Vos fuisteis el enviado por el Padre eterno para confortar a su Hijo Jesús en su agonía en el huerto de los Olivos. Vos, el enviado a las santas mujeres para evangelizarles la gloriosa resurrección del mismo Jesús, y a sus santos discípulos sobre la montaña de los Olivos el día de su Ascensión, para asegurarles que ese Jesús a quien acababan de ver subir gloriosamente al cielo, así vendrá al fin del mundo para juzgar a todos.

(1) Hebr. 1-6.

LA INFANCIA ADMIRABLE

9 3 -

Vos sois, oh gran príncipe del cielo el que servisteis, honrasteis y glorificasteis a Jesús con un celo y un amor extraordinarios en todos sus estados y misterios, y el que siempre acompañasteis, asististeis y guardasteis a la Madre de Jesús en todos los momentos de su vida, pero especialmente durante el tiempo de su santa infancia. Por todo lo cual, los hombres todos están en la obligación de

agradeceros y honraros. O os doy gracias con todo mi corazón y en nombre de todo el género humano, y suplico a todos los demás ángeles que os den gracias conmigo. Os honro y reverencio, oh gloriosísimo San Gabriel, como al ángel del amor santo, porque anunciasteis el misterio del amor y porque sois el ángel de la Madre del amor hermoso. Hacednos participantes del ardentísimo amor que tenéis a Jesús y a María. Encendedeste fuego divino en los corazones en que lo veáis apagado; inflamadle en los corazones en que está encendido, pero particularmente en los que tienen una sincera y perfecta devoción a esta divina María.

Porque siendo el ángel de la guarda de la Madre, sois también el ángel protector de todos los hijos, pero especialmente de los que hacen profesión de servirla, honrarla y amarla, como todo hijo noble y bien nacido debe servir, honrar y amar a la mejor y más amable de las madres y que ha habido ni habrá jamás. Vos, oh santo ángel tenéis por ellos un celo y un cuidado extraordinario. Vos tenéis un singular contento en conversar con ellos, en iluminarles, guiarles, guardarles en los peligros, defenderles de los enemigos de su salvación, fortificarles en las tentaciones, preservarles del pecado y consolarles en las aflicciones. Vos les amáis con más ternura, les protegéis con más poder, rogáis a Dios por ellos más ardientemente; Vos les procuráis con frecuencia

94 -

LA INFANCIA ADMIRABLE

ocasiones y medios para honrar y servir a su Reina: Vos les tratáis en todo y por todo más favorablemente y les asistís con mayor cuidado a la hora de la muerte. En fin, les hacéis mil favores que quedarán desconocidos hasta el día feliz de la bienaventurada eternidad, donde os darán por todo inmortales gracias.

Siendo esto así, todos los que tienen una verdadera devoción a la Reina de los ángeles deben poner a San Gabriel entre los Santos que más particularmente deben honrar e invocar no tanto por la consideración de los favores que pueden esperar de ella, cuanto por los servicios que hizo en la tierra a nuestra amada Madre, por las alabanzas que le tributó y le tributará eternamente en el cielo, a las que se digne asociarnos este glorioso arcángel desde ahora para toda la eternidad.

CAPÍTULO XIII

GOZO EXTRAORDINARIO DE QUE SE VIO LLENO
EL MUNDO EN EL NACIMIENTO DE MARÍA

No sin motivo la entrada de los hijos de Adán en este valle de lágrimas va siempre acompañada de llantos y gemidos. Si tuviesen uso de razón y pudiesen conocer bien el miserable estado en que nacen, no sólo gemirían, sino que se desharían en lágrimas y morirían de dolor; y si tal estado fuera visible a todo el mundo, un nacimiento lo llenaría de tristeza y desolación. ¿No es gran motivo de desolación ver que todo niño que viene a este mundo, aun cuando sea hijo de un príncipe o de un monarca, nace enemigo de su Dios, en rebelión contra su Creador, con las armas en la mano para hacerle la guerra, hijo de ira y de maldición, hijo del diablo, en posesión de Satanás, miembro de Luzbel, y en estado de muerte y de perdición? Semejante nacimiento, ¿no es digno de ser llorado con lágrimas de sangre? ¿No es digno del llanto y de las lamentaciones de todo el universo?

Este es el estado funesto en que nacen todos los hijos de Adán, efecto del pecado que traen con ellos del vientre de la madre; y no tenemos certeza absoluta de que alguien haya sido preservado de esta espantosa desdicha, a excepción de la bienaventurada Virgen que fue concebida sin pecado y de San Juan Bautista que nació sin él; porque nos asegura de éste el Santo Evangelio que fue lleno del Espíritu Santo desde el vientre de su madre tres meses antes de su nacimiento,

LA INFANCIA ADMIRABLE

y por consiguiente nació, no hijo de ira y de maldición como los demás, sino hijo de gracia y de bendición, cuyo nacimiento fue seguido de un gozo extraordinario que se derramó por toda la tierra y que durará hasta el fin de los siglos.

Por lo que respecta a la Santísima Virgen, hemos dicho ya que es el sentir común de la Iglesia que fue llena del Espíritu Santo, no sólo tres meses antes de su nacimiento sino desde el momento de su inmaculada Concepción; y que muchos grandes teólogos enseñan que nació con una santidad superior a la de todos los ángeles y santos juntos. Oímos la voz de la santa Iglesia que el día de su nacimiento hace resonar estas palabras por todo el universo: *«Vuestro nacimiento, oh Virgen Madre de Dios, llenó de alegría al universo: porque de vos ha nacido el sol de justicia, Cristo Nuestro Señor, quien rompiendo las ataduras de la maldición en que nos encontrábamos, no trajo la bendición, y haciendo morir a la muerte, nos dio la vida, y la vida eterna»* (1).

Esto mismo es lo que dijo la Virgen un día a Santa Brígida: *«Mi nacimiento ha sido el comienzo y la fuente de verdaderos gozos»* (2).

Estas alegrías han sido universales; porque el cielo, la tierra, el infierno (3), los ángeles, los hombres, el Criador y todas las criaturas han tenido parte en ellas. ¡Qué fiesta, qué júbilo para todos los ángeles al ver nacer a la que Dios les dio a conocer como el medio por el cual deben ser reparadas las ruinas que el pecado hizo entre ellos! ¡Qué consuelo para las almas de los santos

(1) Oficio. Resp. de la 6ª lec. (2) Rey. lib. 6., cap. 56. (3) Entiéndase el Purgatorio. N. del T.

LA INFANCIA ADMIRABLE

Patriarcas, de los santos Profetas y demás santos Padres que están en el infierno del Limbo, especialmente para Adán, Eva, Abel, Noé, Abraham, Isaac, Jacob, José, Moisés, David cuando sepan

por sus buenos ángeles el nacimiento de aquella por cuya intercesión serán pronto librados de su oscura prisión en la que se encuentran detenidos!

Quién podrá imaginarse el gozo inconcebible y los maravillosos transportes de San Joaquín y Santa Ana, viendo que después de tantos suspiros, tantas lágrimas, tantos ayunos, tanto oprobio con motivo de su esterilidad, Dios les ha hecho este incomparable favor de escogerlos para ser el padre y la madre de la que ha de ser la madre de ese Mesías, de ese Salvador tan deseado, tan esperado y tan necesario para la salvación del universo? Esta divina Virgen dijo un día a Santa Brígida que cuando su alma bienaventurada fue santificada y unida a su cuerpo, su madre Santa Ana se vio llena de un gran gozo, imposible de explicar. Si el gozo de Santa Ana fue tan grande en la concepción de esta maravillosa Niña, ¿cuál sería su alegría y la de San Joaquín en su nacimiento?

¿Queréis conocer la alegría del Creador y de todas las criaturas en este admirable nacimiento? Escuchad lo que sobre esto, dijo la gloriosa Virgen a Santa Matilde, cuyos libros están tan alabados y recomendados por un gran número de señaladísimos Doctores. Buscando esta Santa la manera de honrar a nuestra santa Niña en la fiesta de su nacimiento, le habló María de esta manera: «Regocíjate conmigo, hija mía, y ofrécame el gozo que yo ahora poseo por el conocimiento que tengo de la alegría inefable y de la divina complacencia que la gloriosísima Trinidad

98 -

LA INFANCIA ADMIRABLE

tuvo conmigo desde toda la eternidad, especialmente a la vista de mi nacimiento que de tan gran gozo le colmó, que desbordándose su alegría por el cielo, por la tierra y por todas las criaturas, se encontraron todas llenas de consuelo, sin saber de dónde procedía. Porque, a la manera de un excelente artista que tiene el proyecto de producir una obra maestra, gózase mucho pensando en ella y en formar en su inteligencia la idea de su obra, de igual manera la adorabilísima Trinidad tomó singular contento ante el proyecto que formó en su corazón de la obra admirable que de mí deseaba hacer, tanto porque quería imprimir en mi alma una bellísima y acabada imagen de su infinito poder, de su inmensa sabiduría y de su bondad incomprensible, como porque sabía muy bien que su obra no sufriría jamás en mí menoscabo alguno, antes bien recibiría siempre nuevas perfecciones, hasta que hubiera llegado al último punto de perfección. En fin, tanto se complació la Santísima Trinidad desde toda la eternidad con la vista de mi nacimiento y de mi infancia que todas las acciones de mi niñez eran como un juego agradabilísimo ante su divina Majestad; lo cual se hace notar con estas palabras: «*Eran mis diarios placeres el holgarme continuamente en su presencia*» (1).

¡Oh amabilísima Niña, qué gozo siente mi corazón al veros tan amada de Dios, aún antes de haber nacido, y al ver que como sois desde toda la eternidad el primer objeto de su amor entre todas las criaturas, sois también el mayor motivo de su gozo. No es maravilla que seáis el amor, la alegría y las delicias del cielo y de la tierra, puesto que lo sois del que creó los cielos y la tierra.

(1) Prov., 8-30.

LA INFANCIA ADMIRABLE

99 -

No es maravilla que vuestra presencia colme de inenarrable gozo los corazones de todos los habitantes del cielo, puesto que la previsión que Dios tiene antes de todos los siglos de vuestro nacimiento y de vuestra infancia, le proporciona tanto contento.

Verdaderamente, con gran razón dice la Iglesia de esta gloriosa Virgen que es la «causa de nuestra alegría». Porque si hasta su infancia es motivo de alegría en nuestro adorable Padre, bien puede serlo en todos sus hijos, como en efecto es ella el manantial de todas las santas y verdaderas alegrías del cielo y de la tierra, de los hombres y de los ángeles. De donde hay que inferir también que

posee eminentemente todas las alegrías del cielo y de la tierra, puesto que el manantial contiene excelentemente todo lo que hay en los arroyos. De aquí que San Juan Damasceno la llame: «*piélago inagotable de gozo*» (1) ; y el santo sacerdote Crisipo: «*El tesoro de toda alegría y el, origen de nuestra felicidad*» (2) ; y San Germán de Constantinopla: «*El gozo de todo el mundo*» (3) ; y San Metodio mártir: «*El comienzo, el medio y el fin de nuestros santos regocijos*» (4).

Jamás nadie ha sufrido en la tierra, después de su Hijo, dolores tan sensibles como los que ella pasó; pero jamás nadie ha poseído tampoco gozos tan puros, tan sólidos y grandes como ella los poseyó; entre los cuales se cuentan siete principales: el primero, el que recibió en el saludo del ángel; el segundo, en la visitación de Santa Isabel;

(1) Orat. de Assumpt. (2) De laud. B. V. (3) In Ps., 44. (4) Orat. de Hypap.

100 -

LA INFANCIA ADMIRABLE

el tercero, en su divino parto; el cuarto en la adoración de los santos Reyes; el quinto, cuando encontró a su divino Hijo entre los doctores después de haberle perdido por espacio de tres días; el sexto, cuando se le apareció antes que a nadie después de su resurrección; el séptimo, cuando le vio subir a los cielos, cuando envió a su santo Espíritu a su iglesia, y cuando fue transportada en cuerpo y alma al paraíso.

Además de esto, los gozos que ella posee en el cielo son inconcebibles, entre los cuales se cuentan también siete principales: es el primero, el gozo que tiene al verse tan elevada en la gloria y tan próxima al trono de la Santísima Trinidad, que sólo Dios está por encima de ella, y todo lo que no es Dios está debajo de sus pies; el segundo, el que por su sola virginidad posee una corona más rica y más preciosa que todas las coronas de los habitantes del cielo; el tercero, por ser el segundo sol del paraíso, que llena de gozo los coros todos de los ángeles y de los santos; el cuarto, porque todos los ciudadanos de la celestial Jerusalén la honran y alaban incesantemente como a su reina, a su Madre y como a Madre de su Redentor; el quinto, por haberle Dios dado un poder absoluto en el cielo y en la tierra, y sobre todas sus criaturas; el sexto, porque le dio un poder especial de bendecir, proteger y favorecer de todas maneras a todos los que le tienen particular devoción; el séptimo, porque todos estos gozos no disminuirán jamás, antes crecerán siempre hasta el día del juicio y serán eternos.

Además, goza ella en el cielo de ciertos goces especiales que su amado Hijo le otorgó, en recompensa de los dolores y agonías que ella sufrió aquí abajo por su causa.

LA INFANCIA ADMIRABLE

101 -

¿Deseáis, querido hermano, hacer una cosa muy grata a esta bienaventurada Virgen? Hacedlo que dijo a Santa Matilde: ofrecedle el gozo que tiene en el cielo porque Dios tanto le ha amado, aun antes de su nacimiento, y porque se complació de particular manera en todas las acciones de su infancia.

Refieren varios graves autores que Santo Tomás, Arzobispo de Cantorbery, decía todos los días siete *Ave Marías*, en honor de los siete gozos principales que la Santísima Virgen tuvo en la tierra, y que ella le advirtió que añadiese también la memoria de los siete principales gozos que posee en el cielo, asegurándole que esta devoción le era muy agradable, y que ella asistiría a la hora de la muerte a todos los que la practicasen, que llenaría sus corazones de consuelo, que recibiría sus almas a la salida del cuerpo, y que las presentaría a su Hijo.

Haciéndoos ver por todas estas cosas que esta devoción le es tan agradable, si deseáis

complacerla, ofrecedle todos los días los siete principales gozos que ella tuvo en la tierra y los siete que tiene en el cielo, diciendo siete *Ave Marías* o una decena de vuestro rosario a esta intención. Ofrecedle también los gozos que posee en el cielo por las siete espadas de dolor con que su corazón fue traspasado en la tierra, diciendo a este fin otras siete *Ave Marías* u otra decena de vuestro rosario. Y puesto que la sacratísima Virgen os la causa de nuestra alegría y su nacimiento es la fuente, después de su Hijo, de todos los santos y verdaderos gozos del cielo y de la tierra, ofrecedle también todos estos mismos gozos con un gran deseo de esforzaros en adelante por acrecentarlos, amando y sirviendo a su Hijo con más

102 -

LA INFANCIA ADMIRABLE

fervor y fidelidad que lo habéis hecho hasta Ahora.

¡Oh amabilísima Virgen y divina Madre, haced que en adelante no encuentre más que hiel y amargura en los vanos y falsos gozos de este mundo, y que ponga todo mi gozo, mis delicias y mi paraíso en seguir en todo y por todo la adorabilísima voluntad de mi Dios, en amar y glorificar a mi amabilísimo Jesús y en honrar a mi queridísima María, madre de Jesús!

CAPITULO XIV

COMENTARIO DE LA LITURGIA DE LA IGLESIA EN
EL NACIMIENTO DE MARÍA

Entre muchas cosas grandes y maravillosas que se contienen en el misterio del nacimiento de la Madre de Dios, he aquí una que le es muy gloriosa. Es lo que en la epístola de la misa que se celebra el día de su nacimiento, la Santa Iglesia, o por mejor decir el Espíritu Santo que en todo la rige y gobierna, aplica a nuestra santa Niña, dirigiéndole los mismos elogios que tributa a la Sabiduría eterna, que es el Hijo de Dios. ¿Por qué esto? Para hacernos ver la perfecta semejanza que hay entre Hijo y Madre.

Sé muy bien que cada alma fiel lleva en sí la imagen y semejanza del hombre celestial, es decir, de Jesús, Hombre y Dios juntamente: «*Llevemos la imagen del hombre celestial*» (1). Pero la Madre de Jesús la lleva en un grado de perfección que excede sobre los demás cuanto su infinita dignidad de Madre de Dios sobrepuja a todo lo que hay de más grande en todas las criaturas.

De aquí viene que como el Hijo de Dios es llamado: «El *espejo sin mancha de la majestad de Dios*» (2), porque el Padre eterno expresa en él tan excelentemente todas sus divinas perfecciones que no tiene más que un mismo poder, una misma sabiduría, una misma bondad, una

(1) 1 Cor. 15-49. (2) Sap. 7-26.

LA INFANCIA ADMIRABLE

misma divinidad con El: así la Madre de Dios es llamada *espejo de justicia*, es decir, espejo del que es la justicia y santidad misma; porque el sol de justicia, que es su Hijo, describe e imprime tan perfectamente en ella todos sus estados, todos sus misterios, su vida, sus costumbres y sus virtudes que el gran San Dionisio el Areopagita nos asegura que habiendo tenido la dicha de verla percibió en ella tal esplendor de Majestad y una santidad tan admirable, que si la fe no le hubiera enseñado que no hay más que un Dios, la hubiera adorado como una divinidad (1). Es así como esta divina Madre es una imagen perfectísima de su Hijo, que es Dios como su Padre; «*imagen infinita de la divina bondad*», dice Santo Tomás (2), es decir, una imagen infinitamente perfecta de la divina bondad.

¿Queréis ver los principales capítulos de la maravillosa semejanza que hay entre Hijo y Madre, considerada aún en el estado de su infancia? Escuchad la epístola de la misa del día de su nacimiento, tomada del capítulo VIII del libro sagrado de los Proverbios.

«*El Señor me tuvo consigo en el principio de sus caminos*». Para entender esto, hay que saber - antes lo que son los caminos de Dios. Hay en Dios dos clases de caminos: los caminos de Dios en sí mismo y los caminos de Dios fuera de sí mismo.

¿Cuáles son los caminos de Dios en sí mismo? Observo cuatro principales: 1º el camino del Padre eterno, por el que en cierta manera sale de sí mismo para venir a su Hijo, por la

(1) Epist. ad Paulum. (2) Opuse. de Char.

comunicación de su esencia y de todas sus divinas perfecciones. 2º El camino del Hijo, por el que saliendo de su Padre, vuelve a El de nuevo, trayéndole todo lo que de El ha recibido. 3º El camino del Padre y del Hijo, por el que ambos vienen al Espíritu Santo, por la comunicación que le hace de su divina esencia y de todas sus perfecciones esenciales. 4º El camino del Espíritu Santo que, procediendo del Padre y del Hijo, vuelve en el mismo instante (si cabe hablar de instantes en la eternidad) al corazón del Padre y del Hijo, que son su origen, volviéndoles a traer lo que de ellos ha recibido.

Ahora bien, la Virgen bienaventurada se encuentra en el comienzo, si es lícito hablar así, de todos estos caminos de Dios, de la manera que voy a decir: Como el Padre eterno es Padre de su Hijo desde toda la eternidad, tiene el designio, desde la misma eternidad, de asociar a El a la santísima Virgen en su divina paternidad y de hacerla Madre del mismo Hijo de quien El es Padre. Como este Padre divino, desde toda la eternidad, hace nacer a su Hijo muy amado en su adorable seno, tiene también el eterno designio de hacerle nacer en el seno virginal de María.

Como el Hijo se relaciona desde toda la eternidad con su Padre, contemplándole, amándole y glorificándole como a su Padre; así mira y ama desde toda la eternidad a la adorable María como a su Madre.

Como el Padre y el Hijo producen desde toda la eternidad al Espíritu Santo, que es su amor y el lazo indisoluble que les une: así entra en sus eternos planes dar un día ese mismo Espíritu a la Santísima Virgen, para que sea su Espíritu y su Corazón y el lazo sagrado de la maravillosa a

alianza que con ella quieren establecer para obrar en ella la más grande maravilla del divino amor.

Como el Espíritu Santo mira sin cesar al Padre y al Hijo y les ama y glorifica, desde toda la eternidad, como a su principio y origen; así mira y ama desde toda la eternidad a la gloriosa Virgen como a la escogida para ser con El el origen del misterio de amor y de caridad, que es el misterio de la encarnación, y para ser con El el manantial de todos los efectos de su amor hacia los hombres.

He aquí cómo la sagrada Virgen se encuentra en el comienzo de los caminos de Dios en sí mismo. ¡Oh divina Virgen, estad también con el Padre y el Espíritu Santo en el comienzo de todos nuestros caminos, es decir, de todos nuestros planes y de todas nuestras obras, para dirigirlos, bendecirlos y ayudarnos a hacer todas nuestras acciones en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, es decir, con la fortaleza y virtud del Padre, con la sabiduría del Hijo y con la caridad del Espíritu Santo.

Ve ahora los caminos de Dios fuera de El mismo, por los que de sí sale para venir a nosotros y para hacernos ir a El. ¿Qué caminos son estos? Innumerables. Porque los caminos de Dios son todos los pensamientos, todos los designios que tiene con respecto a sus criaturas, por las que sale, a nuestro modo de hablar, de sí mismo para venir a ellas.

Los caminos de Dios son las acciones y operaciones de sus divinos atributos, por las que sale de sí mismo para comunicarse a sus criaturas y para obrar diversamente en la diversidad de sus obras.

Todas las perfecciones de Dios, que son entre sí distintas y no diferentes, tienen sin embargo sus diferentes caminos, porque, obra fuera de Dios efectos diferentes. Uno es el camino de la bondad, otro el de la sabiduría, otro el del poder, otro el de la misericordia, otro el de la justicia, otro el del amor y caridad.

Todas estas divinas perfecciones tienen sus caminos diferentes en el orden de la naturaleza, en el orden de la gracia, en el orden de la gloria; en el cielo, en la tierra y en el infierno; en la obra de la creación del mundo, en su conservación y en su gobierno; en la obra de la redención de los hombres, de su vocación, de su justificación y de su glorificación.

Los caminos de Dios en el cielo son caminos de amor y de caridad. Los caminos de Dios en la tierra son caminos de gracia y de misericordia. Los caminos de Dios en el purgatorio son caminos de justicia. Los caminos de Dios en el infierno son caminos de ira y de venganza.

Además de esto, los caminos de Dios son sus divinos mandamientos, por los que nos manifiesta su voluntad y nos enseña el camino para ir al cielo.

Los caminos de Dios, según San Ambrosio (1), son las virtudes cristianas, por la práctica de las cuales viene a hacer su morada en nuestras almas y nos hace ir a El. Los caminos de Dios, según San Cirilo de Alejandría (2), son los santos que con su ejemplo y sus instrucciones nos conducen a Dios. He aquí lo que son los caminos de Dios.

(1) De fide lib. 3. cap. 4. (2) Thesaurus lib. 5, cap. 3.

Ahora bien, la Santísima Virgen se encuentra en el comienzo de todos estos caminos. Porque si los pensamientos y designios de Dios son los caminos de Dios, ella es el primer objeto de su inteligencia y de su pensamiento; sus primeros pensamientos, sus primeros y mayores designios son para ella.

Si los caminos de Dios son las operaciones de las divinas perfecciones, ¿no es ella la obra maestra de su poder, de su sabiduría, de su bondad, de su amor, de su caridad; en la naturaleza, en la gracia, en la gloria, en la creación, en la redención, en la justificación, en la glorificación?

Si los caminos de Dios son los divinos mandamientos, ¿no es ella la primera, la única, en observarlos perfectamente?

Si los caminos de Dios son las virtudes cristianas, ¿no las practicó ella todas con una perfección sin igual?

Si los caminos de Dios son los Santos, ¿no es ella la Reina de todos los Santos? ¡Oh Virgen admirable, con cuánta razón decís que Dios os poseyó en el comienzo de sus caminos! Porque El os mira desde toda la eternidad como la primera, la más noble y la más amable de todas las criaturas. Ocupad el primer lugar en su espíritu y en su corazón. ¿Sois el primer objeto de su amor?, los primeros y más ardientes afectos son para vos. Y no sólo os mira como a la primera y más digna de todas sus criaturas, sino que os ama y os mira como a la única de su corazón, de muchas maneras.

El Padre eterno os mira como a su Hija única y únicamente amada. Sí, Hija única, porque sois

la única que habéis nacido desde toda la eternidad

LA INFANCIA ADMIRABLE

1 0 9 -

en su senopaterno con todas las primacías y privilegios que acabó de decir. Vos sois la única nacida en la plenitud de los tiempos con un nacimiento todo puro, todo inmaculado y santo, imagen perfecta del nacimiento temporal y eterno de vuestro amado Hijo. Vos sois la única que os parecéis perfectamente a vuestro Padre, siendo Madre sin padre de un Hombre-Dios, como El es Padre sin madre de un Dios; siendo Virgen y Madre, como El es Virgen y Padre; y teniendo un amor a vuestro Hijo que es una participación y una imagen excelente del amor infinito que este divino Padre tiene a este mismo Hijo. Vos sois la Única que jamás habéis ofendido a este Padre adorable, sino que siempre le habéis obedecido, siempre le habéis amado, servido y honrado, desde el primer instante de vuestra vida hasta el último. Vos sois la única heredera universal de todos los tesoros y de todos los bienes de vuestro Padre, es decir de todas sus, gracias y favores que están repartidas entre los demás Santos, y que Vos sola poseéis plenamente: «A los *demás*. dice San Jerónimo, *por partes, a María se da toda la plenitud de la gracia*» (1). Así es como el Padre celestial os mira y os ama desde toda la eternidad, oh amabilísima María, como a la Hija única de su corazón, como al tesoro de su amor: «*tesoro del amor de Dios Padre*» (2).

El Hijo de Dios os mira, antes de todos los siglos, como a la escogida para ser su Madre y su única Madre. Es cierto que Dios da este apelativo a todas las almas cristianas que hacen la voluntad de su Padre; pero, no obstante, sois vos la Madre única de muchas maneras. Porque sois

(1) De Assumpt. (2) S. Metod. in Hypap.

1 1 0 -

LA INFANCIA ADMIRABLE

la única que hicisteis nacer al Hijo de Dios en vuestro corazón y en vuestras entrañas; la única que le hicisteis nacer para nosotros, para dárnoslo en calidad de Redentor; la única que le criasteis y alimentasteis con tu sagrada leche, haciendo una cosa más grata a su divina Majestad y más meritoria para nosotros, según el sentir de muchos santos Doctores, que los mártires derramando su sangre por la fe cristiana; porque le amabais más con esta acción tantas veces repetida que los mártires con la efusión de su sangre. Vos sois la única que sacrificasteis a este Hijo único y únicamente amado para la salvación del mundo. En fin, si las demás almas cristianas son sus madres, lo son por una participación de vuestra divina maternidad. Así es como el Hijo de Dios mira desde toda la eternidad a esta incomparable Virgen como a su única Madre; por lo que sea El infinitamente y para siempre bendito.

El Espíritu Santo la mira también, antes de que existieran los siglos, como a su única Esposa. Las demás almas fieles llevan también esta cualidad; pero la lleva María de tan excelente manera que, en comparación de Ella, no son más que pequeñas siervas, siendo Ella con toda verdad la única Esposa. Porque Ella sola es la que tiene esta cualidad desde el primer instante de su vida; Ella sola es la que jamás contristó a su divino Esposo con pecado alguno, sino que estuvo siempre estrechísimamente unida a El, y siguió siempre todas sus inspiraciones y obedeció todas sus voluntades. Ella sola es la que fue siempre perfectamente semejante a su Esposo en pureza, en santidad, en amor y en caridad; Ella la única que no tuvo jamás más que un solo corazón, un espíritu y una voluntad con su Esposo.

LA INFANCIA ADMIRABLE

1 1 1 -

De ella sola formó el Espíritu Santo un Hombre-Dios, juntamente Hijo de Dios e Hijo del hombre. Sólo en Ella y por Ella el Espíritu Santo hace nacer a todos los hijos de Dios con un nuevo nacimiento que les hace hijos de Dios e hijos de la Madre de Dios. En fin, por Ella las demás almas fieles son

esposas del Espíritu Santo. Así es oh Madre admirable, como sois desde toda la eternidad, la Hija única del Padre, la Madre única del Hijo y la Esposa única del Espíritu Santo, siendo todo esto desde vuestra infancia y desde vuestro nacimiento, de la manera como después se dirá. Así es como Dios os posee en el comienzo de sus caminos, y así es como sois una maravillosa semejanza de vuestro amado Hijo. Sea eternamente bendito porque os ha comunicado tan excelentemente todas sus divinas perfecciones, y porque comenzó a comunicáoslas desde el momento de vuestro nacimiento y aún de vuestra misma Concepción.

CAPITULO XV

SIGUE EL COMENTARIO DE LA EPÍSTOLA

Sigue hablando esta admirable Virgen. *Todavía no existían los abismos o mares, aún no habían brotado las fuentes de las aguas, aún no había colinas, ni montañas, ni ríos, y Yo estaba ya concebida* (1). ¿Qué quiere decir esto, sino que Dios que la predestinó desde toda la eternidad para ser la más noble y más digna de todas las criaturas, mirándola desde toda la eternidad según había de ser en el momento de su concepción y de su nacimiento, la prefirió a toda la Iglesia, que es un abismo de luces y de gracias; y la estimó y amó más que a todos sus ángeles y santos, representados los primeros por las montañas y por los ríos y los segundos por las fuentes, por las colinas y por la tierra? Porque los más altos de los Santos son montañas de perfección y ríos de gracia, y los menores son colinas situadas más bajas que las montañas, y fuentes que no llevan aguas de gracia con la abundancia de los ríos, son tierras de bendición que dan frutos de virtud y santidad. Pero la Virgen gloriosa es una tierra santa elevada por encima de todos los cielos. Es una tierra que ha hecho bajar el cielo a la tierra, que ha trocado la tierra en un cielo; más, que ha levantado la tierra por encima del cielo. Es una tierra que ha dado a luz un cielo, y el cielo de los cielos. Es una tierra que nos ha producido el fruto de vida, un fruto que

(1) Prov. 24-23-26.

LA INFANCIA ADMIRABLE

nos es infinitamente más precioso que todo lo que hay en el cielo y en la tierra: *La tierra ha dado su fruto* (1). No es sólo una colina, sino una montaña por la eminencia de su santidad, una montaña cuyas raíces y fundamentos están colocados sobre la Cima de los más altos montes, es decir, cuyas primeras gracias que le fueron dadas en su nacimiento y en su concepción, sobresalen por encima de las más altas perfecciones de los mayores Santos: *Monte que tendrá sus cimientos sobre la cumbre de todos los montes* (2). Es una fuente que riega toda la tierra y que hace que sus aguas salten hasta el cielo; fuente que produce un mar inmenso, Jesucristo Nuestro Señor, que es océano sin fondo y sin riberas de toda clase de bienes y bendiciones.

Es un río maravilloso que «alegra y regocija la ciudad de Dios» (3). Río de vino celestial, río de agua de vida, río de paz, río de leche, río de miel, río de delicias. Porque podemos decir con toda verdad que no hay en el mundo quién sepa lo que es la paz del mundo, la alegría del corazón, las verdaderas delicias y el paraíso en la tierra, sino los que beben con frecuencia de las santas aguas de este río, es decir, los que sirven, honran y aman ardientemente a la amabilísima María. En fin, es el abismo de los abismos, es una mar inmensa que no sólo abarca todas las aguas de las gracias que están en el mar de la Iglesia, sino que les supera en cierta manera infinita. «Es un abismo de humildad», dice San Ildefonso (4). «Es un abismo de luz, un abismo

(1) Ps. 66-7. (2) Is. 2-2. (3) Ps. 45-5. (4) De Parturit. Virg. cap. 2.

LA INFANCIA ADMIRABLE

de sabiduría, un abismo de gracia», dice San Bernardo (1). «Es un abismo de milagros», dice San Juan Damasceno (2). Es un abismo de bondad que atrajo a sí y a la tierra un abismo de misericordia y de caridad. ¡Ah, piérdame yo para siempre en este abismo! ¡Quedé sumergido como una gota de agua en este mar para ser transformado en sus divinas aguas, y para no ser más que una misma cosa con mi santísima Madre, en unidad de espíritu, de corazón y de voluntad!

En consecuencia de lo dicho, nos asegura Ella que estaba presente con el Creador del universo, cuando extendía los cielos y regulaba los movimientos de los astros, y cercaba los abismos, cuando formaba el aire y los vientos y cuando suspendía en el aire las fuentes de la lluvia y del rocío, que son las nubes; cuando circunscribía al mar en sus términos, e imponía ley a las aguas para que no traspasasen sus límites, cuando asentaba los cimientos de la tierra. Con él estaba yo disponiendo todas las cosas» (3).

¿Cómo se entiende esto? ¿De qué manera esta sagrada Virgen estaba con Dios en la creación del mundo, y de qué manera lo hizo todo con Él? Estaba con Él porque la llevaba siempre en su espíritu y en su corazón y miraba cuidadosamente todas las perfecciones naturales y sobrenaturales que estaban diversamente repartidas entre todas las criaturas para un día recogerlas y reunir las a todas juntas en aquella a quien había destinado para ser la Señora soberana del universo. Por esta razón San Epifanio la llama:

(1) 1 in signum magnum. (2) 1 de Nat. (3) Pro. 8-30.

116 -

LA INFANCIA ADMIRABLE

«Misterio del cielo y de la tierra» (1), porque Dios puso en esta Virgen maravillosa como en resumen y compendio, todo lo que hay de hermoso, bueno y excelente en la tierra y en el cielo. «María, dice Arnaldo de Chartres, es un compendio de todas las obras de Dios, porque Dios puso en Ella sola todas las perfecciones distribuidas en las demás criaturas».

No sólo estaba con Dios cuando hacía el mundo, sino que en cierta manera lo hacía todo con Él.

Primeramente, porque entre las causas por las que Dios hizo el mundo, es María una de las principales; puesto que, como nos declara San Bernardo, por Ella fue hecho el mundo. Ciertamente, cuando Dios creó este vasto universo, tuvo delante de sus ojos a todos los hombres en general que habían de existir hasta el fin de los siglos, y a cada uno en particular, y por cada uno de ellos en particular lo creó; pero, al mirar a la preciosísima María como la primera y más noble de todas sus criaturas, y amándola más a Ella sola que a todas las cosas del mundo, no admite duda que más lo hizo por Ella que por todos los ángeles y hombres juntos.

En segundo lugar, puede decirse con mucho fundamento que sin Ella no hubiera sido hecho el mundo, y que estando Dios dispuesto a hacerlo y previendo que se revelaría pronto contra su Criador y se perdería, lo hubiera dejado en la nada, si su divina sabiduría no le hubiese puesto ante los ojos a esta Virgen incomparable, por medio de la cual había de ser reparado. Este es el

(1) De laud Virg.

LA INFANCIA ADMIRABLE

117 -

sentir de muchos grandes teólogos (1). Además de esto, asegura San Bernardino de Sena que, como consecuencia del pecado del primer hombre, toda la naturaleza humana debía ser reducida a la nada y que Dios la conservó en consideración a esta divina Virgen. Lo cual bien puede decirse de todo el mundo, puesto que habiendo sido hecho por el hombre, debía ser aniquilado con el hombre.

Pero sigamos escuchándola: Eran mis diarios placeres el holgarme continuamente en su presencia, el holgarme en la creación del universo (2). Para entender esto, notad en primer lugar que esta sagrada Virgen jamás se proporcionó satisfacción alguna mientras estuvo en la tierra, si no fue en seguir en todo y por todo la santísima voluntad de Dios. Notad en segundo lugar, que esta

disposición y este estado de su corazón y de su alma estaban siempre presentes a Dios desde el comienzo de los siglos, como si estuviera ya en el mundo; y que el Espíritu Santo la hace hablar así a fin de excitarnos con su ejemplo a amar a Dios como ella le amó y a menospreciar todas las falsas alegrías del mundo, para poner todo nuestro contento en contentar a Aquél que es todo corazón y todo amor para con nosotros. En tercer lugar, notad que, como Ella puso todas sus delicias en agradar a Dios, también Dios la ha amado tanto, que ella misma dijo un día a Santa Matilde, y era en la fiesta de su nacimiento, que la Santísima Trinidad se había complacido tanto en ella desde la eternidad que todas las acciones de su infancia eran como un gratísimo recreo a los ojos de su divina Majestad,

(1) Apud Salazar in cap. VIII Prov. n. 260. (2) 1. e. 30-31.

118 -

LA INFANCIA ADMIRABLE

y que esto estaba expresado en estas palabras: *holgándome continuamente en su presencia.*

No me admiro, mi buenísima Madre, de que vuestro corazón virginal no haya puesto sus delicias si no en Aquél que es el único manantial de toda delicia; pero permitidme que os diga que me sorprenden estas palabras que decís a continuación: *Son todas -mis delicias el estar con los hijos de los hombres.* ¿Qué delicias podéis tener con monstruos de ingratitud que os han causado tantos dolores, que os han hecho derramar tantas lágrimas, que han dado muerte cruelísima a vuestro amado Hijo, y que todavía le crucifican todos los días? ¿Qué delicias podéis tener con los que encuentran tanto fastidio y amargura en conversar con vuestro Hijo y con Vos, y que ponen todo su placer en los vanos pasatiempos del mundo? ¡Ah, es que no tenéis más que un corazón y un mismo sentimiento con vuestro Jesús. El amor infinito que tiene a los hombres, aunque son infinitamente indignos de El, le obliga a decir que sus delicias son estar con los hijos de los hombres; y el exceso de vuestra caridad os lleva a decir y a hacer la misma cosa. ¡Ah, me entrego a este amor y a esta caridad con todo mi corazón, para protestar ante el cielo y la tierra que quiero tener todas mis delicias en mi amadísimo Jesús y en mi queridísima María, y para pedirles que fuera de ellos no encuentre más que amarguras y suplicios.

Pero, aun tenéis algo que decirnos, oh Madre admirable. Hablad, pues, porque los que os aman, os escuchan.

Ahora, pues, dice Ella, oh hijos, escuchadme. Bienaventurados los que siguen mis caminos.

LA INFANCIA ADMIRABLE

119 -

Entrad en la amable escuela en que yo deseo instruíros: aquí aprenderéis la ciencia de los santos y la verdadera sabiduría. No queráis desechar mis instrucciones. Bienaventurado el hombre que me escucha y que vela continuamente a las puertas de mi casa y está en observación en los umbrales de ella para lograr entrar. «Quien me hallare hallará la vida, y recibirá del Señor todas las gracias necesarias y convenientes para su salvación, y con tal abundancia que marchará con facilidad y gozo por los caminos del cielo» (1).

Sí, Virgen santa, porque vos sois la tesorera general de todas las gracias. Jamás Dios ha otorgado gracia alguna que no haya pasado por vuestras benditas manos; y después del *fiat* que pronunciasteis para dar vuestro consentimiento al misterio de gracia y de amor que se obró en Vos y por Vos, cuando el Hijo de Dios se encarnó, pesa tanto vuestro adorable *fiat* ante la Majestad divina, que no concede ni concederá gracia alguna a nadie, ni dará por buena petición alguna sin conocer antes el *fiat* de María.

Acabáis de ver cómo el Espíritu Santo hace hablar a esta divina María el día de su nacimiento; aquí tenéis cómo le hacen decir de ella las mismas cosas que su Hijo de sí mismo dice y cómo le aplica los mismos elogios y las mismas cualidades que pertenecen a la eterna Sabiduría; aunque con esta diferencia, que el Hijo las tiene por naturaleza y por esencia, y en un grado infinitamente más excelente que su Madre, y ella no las posee sino por gracia y participación, pero en un grado sublimísimo y excelentísimo.

(1) Prov. 8-32-35.

120 -

LA INFANCIA ADMIRABLE

Me preguntaréis quizás cómo es que el Espíritu Santo puede aplicar con toda verdad a esta sagrada Virgen todas estas maravillosas excelencias desde el día de su nacimiento y aún de su concepción. Es que la mira desde entonces, según lo que es en los grandes designios que Dios tiene sobre ella, y mira en ella el principio, la raíz y el fundamento de estas grandes cosas. ¿Cuál es este principio y este fundamento? Es la gracia eminentísima que Dios puso en su alma desde el momento de su concepción, y que fue mucho más excelente en el punto de su nacimiento: gracia proporcionada a los grandísimos designios que desde entonces Dios tiene sobre Ella y a la elección que de Ella hizo para ser la Madre de su Hijo; gracia que la hace más santa desde el primer instante de su vida que el más alto serafín y el mayor de todos los Santos en el último grado de su santidad. «La Virgen Madre de Dios, dice San Bernardino de Sena, puso los primeros cimientos de su santidad sobre el más alto grado de toda santidad humana y angélica» (1) ; gracia que además la eleva desde el primer momento de su vida por encima de todas las cosas creadas, y que le acerca y le une a Dios de inexplicable manera; gracia que le hace entrar en la más digna y más estrecha alianza con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo, que jamás existió; gracia, en fin, que comienza a hacerla más semejante a quien pronto ha de ser su Hijo y de quien ella pronto será la Madre, a quien ha formado ya y hecho nacer en su corazón.

¡Oh Virgen incomparable, oh admirable Niña, si encerráis en Vos tantas maravillas desde el momento de vuestro nacimiento y aún de vuestra

(1) Serm. 11. art. 3 cap. 1.

LA INFANCIA ADMIRABLE

121 -

concepción, ¿qué será cuando hayáis concebido y dado a luz al que es la primera fuente y soberano Autor de todas las maravillas. ¡Oh, qué razón tiene uno de vuestros siervos para deciros: «¡ Oh tres veces sagrada santa Madre de Dios, quien dijere de Vos todas las cosas más ilustres y gloriosas que se pueden decir y pensar no se equivocará» (1) . Con razón la santa Iglesia pronuncia su anatema en un concilio general contra el que no quiera reconocer que sois más excelente en dignidad y santidad que todas las criaturas visibles e invisibles (2).

¡Gracias infinitas y eternas sean dadas a la Santísima Trinidad, por haber hecho en Vos cosas tan grandes y tan admirables, aun en vuestra infancia!

(1) S. Basilio de Seleucia. Orat. de Annunt. (2) Conc. gen. 7, act. S.

CAPITULO XVI

**CONTINUA EL COMENTARIO DE LA LITURGIA DE LA
IGLESIA. - EL CAPITULO XXIV DEL LIBRO SAGRADO
DEL ECLESIAÍSTICO.**

Continúa el Espíritu Santo haciendo hablar a la sacratísima Virgen. Le hace decir que ella, después de su Hijo *es semejante a los cedros del Líbano* (1), para darnos a entender la alteza sublime de su dignidad y santidad.

Que es semejante al ciprés (2) ; para mostrarnos que jamás tuvo parte en ella la corrupción del pecado, y que como las hojas del ciprés curan las mordeduras de la serpiente, así por medio de aquellas palabras que la santa Virgen dijo al arcángel San Gabriel: He *aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra* (3) se nos curan las llagas de nuestros pecados que son mordeduras envenenadas de la serpiente infernal.

Que es semejante a la palma (4), para designar su fuerza y su paciencia en las tribulaciones y todas las señaladas victorias que ella reportó contra los enemigos de nuestra salvación.

Que se parece a la rosa (5), que es el símbolo de la hermosura sin par de su alma y de su cuerpo, de su pudor virginal, de su incomparable

(1) V. 17. (2) Ibid. (3) Luc. 1-38. (4) V. 18. (5) Ibid.

LA INFANCIA ADMIRABLE

caridad, y del suavísimo olor de su benignidad con la que atrae a sí a todo el mundo.

Que *se asemeja a una bella oliva* (1), lo cual quiere decir que ella es con toda verdad la Madre de misericordia y la Reina de paz.

Que *se parece al plátano* (2), que es un árbol cuyas hojas son muy grandes y que extiende mucho sus ramas, a fin de poner a cubierto a los caminantes y resguardarlos de los ardientes rayos del sol; para dar a entender que la sagrada Virgen es el refugio universal de cuantos a ella recurren, que a todos los recibe bajo la sombra de su protección y que los pone a cubierto de los ardores de la persecución, de las tribulaciones, de las tentaciones, de la cólera de la divina justicia y de otras miserias de esta vida.

Que es semejante al cinamomo y al bálsamo aromático y a la mirra escogida y a otras cuatro clases de perfumes odoríferos (3) de los cuales se componía el timiama que se ofrecía a Dios todas las mañanas y todas las tardes en el templo de Salomón; para indicarnos que todas las excelentísimas virtudes de que esta Reina de los ángeles estaba adornada y todas las acciones santísimas de su vida, derraman por doquier un suavísimo y muy agradable olor que embalsama y regocija a los hombres y a los ángeles, y al Rey mismo de los ángeles y de los hombres. *El dulcísimo olor de María*, dice San Buenaventura, (4) *es como el olor del cinamomo en su conversación y en su acción; como el olor del bálsamo*

(1) V. 19. (2) Ibid. (3) V., 21. (4) In Spec. E. Virg., cap. 7.

en su devoción y en su contemplación, y como el olor de la mirra en sus mortificaciones, y sufrimientos. El Espíritu Santo hace aún hablar a la Santísima Virgen y nos dice: *que es semejante al terebinto (1)* que es un árbol que represente en primer lugar a Nuestro Señor Jesucristo y su Cruz, porque así como Jacob destrozó y desvaneció los ídolos que Raquel había traído a la casa de su padre bajo un terebinto, así nuestro Salvador destruyó y aniquiló los ídolos y la idolatría de la gentilidad bajo el árbol de su Cruz y de su Pasión. Pero este terebinto representa también a la santa Virgen dolorosa y crucificada con su Hijo para cooperar con El a la destrucción de los ídolos y de la idolatría. *El Hijo y la Madre estaban juntamente crucificados*, dice San Lorenzo Justiniano, *el Hijo en su cuerpo y la Madre en su corazón (2).*

En fin, esta divina Madre dice, después que su Hijo lo dijo de sí mismo, que es semejante a la *vid* que brota pimpollos *de suave olor y cuyas flores dan frutos de gloria y de riqueza (3).* ¿Cuál es el fruto de esta vid, sino Nuestro Señor Jesucristo? ¿Qué flores son éstas sino la humildad, la virginidad y la caridad de María, Madre de Jesús, que nos han producido este fruto admirable, cuya sangre preciosa y cuyo amor sagrado son el vino maravilloso que regocija el corazón del cristiano?; ese vino que engendra vírgenes; ese vino que embriaga a los fieles y les hace despreciar el mundo y todas las cosas del mundo; ese vino que les hace olvidar todos sus propios intereses, para no estimar más que los

(1) V., 22.

(2) Sermo de agon. Christi, cap. 17. (3) V., 23.

de Dios; ese vino que esclarece sus espíritus para hacerles discernir la verdad de la mentira, lo que agrada a Dios de lo que le desagrade; ese vino que les hace fervorosos en el amor de su Criador y en la caridad para con sus prójimos; ese vino que les hace fuertes y constantes en media de las tribulaciones; ese vino que les vuelve invencibles a todos los esfuerzos del diablo, del mundo y de la carne; ese vino, en fin, que les adormece para las cosas terrenas y temporales y que les mantiene en continua vigilancia en las celestiales y eternas. ¡Oh sagrada Madre de Dios, veis la extrema escasez que tenemos de ese vino; decid, pues, por nosotros a vuestro Hijo lo que dijisteis en las bodas de Caná: *No tienen vino (1)*, que si lo decís, nada nos faltará.

Después que esta preciosísima Virgen nos ha hecho ver la maravillosa semejanza que con su Hijo tiene „o todas las cualidades y perfecciones representadas en las cosas mencionadas, nos declara lo que ella es para nosotros y las grandes cosas que con El nos quiere dar en las siguientes palabras que también con El nos dice: *«Yo soy la madre del bello amor, y del temor y de la ciencia, y de la santa esperanza. En mí está toda la gracia, para conocer el camino de la verdad; en mí toda esperanza de vida y de virtud» (2).*

Si consideramos atentamente estas palabras de nuestra admirable Madre, encontraremos en ellas cuatro grandes e inestimables tesoros que por su medio se nos dan.

Es el primero *la fe*, tesoro de admirable luz y conocimiento, con cuyo auxilio vemos y conocemos a Dios en su divina esencia, en sus adorables

(1) Joan., 2-3. (2) V., 24 y 25.

perfecciones, en sus tres Personas eternas, en todos sus misterios, en todo lo que supone la humanidad santa de su Hijo, en la sacratísima Virgen, en su Iglesia triunfante, Militante y purgante y en todas sus obras. Y vemos todo lo que la fe nos hace ver en todas estas cosas, si no tan clara y manifiestamente, sí ¡cosa admirable! tan cierta e infaliblemente como Dios lo ve; porque la falsedad no puede encontrarse más en la luz de la fe que en el mismo Dios. Y tan imposible es que la fe se engañe como que Dios no sea Dios.

El segundo tesoro es *la esperanza*, tesoro de gozo y de indecible consuelo. ¡Qué gozo esperar, Y esperar con una esperanza cierta que nunca es *confundida*, puesto que se apoya y fundamenta en la palabra de un Dios y en la eterna Verdad: esperar, digo, que un día veremos el rostro de Dios, que poseeremos a Dios con todas las glorias, tesoros y felicidades inenarrables que Dios Posee; que vendremos a ser una cosa con Dios; que comeremos en la mesa de Dios; que seremos reyes de un reino eterno; que gozaremos del mismo reino que el Padre eterno ha dado a su Hijo; que nos sentaremos en el trono del Hijo de Dios: «*Al que venciere le haré sentar conmigo en mi trono*» (1) . Y que, en fin, seremos por gracia y por participación lo que Dios es por naturaleza y por esencia. Sólo de nosotros depende que no poseamos todos estos grandes bienes; más fácil nos es llegar a esta posesión que vernos privados de ella, puesto que el camino del cielo es más dulce que el del infierno: «*Suave es mi yugo y mi peso ligero*» (2) . ¿No es cierto que esta esperanza

(1) A 3-21.

(2) 11.30.

es un maravilloso tesoro? ¿No es cierto que semejante esperanza debiera hacernos morir de gozo?

El tercer tesoro es el *temor de Dios*, tesoro de una infinidad de gracias, favores y beneficios corporales y espirituales, temporales y eternos, que Dios da a los que le temen y le sirven, según mil y mil testimonios que de ello se nos da en las sagradas Escrituras. «*El temor de Dios es un precioso tesoro* (1), dice el Espíritu Santo. *El temor del Señor recrea el corazón, y da contento, y gozo y larga vida*» (2).

El cuarto tesoro es el «*bello amor*», es decir, el santo amor de Dios y la verdadera caridad al prójimo, que es un inmenso tesoro que contiene incomprensibles riquezas. Porque el amor de Dios hace que comencemos desde este mundo a poseer a Dios y que le poseamos, no como un tesoro en un cofre que está fuera de nosotros, sino como un tesoro que llevamos siempre en nuestro corazón y en lo más íntimo de nuestra alma y que todos los poderes del cielo, de la tierra y del infierno no podrán arrebatarnos, si nosotros no queremos.

La verdadera caridad al prójimo nos pone en posesión de todos los verdaderos bienes, es decir, de todos los bienes espirituales, celestiales y eternos que existen en el mundo. Porque ella nos une con todos los santos miembros del cuerpo místico de Jesucristo, es decir, con todos los ángeles y con todos los santos de la Iglesia triunfante, militante y purgante mucho más estrechamente que los unos con los otros se unen entre sí los miembros de un cuerpo. Por esto, puedo

(1) Isa., 36-6. (2) Eccli., 1-12.

decir con verdad a todos estos santos: «*Todo lo vuestro es mío*», Todo lo que en tierra pensasteis, hicisteis y sufristeis por el servicio de Dios es mío. Todos vuestros ayunos, mortificaciones, limosnas, oraciones, sacrificios, comuniones, son míos. Todo el honor, ¡a gloria, el amor y las alabanzas que dais a Dios en el cielo, yo también se las doy; tengo derecho a hacer uso de todas estas cosas, y hasta de todo ser criado que haya en el cielo, en la tierra y en el infierno, como de cosa mía, para ofrecerlo a mi Señor y presentarle con todo ello un sacrificio a su alabanza y a su gloria. Oh qué ricos somos: «*Todas las cosas son vuestras*» (1). ¡Oh lo que *perdemos* con no saber hacer uso de tanto bien como *poseemos*!

Ahora bien, ¿quién es el que así nos ha enriquecido? ¿A quién estamos obligados por estos cuatro grandes tesoros? A Vos, después de vuestro Hijo Jesús, oh santísima Madre de Dios. Porque Vos sois la Madre del amor y de la caridad, la Madre del temor, la Madre de la luz y del consuelo, la Madre de la santa esperanza, en Vos se encuentra toda la gracia del camino y de la verdad, es decir, todo lo que hay de bueno, de santo, de rico, de precioso y envidiable en la tierra y en el cielo. En Vos se encuentra toda esperanza de la verdadera vida, de la vida eterna que consiste en conocer, amar y poseer a Dios y de todas las virtudes que son *necesarias para* llegar a esta posesión. Por Vos, en fin, nos libramos de todos los males y poseemos toda *clase de bienes*: «*Todos los bienes me vinieron juntamente con Ella*» (2)

(1) P. Cor. 3-22. (2) Sap., 7-11.

Por eso, después de haber dicho estas cosas, exclama: «*Venid a mí todos los que os halláis presos de mi amor y saciaos de mis dulces frutos; porque mi espíritu es más dulce que la miel, y más suave que el panal, mi herencia*» (1), es decir, el tesoro que yo doy a mis hijos, que son mis herederos, y los frutos con que los alimento, no sólo los enriquecen y nutren, sino que además les colman de dulzuras y consuelos. Todos los siglos *guardarán la memoria y el recuerdo de mis bondades* (2). Porque por toda la tierra se cantará en mi alabanza la benignidad, la clemencia, la misericordia y la dulzura de que Dios me llenó: «*Oh benigna, oh clemente, ¿oh piadosa, oh dulce Virgen María*».

¡Oh amabilísima María, qué dulces y encantadoras son vuestras palabras! ¡Oh hijos de los hombres, hace mucho tiempo que estas palabras de la Reina del cielo resuenan por toda la tierra; hace mucho tiempo que hieren vuestros oídos. ¿Hasta cuándo los cerraréis a esta amable voz? ¿Hasta cuándo permanecerá tan duro vuestro corazón sin que se deje ablandar por voz tan poderosa? ¿Hasta cuándo buscaréis la dulzura y el consuelo donde no existió ni existirá jamás? ¡Ay, contemplo toda la tierra llena de miserias y de miserables que me hacen morir de compasión! Pero, ¿merecen que se tenga compasión de ellos? Son miserables porque quieren. ¿No es por ventura querer ser miserable, poder salir fácilmente de su miseria y no quererlo? He aquí un medio poderosísimo y facilísimo que la divina bondad ha puesto en nuestras manos para librarnos de toda clase de males y hacernos con toda clase

(1) Ibid., 27. (2) Eccli., V.28.

se de bienes: Es la Santísima Madre de misericordia .

Oíd hablar a San Bernardo: «¿Qué recela, dice, llegar a María la fragilidad humana? Nada hay en ella austero, nada terrible: toda es suave, ofreciendo a todos leche y lana; ella es toda piedad y

misericordia, mansedumbre y gracia, nada puede haber en ella que infunda temor. Ella, se hizo toda para todos; a los sabios y a los ignorantes, con una copiosísima caridad, se hizo deudora. A todos abre el seno de la misericordia, para que todos reciban de su plenitud» (1) .

¿Queréis oír al mismo Padre eterno? He aquí lo que dijo un día a Santa Catalina de Sena: «Es un privilegio, dice, que mi divina bondad ha dado a María, la gloriosa Madre de mi único Hijo, porque en ella se encarnó: que cualquiera, por gran pecador que sea, que acuda a ella con respeto y veneración, no vendrá a caer en la posesión eterna del demonio. Porque yo la escogí y preparé, y la puse en el mundo para, por su medio, atraer a mí a los hombres, especialmente a los que estén separados de mí por el pecado» (2) .

En conformidad con lo expuesto, ved lo que Ella dijo un día a Santa Brígida: «Yo soy la Reina del cielo; yo soy la Madre de misericordia; yo soy la alegría de los justos y el camino de los pecadores para ir a Dios. No hay pena alguna en el purgatorio que por mi medio no se haga más dulce y soportable; no hay pecador alguno, por desgraciado que parezca, que esté completamente privado de los efectos de mi misericordia

(1) Sermo in illud: Signum magnum. (2) Dialog., 139-2.

132 -

LA INFANCIA ADMIRABLE

mientras permanece en la tierra, porque procedo de suerte que las tentaciones del demonio no sean contra él tan fuertes como serían. No hay persona alguna, por alejada que viva de Dios, que no pueda por mi medio volverse a su divina Majestad y obtener misericordia» (1).

Siendo esto así, ¿quién me diera ahora una voz suficientemente fuerte para hacerme oír de todos los habitantes del universo, especialmente de todos los cristianos que se encuentran enfrascados en el pecado, o abatidos por cualquier pena o aflicción temporal, y poderles decir:

Hermanos míos, hermanos míos queridísimos, en el estado presente en que os encontráis, ¿qué es lo que esperáis? ¿Por qué diferís recurrir a nuestra buenísima Madre? Venid, venid a arrojaros prontamente a sus pies; jamás rechazó a nadie y no comenzará por vosotros. Es vuestra Madre y tiene todopoder en el cielo y en la tierra. Es vuestra Madre, la que tiene en sus manos todos los tesoros de su hijo Jesús. Es vuestra Madre, todo corazón y todo amor para con vosotros, de tan singular bondad que tiene particular encanto en hacer bien a los que humildemente y con confianza filial la invocan. ¡Venid a Ella; os recibirá y tratará como a hijos suyos; os alcanzará perdón de todos vuestros pecados, por enormes que sean, siempre que lo! detestéis y tengáis verdadera voluntad de renunciar a ellos. Ella os iluminará en vuestras tinieblas; os sostendrá en vuestras debilidades; os hará fuertes en vuestras tentaciones; os consolará en vuestras aflicciones; os hará comer en su mesa; os alimentará con su propia carne y con su propia

(1) Rev., lib. 6, cap. 10.

LA INFANCIA ADMIRABLE

133 -

sangre: «La carne de Jesús, dice San Agustín, es carne de María; la sangre de Jesús es sangre de María» (1). Por eso dice: «Los que de mí comen, tienen siempre hambre de mí, y tienen siempre sed los que de mí beben» (2). En fin, ella os librará de toda clase de males y os colmará de una infinidad de bienes. «Los que me escuchan, dice, los que me obedecen, jamás tendrán de qué avergonzarse (3), jamás serán arrojados en la confusión eterna». «Los que, en sus acciones, se guían por mí, no pecarán» (4). «Los que me esclarecen», los que me honran y los que con sus palabras y con sus ejemplos mueven a otros a honrarme, obtendrán la vida eterna» (5).

(1) Sermo de Assumpt. B. Virg. (2) Eccli., V. 29. (3) V. 30. (4) V. 30. (5) V. 31.

CAPITULO XVII

NOBILÍSIMO ORIGEN Y ESTIRPE REAL DE MARÍA

Quiere Dios que el hombre, después que se perdió por el pecado, ponga su gloria, su tesoro y su paraíso en la cruz y que vaya al cielo, no por el camino de los honores, de las riquezas y de los placeres de un paraíso terrestre, sino por el de las humillaciones, desprendimiento y mortificación.

La prueba evidente de esta verdad la tenemos en que nuestro Salvador, al presentarse en la tierra para mostrarnos con su ejemplo y sus palabras el camino para ir al cielo, escogió el camino de las ignominias, de los sufrimientos y de la pobreza, queriendo nacer pobre y en un establo y morir en un patíbulo. ¿No oía lo que dice contra los grandes y ricos de este mundo? «*Lo que parece sublime a los ojos humanos, a los de Dios es abominable*» (1). «*¡Ay de vosotros los ricos, porque ya tenéis vuestro consuelo en este mundo!*» (2).

Y, por el contrario, ¿no oís lo que dice en favor de los que viven en la pobreza y cargan con su cruz? «*Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos*». «*Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados*» (3). «*Tened por objeto de sumo gozo, dice ha* (1) Luc., 16-15. (2) Luc 6-24. (3) Matth., V. 3-5.

LA INFANCIA ADMIRABLE

blando por boca de su apóstol Santiago, *el caer en varias tribulaciones*» (1) .

Este es el camino que han seguido todos los Santos. ¿No tuvieron los mismos sentimientos que el Santo de los santos? ¿No hicieron profesión de amar la pobreza, la mortificación y la abnegación en todas las cosas? Oigo a San Jerónimo que dice: «Nuestra religión no sabe lo que es acepción de personas; no mira la nobleza de los hombres sino sus almas; no hace distinción entre señor y criado; la verdadera nobleza ante Dios consiste en ser recomendable por sus virtudes» (2).

Encuentro en el capítulo catorce del libro segundo de la vida de Santa Teresa escrita por el P. Ribera, que habiendo esta Santa fundado un monasterio de su orden en la ciudad de Toledo, se presentó a ella un hombre de humilde condición que le pidió una capilla de su iglesia para que en ella fuera enterrado él y sus descendientes. Mas habiendo oído de muchos la Santa que no debía ceder esos lugares ni otros parecidos sino a personas de noble e ilustre nacimiento, y encontrándose perpleja sin saber lo que debía hacer, reprendióla el Señor fuertemente por haber dado oídos a los que le hablaron semejante lenguaje, y le declaró el poco aprecio que se hace ante Dios de noblezas terrenas: «*Hija mía, le dijo, mucho te atormentarás si atiendes a las leyes del mundo. Pon en mí tus ojos, y verás que para el mundo soy un pobre y desgraciado. ¿Son por ventura los grandes del mundo grandes también delante de mí? Dime, ¿debes ser estimada, por tu nacimiento o por tu virtud?*»

(1) Jac., 1-2.

(2) Epist. ad Celantiam.

LA INFANCIA ADMIRABLE

Es, no obstante, cosa cierta que el Hijo de Dios quiso nacer de una Madre de estirpe noble e ilustre por la dignidad sacerdotal y real. Porque San Ambrosio, San Agustín, San Gregorio Nacianceno, San Hilario, San Epifanio y otros muchos y santos Doctores aseguran que la sacratísima Virgen viene de la raíz real de David y de la tribu sacerdotal de Leví, de la que su madre Santa Ana descendía según la línea materna, siendo por línea paterna de la raza de David, lo mismo que San

Joaquín.

Es también cierto lo que dice San Bernardino de Sena: *«Que va hubo, ni habrá jamás en todo el género humano una criatura, tan noble como nuestra real Virgen, y que toda la nobleza humana y corporal que ha habido en la raza de, David ha venido a parar a ella. Porque, según la genealogía de su Hijo Jesús, descrita por San Mateo, que es también la suya, cuenta en m línea catorce Patriarcas, catorce Reyes y catorce príncipes»* (1) .

Entonces, ¿de dónde viene que Nuestro Señor que vino a este mundo para condenar y destruir el orgullo y la ambición de los hijos de Adán y para llevarnos al cielo por el camino de la humildad, haya querido que El y su santa Madre naciera de una estirpe tan ilustre y gloriosa aún delante de los hombres? Lo quiso por muy grandes razones, entre las cuales hago notar cinco principales:

La primera, porque era conveniente que Nuestro Redentor, que debía ser sacerdote y rey juntamente, y venir al mundo para hacer a todos sus hijos sacerdotes y reyes: *«Nos hiciste para*

(1) De Nativ., cap. 1.

138 -

LA INFANCIA ADMIRABLE

nuestro *Dios* reyes y sacerdotes» (1), naciese de la tribu real y de la tribu sacerdotal.

La segunda razón por la que Nuestro Salvador quiso nacer de raza real y gloriosa, aún según el mundo, fue para humillar en su persona el fausto y la soberbia del humano nacimiento, y lo que el mundo tiene de más ilustre y brillante, como es la dignidad real, la cual no puede quedar más humillada y confundida que como lo estuvo con los oprobios e ignominias de la pasión y de la cruz del Hijo de Dios.

La tercera razón es, para pasar El mismo por mayor humillación y confusión, porque cuanto más elevado estaba antes el que se encuentra abatido, más vergonzoso e ignominioso es este - abatimiento. Gran confusión es para un hombre de baja condición morir en un patíbulo; pero es grandísima ignominia para el Hijo de un gran Rey, para el Hijo de David, acabar su vida en una cruz, entre ladrones y malhechores.

La cuarta razón, es para enseñarnos que vino a este mundo, no sólo por la salvación de los pequeños y de los pobres, sino también para salvar a los grandes, a los príncipes y a los reyes; y que su inmensa caridad abraza a todos los hombres de cualquier clase y condición que sean, sin excluir a nadie de la esperanza del cielo, con tal que se quiera corresponder a ella, empleando los medios necesarios para llegar a él.

Quiso nacer pobre, vivir pobre, morir pobre! Tener por Madre una pobre Niña y por padre nutricio un pobre carpintero; ser enviado de su Padre eterno para evangelizar a los pobres; presentar

(1) Apoc., V. 10.

LA INFANCIA ADMIRABLE

139 -

como prueba de su misión el que los Pobres son evangelizados; anunciar su nacimiento a los pastores, atrayéndoles a El antes de llamar a los reyes; escoger pobres pescadores para hacer de ellos sus apóstoles; comenzar la fundación de la religión cristiana por los sencillos y los pobres a quienes hace venir los primeros: *«Considerad, dice San Pablo hablando a los primeros cristianos, quiénes son los que han sido llamados a la fe de entre vosotros, cómo no sois muchos los sabios, según la carne, ni*

muchos los poderosos, ni muchos los nobles: sino que *Dios* ha escogido a los necios según el mundo, para confundir a los sabios; y Dios ha escogido a los flacos del mundo, para confundir a los fuertes: y a las Cosas viles y despreciables del mundo, y a aquellas que eran nada, para destruir las que son al parecer más grandes; a fin de que ningún mortal se jacte -ante su acatamiento» (1).

Hizo El todo esto para honrar y santificar particularmente el estado de la pobreza, para consolar y animar a los pobres, para enseñarles a no hacer gran aprecio de las riquezas, ni envidiar a los ricos, y para hacerles ver que su condición al ser la más conforme a la del Salvador, es más agradable a Dios.

Mas este mismo Salvador que tanto amó la pobreza, quiso también nacer de sangre real, a fin de arrancar la desesperación de los corazones de los príncipes y reyes de la tierra, y abrirles de par en par la puerta de la esperanza del cielo.

La quinta razón por la que nuestro Salvador quiso que El y su divina Madre naciesen de sangre real e ilustre, es para mostrar que no habiendo

(1) 1 Cor., 1-27.

140 -

LA INFANCIA ADMIRABLE

tenido ni el Hijo ni la Madre, parte alguna en el pecado del primer hombre, antes habiendo sido concebidos y nacidos en la justicia original, tenían el derecho de disfrutar de los privilegios y ventajas del estado de inocencia en que estaba el hombre antes del pecado, que era un estado de verdadero rey.

Más, notad que jamás encontraréis que Nuestro Señor, ni su bienaventurada Madre hayan hablado ni directa ni indirectamente de su noble origen, ni que hayan jamás dicho una sola palabra para dar a conocer tácita o expresamente que fuesen de la raza real de David. Ciertamente que el Espíritu Santo inspiró a los sagrados evangelistas escribir una genealogía de nuestro Salvador que le hace descender de catorce reyes, pero esta descripción le es más ignominiosa que gloriosa. Porque ella nos hace ver que ha salido, según la carne, de gentes, en su mayor parte tan malas e impías que hay motivo para temer que se encuentren en estado de reprobación y condenación. Y hasta ha querido que hayan puesto en esta genealogía los nombres de algunas mujeres que eran del número de las que son el oprobio de sus familias.

¡Oh Jesús mío, qué opuesto es vuestro espíritu al espíritu del mundo! Porque en el mundo se hace grandísimo aprecio y se pondera por todas partes la nobleza de la sangre; y no nos extraña que los hombres del mundo, los hijos de las sombras que están sepultados en las tinieblas del orgullo, tengan estos sentimientos y hablen este lenguaje. Pero es cosa verdaderamente lastimosa ver que los hijos de la luz, los cristianos que leen el evangelio, estén en esta ceguera. ¡Ah, qué lejos nos encontramos de los sentimientos y del espíritu de nuestra adorable Cabeza! No está

LA INFANCIA ADMIRABLE

141 -

en esto la verdadera gloria y la verdadera grandeza. Los mismos paganos nos dan en esto una lección, enseñándonos: que no hay verdadera nobleza sino en la verdadera virtud. «No se gloríe el sabio en su saber, dice Dios; ni se gloríe el valeroso en su valentía; ni el rico se gloríe en sus riquezas: Alas el que quiera gloriarse, gloriése en conocerme y saber que yo soy el Señor (1) .

Si queremos ser recomendables por el esplendor de nuestro linaje y por la nobleza de nuestro

nacimiento, guardémonos bien de hablar de este infame nacimiento por el que hemos nacido hijos de ira y de maldición, hijos de Satanás. esclavos de Lucifer, y posesión del diablo; antes gloriémonos de nuestro segundo nacimiento, por el que hemos *nacido de Dios* (2). Somos de la *raza de Dios* (3), de la sangre real de Jesucristo: somos hijos de Dios (4), hermanos del Hijo de Dios, *herederos de Dios y cohermanos de Jesucristo*. Somoshijos del Rey de los reyes; tenemos por Madre a la gran Reina del cielo y de la tierra; y todos los ángeles y santos del cielo, el último de los cuales es un Señor más grande y un Rey más poderoso que todos los reyes de la tierra, son nuestros hermanos e íntimos amigos.

¡Oh el noble linaje, el glorioso nacimiento! ¡Oh las admirables cualidades! ¡Fuera todas las glorias del mundo que no son más que humo! ¡Oh hijos de los hombres, que tanto os apasionais por el honor y por la gloria, ¿por qué os dejáis fascinar por un honor que no es más que imaginario y por una falsa gloria que en un momento

(1) Jer., 9. 23-24. (2) Joan., 1-3. (3) Act., 17-29. (4) Rom., 8-14 y 8-17.

142 -

LA INFANCIA ADMIRABLE

pasa? No amáis el verdadero honor ni buscáis la verdadera gloria que es sólida, permanente y eterna y que consiste en seguir al Rey de la gloria, y consiguientemente de los Ángeles! ¡«*Servir al Señor es una gloria grande!*» (1) .

(1) Eccli. 23-38.

CAPITULO XVIII

EL SANTO NOMBRE DE MARÍA

Es una máxima infalible, dice Alberto el Grande(1), y todos los demás santos Doctores están conformes con ello, que no sólo todos los favores con que Dios ha honrado a sus Santos han sido concedidos a la Reina de todos los Santos, sino que le ha sido dado todo lo que puede contribuir a su gloria, y con tanta excelencia sobre todos los habitantes del cielo, cuanto es lo que a todos ellos les aventaja en dignidad y santidad. Por esto, si el nombre del Patriarca Isaac fue revelado por un ángel a su padre Abraham, y si el nombre de San Juan Bautista fue anunciado por un mensajero del paraíso a su padre Zacarías y a su madre Santa Isabel, no debe dudarse que el sacrosanto nombre de María haya venido del cielo, siendo traído por el bienaventurado arcángel San Gabriel, que siempre fue empleado en todas las cosas que pertenecen al misterio adorable de la encarnación que tuvo lugar en las sagradas entrañas de la divina María. Este glorioso arcángel por orden expresa de la Santísima Trinidad, fue enviado del cielo a San Joaquín y a Santa Ana, para declararles que su divina Majestad quería darles una hija, y que su nombre sería María, cual le fue impuesto algunos días después de su nacimiento por el mismo San Joaquín, conforme al mandato recibido de Dios por boca del ángel.

(1) In Bilb. B. Mar ad cap. 1 Cant.

LA INFANCIA ADMIRABLE

Este es el sentir de San Jerónimo, de San Juan Damasceno, de San Andrés de Jerusalén y de muchos otros santos Doctores. De donde hay que inferir que habiendo venido este santo nombre de María del cielo, por orden del soberano Monarca del cielo y de la tierra, ha salido del corazón adorable de la Divinidad: El *nombre de María*, dice San Pedro Damiano, es *arrancado del tesoro de la Divinidad* (1).

Encontrándose el hombre miserablemente perdido, y buscando el Padre de las misericordias el medio de salvarle, he aquí que aparece el nombre de María en los tesoros de su divina sabiduría y se presenta a los ojos de su divina honda(), a la vista del cual este Dios de todo consuelo da, un decreto, en sus divinos consejos, por el que esta gran obra de la redención de los hombres y de la reparación del mundo sea hecha por María,, en María, de María y con María; a fin de que, como nada se hizo si el Verbo encarnado, nada sea reparado sin la Madre del Verbo encarnado. Expuesto lo cual, no hay que asombrarse si este precioso nombre contiene en sí todas las maravillas que vamos a exponer,

Son muchas las interpretaciones del santo nombre de María, sacadas por los santos Padres y por algunos señalados Doctores de su etimología hebrea, siríaca, griega y latina. La primera interpretación del santo nombre de María es de San Ambrosio, que dice que María significa Dios *nacido de mi raza* (2). Lo que da a entender que habiendo Dios nacido de la nobilísima raza de María, hija de Joaquín y Ana, hay en esta raza real una Madre de Dios. Esta Madre no puede

(1) De Annunt. (2) De inst. Virg. e. 5.

LA INFANCIA ADMIRABLE

ser otra que esta bienaventurada María, porque la Madre de Dios debe ser virgen: *Sabed que una Virgen concebirá y dará a luz un Hijo* (1) ; y esta divina Madre es virgen y la Reina de las vírgenes, y la primera que hizo voto de virginidad, por lo que Dios sea eternamente alabado y glorificado.

La segunda interpretación es de San Jerónimo (2), de San Atanasio (3), de San Anselmo (4), y de otros varios que nos enseñan que María quiere decir: *Señora del mar*; lo que señala el gran poder de la bienaventurada Virgen. «El Hijo y la Madre no tienen sino un mismo poder, dice Ricardo de San Lorenzo. Siendo el Hijo todopoderoso, hace a la Madre todopoderosa.

¡Oh María, sed verdaderamente nuestra María, es decir, sed nuestra Señora soberana y absoluta: *Domina tú en medio de tus enemigos* (5). Estableced vuestra dominación en medio de nuestras almas, a pesar de todos vuestros enemigos, que son nuestra propia voluntad, nuestro amor propio, nuestro propio juicio y todas nuestras pasiones desarregladas. Sed la Reina de nuestros corazones, para guiarlos y regirlos en todas las cosas, según la voluntad de vuestro Hijo.

La tercera interpretación es de San Efrén (6), San Epifanio (7), de Santo Tomás (8), quienes nos enseñan que María quiere decir: Iluminada,

(1) Is. 7-14. (2) In ev. de San Deip. (3) De nom. Hebr.

(4) De exc. Virg. e. 9. (5) Ps. 109-2.

(6) De laud Virg. (7) De laud Virg.

(8) Opuse. 8.

146 -

LA INFANCIA ADMIRABLE

iluminadora, ¡oh María, sednos María, sed nuestro sol, esclareced nuestras tinieblas. No permitáis que nos durmamos en la muerte del pecado, sino haced que conozcamos su horror para odiarlo y huir de él, que conozcamos a Dios para temerle y amarle, que conozcamos el mundo para despreciarlo, y que nos conozcamos a nosotros mismos para humillarnos.

La cuarta interpretación es de los mismos Santos Efrén, Epifanio, y otros que acabo de alegar y dicen que María y luz de Dios es una -misma rosa. ¡Oh María, luz de Dios, luz que sois una excelentísima participación de la luz esencial, luz que sois la Madre de la Luz eterna, sed la luz de nuestras almas y tened compasión de tanto miserable ciego que se precipita en las tinieblas horribles del pecado y del infierno.

La quinta interpretación es del santo Abad de Celles, en la diócesis de Lisieux, en Normandía, que por humildad se llamó el Idiota, y cuyo nombre verdadero es Raimundo Jourdain, el cual, dice que María significa Doctora, Maestra del mar, del pueblo (1), la que Dios puso en el mundo para enseñar a los hombres, para ser la maestra de los pueblos, designados por las aguas del mar «Maestra de las gentes, dice San Agustín (2), a fin de enseñarles la ciencia de los santos, la ciencia de la salvación y la doctrina del cielo, no sólo con su ejemplo sino también con sus palabras; lo que ella realizó con los mismos apóstoles, después de la Ascensión de su Hijo. Por esta razón es llamada por San Agustín y por San Crisóstomo la Maestra de la piedad y de la verdad (3); y por el devoto Abad Ruperto la Maestra

(1) De contr. Virg. cap. 5. (2) Serm 6 de Temp. (3) In Hor. ani.

LA INFANCIA ADMIRABLE

147 -

de la religión y de la fe (1), y la Maestra de las maestras (2); y por el piadoso Abad Blosio, la Maestra de los evangelistas (3); y por San Gregorio el Grande, la Maestra de todos los Doctores (4); y por Ricardo de San Lorenzo, la Boca de la Iglesia; y por toda la Iglesia, la Reina de los apóstoles y la Reina de los evangelistas». ¡Oh divina Maestra, dichosos los que estudian en vuestra escuela! ¡Seayo del número de vuestros discípulos y aprenda a vuestros pies la filosofía de los hijos de Dios y la teología del paraíso!

La sexta interpretación es de un excelente autor llamado Angelus Caninius que nos asegura que María quiere decir: Exaltada, eminente, sublime, excelsa, lo que expresa la altura increíble de su dignidad, de su santidad, de su poder y de su gloria, que es tan alta que nada hay por encima de ella sino sólo Dios; y que todo lo que no es Dios está casi infinitamente debajo de ella. ¡Gracias infinitas y eternas sean dadas al que la hizo tan grande y tan admirable!

La séptima interpretación es del R.P. Adrianus Lyracus, de la Compañía de Jesús, que compuso un excelente libro sobre el santo nombre de María titulado: Trisagion Marianum, donde nos enseña que María, según la etimología hebrea, no sólo significa sublime, excelsa sino que quiere decir también gota de agua del mar, lo que designa su profundísima humildad. Y ciertamente estas dos cosas se conciertan muy bien; porque vuestra humildad, oh Reina del cielo, es la que os elevó a la dignidad suprema de Madre

(1) In Cant. lib. 5. (2) Ib. lib. 4. (3) In 1. prec. (4) Homili in ev.

148 -

LA INFANCIA ADMIRABLE

de Dios. Vos sois mirada y tratada como la última de todas las criaturas, y Dios, que ensalza a los que se humillan, os ha dado el primer lugar de su imperio. Os habéis abatido por debajo de todas las cosas, y él os ha levantado por encima de todas las puras criaturas.

¡Oh humildísima Virgen, hacednos participantes de vuestra humildad; haced que detestemos el orgullo y la vanidad, y que amemos la humillación en todo lugar, en todo tiempo, y en todas las cosas, según este divino mandato: *Debes humillarte en todas las cosas* (1); no para luego ser ensalzado y glorificado, sino para que Dios sea ensalzado y glorificado en nosotros. Porque Dios humilla a quien & ensalza y ensalza a quien se humilla.

La octava interpretación es de Rutilius Benzonius, obispo que fue de Loreto, y de otros varios que nos declaran que María significa *Imitadora de Dios* (2) por excelencia; porque no se ha visto ni se verá nunca criatura alguna que haya imitado a Dios tan perfectamente en sus adorables perfecciones como nuestra incomparable María. Por esto dice el Crisóstomo que es ni *abismo de las inmensas perfecciones de Dios* (3), y San Andrés Cretense que es un *compendio de las incomprensibles perfecciones de Dios* (4).

¡Oh mi divina Madre, dese de todo corazón llevar en mí la imagen de vuestras raras virtudes por medio de una cuidadosa imitación, como Vos lleváis la imagen de las perfecciones de vuestro Padre celestial.

(1) Eccli 3-20.

(2) Sup. Magn. C. 22.

(3) In Hor ani. (4) De Assumpt.

LA INFANCIA ADMIRABLE

149 -

La novena interpretación es de Canisio, de la Compañía de Jesús (1), y de otros autores que aseguran que María significa: Lluvia tempestiva *del mar* (2), es decir, lluvia que viene en tiempo oportuno para cada estación; lo que nos hace ver que la sagrada Virgen es nuestro consuelo en las aflicciones de este destierro, entre los peligros del mar borrascoso de este mundo. Porque es como una dulce lluvia que templar los ardores del fuego de la tribulación, y que suaviza en el tiempo y manera convenientes las amargas de las miserias de este valle de lágrimas, y que regando la tierra de nuestros corazones, la hace fértil y abundante en flores y en frutos de buenos deseos y santas

obras.

¡Oh santa y sagrada lluvia, venid a derramaros en nuestras almas y en nuestros corazones; apagad en nosotros todo otro fuego que no sea el que nuestro Salvador vino a encender en la tierra, y ahogadlo en los torrentes sagrados de vuestras divinas aguas.

(1) S. Pedro Canisio. N. del T. (2) Lib. 1 e. 1.

CAPITULO XIX

OTRAS INTERPRETACIONES DEL SANTO NOMBRE
DE MARÍA

La décima interpretación del nombre de María es de San Pedro Crisólogo (1), que nos enseña que María quiere decir *mar o mares*. Lo que da a entender que así como Dios juntó todas las aguas en un lugar, llamándolas *mares*, así puso todas sus gracias en la bienaventurada Virgen, llamándola *María* (María), para darnos a conocer que es un océano y un abismo de gracias. *Abismo de gracias*, dice San Juan Damasceno (2) ; *mar inmenso de misericordias*, dice San Crisólogo (3), en el cual quedó ahogado el verdadero Faraón, como se canta en los himnos griegos.

¡Oh mar inmenso, ¿quién hará que vuestras aguas se desborden por toda la tierra para formar un segundo diluvio en el que se hundan todos los faraones de que ella se encuentra hoy libre? ¡Quién me diera que quedara yo sumergido en vuestros abismos, no como un Faraón, sino como una gótica de agua que se pierda con Vos en el mar del divino amor, y que jamás se encuentre en ella misma!

La undécima interpretación es de San Juan Damasceno (4) y de Alberto el Grande (5), que

(1) Serm. 146. (2) Orat. 2 de Ass. (3) In Hor Ani.

(4) Hymn. graec. (5) En cap. 1. Luc.

LA INFANCIA ADMIRABLE

nos enseñan que María significa: mar amargo. Porque esta preciosa Niña, que es un océano de dulzura y de benignidad, es llamada mar amargo? Para representarnos, en primer lugar que ella fue sumergida en un mar de hiel y de amarguras en el tiempo de la pasión de su Hijo: *Grande* es como el mar tu tribulación (1). En segundo lugar, para indicarnos que estando llena de misericordia para con los hombres, está para con los demonios llena de rigor y de amargura. Como el mar Rojo, dice San Buenaventura, fue amarguísimo y muy formidable para los Egipcios, que, en él quedaron hundidos, así María está llena de amargura y terror para con los demonios» (2). Porque la piadosa y humilde invocación del santo nombre de María descubre sus celadas y sus trampas, disipa sus tentaciones, rompe las cadenas de las almas a quienes tenían cautivas, y les arranca de sus garras. En una palabra, la pronunciación del solo nombre de María hace temblar a todo el infierno y pone en fuga y derrota a todos los poderes del averno: Terrible como un ejército formado en batalla (3).

¡Ah, qué cobardes somos, qué culpables, si nos dejamos vencer de estos crueles enemigos de nuestras almas, que por un lado son ellos muy débiles y por otro, nos da Dios armas tan poderosas para combatirlos. Tened siempre el sacrosanto nombre de María en el corazón, y frecuentemente en los labios, y seréis más terribles a todo el infierno que un ejército bien ordenado y aguerrido a un pequeño grupo de débiles enemigos.

(1) Thren. 11-13. (2) In spec. V. B. lee. 3. (3) Cant. 6-9.

LA INFANCIA ADMIRABLE

La duodécima interpretación es de San Jerónimo (1) y de San Epifanio. (2) que nos participan que María quiere decir: *Mirra del mar*. Y esto ¿qué significa? ¿Qué es la mirra del mar? Dicen muchos célebres autores que es una piedra preciosa que se encuentra en el mar, y que se llama «mirra» porque tiene el olor de la mirra, haciéndose antiguamente con ella tazas y copas de mayor precio que

las de oro. ¿Qué es lo que esto nos representa en nuestra admirable Madre sino la preciosísima copa del gran Rey en la que ella le presentó el néctar delicioso compuesto del vino de su amor y de su caridad y de la miel de su dulzura y de su humildad; en la que le dejó santamente embriagado, hasta tal punto que, olvidando todas las grandezas de su divinidad, se sumergió en las abyecciones y miserias de nuestra humanidad, para sacar de ella a los que eran sus enemigos, levantándoles hasta el trono de su divina Majestad?

¿Qué habéis hecho, oh María? ¿Qué obligaciones ha contraído para con vos todo el género humano? ¿Qué alabanzas deberá tributaros? ¿Qué acciones de gracias podré daros que sean dignas de tal beneficio? ¿No me atreveré a suplicaros, oh divina Madre, que me déis un poco de este precioso vino con el que habéis embriagado a mi Redentor, para que estando como El embriagado, por su amor me olvidé enteramente de mí mismo, como El por mi amor, de sí mismo se olvida, para que no piense sino en mi Jesús, no ame más que a mi Jesús y no viva sino para servir y honrar a mi adorable Jesús y a mi amabilísima María?

(1) De nom. hebr. (2) De laud. Virg.

154 -

LA INFANCIA ADMIRABLE

La décima-tercia interpretación es de los Padres Canisio (1) y Salazar (2), de la Compañía de Jesús, quienes nos aseguran que María se interpreta: *jaculatrix maris*, la que lanza dardos y arroja flechas sobre el mar; lo que muy bien dice con la santísima Madre de Dios. Porque es una generosa guerrera, es la generala de los ejércitos de Dios, que incesantemente combate en el mar de] mundo, armada de dardos y flechas que lanza y dispara continuamente contra el pecado, contra las herejías, contra los demonios y contra todos los enemigos de Dios.

¡Oh poderosa arquera, disparad las flechas de vuestra indignación contra todos los enemigos de nuestra salvación, contra ese ejército innumerable de dragones infernales de que está llena la tierra y que tantas almas rescatadas con la preciosa sangre de vuestro Hijo arrebatan. Lanzad a nuestros corazones vuestros dardos, para matar en ellos el amor de] mundo, y el amor desordenado de nosotros mismos. ¡Oh divina arquera, oigo al Rey del cielo que se queja amorosamente de vos, diciendo: *Heriste mi corazón*, oh *hermana mía*, Esposa amada, heriste mi corazón (3), o según otra versión: Disparásteis vuestras flechas a mi corazón (4). ¡Por favor, oh Madre, puesto que no perdonásteis al corazón del Padre, no perdonéis al del hijo. Volved, volved vuestras flechas hacia mi corazón, traspasadlo con los dardos encendidos de vuestro divino amor, para que muriendo enteramente a todo lo creado, y no viviendo sino para mi Dios, en los desfallecimientos de su santo amor grite

(1) 1 de Virg. (2) In cant. (3) Cant. 4-9. (4) Sagitasti cor meum.

LA INFANCIA ADMIRABLE

155 -

continuamente a todos los habitantes de la santa Jerusalén: ¡Ah, ah!, decid a mi amadísimo Jesús y a mi amabilísima María que desfallezco de amor por ellos (1). La décima cuarta interpretación es de San Epifanio (2), que asegura que María significa esperanza del mar, la esperanza de los que navegan por el mar borrascoso de este mundo. Lo cual está conforme con lo que el Espíritu Santo le hace decir de ella misma en estos términos: Yo soy la *Madre de la santa esperanza*; en mí está toda esperanza de vida y de virtud (3).

Tampoco San Agustín teme decirle que ella es, después de Dios la única esperanza de los Pecadores (4). Y San Efrén nos declara que ella es hasta la única esperanza de los desesperados, y el más poderoso socorro de cuantos imploran su ayuda (5), «Hijitos míos, dice San Bernardo, aquí está la escala de los pecadores para subir al cielo; aquí mi grandísima confianza; aquí toda la razón de mi

esperanza» (6). ¡Oh benignísima Virgen, dichosos los que viven en una entera desconfianza de ellos mismos, y han puesto toda su confianza en vos, después de Dios; porque siendo vos poderosísima, sapientísima y buenísima, podéis, sabéis y queréis socorrer y favorecer tan oportuna y eficazmente a los que a vos se dirigen con una confianza filial, que jamás se ha visto confundido en su esperanza.

La décima-quinta interpretación es de San

(1) Cant. 5-8. (2) Delaud Virg. (3) Eccl. 24-24. (4) Sermo 18 de S.S. (5) Orat. ad Virg. (6) De Nat. Virg.

156 -

LA INFANCIA ADMIRABLE

Jerónimo (1), de San Bernardo (2), y de muchos otros que dicen que María significa *estrella del mar*. Porque Dios nos ha dado esta divina estrella para iluminarnos entre las nubes tenebrosas del mar de este mundo, y para guiarnos entre los innumerables peligros que en él se encuentran, al puerto deseable de la eterna salvación. Es una estrella tan resplandeciente, dice San Pedro Damiano que, como el sol en cuanto aparece en el horizonte apaga todas las demás antorchas del cielo, así el resplandor maravilloso de la santidad y de la gloria de María de tal modo eclipsa a todo lo más brillante de los ángeles y Santos, que están delante de ella como si no existieran.

Es una estrella que es la Hija y la Madre del Sol eterno; es una estrella nacida de un sol y que ha dado a luz un sol. ¡Ay, ¿qué haríamos nosotros sin esta estrella entre tantas tempestades, escollos, precipicios, piratas, monstruos, peligros y tinieblas, de que está lleno el mar del mundo sobre el que navegamos? «Quitad el sol del cielo, dice San Buenaventura, ¿qué será del mundo? Quitad a María, que es el lucero de la noche oscurísima de esta miserable vida, ¿qué nos sucederá? ¿Dónde nos encontraremos sino en la sombra de la muerte y entre espesísimas tinieblas? «Por consiguiente, dice San Bernardo, los que fluctuáis en medio de las tempestades del mar del siglo presente, tened siempre los ojos fijos en esta estrella. Si los vientos de las tentaciones se levantan contra vosotros, si os encontrais entre escollos de tribulaciones, mirad a vuestra estrella, invocad a María. Si os agitan las olas de la soberbia, de la ambición, de la envidia,

(1) In Ps. 118. (2) Serm. de Assumpt.

LA INFANCIA ADMIRABLE

157 -

de la detracción, mirad a vuestra estrella, invocad a María. Si la cólera o la avaricia, o la pasión de la carne os ponen en peligro de naufragar, fijad vuestros ojos en María. Si el horror de vuestros crímenes, el desorden de vuestra conciencia, el terror de los juicios de Dios comienzan a lanzaros por el despeñadero de la desesperación y de la tristeza, volved vuestros pensamientos a María. En todos vuestros peligros, en todas vuestras angustias, pensad en María, invocad a María. Que María esté siempre en vuestro corazón y en vuestra boca, para que consigáis el favor de sus oraciones.

La décima-sexta interpretación es del mismo Liréus que antes he alegado, que nos enseña que María, según la etimología griega, quiere decir: *Acueducto*, conforme a estas palabras que el Espíritu Santo hace decir a su divina Esposa: *Como un acueducto salí del paraíso (1)* ; palabras que se atribuyen por San Bernardo a la madre de gracia de esta manera: Jesús está en la Iglesia como la primera fuente de gracia; la bienaventurada Virgen está en ella como el canal de las gracias que se dan a los fieles. Todos los Santos son arroyos que contienen cada uno su porción de la misma gracia. Todas las gracias están en la fuente como en su primer origen. Encuéntrense también en los arroyos que participan de ellas según la distinta capacidad; mas están enteramente y sin reservas en el canal que las recibe de la fuente para comunicarlas diversamente a los arroyos, y de tal manera, que

absolutamente nada de ellas se pierde en el canal, sino que las conserva en sí completamente, como

(1) Sap. 11-25.

158 -

LA INFANCIA ADMIRABLE

la antorcha que, aunque dé parte de su luz, la conserva toda para ella.

«Es un decreto formulado en el consejo de la divina Majestad, dice San Bernardo (1), que no concederá su bondad gracia alguna a nadie que no pase por manos de María». ¿Por qué, Dios mío, lo habéis querido así? ¿Quién os ha inducido a dar este decreto? Vuestro amor a esta amabilísima Virgen y a nosotros: Vuestro amor a ella, para obligar a todos los hombres a reconocerla y honrarla como a la fuente de su salvación después de Dios; vuestra caridad para con nosotros, para darnos por este medio acceso fácil a la primera fuente de nuestra eterna felicidad, por todo lo cual seáis eternamente alabado y glorificado.

La décima-séptima y última interpretación es de Teodoro, por sobre nombre el nuevo Confesor, que saluda a la santa Virgen de esta manera: «*Ave María*», como quien dice *Miría* por la abundancia innumerable de tus encomios y alabanzas; porque esta palabra griega, tan parecida a vuestro nombre, que significa *diez mil*, nos indica el número innumerable de vuestras maravillas. Porque, por más que se digan y no cesen de decirse, añade este santo autor, todas las perfecciones y alabanzas imaginables jamás se os podrá alabar dignamente.

He aquí las cosas grandes y admirables que están encerradas en el maravilloso nombre de María, de las que he debido hablar en este libro, porque pertenecen a esta divina infancia, ya que están comprendidas en un nombre que le ha sido dado desde los primeros días de su infancia,

(1) Eccli 24-41.

LA INFANCIA ADMIRABLE

159 -

y por orden de Dios que sabe mucho mejor que el primer hombre poner nombres propios y adecuados a cada cosa. Añadid a esto que celebrando la Iglesia en muchos lugares la fiesta de este santo nombre que contiene todas estas maravillas, y haciéndolo en el tiempo que está consagrado a la bienaventurada infancia de la Madre de Dios, de la que este nombre es uno de los principales misterios, venía muy a propósito abrir aquí este tesoro inestimable y exponerlo a la consideración de los hijos de esta gloriosa Virgen. para excitarles a solemnizar esta fiesta con el mayor fervor.

Yo llamo a este sagrado nombre de María un tesoro inestimable Y vais a ver en el capítulo siguiente que no lo digo sin razón.

(1) In Orat. de Hypap.

CAPÍTULO XX

**EL SANTO NOMBRE DE MARÍA ES EL TESORO
Y EL AMOR DEL PADRE ETERNO**

Ya en dos distintos lugares he referido las bellas y santas palabras con que el bienaventurado mártir San Metodio saluda a nuestra amable Madre: Salve, tesoro del amor de Dios Padre (1). Pero las encuentro tan dulces y encantadoras para quienes las pronuncian y tan ventajosas a esta divina Madre, que querría saludarla de esta manera incesantemente. Y, a fin de excitar a todo el mundo a que así la saludase, querría ir gritando y predicando por toda la tierra, que María, hija de Joaquín y Ana, es el tesoro del amor del Padre eterno. Y si se me preguntase lo que esto quiere decir, respondería que María es el tesoro del amor del Padre de las misericordias, de cuatro maneras:

Primeramente, porque María es un tesoro que contiene en sí, según el común lenguaje de los santos Doctores, todo lo que hay de más rico, de más bello, raro, precioso y deseable en el cielo y en la tierra, en el tiempo, en la eternidad, en la naturaleza, en la gracia, en la gloria y en todas las puras criaturas; y que este tesoro que ha estado oculto desde toda la eternidad en el corazón y en el amor del Padre celestial, y que nos ha sido descubierto un poco en la plenitud de los tiempos, está aún y estará eternamente oculto en

(1) 3 in Vig. Nat. Dom.

LA INFANCIA ADMIRABLE

este mismo corazón, y mucho más oculto que manifiesto.

Porque significando María Madre de Dios, según la primera interpretación, que es de San Ambrosio, son tantas las riquezas y maravillas encerradas en este tesoro inmenso de la divina Maternidad, que todo lo que la inteligencia humana y angélica conoce de ellas es poca cosa en comparación de lo que desconocen. ¿No oís a San Agustín que exclama que «no hay corazón que sea capaz de concebirlas ni lengua que pueda expresarlas? (1). ¿Y a San Andrés de Creta que dice no hay más que Dios que pueda alabar dignamente los milagros que ha hecho en ella?

¿No oís a San Bernardino de Sena que nos anuncia que «como las perfecciones de la Divinidad son incomprensibles a todo entendimiento, así las excelencias y gracias que acompañan esta divina maternidad son tan eminentes que sólo la inteligencia de Dios, la del Hombre-Dios y la de la Madre de Dios pueden comprenderlas; y que para disponerla a esta alta dignidad fue necesario que fuera elevada, por decirlo así, a cierta igualdad con Dios, por una cierta infinidad de gracias y de perfecciones?» (2).

¿No es esto lo que nos quiere dar a entender San Andrés Cretense cuando dice que «esta Virgen admirable es una declaración, es decir, una expresión y una imagen de los misterios ocultos de la divina incomprensibilidad»? ¿No es esto también lo que el angélico Doctor Santo Tomás quiere decir cuando nos declara que es una imagen infinita de la divina bondad?, es decir

(1) Serm 2. de Ass Virg. (2) Sermo 61 de R. Virg.

que representa infinitamente bien la grandeza inmensa de la divina bondad? (1).

¿No es también lo que San Pedro Crisólogo nos quiere dar a conocer, cuando dice que «la grandeza de María es, en cierta manera, la medida de la grandeza y de la inmensidad de Dios, y que el que no conoce aquella no puede conocer ésta»? (2). Y ciertamente, puede decirse que la divina Maternidad es la justa medida de la omnipotencia divina, puesto que es muy cierto que Dios que puede hacer un mundo más grande que éste, un cielo más extenso, un sol más resplandeciente, no puede hacer una madre más digna y más noble que la Madre de un Dios.

Veis, pues, cómo nuestra divina María es un tesoro oculto en la inteligencia y en el corazón del Padre eterno, puesto que no hay más que El solo que conozca su precio y su valor.

Aquí tenéis la primera manera cómo esta preciosísima Virgen es el tesoro del amor del Padre eterno.

Para comprender bien la segunda, notad que en el Corazón adorable de este divino Padre hay tres amores, que no son sin embargo, sino un solo amor: el primero, es el amor infinito que tiene a su Hijo Jesús; el segundo, es el amor inmenso que tiene a su Santo Espíritu; el tercero, es el amor ardentísimo que tiene a todos sus ángeles, santos y a todas sus criaturas: *Tú amas todo cuanto tiene ser, y nada aborreces de todo lo que has hecho* (3).

(1) De charit. (2) Serm. 104. (3) Sap. 11-25.

Ahora bien, la amabilísima María es un tesoro que contiene en sí todos estos amores. Porque, primeramente, este Padre santo la mira como a la Madre de su Hijo y como a la que, por consiguiente, no es en cierta manera sino una misma cosa, si es lícito hablar así, con su Hijo, no teniendo más que una misma carne, una misma sangre, una misma naturaleza, un mismo espíritu, un mismo corazón y un mismo amor con que ama a su Hijo. ¿No oís a este mismo Hijo que hablando de sus miembros, es decir, de todos los fieles, a su Padre, le dice *Has amado a éstos con el mismo amor con que a Mí me amaste?* (1). Si este Padre divino ama así a los siervos de su Hijo, ¿cuánto más a su Madre?

En segundo lugar, mirándola como a la que siendo Esposa de su Santo Espíritu, no es, por consiguiente en cierta manera, sino una misma persona con El, como lo es la esposa del esposo, la ama con el mismo amor con que El ama a este divino Espíritu, que es su corazón y su amor.

En tercer lugar, no sólo la ama con el mismo amor con que ama a todos los ángeles, a todos los santos y a todas sus criaturas, sino que, como ella sola tiene más amor a El que todos los ángeles y santos juntos, El también le ama a ella incomparablemente más que a todas las cosas por El hechas. Y de este modo contiene ella en sí todos los amores del corazón adorable de este Padre divino.

¿De qué otra manera esta amabilísima Virgen es el tesoro del amor del Padre eterno? He aquí la tercera. Hay que considerarla en la condición que el Espíritu Santo le señala por boca

(1) Joan 17-23.

de la Iglesia y de los Santos Padres (1) llamándola *vaso de honor y de gloria*, vaso trabajado por la mano de la sabiduría, vaso escogido de Dios, vaso de gracia y de devoción, vaso purísimo y preciosísimo, vaso de vida y de salvación, vaso de santificación, en una palabra, vaso admirable». En este vaso es donde el Padre eterno ha puesto su más rico tesoro, que es su amado Hijo y el primer objeto de su amor. Lo ha puesto en su seno virginal y en su corazón maternal. Este tesoro infinitamente precioso al Padre de Jesús, ha estado oculto durante nueve meses en las sagradas entrañas de María, y ha estado siempre y estará eternamente en su corazón maternal. Confesemos, pues, que es ella el tesoro del amor del Padre eterno.

La cuarta manera de ser María el tesoro del amor de este amabilísimo Padre es la siguiente: Acordáos de lo que se dijo, que este Padre de las misericordias ha reunido y encerrado en ella todos los efectos de bondad y de amor que han salido y saldrán de su corazón paternal, es decir, que la ha llenado y colmado a ella sola de todos los dones, gracias, favores, poderes, privilegios, perfecciones, glorias y felicidades que ha repartido a todos sus ángeles y santos. Por cuya razón, es llamada por San Pedro Damián «El tesoro de todas las gracias de Dios» (2) y por San Andrés Cretense «el tesoro santísimo de toda santidad» (3).

Aún hay más; y es que no sólo posee todos los dones y gracias de Dios para ella sola, sino que tiene la posesión y disposición de todos los

(1) S. Efrén, S. Epifanio, S. Anselmo y otros.

(2) De Nat. B. Virg. Serm. 2 de Ass.

tesoros y de todas las riquezas de la Santísima Trinidad, para distribuirlos a los que se dirigen a ella en demanda de alguna limosna o favor. De aquí viene el que sea llamada por el beato Raimundo Jourdain, «la tesorera de las gracias de Dios» (1) ; y que San Buenaventura diga que es «una Madre riquísima que tiene la llave de todos los tesoros de la Santísima Trinidad» (2).

Siendo esto así, ¿queréis encontrar el tesoro de los tesoros que es el corazón infinitamente amable de este Padre de amor? ¿Os acordáis de estas palabras de su Hijo: «*donde está vuestro tesoro allí también estará vuestro corazón*» (3). Buscad a este corazón paternal en María, y allí lo encontraréis, puesto que María es su tesoro. Amad, servid y honrad a María con todo vuestro corazón y ganaréis y poseeréis enteramente el Corazón del Padre celestial, El os amará y bendecirá de todas maneras, y os dirá después de su Hijo Jesús: «*Mi padre os ama, porque vosotros me habéis amado*» (4).

(1) In Prol. Contemp. (2) In spec. B. Virg. (3) Luc., 12-34. (4) Joan. 16-27.

CAPITULO XXI

**EL SANTO NOMBRE DE MARÍA ES EL TESORO Y
EL CORAZÓN DE LA IGLESIA**

He aquí otras dos cualidades que los santos Doctores dan al sagrado nombre de María, que están llenas de consuelo para nosotros.

Se le atribuye la primera por San Epifanio, que nos dice que María es «*el tesoro prodigioso y admirable de la Iglesia*» (1). Es un tesoro inexhausto de gracia y de bendición, dice Ricardo de San Lorenzo, para todos los hijos de los hombres que quieren usar bien de él» (2). «Es un tesoro de bondad y de salvación para la Iglesia militante», dice San Buenaventura (3). «Tesoro de salvación», dice otro santo Doctor (4). «Es un tesoro de incomparable misericordia para la Iglesia militante y purgante», dice San Cirilo de Jerusalén (5).

Escuchemos sobre esta materia a otros varios Santos Padres. «El nombre de María, dice San Antonio de Padua, es júbilo para el corazón, miel en la boca y dulce melodía en el oído» (6).

«Bienaventurado el que ama vuestro nombre, oh María (es San Buenaventura el que habla),

(1) De laud Deip. (2) De laud Virg. (3) Super Salve. (4) Theostericas. (5) De B. V. (6) Dom. in Quad.

LA INFANCIA ADMIRABLE

porque este santo nombre es una fuente de gracia que refresca al alma sedienta y la hace reportar frutos de justicia» (1).

«Oh Madre de Dios, dice el mismo santo, qué glorioso y admirable es vuestro nombre. El que lo lleva en su corazón se verá libre del miedo de la muerte. No hay más que pronunciarlo para hacer temblar a todo el infierno y hacer huir a todos los demonios. El que quiera poseer la paz y la alegría del corazón, que honre vuestro santo nombre».

«El nombre de María, dice San Pedro Crisólogo, es nombre de salvación para los regenerados, señal de todas las virtudes, honor de la castidad; es el sacrificio agradable a Dios; es la virtud de la hospitalidad; es la escuela de santidad; es, en fin, un nombre completamente maternal» (2).

«Oh María, exclama San Germán de Constantinopla, vuestra grandeza no conoce límite y no se harta uno de pensar en Vos» (3).

«¡Oh amabilísima María, exclama también San Bernardo, vuestro santo nombre no puede pasar por la boca sin abrasar el corazón! Los que os aman no pueden pensar en vos sin un consuelo y un gozo muy particulares. Nunca vos entráis sin dulzura en la memoria de los que os honran» (4).

«¡Cosa admirable lo que acontece, dice San Anselmo, que más pronto se obtiene la salvación

(1) In Ps., Virg.

(2) Serm. 142 y 146.

(3) Serm. 2 de do. B. V.

(4) In signum magnum.

por la invocación del nombre de María que por la del nombre de Jesús! ¿De dónde viene esto? ¿Es que María es más grande y más poderosa que Jesús? No; porque Jesús no ha recibido su grandeza y su poder de María, sino María es la que ha recibido el suyo de Jesús. Es que Jesús, siendo Señor y soberano Juez, debe tratar a cada cual según sus méritos y según el orden de la justicia que pide que las oraciones de un criminal no sean escuchadas. Mas cuando este invoca el nombre de la madre de misericordia, aunque sus pecados le hagan indigno de toda gracia, es sin embargo escuchado por los méritos de María! (1) ».

«¡Oh María, dice el santo Abad Raimundo Jourdain, el llamado Idiota, la Santísima Trinidad os ha dado un nombre que, después del de vuestro Hijo, está por encima de todos los nombres; nombre a cuya pronunciación debendoblar la rodilla todas las criaturas del cielo, de la tierra y del infierno, y toda lengua confesar y honrar la gracia, la gloria, y la virtud del santo nombre de María. Porque, después del nombre de vuestro Hijo, no hay quién sea tan poderoso para asistirnos en nuestras necesidades, ni de quién debamos esperar más los socorros que necesitamos para nuestra eterna salvación. Este nombre tiene más virtud que todos los nombres de los Santos para confortar a los débiles, curar a los enfermos, iluminar a los ciegos, ablandar los corazones endurecidos, fortificar a los que---pelean, dar ánimo a los cansados y derribar el poderío de los demonios» (2).

He aquí el testimonio de otro santo que nos dirá algo sobre el sagrado nombre de María, que

(1) Excell Virg., c. 6.

(2) Lib. Comtemp. part. 4. cont. 1.

bien merece ser escuchado. Es el Beato Alano de la Roche, de la orden de Santo Domingo, que tenía una extraordinaria devoción a la sacratísima Madre de Dios; la cual a su vez, como es todo corazón y todo amor para con los que la aman, le hizo la gracia de tomarle por su esposo, y de ponerle ella misma un anillo en el dedo, como señal de la santa alianza que quería tener con él: gracia digna de la caridad inconcebible de la Madre del hermoso amor que quiere imitar la bondad infinita de su Hijo Jesús, el cual, quier el esposo de un alma pecadora y miserable. Gracia que esta Reina del cielo hizo también a San Roberto, Abad de Citeaux; a San Edmundo, arzobispo de Cantorbery; -al Beato Herman de la orden premonstratense, y aún a otros. Pues bien, este Beato esposo de la Reina de los Ángeles que nos relata treinta y tres elogios de los santos nombres de Jesús y de María, que él atestigua haberle sido revelados por la Santísima Virgen, expresa el décimoséptimo en estos términos: «Estos santos nombres de Jesús y María son dos hogueras de amor y de caridad que torturan y apenan a los demonios, que mortifican las pasiones de la sensualidad, que purifican a las almas piadosas, y que encienden el fuego de una sincera devoción en los corazones de los fieles» (1).

La misma Virgen habla a Santa Brígida de esta manera: «Cuando los ángeles oyen pronunciar este nombre, se alegran y dan gracias a Dios por las grandes cosas que en mí y por mí hizo. Las almas que están en el purgatorio reciben un gran consuelo, como el enfermo que yace en su lecho, cuando oye algunas palabras que notable

(1) In Ps., p. 2, cap. 7.

mente le consuelan. Los ángeles de guarda, oyendo este nombre, se acercan más a los que tiene el encargo de cuidar y se alegran de su aprovechamiento. Todos los demonios temen este nombre de María

y tiemblan cuando lo oyen pronunciar y se ven obligados a dejar al alma que tienen en sus garras. En fin, no hay pecador alguno, por muy frío que esté en el amor de Dios, de no estar ya condenado, a quien no abandone el diablo, si invoca mi nombre con resolución de dejar su pecado» (1) . Dime, querido lector, todas esas cosas, ¿no hacen ver claramente que nuestra divina María es un prodigioso tesoro de la Iglesia triunfante, militante y purgante?

Pero no sólo es el tesoro sino también el corazón de la misma Iglesia. Es el santo sacerdote Hesiquio el que explicando estas palabras del salmo 44 «*Eructavit cor meum, etc.*», dice que la divina Madre es el corazón de la Iglesia. Sí, es el verdadero corazón de la santa Iglesia; porque, ¿qué es el corazón? ¿No es el principio de la vida? ¿Y no oís a San Juan Damasceno que nos dice que María es la *fuerza de donde salió la vida*» ? (2) y a la santa Iglesia que nos anuncia que «*por María nos ha sido dada la vida*» (3), y que ella es nuestra vida, nuestra dulzura y nuestra esperanza? ¿Y al Espíritu Santo que le hace decir «que en ella se encuentra toda esperanza de vida?» (4).

Pero, escuchemos a San Germán de Constantinopla: «Como la respiración, dice, no sólo es la señal sino también la causa de la vida, así

(1) Rev. lib. 1. cap. 9. (2) Oral. 2 de Ass. (3) Vitam datam per Virginem. (4) Eccli., 24-25.

172 -

LA INFANCIA ADMIRABLE

cuando veis cristianos que tienen con frecuencia el santo nombre de María en la boca, es señal de que están vivos con la verdadera vida. El afecto particular que se tiene a este sagrado nombre, da la vida a los muertos, la conserva en los vivos, y les llena de gozo y de bendición» (1) .

¡Ah!, ¿qué es María, Madre de Jesús? «Es la alegría de todos los sacerdotes, dice S. Efrén» (2). «Es la gloria de todo el orden eclesiástico», dice San Juan Damasceno (3). «Es el sol y la luz de los monjes», dice San Andrés Cretense (4). «Es la magnificencia del pueblo cristiano», dice San Germán el Patriarca (5). «Es el espíritu y la vida de los cristianos», dice el mismo Santo (6) .

En una palabra, quien dice María dice el más precioso tesoro de la Santísima Trinidad, como habla Orígenes. Quien dice María, dice el más preciado ornamento de la casa de Dios. Quien dice María, dice la gloria, el amor y las delicias del cielo y de la tierra. En fin, quien dice María, dice el tesoro, el corazón, el espíritu, el alma, la vida, el amor, el paraíso, las delicias y toda la esperanza, después de Jesús, del último de todos los hombres, del más indigno de todos los sacerdotes, del más infiel de todos los servidores de, esta gran Princesa, que es el que estas cosas escribe, y que querría firmar con la última gota de su sangre cuanto para alabanza de esta admirable María escribe; y lo querría escribir e imprimir en los corazones de todos los hombres que

(1) De Deip. (2) De laud B. V. (3) 1 de Nat. Virg. (4) In depos. S. Mar. (5) De dorm. Virg. (6) In encomio Virg.

LA INFANCIA ADMIRABLE

173 -

han pasado y pasarán por la tierra, a costa de cien millones de vidas, si las tuviera, para excitar a todo el mundo a amar y servir a esta admirable María, y a bendecir y alabar incesantemente al que la dio un nombre tan amable y admirable.

¡Oh!, quién me diera poder grabar en todos los corazones estas hermosas y santas palabras del Venerable Tomás de Kempis (1): «El nombre augustísimo de la Reina del cielo hace temblar a todo el infierno. El nombre venerable de María es el terror de todos los espíritus malignos. Le temen y

huyen de él como de un fuego devorador, no atreviéndose a presentarse en los lugares iluminados con la luz de este bello nombre; porque es un sol que expulsa todas las tinieblas infernales. ¿Queréis derrotar y poner en fuga a todas las tropas diabólicas? No tenéis más que pronunciar con devoción el terrible nombre de María. Cuanto más frecuentemente pronunciéis y con más afecto invoquéis este amable nombre, antes alejaréis de vosotros a estos crueles enemigos de vuestra salvación».

«Por esto, dice también este santo autor, al glorioso nombre de María deben tener especial devoción todos los fieles. Este debe ser, después de Dios, el primero y continuo afecto de su amor y devoción. Debe ser ardientemente amado de todas las personas religiosas. Debe ser muy recomendado a los seglares. Se le debe hacer incesantemente repetir y resonar en los oídos de los afligidos. En fin, se le debe invocar en todos los peligros de esta desventurada vida».

(1) Serm. 4 ad Nov.

CAPITULO XXII

PERFECCIÓN Y HERMOSURA INCOMPARABLES DEL
CUERPO VIRGINAL DE MARÍA

Aunque las perfecciones naturales del cuerpo y del alma humanos no sean por sí mismas malas, antes buenas y laudables, porque en autor es Dios, de cuyas manos nada que no sea bueno puede salir; sin embargo, leídas las máximas del Evangelio, visto el orden que Dios ha establecido en el cristianismo, y la naturaleza de la gracia cristiana, es una gran verdad que todas las excelencias naturales del cuerpo y del alma del hombre pueden ser obstáculos de esta misma gracia y por consiguiente de la salvación y santificación del cristiano. Porque todo el evangelio no nos predica otra cosa sino que el que quiera ser cristiano, es preciso que renuncie no sólo al pecado y a Satanás sino a sí mismo: «*Niéguese a sí mismo*» (1). El que quiera ser incorporado en el nuevo hombre, es decir, en Jesucristo debe renunciar el hombre vicio. Y el que desea ser revestido de Jesucristo, según este divino oráculo: «*Revestíos de Jesucristo*» (2), es necesario que se despoje del hombre de pecado y de todas sus excelencias. El que quiera renacer y vivir en Jesucristo, fuera del cual no hay más que muerte y condenación para nosotros, es preciso que muera a su primer nacimiento. En fin, toda la vida cristiana, dice San Agustín, si se lleva se

(1) Matth., 25-24. (2) Rom., 13-14.

LA INFANCIA ADMIRABLE

según las reglas del evangelio, es un continuo martirio.

Para esto se nos da la gracia del cristianismo por el bautismo y por los otros sacramentos; éste es el efecto que debe obrar en nosotros: hacernos conformes a nuestra adorabilísima Cabeza, que pasó la vida entera en cruces y abatimientos. La gracia debe crucificarnos con El, hacernos morir a nosotros mismos, hacernos odiar todo lo que puede engreír nuestro corazón y proporcionarnos estima y complacencia de nosotros mismos, haciendo que amemos la pobreza, la abyección y la mortificación. De aquí viene que cuantas más perfecciones naturales o adquiridas encuentra la gracia en nosotros, tantos más obstáculos tiene que vencer; ya porque las excelencias naturales o adquiridas nos aficionan a nosotros mismos y nos llenan de propia complacencia, ya porque la cruz de Jesucristo, que es el origen y manantial de la gracia cristiana, es también su fin, puesto que se nos da para crucificarnos con El.

Por esta razón, el centro y el elemento de la gracia cristiana está en la cruz, es decir, en las humillaciones, mortificaciones y despojo de todas las cosas. Aquí es donde ella obra maravillosos efectos, aquí es donde fácilmente se conserva; no pudiendo subsistir en las cosas contrarias sino por milagro, es decir, que es necesario una gracia extraordinaria y milagrosa para vivir cristianamente con grandes beneficios de la naturaleza y de la fortuna. Por esto Nuestro Señor clama que «todo lo sublime a los ojos de los hombres, a los de Dios es abominable»; gran hermosura corporal, gran fuerza natural, gran nacimiento, grande, ciencia adquirida, grandes honores mundanos, grandes riquezas temporales, todo esto es

LA INFANCIA ADMIRABLE

abominación delante de Dios y estorbo para la salvación; a menos que el espíritu y el corazón se desprendan de ello, y procedan como si no las tuvieran, haciendo de todo ello un santo uso.

Esta es la regla general del cristianismo, pero que sufre una excepción con respecto a la sacratísima Madre de Dios, en la cual las perfecciones naturales, no sólo no aportan obstáculo alguno a su gracia y a su santificación, sino por el contrario contribuyen a ella, por dos razones principales:

La primera es, porque habiendo tenido, desde el momento de su Inmaculada Concepción, la justicia original que santifica al hombre en sus perfecciones naturales, gozó de los privilegios del estado de inocencia, en el cual las excelencias naturales no ponen obstáculo alguno a la santificación del hombre. Porque la justicia original no le obligaba a salir de sí misma, ni a renunciar a ella misma, ni a morir a sí misma, para ser justa y santa; sino que la santificaba en sí misma, y en todas las dependencias y pertenencias de su estado natural.

La segunda razón, que exceptúa a la bienaventurada Virgen de la susodicha regla es, porque siendo la gracia cristiana tan abundante y fuerte en esta Madre de gracia, reinaba en ella tan absolutamente que no sólo nada había que fuera capaz de resistirse a ella, sino que a todas las cosas las rendía a sus planes; y lo que en otros son obstáculos, eran en ella medios para llegar a su fin y realizar su obra. Por eso Dios dio a nuestra admirable Niña todas las excelencias naturales y todas las perfecciones de cuerpo y alma en un grado excelente.

178 -

LA INFANCIA ADMIRABLE

¿Queréis conocer las perfecciones con que Dios adornó su cuerpo virginal? Oíd lo que sobre esta materia dicen los santos Doctores: El Doctor seráfico San Buenaventura, San Antonino, Ricardo de San Víctor, Dionisio el Cartujo, el docto y pío Suárez y todos los demás teólogos dicen comúnmente que entre todos los cuerpos humanos, no ha habido jamás tan perfecto y hermoso, después del cuerpo adorable de Jesús, como el purísimo cuerpo de María. Las razones de ello son evidentes.

Porque, en primer lugar, es un cuerpo que, según San Jerónimo, San Juan Damasceno, San Epifanio y San Gregorio Niseno ha sido formado milagrosamente y por virtud sobrenatural, siendo por consiguiente obra del Espíritu Santo quien no omitió ninguna de las cualidades más excelentes con que podía adornar convenientemente el cuerpo virginal de su dignísima Esposa. «Es una estatua tallada por la mano de Dios», dice San Andrés de Jerusalén (1).

Es un cuerpo que nada tiene de la maldición del pecado con que han sido heridos todos los cuerpos de los demás hijos de Adán desde el instante de su concepción. Es el cuerpo de la destinada a ser Madre del Salvador y que debe tener, por consiguiente, una perfecta semejanza con el cuerpo de su Hijo que será formado de su purísima sangre. Fue también revelado a Santa Brígida que el Hijo y la Madre se parecían tan perfectamente, en la figura y los rasgos del semblante, en el tamaño y composición del cuerpo, que quien veía a uno, veía a la otra (2).

(1) Orat. 2 de Assumpt. (2) Lib. 1. cap. 51.

LA INFANCIA ADMIRABLE

179 -

Es un cuerpo hecho para estar unido a la más bella y santa alma que jamás existió ni existirá, después del alma deífica del Salvador.

Es un cuerpo en el que Dios es mucho más glorificado que en el cielo empíreo.

Es un cuerpo hecho para ser el más verdadero templo del Espíritu Santo y el más augusto santuario de la Santísima Trinidad, después del cuerpo adorable de Jesús, y para ser un cielo viviente, en el que un día habitará corporalmente toda la plenitud de la Divinidad.

Es un cuerpo que ha sido hecho para que sirva a dar cumplimiento a los más grandes designios de Dios, en el cual y del cual su bondad omnipotente obrará los más grandes, y admirables de sus misterios, cual es el misterio inestimable de la encarnación.

Es un cuerpo en el que será encerrado nueve meses Aquél a quien los cielos no son capaces de contener. Las entrañas benditas de este santo cuerpo serán la morada feliz del Verbo encarnado. Su leche virginal dará la vida al que es el principio de todas las vidas de los hombres y de los ángeles. Sus brazos, sus manos, sus pies, se emplearán en todos los oficios que la Madre de un Dios puede ejercer para con un Hijo-Dios.

Si la Iglesia tiene tanto respeto y veneración a todas las cosas que han tocado el divino cuerpo del Salvador, como la cruz, los clavos, las espinas, los sudarios de su sepulcro, los pañales de su infancia, y otras cosas semejantes, ¿qué honor merecerá este cuerpo venerable de la bienaventurada Virgen, una porción del cual es el cuerpo del Redentor?

180 -

LA INFANCIA ADMIRABLE

Después de esto, no os extrañéis si la santa Iglesia y los santos Padres dicen tantas maravillas de la hermosura y otras perfecciones de este cuerpo incomparable. Vuestra hermosura, oh Virgen Santa, aventaja a todas las hermosuras, dice la santa Iglesia (1). Es una hermosura admirable y que será eternamente el objeto de las admiraciones de todos los habitantes del cielo.

«Vos sois toda hermosa», dice San Agustín, toda agradable, toda amable, toda gloriosa. Vos sois sin mancha ni arruga; estáis adornada de toda hermosura y enriquecida de toda santidad. Sois más santa en vuestra carne virginal que todas las virtudes del cielo. Aventajáis a todas las mujeres en la hermosura de vuestro cuerpo y a todos los espíritus angélicos en la excelencia de vuestra santidad» (2).

«Su rostro es todo angélico, lo mismo que su alma, dice Ricardo de San Víctor (3). Toda la naturaleza se presentó al Espíritu Santo, dice el sabio y piadoso Gerson, en el momento de la concepción de María, para recoger todas las bellezas que estaban esparcidas en todas las criaturas y unir las en la Reina del universo; y todas las virtudes se ofrecieron a El para hacer de esta Niña un mundo de santidad: la sabiduría se ofreció para organizar su cuerpo; la pureza, para revestirle de ella; la gracia, para animarle; la prudencia, para disponer el cerebro; la caridad, para poner su trono en el corazón; el pudor, para cubrir la frente; la dulzura, para colocarse en sus labios; la honestidad, para situarse en sus

(1) Super omnes speciosa. (2) S. Ag. de Incarn. Ch. (3) 2 de Emmanuel.

LA INFANCIA ADMIRABLE

181 -

mejillas; la modestia y la virginidad, para adornar todo el cuerpo con una santidad sin igual» (1).

«Irradiaba sobre su rostro, dice Dionisio, el Cartujo, cierto resplandor de belleza sobrenatural, que le hacía tan admirable como amable; tan brillante que era necesario que Dios lo moderase para que pudiera conversar con los hombres» (2). De lo cual, no hay que admirarse. También el rostro de Moisés, después de haber tratado con Dios sobre la montaña, aparecía tan luminoso que no pudiendo el pueblo soportar su resplandor se vio él obligado a cubrirlo con un velo.

De aquí que mientras estuvo en la tierra esta sagrada Virgen, venían los cristianos de todas partes, según el testimonio de San Ignacio mártir, para ver el rostro admirable de este prodigio de

hermosura y de santidad (3).

En fin, «esta hermosura, tanto del cuerpo como del alma, es tan admirable, dice San Bernardo, que constituye el objeto de admiración, no sólo de los ángeles, sino hasta del Rey de los ángeles a quien ella arrebató su corazón. Porque, fijando sus divinos ojos el soberano Monarca del universo en la hermosura corporal y espiritual de esta Reina de las vírgenes, se expresa en estos términos de arrobamiento: ¡Qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa eres! (4). Y dice dos veces qué hermosa eres, para distinguir la belleza del cuerpo y la belleza del alma. Juzgad qué belleza es esta que merece ser el objeto de las

(1) De Conc. Virg M. (2) De praeconio et dignit. M. (3) Epist. 1. ad. Joan. (4) 180 4-1.

182 -

LA INFANCIA ADMIRABLE

admiraciones de un Dios, y arrebató su corazón, según estas palabras del Espíritu Santo: El Rey se enamorará de tu hermosura (1). Y notad con San Ambrosio, Santo Tomás y otros teólogos que fue un privilegio de esta incomparable hermosura de la Reina de los ángeles el que tan lejos estuviera de dar jamás ocasión a ningún pensamiento o sentimiento opuesto a la pureza, sino todo lo contrario, imprimía amor a la castidad en los corazones de los que la veían. ¡He aquí algo de las perfecciones eminentes de su cuerpo virginal de que se vio dotada desde el tiempo de su infancia.

Pero lo más digno aún de alabanza es que hizo ella un santísimo uso de todas estas cosas. Porque siempre empleó los dones todos de Dios y todas las prerrogativas de su alma y de su cuerpo para la gloria y servicio de su divina Majestad.

Practicó excelentísimamente lo que el Espíritu Santo había de enseñar mucho tiempo después a todos los fieles por boca de San Pablo que nos exhorta a llevar en nuestros cuerpos la mortificación de Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste también en nuestros cuerpos (2), y rara conducirnos de suerte que nuestros cuerpos sean hostias vivas, santas y agradables a Dios (3), y a fin de llevar y glorificar a Dios en nuestros cuerpos por el amor de la pureza y por el santo uso de nuestros sentimientos.

¡Oh divina Madre, doy gracias infinitas a mi Dios, porque os dio un cuerpo dotado de tales

(1) Ps. XLIV-12. (2) 2 Cor. 4-10. (3) Rom. 12-1.

LA INFANCIA ADMIRABLE

183 -

perfecciones, con las que os visteis adornada desde los más tiernos años de vuestra santa infancia. Y alabo y bendigo aún más a su divina Majestad, por haberos dado la gracia de hacer un santo uso de todos los dones que os hizo. Ofrecedle toda la gloria que le habéis dado por el santísimo uso que hicisteis de todos los sagrados miembros de vuestro santo cuerpo, en reparación de todo el mal uso que nosotros hemos hecho de ellos. Nosotros os ofrecemos estos cuerpos; ofrecedlos y consagradlos enteramente con el vuestro para la gloria del que sacrificó el suyo por nuestro amor.

CAPÍTULO XXIII

PERFECCIÓN ADMIRABLE DEL ALMA SANTA DE
MARÍA

Habiendo dado la divina bondad un cuerpo tan perfecto a nuestra santa Niña, como hemos visto en el capítulo precedente, no se puede dudar que le haya dado un alma excelentísima. Son muchas las razones que deben persuadirnos de esta verdad.

Primeramente, porque debe haber una gran conformidad entre dos cosas que tan estrechamente están unidas, la una con la otra, como son el alma y el cuerpo. Por lo cual, como Dios dio a nuestra divina Madre el más hermoso cuerpo que jamás existió después del cuerpo adorable de Jesús, le dio también la más noble alma, la más bella y la más perfecta que hubo ni habrá jamás, después del alma deífica del mismo Jesús.

En segundo lugar, porque el alma de esta bienaventurada Niña ha sido hecha para ser el más digno santuario de la gracia divina, y el más glorioso trono de todas las virtudes cristianas.

En tercer lugar, puesto que el alma de esta admirable Niña ha sido creada para ser el más noble instrumento del Espíritu Santo en todos los ejercicios interiores de la contemplación del amor divino, de la santa caridad, de la religión y de todas las demás virtudes.

En cuarto lugar, porque el alma de esta admirable Niña estaba destinada para ser el templo

186 - LA INFANCIA ADMIRABLE

más augusta, el cielo más elevado y el paraíso más delicioso de la Santísima Trinidad.

En quinto lugar, como esta hermosa alma fue criada para ser el alma de la hija primogénita del Padre eterno, de la Madre del Hijo de Dios, de la Esposa del Espíritu Santo, de la Madre de todos los cristianos y de la Reina de los hombres y de los ángeles, y por consiguiente para ser la Reina, el modelo y ejemplar de todas las almas, debe estar adornada de todas las excelencias convenientes a tan relevantes cualidades.

De donde viene que Dios le dio primeramente una memoria, la más excelente que jamás existió; un entendimiento, el más claro, sabio y prudente que puede existir; un espíritu, el más vivo, el más penetrante, el más fuerte de todos los espíritus; una voluntad, que estando exenta de la corrupción del pecado, estaba perfectamente sometida a todas las órdenes de Dios; unas pasiones en la parte inferior que, no teniendo nada del desorden y rebelión que el pecado puso en las pasiones de los demás hijos de Adán, estaban enteramente sumisas a la razón. En una palabra, todas las facultades de la parte superior e inferior de esta alma admirable estaban dotadas de una rectitud, de un vigor y de una perfección que no han tenido parecido entre todas las puras criaturas.

¿Qué diré ahora del santísimo uso que esta preciosa Niña hizo siempre de todas las potencias de su alma, desde el primer instante de su vida? Bastante es decir que, como tuvo uso de razón desde el momento de su concepción, y estuvo desde entonces llena de gracia y de una gracia eminentísima, y fue poseída y animada

del Espíritu Santo, jamás hizo uso de alguna de sus facultades sino para agradar a Dios, para adorarle, amarle y glorificarle, y esto movida y guiada por este mismo Espíritu, que era el espíritu de su espíritu, el alma de su alma y el corazón de su corazón.

Oigamos lo que ella misma dijo un día a Santa Brígida: «Sabe, hija mía, le dice, que mi Hijo me honró y ensalzó sobre todos los ángeles y hombres juntos. Porque no hay perfección alguna en Dios cuya viva expresión no aparezca en mí con maravilloso resplandor. Yo soy la criatura a la que El dio su gracia en un grado más eminente que a todas las demás. Me unió tan estrechamente a su Divinidad que el que ve a Dios, me ve a mí en Dios, y ve a Dios en mí, y el que me ve, puede ver en mí como en un bellissimo espejo, la divinidad y la humanidad de mi Hijo. Porque, de tal manera estoy yo encerrada y abismada, cuerpo y alma, en la divinidad, y Dios de tal manera me ha revestido de sus divinas virtudes que todas sus excelencias se encuentran en mí, como en un compendio. Me ha dado un cuerpo y un alma que son más puros que el sol y más limpios que un espejo; pero sobre todo la pureza con que ha adornado mi alma es tan grande y resplandeciente que, recibiendo en mí como en un clarísimo espejo, la imagen viviente de las tres Personas divinas, las representa tan perfectamente como es posible en una pura criatura» (1) .

Gracias inmortales sean dadas a la Santísima Trinidad por haberos dado tal alma, oh divina Niña, y por haberos enriquecido con tantas

(1) Rev. lib. 1. cap. 42.

188 - LA INFANCIA ADMIRABLE

perfecciones; y alabanzas eternas os sean dadas por la gloria que vos le habéis dado y le daréis eternamente con el santísimo uso que habéis hecho, desde vuestra infancia, de todas las potencias de vuestra santa alma. Ofreced a su divina Majestad todo este honor que vos le habéis dado por este medio, en reparación del abuso que yo he hecho en mi infancia de todas las facultades de mi alma; y obtenedme la gracia de no hacer ya uso alguno de ellas sino para su amor y para su gloria.

CAPITULO XXIV

LUZ Y CIENCIA DE LA NIÑA MARÍA

La ciencia humana que se adquiere por el trabajo de la inteligencia o por la lectura de los libros o por cualquier otro medio, si no va acompañada de una verdadera humildad, es una cosa muy peligrosa. No es entonces una luz que esclarece el espíritu, sino una noche que le envuelve en tinieblas. Es un veneno que inflama el corazón y lo hace reventar y morir con funestísima muerte: «*La ciencia por sí sola hincha*» (1). Es la hiel del dragón infernal con que envenenó al primer hombre, y a toda su posteridad, cuando le dijo: Si coméis de este fruto del que Dios os ha prohibido comer, vendréis a ser sabios como dioses, lo conoceréis todo, -el bien y el mal: *Seréis como dioses, conocedores del bien y del mal* (2). Es un puñal en manos de un loco que se sirve de él para dar de puñaladas a cuantos encuentra y para matarse a sí mismo. Es una peste que hace singulares estragos en la casa misma de Dios, que es su Iglesia; porque es la madre y el manantial de innumerables cismas, herejías, apostasías y desgracias mil que en pos de sí acarrea. Es el dardo envenenado con el que el monstruo de la herejía hace perecer a un número infinito de desgraciadas almas. Es lo que perdió a Arrio, a Nestorio, Eutiques, Lutero, Calvino y a tantos otros semejantes heresiarcas que

(1) Cor. 8-1. (2) Gen. 3-5.

LA INFANCIA ADMIRABLE

hicieron y hacen continuamente guerra sangrienta a la Iglesia, de manera que puede decirse con toda verdad que no ha sufrido persecución tan cruel de parte de los Nerones, Domicianos, Diolecianos, Maximianos y otros tiranos, como la que ha sufrido y sufre todos los días de parte de los sabios soberbios. Hasta este extremo puede decirse con sobrada verdad que la ciencia humana y natural, destituida de la humildad, es la raíz de todos los males y la causa de la perdición de infinidad de almas.

No así la ciencia divina y sobrenatural que infundida por el Espíritu Santo como uno de sus dones, es inseparable del don de piedad: *Espíritu de ciencia y de piedad* (1). Esta ciencia es la ciencia de la salvación y la ciencia de los santos, es la que disipa las tinieblas del infierno e ilumina la inteligencia del hombre con las luces del cielo, la que llena el corazón de amor a Dios y al prójimo, de humildad para con uno mismo y de menosprecio de todas las cosas del mundo. Porque esta luz, descubriéndonos la grandeza y la bondad de Dios, nos lleva a honrarla y a amarla, y haciéndonos ver en el prójimo una imagen y un hijo de Dios, nos impulsa también a amarle; dándonos el conocimiento de nuestra nada y de nuestras infinitas miserias, nos obliga a humillarnos; y enseñándonos a conocer la bajeza y la vanidad de todas las cosas de este mundo, nos imprime en el corazón un gran desprecio de cuanto estima el mundo. Y así esta ciencia, que es infundida por el Espíritu Santo, no lleva consigo el veneno del pecado, sino la unción de la gracia; no envenena las almas, las santifica; no hincha los corazones, sino que los humilla; no da la muerte a los que la alojan dentro de sí, antes los hace

(1) Is. XI-2.

vivir la vida de los ángeles, de los santos y de Dios mismo. De aquí que se llame la ciencia de la salvación, la ciencia de los santos, la ciencia de Dios: «*Vanidad, y no más, son, ciertamente todos los hombres en quienes no se halla la ciencia de Dios*» (1).

Tal es la ciencia de la que estuvo llena la sacratísima Virgen en su santa infancia. Una ciencia

infusa y una luz sobrenatural que la iluminó de extraordinaria manera desde el momento de su Inmaculada Concepción. Porque además de lo que sobre esto dijimos en capítulos anteriores, enseñan muchos graves teólogos que tuvo Ella desde el primer momento de su vida un conocimiento de la Santísima Trinidad más claro que el que se dio a los ángeles y al primer hombre en su primera santificación; y que si Juan el Bautista, estando aún en el seno de su madre, conoció al Verbo Encarnado en las purísimas entrañas de la suya, no hay por qué dudar que nuestra santa Niña haya tenido conocimiento del misterio de la encarnación cuando aún vivía dentro de su bendita madre Santa Ana.

Y San Bernardo dice mucho más, porque nos asegura que fue María divina y plenamente instruida en todos los misterios desde el comienzo de su vida (2) .

San Bernardino de Sena nos manifiesta (3) que, estando aún en el vientre de su madre María tuvo siete clases de conocimientos, claros y

(1) Sap. 13-1.

(2) Homil. 4 super Missus est. Alberto el Grande, en su tratado *super Missus est* cap. 149, hace una larga enumeración de los conocimientos infusos de la Santísima Virgen. Cf. *Vega. Teol. Mar.* n. 968.

(3) Serm. 4 de Concept. art. 1, cap. 2.

192 -

LA INFANCIA ADMIRABLE

distintos, a saber: de Dios, de los espíritus puros, de los espíritus unidos a los cuerpos, de las cosas materiales, de las que hay que huir, de las que hay que abrazar y de las reglas y medios convenientes para hacer lo uno y lo otro.

Si esta maravillosa Niña tuvo conocimientos tan extraordinarios desde los primeros meses de su vida, ¿qué podrá decirse del progreso que hizo en la ciencia de Dios en la sucesión de los años de su infancia, siendo así que su luz crecía de día en día por muchos modos y maneras?

Porque, primeramente, tuvo Ella uso de razón desde el primer instante de su vida; y Dios la dotó de una inteligencia muy excelente, exenta de todo lo que podría turbar su paz y tranquilidad, y siempre muy dispuesta a recibir las luces del cielo, no teniendo nada en sí que fuese capaz de oponer el menor obstáculo.

En segundo lugar, el ejercicio de la más alta contemplación, que le era tan familiar y corriente, la llenaba de las más bellas luces del cielo.

En tercer lugar, la conversación frecuente que tenía con los ángeles, especialmente con San Gabriel, le daba grandes conocimientos de las cosas celestiales y eternas.

En cuarto lugar, escriben San Sofronio (1) y San Gregorio de Nicea (2), que habiendo aprendido desde sus más tiernos años la lengua santa, es decir, la lengua hebrea, se dedicaba con frecuencia, especialmente mientras estuvo en el templo, a la lectura y meditación de las divinas Escrituras, de las que el Espíritu Santo le daba

(1) Sermo de Assumpt. (2) Sermo de Nativ.

tan clara inteligencia que San Andrés de Jerusalén (1) dice que no ignoraba los misterios en ellas contenidos. Y San Agustín le habla de esta manera: «Acordáos, oh María, de lo que leísteis en los profetas; porque no puede quedaros oculto el conocimiento de los misterios encerrados en los divinos libros, puesto que habíais de dar a luz al que contiene en sí la plenitud de todas las luces proféticas» (2).

En quinto lugar, el espíritu de profecía que fue dado hasta a las vírgenes paganas, como las Sibilas, no podía faltar a la Reina de las santas vírgenes. Testigo su admirable cántico, el Magnificat, cada una de cuyas palabras son otros tantos oráculos del espíritu profético que la poseía. Por esta razón San Basilio, San Jerónimo, San Cirilo y San Agustín le atribuyen el nombre y la cualidad de Profetisa.

En sexto lugar, no puede negarse a la Madre la gracia de las divinas revelaciones que es bastante común en muchos fieles servidores de Dios.

En séptimo lugar, ¿quién podrá comprender las admirables luces que el Espíritu Santo, que perfectamente la poseía y animaba, derramaría de continuo en su espíritu y en su corazón?

Después de todas estas cosas, calculad, si os es posible, su progreso en los caminos de la ciencia y sabiduría del cielo durante todo el curso de su infancia. Y si su infancia fue esclarecida e iluminada, ¿qué habría que decir del resto de su vida? Para abarcar mucho en pocas palabras hay

(1) In salut. Deiparae. (2) Sermo 5 de Nativ.

que decir que es la Madre del Sol *eterno*; que es una estrella que ha producido un sol; que es un segundo sol; *escogida como el sol* (1), que ilumina a los hombres y a los ángeles; que es la mujer admirable del Apocalipsis, que tiene la luna bajo sus pies, que lleva una corona de doce estrellas y que está revestida del sol, es decir, que se encuentra elevada por encima de todas las luces y ciencias de este mundo; que está coronada con todas las claridades de los ángeles y santos, pero con tal superioridad que ante ella quedan todas desvanecidas, como las estrellas desaparecen ante el sol; que está rodeada y revestida del sol mismo de la Divinidad, y que concibió y dio a luz al que es la luz del mundo; que hizo nacer en su corazón, desde el primer instante de su vida, y llevó siempre consigo durante su infancia y mientras vivió y llevará eternamente al que contiene en sí todos los tesoros de la ciencia y de la sabiduría de Dios: *En quien están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia* (2).

Por lo tanto, no hay por qué extrañarse de que esta incomparable Virgen sea llamada por San Juan Damasceno *la fuente eterna de la verdadera luz* (3), y por San Gregorio el Grande *la Maestra de todos los doctores* (4), y por el mismo San Juan Damasceno *un tesoro de sabiduría* (5); no hay por qué extrañarse si San Bernardo nos asegura que *Ella ha penetrado hasta lo más profundo de los abismos de la divina*

(1) Cant. 6-1. (2) Coloss. 2-3. (3) Orat. de Dorm. Virg. (4) Homil. in Evang. (5) De Dorm. Virg.

sabiduría (1) y que parezca estar sumergida en la luz inaccesible de lo, Divinidad (2).

Oh divina María, no sin razón os ha dado Dios este glorioso nombre de *María*, que quiere decir *Iluminada e iluminadora*. Llámase El *el Padre de las luces y el Señor de las ciencias* (3) y quiere asociaros en estas sus divinas cualidades, quiere que seáis la Madre de las luces celestiales y la Maestra de las ciencias santas; por todo lo cual sea El eternamente bendecido alabado y glorificado. Dignáos, oh Madre, hacernos participantes de vuestras sagradas luces y de vuestra divina ciencia. Guardadnos de la ciencia perniciosa que hincha el corazón y envenena el alma, de esa condenable ciencia que es la hija del orgullo, la hermana de la presunción, la nodriza de la curiosidad, el alma de la arrogancia, la madre de la impiedad y de la apostasía, y la causa de la rebelión contra Dios y contra su Iglesia. Hacednos sabios con la ciencia de la salvación, con la ciencia de los santos, con esa hermosa y envidiable ciencia que es la hija de la caridad, la madre de la humildad, la hermana de la sumisión, la compañera inseparable de la piedad: *espíritu de ciencia y de piedad* (4), el corazón de la santidad y la nodriza de todas las virtudes.

Escucho a uno de vuestros más queridos hijos, a San Bernardo, quien nos dice que «hay cinco clases de personas que quieren saber. Hay quien quiere saber solamente por saber, lo cual es una peligrosa curiosidad. Hay quien desea saber para hacer ostentación de su ciencia, y esto

(1) In Signum magnum. (2) Ibid. (3) 1 Reg. 2-3. (4) Isa. 11-2.

es una vanidad reprobable. Hay quien quiere saber para vender su ciencia, lo que encierra vergonzosa avaricia. Mas hay también quien quiere saber para ser capaz de instruir y edificar a su prójimo, lo cual es caridad. Hay, en fin, quien quiere saber para instruirse y edificarse a sí mismo, y esto es prudencia» (1) .

No permitáis, oh sagrada Virgen, que seamos del número de los tres primeros que tan mal uso hacen de su ciencia; haced que, a imitación de los dos últimos no hagamos uso alguno de nuestros conocimientos si no es para dar a nuestros hermanos saludables instrucciones y para hacernos más agradables a su divina Majestad. Hacednos sobre todo sabios con el conocimiento de nosotros mismos, de nuestra nada, de nuestros defectos, de nuestras debilidades, de nuestras infinitas miserias, a fin de que este conocimiento nos conduzca a la verdadera humildad, puesto que muy cierto es lo que dice el mismo San Bernardo que *entre las muchas ej~ de los hombres ni ninguna es mejor que la de conocerse uno a sí mismo* (2).

(1) Sermo 36 sup. cant. (2) Lib. de inter. domo, cap. 29.

CAPÍTULO XXV

**GRACIA PRODIGIOSA DE QUE ESTUVO ADORNADA
LA SANTA INFANCIA DE LA BIENAVENTURADA
VIRGEN.**

Cuandola Santísima Trinidad envió a San Gabriel a la sacratísima Virgen para anunciarle que su divina Majestad la había escogido para que fuera la madre del Salvador, el primer título y el primer nombre que le da el arcángel al saludarla, es el expresado por estas palabras: «*Llena de gracia*». No es, sin embargo, el arcángel quien le da tan hermoso nombre; le habla como a la que así se llama. En lugar de decirle: Dios te salve, María, le dice: Dios te salve, *llena de gracia*, para darnos a entender que este es su verdadero nombre, porque es lo que siempre fue y siempre será, *llena de gracia*, aunque esta plenitud sea distinta en los distintos momentos de su vida, por razón de la diferente capacidad de su alma, que momento tras momento, más y más se extendía y dilataba, a medida que aumentaba su amor a Dios.

Llevamos ya indicado cómo esta Virgen bienaventurada se vio llena de gracia desde el primer instante de su vida y cómo duplicándose esta gracia en ella cada momento por el perfectísimo uso que de ella hacía, llegó a tan alto grado desde los primeros días de su vida que superaba a todas las gracias de los ángeles y santos.

Y si tan llena estuvo de gracia desde el comienzo de su vida, ¿qué inteligencia podrá abarcar y qué lengua declarar los tesoros inmensos de

LA INFANCIA ADMIRABLE

gracia que fue acumulando durante todo el curso de su santa infancia? Porque, en primer lugar, no había en Ella obstáculo alguno que a la gracia se opusiese, por pequeño que fuera, ni por parte del pecado que jamás tuvo entrada en su alma, ni el original, ni el actual, ni el mortal, ni el venial; ni por parte de su apetito que estaba totalmente sujeto a la razón.

En segundo lugar, todos los dones del Espíritu Santo vinieron a tomar entera posesión de su corazón, y todas las virtudes en grado eminente establecieron en él su trono.

En tercer lugar, todos sus pensamientos, palabras y acciones y todo el empleo de las potencias de su alma y de todos sus sentidos interiores y exteriores no tenían otro fin que la gloria de Dios.

En cuarto lugar, no obraba en todas las cosas sino por el exclusivo motivo del más puro amor de su Dios y por el único deseo de agradarle.

En quinto lugar, ejercitaba todas las virtudes y practicaba todas sus obras según toda la extensión de la gracia que en ella había, razón por la cual doblaba su gracia todos los momentos.

Es opinión común entre teólogos, que los ángeles creados en gracia, con algún acto de virtud practicado en el primer instante de su vida se dispusieron a la gracia y que mediante un segundo acto que ejercitaron con toda la extensión de su voluntad llegaron a la plenitud y consumación de su gracia y a la perfección que Dios pedía de ellos. La Reina de los ángeles, habiendo recibido ya en el primer momento de su vida una gracia que aventajaba a la de los primeros serafines, y practicando como practicó una infinidad

de actos de fe, de esperanza, de caridad, de religión, de humildad, de obediencia, de todas las demás virtudes, con toda la extensión de su gracia y mediante un movimiento del más puro amor a Dios, ¿no es cierto que es preciso concluir necesariamente que llegó a un grado incomprensible a todo entendimiento humano y angélico, sólo capaz de ser comprendido por Dios?

He aquí por qué ha sido bien llamada por San Germán «*corona de gracias*» (1) ; por San Buenaventura «*cielo o firmamento adornado de innumerables estrellas*» (2), es decir, de toda clase de prerrogativas y de gracias; por San Juan Damasceno «*abismo profundísimo de la gracia*» (2) ; por el mismo «*océano de gracias*» (4). «*La gracia de María*, dice San Buenaventura, *es inmensísima* (5), porque un inmenso vaso, dice este santo Doctor, no puede llenarse sino con algo inmenso. Ahora bien, María es ese inmenso vaso que contuvo a quien los cielos no pueden contener.

Es, en fin, una gracia infinita, porque le fue dada a nuestra divina Niña para disponerla a ser Madre de Dios, dignidad en cierta manera infinita. Me doy cuenta de que esta gracia es en sí misma finita, porque es algo creado y todo lo creado es finito. Podemos, sin embargo, llamarla infinita, porque la dignidad de Madre de Dios, que es en cierta manera infinita, es la raíz y medida de todos los dones, gracias y prerrogativas que le fueron dados, desde su misma infancia.

(1) Orat. de Nativ. B. V.

(2) Sermo 1 de B. M.

(3) Orat. 1 de Nativ. B. V.

(4) Ibid.

(5) In spec., cap. 5.

Es la raíz y la fuente de donde proceden, luego debemos guardar con ella la más entera conformidad. Por todo lo cual, concluyamos diciendo que la altísima eminencia de sus gracias y la dignidad inmensa de Madre de Dios son inefables e inconcebibles.

Pero no te olvides, carísimo hermano, de la gran parte que tienes en todas estas gracias y favores con que Dios honró a esta dignísima Niña. Acuérdate de que no le han sido dados estos tesoros solamente para ella, sino también para tí y para todos los hombres. Fue adornada de todos estos dones y privilegios para prepararla, por este medio, al elevadísimo estado de la divina Maternidad, para hacerla digna de darte un Redentor, y de cooperar con Él a la gran obra de tu redención, y para darte una Madre lo bastante poderosa, sabia y buena para poder, saber y querer protegerte, asistirte y favorecerte en todas tus necesidades. Doble motivo para que des gracias a Dios por todos los favores que le hizo: primeramente, mirando al sólo interés de esta amable Niña sin mirar para nada al tuyo; y en segundo lugar, por la parte singularísima que tienes en todos los dones que la divina bondad le comunico.

Gracias inmortales e infinitas os sean dadas por ello, oh santísima Trinidad. Que todos los ángeles y santos y todas las criaturas os bendigan y glorifiquen incesante y eternamente.

¡Oh admirable Niña, cuánto me gozo al veros tan llena de bendiciones! Si en mi mano estuvieran todas las gracias que Dios derramó en vuestra alma durante el tiempo de vuestra santa infancia y de toda vuestra vida, y vos no las tuvieseis, me despojaría de ellas para entregáros

las y hacerlas vuestras. ¡Oh Madre de gracia, veis el mal uso que hago de tantas gracias como llevo recibidas de vuestro santísimo Hijo por vuestra mediación, en mi infancia y en toda mi vida y los obstáculos que voluntariamente puse a las que pensaba otorgarme! Dignáos suplicarle que me perdone; ofrecedle todo el santo uso que hicisteis de las que a vos os comunicó en reparación de mis faltas. Conservada en mi alma las que actualmente poseo. Haced, en fin, que muera yo en la gracia y en el amor de mi Dios, para que le bendiga, le ame y le glorifique con vos, con todos los ángeles y santos en la eternidad bienaventurada.

CAPITULO XXVI

SANTIDAD Y PERFECCIÓN MARAVILLOSAS DE
ESTA MISMA INFANCIA.

Quien dice santidad y perfección en un alma cristiana, dice principalmente tres cosas: separación y alejamiento del pecado; desprendimiento del mundo, de sí mismo y de todo lo que no es Dios; unión estrechísima con Dios por la gracia santificante, por la fe, por el amor y por la práctica de las demás virtudes. De suerte que cuanto un cristiano está más alejado del pecado, más desprendido del mundo, de sí mismo y de todas las cosas y más unido a su Dios, tanto más santo y perfecto es. Siendo esto así, se puede afirmar con toda verdad que nuestra incomparable Niña está adornada de una santidad y perfección tan admirables que no solamente es más perfecta y santa desde el primer instante de su vida, que el primero de todos los santos y el más santo de todos los ángeles, sino que, me atrevo a decir siguiendo a varios grandes teólogos (1) tiene más santidad, desde este primer momento, que todos los ángeles y todos los santos juntos. He aquí las pruebas:

1 . Nos enseña el Doctor angélico (2), que habiéndola escogido el Hijo de Dios, desde el comienzo de su vida, para ser su Madre, la dotó desde entonces de una excelencia y la elevó a una dignidad que superaba a todas las excelencias y

(1) Vega, Teol. Mar. n. 1. 158. (2) Opuse. 8, dist. 44. a. 3. ad 3.

LA INFANCIA ADMIRABLE

dignidades de todos los ángeles y santos. Lo cual está conforme con estas palabras de San Juan Damasceno dichas el día del nacimiento de nuestra santa Niña, y que muy bien pueden ser repetidas el día de su concepción: «Hoy *ha nacido la muy insigne montaña de Dios; montaña más alta que todas las colinas y todas las montañas, es decir, que supera en dignidad y excelencia a cuanto más digno y noble hay en todos los ángeles y hombres*» (1).

2. Dice el mismo Santo Tomás que escogida por el Hijo de Dios, desde el comienzo de su vida para ser su Madre, era conveniente que tuviese en sí desde entonces una plenitud de gracia correspondiente a esta altísima elección y que la dispusiera a esta altísima dignidad; y que, en efecto, estuvo Ella más llena de gracia en el comienzo de su santificación, que todos los demás, es decir, que todos los ángeles y santos. Y no es sólo este santo Doctor el que así habla. «El Verbo eterno, dice San Lorenzo Justiniano, amó y escogió a la bienaventurada Virgen por su madre antes de su nacimiento y la llenó de abundantísima gracia cuando estaba aún en el seno de su madre». «Cuando fue elegida para Madre de Dios, dice San Juan Damasceno, recibió una plenitud de gracia conforme a esta altísima dignidad» (2). «Fue más amada de Dios, dice San Bernardo, desde el momento de su concepción que todos los demás santos, porque Dios la miró y amó desde entonces como a la que había de ser la Madre de su Hijo» (3).

(1) Ibid. (2) Vega. Teolog. Mar. (3) Epist. 174.

LA INFANCIA ADMIRABLE

Ahora bien, si nuestra Niña admirable estuvo más llena de gracia desde el primer instante de su vida que todos los ángeles y santos juntos, no puede negarse que desde entonces haya tenido mayor alejamiento del pecado, más perfecto desprendimiento del mundo, de ella misma y de todas las cosas, una unión más íntima con Dios y un amor hacia El más ardiente, y, por consiguiente, una santidad

mayor que todos los ángeles y santos juntos. Porque es cosa cierta que donde la gracia es más abundante, está más lejos del pecado, el desprendimiento de la criatura es más perfecto y es más estrecha la unión con el Criador.

De aquí que no haya por qué negarse a creer lo que dice un ilustre teólogo (1), que esta amable Niña daba más gloria a Dios con sus acciones infantiles que la que le dieron los mayores santos con los actos más heroicos de virtud que practicaban; que honraba más a Dios descansando en su cuna que San Lorenzo sufriendo en las parrillas; que era más agradable a su divina Majestad cuando se alimentaba con la leche purísima de su Madre que los más señalados mártires cuando derramaban su sangre por Jesucristo, porque en todas estas cosas estaba Ella más abrasada en amor a Dios que todos los serafines y todos los apóstoles, y obraba siempre con más gracia y santidad que la que tenían todos los santos. Por eso declaró un día a Santa Matilde que todas las acciones de su infancia eran como gratísimo juego a los ojos de la santísima Trinidad, según aquello de los Proverbios: *«eran mis días los placeres holgar me continuamente en su presencia»* (2).

(1) Vega. 1. e. (2) Prov. 8-30.

206 -

LA INFANCIA ADMIRABLE

Y a fin de tener un conocimiento aún mayor de la santidad y perfecciones de su infancia, oigamos lo que los santos Padres nos dicen de nuestra santísima Niña: «¿Qué palabras emplearía, dice San Juan Damasceno, para expresar la gravedad de vuestro andar, la honestidad de vuestros vestidos, la candorosa gracia de vuestro rostro, la prudencia de una discreta madurez en vuestra infancia? La modestia en el vestir alejaba de vos toda clase de vicio y de molición. Vuestro andar modesto y moderado era enemigo de toda ligereza. Todas vuestras acciones iban acompañadas de dulzura y gravedad. Huíais con todo cuidado del trato de los hombres. Erais muy obediente a vuestros padres; humilde en vuestras altísimas contemplaciones y dulcísima, afabilísima y graciosísima en todo vuestro trato» (1).

San Ambrosio, en el libro segundo que escribió sobre las vírgenes, nos describe las excelentes cualidades de que estuvo adornada esta preciosísima Virgen, tanto en su infancia como en el resto de su vida, y nos habla de esta manera:

«Era virgen, dice, no sólo de cuerpo, sino también de corazón y de espíritu, sin fingimiento ni disfraz, antes llena de sencillez y sinceridad. Era humilde de corazón, mirada en el hablar, grave y seria en sus discursos, llena de prudencia y de sabiduría, aficionada a la lectura, amadora de la pobreza y de los pobres. Su trabajo iba acompañado de diligencia, sus palabras de pudor, y sus acciones de una purísima intención de agradar a Dios y no a los hombres. No sabía lo que era perjudicar a nadie; llena estaba de

(1) Orat. 1. de Nativ. Virg.

LA INFANCIA ADMIRABLE

207 -

benevolencia para con todos, de respeto para con sus superiores y exenta de envidia para con sus iguales. Aborrecía la jactancia, según la razón, amaba la virtud. ¿Cuándo dio Ella jamás el menor disgusto a sus padres? ¿Cuándo se le vio displicente o fría con sus convecinos? ¿Cuándo desdeñó a los sencillos, menospreció a los débiles o rehusó la compañía de los pobres? Ninguna altanería se echaba de ver en sus miradas, ningún atrevimiento en sus palabras, ningún indecoro en sus acciones; nada de libre en sus gestos, nada de afectado en sus movimientos, nada de inmodesto en su voz, nada en todo su exterior que no llevase la imagen de su piedad y santidad interior».

«¿Qué diré del rigor de sus penitencias y frequentísimos ayunos, y de la caridad con que se esforzaba por servir a todo el mundo, sino que en ambas cosas se excedía a sí misma? Nunca tomaba comida ni descansó por pura satisfacción natural, sino por necesidad; y mientras su cuerpo dormía, su espíritu velaba y seguía ocupado en algún pensamiento santo. Era su contento dejarse guiar por los demás, por más que no pudiese tener guardián más fiel que ella misma, toda vez que cada uno de sus pasos eran otros tantos actos de virtud. Y aunque toda su vida era un ejemplar de perfección para cuantos la contemplaban, estaba sin embargo, siempre dispuesta a aprender de cualquiera, y a recibir instrucciones de todos. En fin, era extremadamente amada de sus padres, apreciada de los de fuera y tan llena de santidad que se hizo digna de ser Madre de Dios».

He aquí algo de la eminentísima santidad de nuestra bienaventurada Niña. Plegue a Dios que quieran los padres y madres meditar bien

208 -

LA INFANCIA ADMIRABLE

sobre la grave obligación que tienen de educar bien a sus hijos inspirándoles el temor de Dios y el espíritu del cristianismo, asunto el más importante y necesario del mundo, del que depende de la salvación de una infinidad de almas.

Fijáos ahora, padres y madres cristianos a quienes me dirijo, en las bellas y santas instrucciones que da el gran San Jerónimo a una madre sobre las cosas que debe enseñar y hacer practicar a sus hijas. Os ruego encarecidamente, a vosotros padres y a cuantos se emplean en la instrucción de las niñas, que se las leáis más de una vez y tratéis de imprimirlas en sus corazones, como una santa regla que la divina Niña María observó perfectísimamente, en la persuasión de que debenguardarlas fielmente si desean vivir como cristianas y ser del número de las verdaderas hijas de María. Lo escribió San Jerónimo para una noble dama romana.

«Que aprenda, le dice a no escuchar ni hablar sino bajo la mirada de Dios. Que jamás entren por sus oídos palabras lascivas. Que ignore los cantares mundanos. Que no sepa para qué, han sido hechos ciertos instrumentos músicos. Que le esté prohibida la vista y conversación de los hombres mundanos. Que desprecie los vestidos de seda y los trajes llamativos. Que no salga con Dina, ni siquiera trate con niñas mundanas. Que no sepa lo que es la danza. Que no acuda a los festines públicos ni a bodas de quien quiera que sean. Que nunca salga de casa sino con su madre. Que nada vea en vos ni en su padre que no la lleve a la virtud. Que lleve vestidos que la preserven del frío y nunca dejen ver su cuerpo desnudo. Que aprenda desde ahora a no beber vino que es enemigo de la castidad. Que ame el retiro y el silencio y que huya de las compañías

LA INFANCIA ADMIRABLE

209 -

del mundo, a fin de evitar todas las ocasiones de pecado y de perdición que en él se encuentran» (1) .

He aquí ahora, sacadas de las cartas del mismo santo, las cosas de las que la Virgen bienaventurada se abstuvo, desde los más tiernos años de su infancia; de las cuales debe también abstenerse una hija cristiana si desease seguirla por los caminos de la santidad: «Que le agraden, no las compañeras demasiado preparadas o mundanamente ataviadas que son idólatras de su hermosura, ni las excesivamente vivarachas y alegres, sino las prudentes, modestas y piadosas. Que se le dé por aya una virgen bien fundada en la fe, en la pureza y en la santidad de la vida cristiana, que con sus palabras y ejemplos le enseñe a adorar y alabar a Dios y a ofrecerle sus oraciones mañana y tarde. Que la noche le sorprenda en el trabajo. Que la lectura preceda a la oración; que la oración suceda a la lectura. Que aprenda también a trabajar en lana, a manejar el huso y a hilar en la rueca. Que nunca jure; que aborrezca la mentira como un sacrilegio. Que no conozca el mundo. Que viva angélicamente.

Que la sobriedad presida todas sus comidas, de suerte que después de haber comido esté siempre en condiciones de vacar a la lectura y a la oración. Que su lengua de niña se acostumbre pronto a gustar la miel y dulzura de los salmos; que los santos libros sean sus perlas y preciosos adornos; que se complazca en las obras de los santos Doctores, donde se conservan sin adulteración alguna la pureza de la fe y la piedad de la religión cristiana. Que su habitación y su soledad sean el Paraíso de sus delicias. Que imite a esta santa

(1) Epist. ad Laetam. De Instit. Filiae.

210 -

LA INFANCIA ADMIRABLE

Virgen, de la que se ha dicho que toda *la gloria de la hija del Rey toma su origen en su interior*», en su corazón. Que contemple, ame y admire a esta amabilísima y admirabilísima Virgen en los primeros años de su infancia, mirándola y estudiándola como a la que es una santa escuela de toda clase de virtudes. (1)»

He aquí las divinas lecciones que este santo Doctor da a las madres cristianas. Plegue a la divina Bondad que les graben en los corazones de sus hijas y hágales el cielo la gracia de gustarlas y seguirlas. Si las practican, ellas mismas palparán sus maravillosos frutos y recibirán por ello indecibles consuelos.

(1) Epist. ad Laetam.].e.

CAPÍTULO XXVII

VIDA Y OCUPACIONES DE MARÍA EN LOS TRES AÑOS QUE ESTUVO EN CASA DE SUS PADRES

Es opinión común de los santos Doctores que la bienaventurada Virgen vivió sólo tres años desde su nacimiento en la casa de sus padres, San Joaquín y Santa Ana. Pero, ¿quién nos podrá decir cuáles fueron la vida y comportamiento de esta divina Niña durante esos tres años? San Joaquín y Santa Ana fueron testigos de las acciones exteriores de todas las virtudes que poseía en un grado muy eminente. Su ángel San Gabriel, que siempre estaba con ella, que jamás la perdía de vista, que le inspiraba muchos santos pensamientos, que encendía sin cesar el fuego sagrado del divino amor en su corazón conoció algo de la perfección de su interior. Pero no hay más que Dios que conozca perfectamente y que pueda penetrar hasta el fondo de este océano de gracia y de santidad.

Si es permitido, sin embargo, hablar de ella, aunque sea balbuciendo, podemos decir con verdad que todos los momentos de esos tres años son otros tantos abismos de maravillas, porque ej reflexionamos sobre lo que llevamos dicho, que esta santa Niña tuvo siempre uso de razón desde el primer momento de su vida; que fue inundada de una luz sobrenatural que le hacía conocer el mal que debía huir y el bien que debía hacer; que tuvo más gracia en el primer instante de su vida que el mayor de todos los santos en su último momento; que esta gracia no ha estado en

LA INFANCIA ADMIRABLE

ella ociosa; que siempre hizo todas sus acciones exteriores y todos sus actos interiores de humildad, de caridad, de amor de Dios, de adoración, de alabanza, de acción de gracias, etc., según toda la extensión de la gracia que había en ella: de modo que aumentando de momento en momento, estaba más llena de gracia en los primeros días de su vida aun cuando no hubiera tenido más que un sólo grado en el instante de su concepción inmaculada, y no la hubiera doblado sino de cuarto de hora en cuarto de hora, estaba, digo, más llena de ella en los primeros días de su vida que todos los santos justos al fin de la suya, como después lo veremos; si, digo, reflexionemos bien sobre estas cosas, no nos costará persuadirnos de que esta admirable Niña haya avanzado más en los caminos del Señor en cada paso que dio durante estos tres años, que todos los santos durante todo el curso de su vida; y que amó ella y glorificó más a Dios en cada momento que ellos en un gran número de años.

Sí, en cada momento, porque estaba siempre unida muy íntimamente de espíritu y de corazón a su Dios, estaba en un ejercicio continuo de altísima contemplación, de purísimo y ardentísimo amor, de adoración y de alabanza perfectísimas, y según toda la extensión de su gracia que aventajaba a todas las gracias de todos los santos. Su caridad también incomparable al prójimo, y su celo abrasadísimo por la salvación de las almas le ocupaban en rogar a Dios incesantemente por todas las necesidades corporales y espirituales del género humano, Y sobre todo por el aprovechamiento de la obra de la redención del mundo y para apremiar a la divina misericordia a fin de que enviara pronto al Redentor, cuya venida se adelantó, según el sentir de muchos santos Doctores. He aquí algo de su interior durante los tres años susodichos.

En cuanto a su exterior, observo tres cosas muy considerables:

La primera es que veo a esta bienaventurada Niña a los pechos de su gloriosa madre Santa Ana. Y como tiene uso de razón, y está llena del Espíritu Santo, que es su maestro y director, y le enseña interiormente lo que debía enseñar exteriormente mucho tiempo después a todos los fieles por boca de San Pablo con estas palabras: *Ora comáis, ora bebáis, o hagáis cualquiera otra cosa hacedlo todo a gloria de Dios (1)*, practica ella tan excelentemente esta lección, que puede decirse que da más gloria a Dios alimentándose de su madre Santa Ana que los más grandes santos con sus ayunos, porque hace ella esta acción más santamente y con más amor a Dios que ellos con todas sus abstinencias.

La segunda cosa que hay que notar aquí es que un santo Patriarca de Jerusalén que se llamaba Francisco Ximene, escribe (2) que Dios reveló a un santo solitario de la Tebaida, que nuestra divina Niña se abstenía de tomar el alimento de su madre varios días a la semana; lo que también cuenta Nicéforo y otros. Y esto es fácil de creer, porque esta misma gracia hizo Dios a San Nicolás, a San Sisinio y a otros santos, como se refiere en sus vidas escritas por graves autores.

La tercera cosa que es notabilísima entre las que ocurrieron con nuestra amabilísima Niña durante los tres años susodichos, y que debe impulsar a todas las personas religiosas a tener en mucho sus santos votos y a guardarlos con fidelidad, es que ella declaró a Santa Brígida, que antes

(1) 1. Cor. 10-31. (2) Lib. 2. cap. 27.

que sus padres le hubiesen presentado en el templo y, por consiguiente, cuando estaba aún con ellos, hizo voto de virginidad y pobreza. Y a Santa Matilde, <que vivió siempre en una obediencia tan perfecta a sus padres, que jamás les dio la menor ocasión de descontento> (1), porque sabía muy bien que estaban en lugar de Dios, y que la divina voluntad, a la que tenía un grandísimo amor, le era manifestada por ellos.

He aquí lo que dijo a Santa Brígida, cuyas revelaciones, como dijimos, han sido aprobadas por tres Sumos Pontífices, Urbano VI, Martín V y Bonifacio IX. «Desde que tuve conocimiento de Dios, en el comienzo de mi vida, comencé a temer mucho lo que era contrario a su honor y a mi salvación, y a satisfacer cuidadosamente todos mis deberes para con su divina Majestad. Y sabiendo que era mi Criador y el Juez soberano de todas mis acciones, le consagré desde entonces todo mi corazón y todos mis afectos, y entré en un gran deseo de velar sobre mí misma, a fin de evitar en mis palabras y en mis acciones todo lo que le fuera desagradable. Y conociendo que había dado su ley y sus mandamientos a su pueblo, y que había hecho tantas maravillas en su favor mi corazón se abrasó en un ardentísimo deseo de no amar nada sino a El; después de lo cual, todas las cosas de este mundo no tenían para mí más que amarguras. Y habiendo conocido que debía rescatar al mundo y nacer de una Virgen, quedé de tal modo transportada de amor a El, que mi espíritu estaba siempre ocupado en los excesos de sus bondades, y mi voluntad adherida únicamente a la suya».

(1) Lib. spec gratiae part, 1. lib. 29.

«Y a fin de conversar más con mi Criador, me alejaba cuanto podía de la conversación de las criaturas, y aún de mis parientes y amigos. Y para desembarazarme de todas las cosas, daba a los pobres todo lo que podía, no reservándome nada más que las cosas necesarias para vivir y vestir; porque no me complacía en cosas del mundo sino en mi Dios. Mi corazón estaba lleno de un gran deseo de vivir hasta el tiempo en que el Hijo de Dios debía nacer en la tierra, y de ser la sierva de la que sería su Madre, aunque supiese muy bien que era indignísima de ello. Hice también voto en mi corazón de guardar perpetua virginidad, y de no poseer nada en este mundo, todo bajo el beneplácito de su divina voluntad, porque nada deseaba sino que su santísima voluntad se cumpliese en todas las cosas y no la mía. Porque, como yo creía firmemente que nada le era imposible y que era tanta su bondad que nada quería sino lo que me fuera más ventajoso, ponía enteramente todas mis voluntades y todos mis deseos a sus pies, no queriendo otra que la suya, y deseando para mí lo que le era más agradable. Y llegando el tiempo en que las vírgenes eran ofrecidas en el templo, fui en él presentada por mis padres, y permanecí con una perfecta confianza de que Dios, que es todopoderoso y que sabía bien que yo no quería ni deseaba nada sino agradarle, me conservaría mi virginidad si le fuera grato el voto de que ella había hecho; y si no, que El hiciera lo que más le agradara».

«Yo soy, dice también la sacratísima Virgen hablando a Santa Brígida en otra ocasión, yo soy la amada de Dios y aquella a quien llevó en su corazón desde toda la eternidad (es decir, de una manera extraordinaria), y con la que el Espíritu Santo estuvo siempre desde mi infancia. Y a

medida que avancé en edad y creció mi cuerpo, el Espíritu Santo me llenó más y más, y con una plenitud tan abundante, que no dejó en mí lugar alguno para el pecado. Y por esto soy la que nunca ha cometido pecado alguno, ni mortal ni venial; porque de tal manera estaba poseída del amor de Dios, que no tomaba gusto en cosa alguna del mundo, sino en el cumplimiento de su santísima voluntad. Porque, como Dios que me creó por su poder y me llenó de la virtud de su Santo Espíritu era todo fuego y llamas de amor a mí, así mi corazón estaba también abrasado en las llamas de su divino amor»
(1) .

Aquí tenemos algo del estado interior y exterior de nuestra divina Niña, mientras estuvo en casa de sus padres. He dicho algo, porque todo lo que se puede decir y pensar de grande, de santo y admirable, no es nada en comparación de lo que es.

¡Oh Santísima Trinidad, sed por siempre alabada y engrandecida por todos vuestros ángeles, por todos vuestros santos, por todos los favores que habéis hecho a esta santa Niña, especialmente durante los tres años que vivió en la casa de sus padres! ¡Oh admirable Niña, bendita y glorificada seáis eternamente por todo el amor y por toda la gloria que disteis a su divina Majestad durante aquel tiempo! ¡Oh bienaventurado San Joaquín, oh bienaventurada Santa Ana, que consuelo para vosotros, qué transportes de gozo, qué arrobamientos al ver tanta virtud, tanta perfección, tanta maravilla en vuestra pequeña María! ¡Qué alabanzas dabais, a Dios por haberos dado tan rico tesoro! ¡Qué efectos de gracia y de santidad obrarían en vuestras almas la

(1) Rev. lib. 3, cap. 8.

vista, la presencia, la conversación, el ejemplo, las oraciones de vuestra santa hija, durante esos tres años que tan particularmente la poseísteis! ¡Qué luces para vuestro espíritu, qué ardores celestiales y divinos para vuestro corazón, con la presencia de esta María iluminadora e iluminada,

de esta brillante estrella del mar, de esta bella aurora del día, de este maravilloso sol! Si San Zacarías y Santa Isabel fueron llenos del Espíritu Santo, según el testimonio del evangelio, con una participación de la plenitud de su hijo Juan el Bautista, lleno del Espíritu Santo estando aún en el vientre de su madre, ¿cuánto más llenos estaríais vosotros por medio de vuestra divina Hija que poseyó al Espíritu Santo con una plenitud que supera casi infinitamente a la del pequeño Juan?

¿Y, quién podría decir los cuidados, los afectos, las diligencias que pondríais en la crianza y educación de una hija para vosotros tan querida y que sabíais era la escogida por Dios para Madre del Redentor del mundo? ¡Con qué gozo, con qué fervor llenáis todos los oficios que un buenísimo padre y una buenísima madre pueden desempeñar con su hija y con semejante hija! ¡Oh cuán obligado os está todo el género humano! ¡Que el cielo y la tierra y todas las criaturas eternamente os alaben y bendigan! Ofrecednos a vuestra queridísima Hija que es juntamente vuestra hija y vuestra madre, y pedidle que nos haga participantes de las virtudes de su santa infancia.

CAPÍTULO XXVIII

SALE MARÍA DE LA CASA PATERNA Y VA A PRESENTARSE A DIOS EN EL TEMPLO DE JERUSALÉN

San Evodio, patriarca de Antioquía y sucesor de San Ignacio mártir, San Gregorio de Nicea, San Juan Damasceno, San Buenaventura, San Antonio y generalmente todos los Doctores católicos sostienen que la sacratísima Virgen no tenía más que tres años cuando salió de la casa de sus padres para ir a presentarse a Dios en el templo de Jerusalén.

Esta salida tiene mucha relación con otras tres salidas muy señaladas que encuentro en las Sagradas Escrituras, cuya consideración nos servirá para hacernos ver lo que aquella tiene de raro y maravilloso. La primera es la salida funesta y desgraciada de Adán del paraíso terrenal. La segunda, la salida santa y dichosa de Abraham de su país natal y de su parentela. La tercera, la divina y admirable salida del Hijo de Dios del seno adorable de su Padre: «Salí del Padre y vine al mundo» (1).

Veamos las relaciones que hay entre estas tres salidas y la salida de nuestra amable Niña de la casa de sus padres; y veremos por este medio muchas cosas que hacen esta salida, preciosa N, gloriosa delante de Dios y delante de los hombres.

(1) Joan. 16-28.

LA INFANCIA ADMIRABLE

Adán estaba en un paraíso terrestre, en un lugar de gracia y de santificación: la pequeña María estaba también en otro paraíso terrestre, en una casa de virtud y de bendición. Adán estaba en un lugar de delicias; María estaba igualmente en una casa, en la que no tenía más que consuelos por parte de sus padres, que la querían más que a la niña de sus ojos, quienes tampoco recibían de parte de ella sino íntimas satisfacciones.

Pero Adán perdió su gracia y su santidad en su paraíso terrestre por la sugestión maligna de la serpiente infernal y por su propia infidelidad; María conservó y aumentó la suya en la casa de sus padres, por el buen ejemplo que ellos le dieron, por los cuidados que pusieron en su educación y por su fidelidad en seguir los designios de Dios sobre ella. Adán fue expulsado del paraíso terrestre por un decreto justísimo de la divina justicia; María sale de la casa de San Joaquín y de Santa Ana por un orden adorabilísima de la infinita bondad de Dios.

La salida de Adán del paraíso es funestísima y deplorabilísima para él y para toda su posteridad; pero la salida de María de la casa paterna es felicísima y ventajosísima para ella y para todo el género humano, puesto que sale de ella para disponerse a darnos un Redentor, con un entero desprendimiento de sí misma y de todas las cosas y con una perfecta sumisión a la divina voluntad.

Vengamos al santo patriarca Abraham. Le veo salir de su país, dejar su parentela y la casa de su padre, por mandato expreso de Dios y por las grandes recompensas que le promete. Pero no hay necesidad alguna de mandar a nuestra divina

María, ni de ofrecerle recompensas para inducirla a dejar a sus padres, su país y todos sus parientes, bástale saber que será una cosa muy grata a su divina Majestad; no quiere otra recompensa que agradecerle.

No es de admirarnos que Abraham, que conoce y ama a Dios, y que por consiguiente no puede tener más que aversión y odio contra todo lo que deshonra a Dios, abandone un país lleno de idolatría, y deje sus parientes, que son idólatras y enemigos de Dios. Pero es algo prodigioso ver a una niña que sale de una casa en la que Dios es incesantemente alabado y glorificado, y que deja a un padre y a una madre que son santos, y de los mayores santos que hablan pasado por la tierra.

Abraham sale de su país y de su parentela a los setenta y cinco años; pero María se separa de un padre y una madre a quienes ama ardentísimamente y de quienes es ella más amada que cuanto se puede decir, en sus más tiernos años, y en una edad en la que tan necesarias le serían su presencia y asistencia.

Abraham sale realmente de la casa de su padre, mas se lleva consigo lo que le es más querido: a su mujer Sara y a su sobrino Lot, además de todos sus bienes (1) .

Pero nuestra incomparable Niña absolutamente nada lleva de la casa de sus padres.

Ellos la acompañan hasta el templo, pero luego queda en él privada enteramente de la dulzura de su santa conversación y separada de toda su parentela.

(1) Gen., 12-5.

Después de todo, sin embargo, le, salida de Abraham y la salida de María, hija de Abraham, fuera de su país, convienen en una cosa: en que, como la salida de Abraham fuera de la casa de su padre le mereció ser el padre de los creyentes y hasta padre del Mesías; así la salida de la Hija a de Abraham, de la casa de sus padres, la dispuso a ser la madre de todos los hijos de Dios, y la Madre del mismo Dios. Tan cierto es, que Dios da no sólo el céntuplo, sino mil y mil veces el céntuplo de todo lo que se deja por su amor.

Ved ahora una tercera salida infinitamente mas considerable que las dos precedentes: es la salida admirable que el Hijo de Dios hizo de su Padre para venir a este mundo, con la cual, la salida de nuestra divina Niña de la casa paterna tiene muchas más relaciones que con las otras dos, porque es conveniente que haya perfecta semejanza entre el Hijo y la Madre. Veámoslas:

Es el amor infinito que el Hijo de Dios tiene a su Padre y a los hombres el que le saca del seno paterno para hacerle venir a la tierra, a fin de que en ella sea conocido y amado su Padre y para realizar la salvación de los hombres; amor tan tierno y tan ardiente que este amabilísimo Salvador dijo un día a Santa Matilde que mientras estaba en este mundo, el recuerdo de este amor inmenso que le hizo salir del seno de su Padre para venir a buscar a los pecadores en la tierra, le sacaba lágrimas de los ojos cuantas veces pensaba en ello; pero que eran lágrimas de amor y de ternura hacia nosotros. Así también el amor a su Dios de que se encuentra abrasado el corazón sagrado de María, es el que la saca del seno de su padre y de su madre, y la hace ir al templo de Jerusalén, sabiendo que hará una cosa muy grata a su Padre celestial, el cual le inspira

este sentimiento para disponerla a ser la cooperadora de su Hijo en la gran obra de la salvación de los pecadores.

Como el Verbo eterno sale del seno adorable de su Padre, que es el primero y más santo de todos los templos, en el que tributa alabanza y gloria infinitas y eternas a su Padre, para venir al seno y al corazón virginal de su Madre, que es otro santuario en el que tributa adoraciones y honores inmensos a la Santísima Trinidad, así nuestra dignísima Niña sale de la casa de su Padre, que es un verdadero templo en el que ella ha alabado, adorado y glorificado a Dios santísimamente con San Joaquín y Santa Ana y un millón de ángeles que la acompañaban, durante tres años y nueve meses que allí vivió, para ir al templo de Jerusalén, a fin de continuar en él sus alabanzas y adoraciones a una con las santas vírgenes que allí moraban.

Como el Hijo de Dios sale del seno de su Padre, que es para él mansión de gloria y de felicidad incomprensibles, y viene a la tierra, donde no encuentra más que penas y espantosos suplicios, a los que, sin embargo, se entrega de todo corazón para la salvación de los hombres, así nuestra Virgen sale de la casa de sus padres, que es para ella mansión de gozo y de delicias, y viene a Jerusalén, donde tendrá que sufrir dolores y agonías inconcebibles, que soportará con todo agrado, para cooperar con su Hijo a la redención del universo.

Aunque el Padre eterno nos da a su Hijo con una bondad inmensa y le abandona a los tormentos y a la muerte de cruz por nuestra salvación con una caridad incomprensible, es, sin embargo, cierto que el amor infinito que tiene a su amado

Hijo le causaría un dolor infinito, si de ello fuera capaz, cuando sale de su seno, para venir a sumergirse en los sufrimientos que aquí abajo le esperan. De igual manera, aunque San Joaquín y Santa Ana consienten, de buena gana, en ser privados de la dulcísima presencia de su única y amadísima Hija, porque han hecho voto de darla a Dios, a quien aman más que a ellos mismos; no se puede dudar, sin embargo, que esta privación les es también tan sensible y dolorísima como querida y preciosa les es esta Hija. Porque es su tesoro, su gloria y sus delicias; es su corazón, su alma y su vida, su amor y todo su consuelo. Pero, conociendo que Dios la llama por otra parte, se la dan con todo su corazón.

¿Dónde estáis, padres y madres, que os oponéis a su divina voluntad, cuando llama a vuestros hijos al estado eclesiástico o a la profesión religiosa? ¡Ah, qué crueles sois con vuestros hijos, puesto que matáis vuestras almas con la muerte eterna, al querer arrebatar a Dios la autoridad y el poder que le da su soberanía de disponer como le plazca de sus criaturas, que son infinitamente más de El que de vosotros, que no las tenéis sino de El!

Pero volvamos a nuestro asunto. Es cierto que el Hijo de Dios podía salvar al mundo sin salir del seno de su Padre, y sin venir a la tierra como vino. ¿Por qué, pues, Salvador mío, salís de este seno adorable, lleno de gloria y delicias para vos? ¿Por qué queréis venir a esta tierra de pecado y de maldición, donde no encontráis más que dolores y sufrimientos? Es para darnos las mayores pruebas del amor infinito que tiene a su Padre y a nosotros. Así también, parece que no es necesario que la amada Hija de Joaquín y Ana salga de la casa de su Padre, y de

en la madre, para morar (¿o el templo de Jerusalén, y entre las vírgenes que allí están, si sobre todo tenemos en cuenta que en la casa de San Joaquín y de Santa Ana hay más virtud, más piedad y santidad que en la comunidad de estas vírgenes. La santa casa paterna de María es un verdadero templo donde Dios es adorado, alabado y glorificado día y noche más santamente que en el templo de Jerusalén; porque San Joaquín y Santa Ana son las dos personas más santas que entonces existían en el mundo. Esta feliz casa es la morada de los ángeles y aún del Rey de los ángeles, un verdadero paraíso. No hay lugar alguno en la tierra, donde nuestra santa Niña pueda estar más digna y santamente y más agradablemente para ella, mirado el grandísimo amor que su padre y su madre le tienen y el afecto ardentísimo con que ella les corresponde. Pero, conociendo que hará una cosa muy grata a Dios con salir de ella, el amor incomparable a su divina Majestad el que su corazón está abrasado, le obliga a hacerlo.

Pero, ¿es necesario, oh divina Niña, que tan pronto lo hagáis? ¿Qué es lo que tanto os apremia para separaros de unos padres tan buenos y que tanto os aman? ¿Qué mal hay en esperar algunos años, mirando a que estéis más fuerte? ¿Podrá una niña de tres años prescindir de los cuidados y dirección de su padre y de su madre? Sé muy bien que no ocurre con vos lo que con los demás niños, y que el Espíritu Santo os guía y protege, de manera extraordinaria. Sé también que habéis sido ofrecida a Dios para servirle en el templo; pero, ¿qué servicio le podéis prestar en una edad tan débil y necesitada? Dad el consuelo a vuestros padres, y a vos misma, de morar aún con ellos un poco de tiempo. No, porque

226 -

LA INFANCIA ADMIRABLE

Dios la llama y ella le quiere servir fielmente y sin demora alguna.

Ved aún otra relación entre la salida del Hijo de Dios del seno de su Padre y la salida de la niña María de la casa de los suyos. Como el Verbo encarnado salió del seno de su Padre, y se privó desde el momento de su encarnación hasta su resurrección de una gloria infinita y de todas las cosas de este mundo que le pertenecían por infinitad de títulos, a fin de predicarnos primeramente con su ejemplo lo que después debía enseñarnos por estas palabras: «El que no renuncia todo lo que posee no puede ser mi discípulo» (1). «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y cargue con su cruz y sígame» (2); así también inspira a la que ha escogido por madre suya y nuestra, que haga lo mismo, es decir, que deje su padre, su madre, su casa, su país, todos sus parientes, que renuncie el mundo antes de conocerlo y a todas las cosas del mundo, y lo que es más, a sí misma y a todas sus inclinaciones, para ser nuestro ejemplo después de Jesús, y especialmente para ser el modelo de un número innumerable de santas hijas que la divina bondad ha escogido y llamado para seguir a esta gran Princesa, que es la Hija primogénita del gran Monarca soberano del universo. ¡Oh, qué felices los que siguen a esta amable Niña, y lo hacen desde su infancia! ¡Cuán cierto es lo que el Espíritu Santo tiene dicho: «Bueno es para el hombre el haber llevado -el yugo del Señor ya desde su mocedad» (3). Cosa muy ventajosa es dejar el mundo antes de haberlo conocido, antes de haber bebido su veneno! ¡Fuera ese abuso y ese error

(1) Luc., 14-33. (2) Matth., 16-24. (3) Thren., 3-27.

insuportable que albergan muchos espíritus, afirmando que es bueno que los que se han de consagrar a Dios gusten del mundo antes de dejarlo! ¡Cuántas almas se han extraviado siguiendo esta perniciosa máxima! ¡Cuántas personas llamadas por Dios a la profesión sacerdotal o religiosa se han perdido con sus demoras para seguir la inspiración divina y por haber quedado mucho tiempo en el mundo, en este

mundo que es en frase de San Ambrosio: *el cuerpo del dragón infernal*, y que estando por consiguiente, lleno de veneno, emponzoña a todos sus secuaces, pero especialmente a los que, por su corta edad, son más susceptibles de sus impresiones malignas y envenenadas!

¡Dichosos, pues, los que le dejan pronto y llevan su inocencia bautismal a la casa de Dios!
¡Dichosos los padres y madres que imitan a San Joaquín y a Santa Ana en la conducta con sus hijos!
¡Desgraciados los que hacen lo contrario y ponen obstáculos a la vocación de sus hijos! ¡Desgraciados los que usurpan el poder y la autoridad de Dios a quien únicamente pertenece señalar la vocación de sus criaturas, es decir, escoger la condición en la que quiere que le sirvamos! ¡Por eso el santo Concilio de Trento pronuncia anatema contra los padres y madres u otras personas que estorban a las hijas o viudas abrazar la profesión religiosa, o lo que sería peor, les obligan a seguirla contra su voluntad, sin ser llamadas por Dios (1).

Aquí tenemos una de las principales causas de infinidad de desórdenes que hay en el mundo y de la perdición de un gran número de almas. Porque, donde no hay vocación de Dios, no hay

(1) Sesión 25. De regular, cap. 18.

228 -

LA INFANCIA ADMIRABLE

gracia para aquel estado; donde no hay gracia no hay virtud, y donde no hay virtud abunda toda clase de vicios y desarreglos. He aquí también lo que arruina las familias, aún temporalmente. Porque acontece, por muy justo juicio de Dios, que lo que en esto pretenden hacer los padres y madres en beneficio de sus casas y contra la orden y vocación de Dios, se convierte en su ruina corporal y espiritual, temporal y eterna.

Esto es también lo que pierde a las más santas comunidades., Porque los que en ellas entran sin vocación, no son ordinariamente sino piedras de escándalo y fuentes de desarreglos. He aquí por qué los superiores y superiores no han de pensar que examinan demasiado la vocación de las personas que se presentan para entrar en estas comunidades; deben temer hasta el extremo dejarse llevar en estos asuntos de razones de interés o de ventajas humanas y temporales.

CAPÍTULO XXIX

PRESENTACIÓN DE MARÍA A DIOS EN EL TEMPLO DE JERUSALÉN.

Desde cerca mil años que fue construido el templo de Jerusalén, se han celebrado en él muchas fiestas solemnes; pero ninguna, jamás con tanta santidad y solemnidad como la que tuvo lugar cuando la preciosísima Virgen fue ofrecida y presentada a Dios por sus padres y por ella misma.

El motivo principal de esta solemnidad, es el misterio de su Presentación, que contiene muchas cosas grandes y maravillosas.

Veoen este misterio y en esta fiesta siete clases de personas, que son las personas más nobles, santas y dignas del universo, que hacen a este misterio honorabilísimo y completamente admirable esta fiesta.

Veoen primer lugar, a la incomparable María, que es la más excelente persona que hay en el mundo, después de las tres eternas Personas.

En segundo lugar, veo a San Joaquín y a Santa Ana que son las más honorables personas que hay en la tierra, porque son el padre y la madre de la que ha de ser la Madre de Dios.

Veoen tercer lugar, a muchos de sus parientes, amigos y vecinos, entre los cuales muy probablemente se encuentra San José; porque siendo de la ciudad de Nazaret, de una misma tribu, pariente, vecino y amigo sin duda de San

LA INFANCIA ADMIRABLE

Joaquín y Santa Ana, no puede dudarse que tomaría gran parte en su alegría y en el favor que Dios les hizo, librándoles del oprobio de la esterilidad, y dándoles una hija, y semejante hija; así como que les acompañaría en el viaje que hicieron a Jerusalén para presentarla a Dios en el templo.

En cuarto lugar, veo aquí a los sacerdotes del templo, oficiando en el ejercicio de su ministerio; y entre otros a San Zacarías, que será pronto el padre del Precursor del Mesías.

En quinto lugar, veo a Santa Ana, la profetisa, alabada en el santo evangelio por su rara piedad y santidad. Porque tenía ochenta y cuatro años cuando Nuestro Señor fue presentado en el templo y hacía más de cincuenta que vivía allí.

En sexto lugar, veo a San Gabriel, el ángel de la guarda de la Reina de los Ángeles, con todos los ángeles de guarda de San Joaquín, Santa Ana, San José, de la ciudad de Nazaret, de Jerusalén y de toda la Judea; y quizás hasta con todos los demás ángeles. Es al menos muy creíble que se encuentra ahí un gran número de todos los nueve coros que componen el ejército innumerable de los celestiales espíritus; y persuádome fácilmente que los ángeles destinados por la divina Providencia a la guarda de las personas que prevé han de pertenecer particularmente a esta Reina del cielo por una singular devoción hacia ella, se encuentran en esta solemnidad y toman en ella una parte muy especial, para comenzar servirla y honrarla en nombre de aquellos de quienes un día serán ángeles titulares.

En séptimo lugar, veo aquí, con la luz de la fe, a las tres adorables Personas de la Santísima Trinidad.

Pero veamos lo que hacen todas estas santas personas en esta gran solemnidad de la Presentación de nuestra bienaventurada Niña. ¿Qué hace, en primer lugar, esta divina Madre? ¿Qué pasa por su exterior y por su interior?

Contéplala cuando hace su primera entrada en el templo. Sabe que es la casa de Dios, que no es menos santa que el cielo, y que no merece menos veneración que éste, puesto que el Dios del cielo está también allí presente, donde fija su morada como si fuera un cielo. Persuadiéndose además de que se encuentra ante la mirada de Dios como los ángeles que están en el cielo empíreo, se conduce en este lugar santo con un maravilloso respeto, piedad y devoción. Nada de pueril ni infantil veis en ella; no observáis más que señales de un profundo recogimiento y de una angelical modestia. No vuelve la cabeza ni la vista de un lado a otro; a nadie mira, sus ojos permanecen modestamente bajos. Guarda un profundo silencio, sin hablar a nadie más que a Dios. Esta divina Niña que está en este templo, ella misma es un verdadero templo, un templo vivo, el templo de la Divinidad, un templo incomparablemente más augusto y santo que este templo material. Y, sin embargo, se humilla profundamente, se juzga indignísima de estar en este santo lugar. Y está siempre en él, no de pie o sentada, sobre cojines de seda, aunque sea princesa y de sangre real; no levantada en bancos o cátedras, sino de rodillas sobre el pavimento del templo o postrando en tierra su rostro para adorar a su Dios. He aquí algo de su exterior.

Y ¿quién podrá decir lo que pasa en su interior? Todo su espíritu, toda su voluntad, todo su corazón, todas las potencias y afectos de su alma ocúpanse en Dios: en amarle, glorificarle,

232 -

LA INFANCIA ADMIRABLE

contemplantelo, adorarlo, en ofrecerse, en darse, en consagrarse y sacrificarse enteramente a su divina Majestad. Le presenta adoraciones y alabanzas más santas y que le son más gratas que todas las que le han sido dadas en este templo desde cerca de mil años que fue construido. En una palabra, diríais al verla que esto no es una niña, ni una criatura humana, sino un serafín encarnado que ha tomado la forma de niño.

¿Qué hacen aquí San Joaquín y Santa Ana, padre y madre de esta admirable Niña? Adoran, alaban y glorifican a Dio con su santa Hija. Le dan mil y mil gracias por haberles dado tan precioso tesoro. La ofrecen y la presentan a la divina Majestad con una humildad, una devoción y un amor que no se puede expresar.

¿Qué hacen San José y los demás parientes, amigos y vecinos de San Joaquín y de Santa Ana? Se regocijan por la gracia que Dios les ha hecho. Le bendicen por haber hecho tan perfecta a esta Niña. Admiran su virtud y santidad, y se ven obligados a decir de ella mucho más que lo que decían los vecinos de San Zacarías y Santa Isabel acerca del niño Juan en su nacimiento: *¿Quién pensáis ha de ser este niño? Porque verdadera?) ¿ente la mano del Señor estaba con él (1) .*

¿Qué hacen los sacerdotes que están de oficio en el templo? Reciben con gozo y admiración a esta santa Niña, como víctima sagrada que ellos ofrecen a Dios, con una devoción extraordinaria que el Espíritu Santo excita en sus corazones, sin darles a conocer el secreto de este misterio, si no es quizás a Zacarías, que era del orden sacerdotal y que estaba entonces en el ejercicio de

(1) Luc. 1-66.

su ministerio, según el sentir de San Germán, patriarca de Constantinopla y de Jorge, arzobispo de Nicomedia, quienes escriben que encontrándose en el templo en esta ocasión, fue él el que recibió a nuestra divina Niña, la que era su pariente, y la puso en la comunidad de las vírgenes que vivían juntas en una casa al lado del templo, después de haber ofrecido a Dios esta santa e inmaculada hostia, cuya oblación, dio más gloria a su divina Majestad que todos los sacrificios que le habían sido ofrecidos en este templo.

¿Qué hace Santa Ana, la profetisa, que tan santamente vivía entre las vírgenes y viudas que se habían retirado al templo y que aparentemente se conducía como ellas? Considera atentamente todo lo que ocurre: tiene los ojos el corazón tan fijos en esta amable Niña, que para nada le pierde de vista. Y como espera con ardentísimos deseos la consolación de Israel, es decir, al Salvador del mundo, y sabe que está próxima su venida, según los oráculos de los profetas, y que debe nacer de una virgen, y que siendo profetisa está llena de la luz del Espíritu Santo, concibe una gran esperanza de que esta Virgen podrá ser su madre. Por esta razón se llena de los sentimientos particulares de respeto y afecto hacia ella, que la hacen concebir el deseo de cuidar de ella extraordinariamente, mientras esté en el templo. ¿Qué hacen San Gabriel y todos los otros que están aquí, como arriba hemos dicho? Consideran con mucha atención los misterios que tienen lugar ese día. Tienen fijos los ojos en esta pequeña y seráfica María y en todo lo que ella hace. San Gabriel se regocija y da gracias a Dios por el favor singularísimo con que se ve honrado de haberle encargado la guarda de la que debe ser la madre, nodriza, gobernadora y

234 -

LA INFANCIA ADMIRABLE

guardiana del Rey de los serafines. Todos los demás ángeles se congratulan y bendicen a Dios con él, por haberle escogido de entre ellos para tan glorioso cargo.

Los ángeles de guarda de San Joaquín, de Santa Ana, de San José, de la ciudad de Nazaret, de la ciudad de Jerusalén, y de toda la Judea hacen grande fiesta y dan a Dios mil alabanzas con ocasión de esta admirable Niña, a quien miran y honran como la verdadera Judith que debe cortar la cabeza del soberbio Holofernes, y que será la gloria de Jerusalén, la alegría de Israel, y la honra del pueblo de Dios, pero/ especialmente de sus padres y del que tendrá la honra y la gloria de ser su esposo.

Los serafines están sorprendidos de ver en el corazón de esta Niña una hoguera de amor divino más encendida que la de sus propios corazones.

Los querubines se admiran de ver a una hija de Adán en las tinieblas de la tierra, toda bella y circundada de las más bellas luces del cielo.

Los tronos la admiran como al más alto trono de la Divinidad que existe en el cielo y en la tierra.

Las dominaciones la reverencian como a la que lleva en su nombre de María la cualidad de Señora soberana del universo, y que efectivamente lo es, aun en el estado de su infancia, como más abajo veremos, aunque no tenga aún el uso de su soberanía.

Las virtudes la honran como el más digno santuario de todas las santas virtudes.

Las potestades la respetan como a aquella

a quien se ha concedido todo poder en el cielo y en la tierra, y que tiene más poder cerca del Omnipotente que todos los habitantes del cielo.

Los principados le dan honor como a la mayor Princesa del reino de Dios.

Los arcángeles quedan arrebatados al ver tantas maravillas en esta pequeña criatura.

Los ángeles glorifican a Dios por haber hecho a una Niña de tres años más pura, más santa y más agradable a su divina Majestad que todos los espíritus celestiales.

Los ángeles destinados por Dios para la guarda de los que previó habían de pertenecer más particularmente a esta Virgen admirable por la devoción especial que a ella tuvieron, comienzan aquí a servirla y a honrarla en su nombre y de su parte, como a su Reina, Madre y Protectora y como a su esperanza y consolación.

En fin, todos los coros angélicos dan gracias a la Santísima Trinidad por haber hecho un cielo en la tierra y por haber cambiado la tierra en un cielo, más, por haberla elevado por encima del cielo, cuando en el mundo puso a una pequeña Niña que se llama María, en la cual y por la cual, su divina Majestad es más amada y glorificada que en el cielo empíreo. Así es como todos los ángeles celebran esta fiesta.

Abramos ahora los ojos de la fe para contemplar aquí a las tres Personas eternas de la adorabilísima Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo, y para considerar y adorar lo que hacen. ¡Oh cómo miran a esta admirable Niña que es el Primer objeto de su amor! ¡Cómo se complacen en su humildad, en su piedad, en su amor y en

todas sus acciones que con tanta perfección practica!

Paréceme oír la voz del Padre eterno, que dice de ella lo que un día dirá de su Hijo Jesús: «He aquí mi Hija muy amada en la que he puesto todas mis complacencias». Y la voz del Hijo que exclama: «He aquí a mi amabilísima Madre escogida entre millares desde toda la eternidad. Y la voz del Espíritu Santo que resuena por todo el mundo: «He aquí mi dignísima y queridísima Esposa a quien amo más que a todas las puras criaturas». ¡Oh cuán grata les es esta santa e inmaculada hostia que hoy se les ofrece en este templo! ¡Qué abundancia de luces, qué profusión de gracias derraman en los corazones de San Joaquín y Santa Ana, y aún más, en el espíritu y en el corazón de la Hija!

¡Oh gran Dios, que hacéis bajar fuego del cielo para consumir el sacrificio de Elías, el sacrificio de un buey que os es ofrecido por este santo profeta! ¿Qué fuegos y qué llamaradas no encenderéis hoy sobre el altar de los sagrados corazones de Joaquín, de Ana y de María, tres corazones que no son sino un corazón, para consumir la santa víctima que os ofrecen? Por un lado, veo a esta santa Niña que se presenta, se da, se consagra, se inmola enteramente y de todo corazón a la gloria de vuestra divina Majestad; y por otro, veo que Vos la recibís, la aceptáis, os la apropiáis, tomáis posesión de ella, la unís a vuestra divinidad, con la más estrecha unión que jamás existió, la colocáis en vuestro seno y en vuestro corazón, para prepararla a hacer en ella. Y por ella las mayores maravillas de vuestra omnipotente bondad, para disponerla a ser la Madre de nuestro Redentor, y a cooperar con El a la obra de nuestra redención; como también a ser

nuestra verdadera Madre, a la que comunicáis vuestro poder, vuestra sabiduría y vuestra bondad, a fin de que pueda, sepa y quiera librarnos de toda clase de males y colmarnos de toda clase de bienes. Gracias infinitas e inmortales os sean dadas por ello, oh adorabilísima Trinidad!

¡Oh divina Niña, me doy a Vos con todo mi corazón. Emplead Vos misma el gran poder que Dios os ha dado para tomar entera y perfecta posesión de mí, a fin de presentarme e inmolarme con Vos el honor y gloria de la santísima Trinidad!

CAPITULO XXX

ESTANCIA DE MARÍA EN EL TEMPLO DE JERUSALEN

San Joaquín y Santa Ana, una vez cumplido el voto que habían hecho a Dios de consagrarle el hijo que les diera, para servir en el templo, volvieron a su casa. La pequeña María queda en el templo, desólo tres años de edad, bajo la dirección de la superiora de las vírgenes que allí vivían en comunidad; pero, con un privilegio del todo particular y extraordinario que jamás ha sido concedido a mujer alguna, sino a la que es la Reina de las vírgenes y la gloria de todas las mujeres.

¿Qué privilegio es éste? Lo que nos cuentan Evodio, sucesor de los apóstoles, patriarca de Antioquía, San Germán, patriarca de Constantinopla y Nicéforo en su histórica eclesiástica, quienes dicen que María Santísima moraba en el *Sancta Sanctorum*, que era la parte del templo más sagrada y más venerable. Parece, sin embargo, que no moraba allí siempre, sino que se le abría la puerta cuantas veces lo deseaba y entraba en él frecuentemente para adorar a Dios y hacer sus ejercicios de piedad.

Ya sé que no estaba permitido sino al gran sacerdote entrar en el *Sancta Sanctorum*, y solamente una vez al año. Pero sé también que esto no siempre se había observado, puesto que San Epifanio y San Eusebio escriben que esta ley no tuvo lugar con respecto a Santiago, por sobrenombre el hermano del Señor, al cual era permitido

LA INFANCIA ADMIRABLE

entrar en el santuario para hacer allí sus oraciones, por razón de su gran santidad (1).

Por esta razón nuestra divina Niña gozó de este mismo privilegio. Porque, como era un ejemplar de toda clase de virtudes, dice el santo sacerdote Epifanio de Constantinopla (2), y sus eminentes perfecciones, irradiando por todas partes la hacían admirable y amable a todos, los sacerdotes, conmovidos por el resplandor de una santidad tan maravillosa y extraordinaria, se prestaban de buena gana a favorecerle con esta gracia tan extraordinaria; -además de que se hacía por una orden particular de la divina voluntad que les impulsaba a darle este permiso. ¿Por qué? Porque Dios quería que esta santa Niña tuviese su morada más ordinaria en el *Sancta Sanctorum* por siete razones muy considerables.

Primeramente, Dios así lo quería para unir la verdad a la figura, a fin de hacer aparecer la belleza y la excelencia de la verdad por la oposición de su sombra, como el pintor pone sombras en su cuadro, a fin de dar por este medio más lustre y esplendor a las principales partes del cuadro. Para entender bien esto, hay que saber que el templo de la antigua ley no era sino una sombra y una figura del nuevo templo que Dios Construyó en la nueva ley, que es la santa Iglesia. ¿Cuál era la parte más digna y venerable de este antiguo templo de Jerusalén? El *Sancta Sanctorum*. ¿Cuál es la parte más augusta y más sagrada del templo de la nueva Jerusalén, que es la Iglesia? Es nuestra divina Virgen, verdadero santuario del nuevo templo que fue construido

(1) S. Jerónimo. in Breviario. 1 Mayo, lect. 5. (2) In vita B. Virg.

por el verdadero Salomón, del cual el santuario de la antigua ley no era más que sombra y figura. Porque, como el primer santuario contenía lo más raro que en el templo de Salomón había, Y era más digno y santo que todo el resto del templo: así nuestra divina María contiene todo lo más precioso que hay en la santa Iglesia Y es ella más santa que toda la Iglesia junta.

Como Dios tenía su morada más particularmente en el santuario del templo de Jerusalén, así el corazón sagrado de la pequeña María es desde ahora un santuario en el que la Santísima Trinidad fija su residencia más santa y agradablemente que en este antiguo santuario; y su cuerpo virginal es también un santuario en el que habitará pronto corporalmente toda la plenitud de la Divinidad. Y su corazón y su cuerpo son un maravilloso santuario que quedará dedicado y consagrado por la entrada y permanencia en él del soberano Pontífice, el cual no sólo entrará una vez al año para estar en él una hora de tiempo, sino que morará nueve meses en este cuerpo inmaculado y siempre en este corazón sacratísimo en el que está ya y del que jamás saldrá.

En segundo lugar, quiere Dios que esta amable Niña sea la única, entre todas las personas de su sexo, que tenga su mansión ordinaria en el santuario del templo de Dios, para darnos con esto a entender que ella es la única que desde el momento de su concepción inmaculada mora en el santuario de los santuarios, es decir, en el corazón -adorable de la Santísima Trinidad, como quien es la Hija única del Padre, la Madre única del Hijo y la Esposa única del Espíritu Santo, de la manera que queda dicho.

En tercer lugar, quiere Dios que la llave de

que la puerta del santuario esté en las manos de nuestra divina Niña, para mostrarnos que por ella nos será abierta la puerta del santuario de las gracias y de las divinas misericordias y la entrada del paraíso. Por cuya razón, es llamada por la Iglesia y por los Santos Padres: «La puerta de la luz, la puerta de la vida, la puerta de los cielos, la llave del paraíso» (1) »

En cuarto lugar, quiere Dios que esté en el *Sancta Sanctorum*, y que ocupe el lugar en que estaba el arca de la alianza, para darnos a entender que ella es la verdadera arca de santificación, de la que la otra no era más que figura, la que encierra desde ahora en su corazón y encerrará pronto en sus benditas entrañas al verdadero maná del cielo, que es el Verbo increado, que pronto será llamado el Verbo encarnado. Esta arca santa contiene también en sí la vara de Moisés, es decir, la virtud y el poder del Altísimo, que ha comenzado ya a comunicarle y le comunicará aún más abundantemente, a fin de que abra con ella maravillas tan prodigiosas, que todos los milagros que Moisés hizo con su vara, en Egipto, en el mar Rojo y en el desierto, no son más que figuras y sombras. Esta misma arca conserva también en sí las verdaderas tablas de la ley, que no son otras que su corazón sacratísimo en el que el Espíritu Santo ha escrito con letras de oro todas las leyes evangélicas.

En quinto lugar, quiere Dios que esta benignísima Niña esté en el *Sancta Sanctorum*, y que ocupe en él el lugar del propiciatorio que estaba en el arca de la alianza, para darnos a conocer

(1) S. Ped. Dam. Serm. 3 de Nat. Virg; S. Efrén. de laud Maríæ.

que la ira de Dios que estaba encendida contra el género humano hacía tantos siglos, será aplacada por este medio; que por su mediación se hará Dios propicio a los pecadores y se reconciliará con ellos. Por esta razón, es llamada por los santos Doctores: «La propiciatoria del mundo» (1).

En sexto lugar, quiere Dios que esta incomparable Niño esté en el santuario y tenga el lugar del Oráculo, que estaba con el propiciatorio sobre el arca, entre los querubines, y que así se llamaba porque allí era donde se dirigían a Dios para consultarle en las dificultades que se presentaban, y para aprender de su adorable boca su divina voluntad; y era allí también donde El daba sus respuestas y sus órdenes. Quiere, pues, que la pequeña María ocupe el lugar en que estaba este oráculo para hacernos notar que El nos ¡a ha dado para ser nuestro verdadero oráculo, del que éste no era más que la sombra y figura, Porque, efectivamente, por ella El quiere darnos al que es la Verdad eterna y la fuente de todas las,; verdades. Por ella quiere destruir todos los errores y todas las herejías, como enemigos que son de la verdad. «Por ella, dice San Cirilo de Alejandría, todos los profetas nos han predicho la venida del Salvador. Por ella los apóstoles nos han anunciado las verdades evangélicas. Por ella poseemos todos los oráculos de las divinas Escrituras, puesto que San Bernardo nos declara que toda la Escritura Santa ha sido hecha por ella, como se dijo en su lugar. Por ella puso Dios en medio de nosotros al Oráculo de los oráculos, es decir, al Santísimo Sacramento, que es en la Iglesia cristiana lo que el oráculo del santuario de Jerusalén era en la Iglesia judaica, pero de una

(1) S. And. Cret. Orat. 2 de Dorm. Virg.

manera mucho más ventajosa; porque aquel no estaba sino en un solo lugar de Judea, y éste en todas las iglesias de] cristianismo. Y sí, en nuestras necesidades y perplejidades recurriésemos a nuestro oráculo, es decir a Jesús en el Santísimo Sacramento, con espíritu de humildad y de confianza, recibiríamos de él con abundancia todas las luces y todas las gracias que nos fueran necesarias y convenientes para conocer y seguir la voluntad de Dios.

Así es como su infinita bondad nos ha dado esta admirable María para ser nuestro oráculo. Recurrid a él en todas vuestras dudas y ansiedades, y experimentaréis sus dulzuras y sus inconcebibles bondades.

En séptimo lugar, quiere Dios que esta pequeña Virgen no sólo entre una vez al año en el Sancto Sanctorum como el gran sacerdote, sino que sea más privilegiada que los más grandes sacerdotes, teniendo poder de entrar todos los días y morar en él cuanto tiempo quiera por largo que sea, para darnos a entender que, aunque no tenga ella el carácter sacerdotal, tiene, no obstante y eminentemente, su poder, su espíritu, su gracia y santidad, Puesto que pronto formará con su purísima sangre el cuerpo adorable de Jesús y estando al pie de la cruz, ofrecerá este sagrado cuerpo y esta preciosa sangre en sacrificio al Padre eterno para su gloria y por la salvación de los hombres. He dicho eminentemente, porque ella es el manantial, después de Jesús, de todas las gracias que van adheridas al sacerdocio y proceden de él y tiene ella más santidad y poder cerca de Dios que todos los sacerdotes juntos, tanto del antiguo como del nuevo Testamento.

En fin, esta admirable Niña es tan santa

que, según el gran arzobispo de Nicomedia (1) debía tener su morada desde su infancia, no sólo en el Sancta Sanctorum, sino en el Cielo de los cielos.

He aquí las razones por las que Dios quiso que nuestra bendita Niña tuviese el privilegio de entrar en el Sancto Sanctorum cuando quería, y permanece en él todo el tiempo que quería; por lo que sea el eternamente bendecido, alabado y glorificado, y por lo que nos sea concedida la gracia de portarnos santamente, a imitación suya, en los lugares santos.

(1) De Present. B. Virg.

CAPITULO XXXI

OCUPACIONES Y EJERCICIOS DE MARÍA EN EL TEMPLO

Jamás supo la sacratísima Madre de Dios lo que es la ociosidad, ni aún en los tiernos años de su infancia. De los muchos años que vivió en la tierra, nunca empleó un solo instante inútilmente; sino que todo lo ocupó en el servicio y la gloria del Señor, y de la manera más grata a su divina Majestad, y según la dirección de su adorable voluntad. Porque el Espíritu Santo, que la poseía y dirigía en todas las cosas, le inspiraba el orden y regla que debía seguir en el empleo de su tiempo, y ella lo observaba con toda fidelidad. No nos consta el orden de vida que llevó en los demás estados; pero los Santos Padres nos enseñan el que siguió durante su permanencia en el templo de Jerusalén.

Ved cómo habla de ello San Jerónimo: «Cuando la bienaventurada Virgen, estando aún en su infancia, vivía en el templo con las demás vírgenes, llevaba una vida muy arreglada. Porque, desde el amanecer hasta Tercia, se entretenía con Dios en la oración. Desde Tercia hasta Nona, se dedicaba a alguna obra de manos. Desde

Nona hasta la tarde, volvía a sus oraciones, que no dejaba hasta que el ángel que le traía todos los días su alimento, volvía a aparecer. Y así avanzaba cada día más y más en el amor de Dios», (1) .

(1) Epist. ad Heliodorum.

LA INFANCIA ADMIRABLE

San Buenaventura que aprendió esto, parte de San Jerónimo, parte de lo que esta gloriosa Virgen reveló -a Santa Isabel, hija de Andrés rey de Hungría, dice (1) que se levantaba ordinariamente a media noche y se postraba delante del arca, que era el trono de Dios, y así permanecía largo tiempo en oración, dando gracias infinitas a Dios, infinidad de alabanzas y bendiciones, y haciendo muchos actos de fe, esperanza, caridad y religión. Después de lo cual, tenía costumbre de pedir siete cosas principales. La primera era la gracia de amarle con todo su corazón y con todas sus fuerzas. La segunda, el favor de amar a su prójimo como Dios lo manda, y todo lo que El desea que amemos por su amor. La tercera, la fuerza de odiar todo lo que le desagrada. La cuarta, la humildad, la paciencia, la benignidad y las demás virtudes que debían hacerla agradable ante su presencia. La quinta, la gracia y el honor de ver con sus ojos, de oír con sus oídos y de servir con sus manos a la que debía ser la Madre de su Criador. La sexta, la ayuda necesaria para obedecer puntualmente a todas las voluntades de sus superiores. En la séptima encomendaba a Dios el santuario que El había escogido, a los ministros del templo y a todo su pueblo, suplicándole que a todos los conservase y que aumentase en ellos el celo de su servicio.

Después de este primer ejercicio, descansaba un poco, volvía de nuevo a la oración y después, se ocupaba en alguna obra manual, según lo que se le mandaba para el servicio del templo, lo que practicaba con toda perfección.

Después del mediodía, volvía a sus ejercicios espirituales de lectura y oración, hasta que el ángel

(1) In medit. Vitae Christi cap. 3.

le traía por la tarde lo necesario para su manutención. Tomada su refacción, bendecía y adoraba a Dios, entreteniéndose algún tiempo con los espíritus bienaventurados que venían a verla y descansaba un poco.

De todo esto sacamos que nuestra santa Niña tuvo cinco clases de ejercicios y ocupaciones principales en el templo. Porque, primeramente, pasaba la mayor parte del tiempo en oración.

En segundo lugar, dedicaba alguna parte de él a la lectura de los libros santos. «Jamás estaba menos sola que cuando *estaba sola*, dice San Ambrosio; *porque, ¿cómo* estar sola, teniendo tantos libros, tantos arcángeles, tantos profetas con ella?» (1) «Se *dedicaba* con frecuencia a *leer y meditar los oráculos de los profetas*», dice San Germán de Constantinopla.

En tercer lugar, se dedicaba, dice el mismo Santo, a trabajar en lana, lino y seda para el servicio del templo.

En cuarto lugar, entreteníase todos los días con los espíritus bienaventurados, conversando sobre cosas celestiales y divinas, según el testimonio de San Ambrosio que acabamos de traer. Así lo piensan también San Germán y otros muchos.

En quinto lugar, dedicaba un poco de tiempo, el menos que podía, a tomar su refacción traída por los ángeles, según la relación de San Ambrosio (2), de Jorge, arzobispo de Nicomedia (3), de Metafraste (4), el cual dice que San Zacarías,

(1) De Virginibus, lib. 2. (2) 1. e. (3) In Compendio hist. (4) De Praesent. B. V.

padre de San Juan Bautista, vio con sus propios ojos a un ángel que le llevaba el alimento a nuestra santa Niña. Y San Jerónimo dice (1) que no hay por qué extrañarse de ello, puesto que Dios hizo este favor muchas veces a un santo Abad llamado Apolo, que vivió en el tiempo de Teodosio el Grande,

Después de su refacción, tomaba un poco de descanso, durante el cual, no obstante, se mantenía en una contemplación muy levantada, dice. San Bernardino de Sena, como nunca la han tenido los más altos contemplativos.

He aquí las ocupaciones de nuestra amable María en el templo de Jerusalén, en las que vemos que empleó todos los medios con que -se puede honrar a Dios en este mundo y que son principalmente nueve.

El primero, es hablar a Dios en la oración y hablarle con humildad, respeto y atención.

El segundo, escuchar a Dios que continuamente nos habla por sus inspiraciones, por los santos libros que leemos, por sus divinos mandamientos, por boca de nuestros superiores y predicadores, y por todas las criaturas que son otras tantas lenguas que nos claman sin cesar que amemos a Dios, su Criador y Creador nuestro. «*El cielo y la tierra*, dice San Agustín, y todas las cosas que están en el cielo y en la tierra no cesan de decirme que ame a mi Dios». Escuchar, pues, a Dios, que de tantas maneras nos habla, y obedecer su voz es hacer buen uso de los que El nos dice.

La tercera, cifrar nuestro recreo y nuestro

(1) Epist. ad Heliodorum.

LA INFANCIA ADMIRABLE

251 -

gozo en hablar y oír hablar de Dios en nuestros entretenimientos con el prójimo.

La cuarta, obrar por Dios y hacer todo por El con una purísima intención de agradarle.

La quinta, no tener otra voluntad que la de Dios, y hacer consistir nuestro gozo en querer lo que El quiere, y nada querer sino lo que El quiere.

La sexta, abandonarlo todo, y a uno Mismo, por amor de Dios.

La séptima, dar y sacrificarlo todo a Dios.

La octava, sufrirlo todo por Dios.

La novena, morir o estar dispuesto a morir por Dios.

Nuestra divina Niña glorifica a Dios por todos estos medios, de una manera perfectísima mientras está en el templo.

Porque, primeramente, emplea la mejor parte de su tiempo en hablar con Dios en la oración, y en hablarle con una humildad, respeto y devoción que jamás ha habido semejante.

En segundo lugar, tiene ella siempre los oídos abiertos a la voz de su Dios que le habla por sus inspiraciones, por sus mandamientos, por los que la dirigen, y por la lectura de los santos libros; y obedece ella a todo lo que se le ordena con toda exactitud.

En tercer lugar, tiene su recreación después de su refacción, poniendo todo su contento en hablar y oír hablar de Dios; y, si se dejase llevar de los sentimientos de su amor y de su celo, hablaría de El a todo el mundo e iría por todas

252 -

LA INFANCIA ADMIRABLE

partes a predicarlo y darlo a conocer y a amar, a todos los habitantes de la tierra.

En cuarto lugar, nada hace sino por Dios y por el servicio de su templo; sin más pretensión en todo lo que hace, que la de agradar a su Dios.

En quinto lugar, no tiene otra voluntad que la de Dios; y pone toda su felicidad y su paraíso en desear para ella y para todas las criaturas lo que a Dios es más grato.

En sexto lugar, todo lo ha dejado por Dios: padre, madre, país, parientes, a sí misma, todo sin excepción.

En séptimo lugar, se ha dado y sacrificado, y se da y se sacrifica a Dios continua y enteramente, cuerpo, alma, corazón, espíritu, vida, todo lo que puede, tiene y es, sin reserva alguno.

En octavo lugar, como sabe que el Hijo de Dios debe venir a este mundo para salvar a los hombres, y ve en la lectura de los profetas los atrocísimos suplicios que ha de sufrir por todos los

hijos de Adán, y por ella en particular, el amor ardentísimo que tiene a este amabilísimo Salvador, le hace sufrir desde entonces dolores inconcebibles, y le hace desear sobrellevar ella todos los sufrimientos que El ha de soportar, si fuera del beneplácito divino.

En noveno lugar, como aprende también en las divinas Escrituras, en cuyos secretos estaba, dice San Agustín y otros santos Padres, que el Hijo de Dios debe morir con una muerte cruelísima por amor a los hombres y por amor a ella, el amor increíble que le tiene, la llevo a ofrecerse a Dios con gran corazón, para sufrir todas las muertes imaginables, a fin de librar de ella a su

LA INFANCIA ADMIRABLE

253-

adorabilísimo Redentor, a quien ama infinitamente mas que a ella misma. ¡Ah!, cómo clama, ya desde entonces, con abundancia de lágrimas y con un amor y un dolor inimaginables diciendo lo que después ha de decir, en el tiempo de la pasión de su Hijo, no conociéndole aún entonces como a su Hijo, sino como a su Esposo y Redentor: *«Oh mi único amor y mi carísimo Redentor : ¿Quién me dará que muera por tí, oh Esposo amadísimo?»*

Así es, oh amabilísima Niña como empleáis todos los medios posibles para honrar y glorificar a Dios mientras estáis en su templo. ¡Gloria, alabanza y bendición eternas al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo por todos los favores que os hicieron en aquel tiempo y en toda vuestra vida. Ofrecedle todo el honor que le disteis por el santo empleo que hicisteis de vuestro tiempo, en reparación y satisfacción del mal uso que yo hago del que se me da, tanto en mi infancia como en todo el resto de vida, y suplicadle que me dé la gracia de emplear enteramente todos los momentos que me restan, para su gloria y purísimo amor!

CAPÍTULO XXXII

**EXHORTACIÓN A LAS JÓVENES Y MUJERES CRISTIANAS
PARA IMPULSARLAS A IMITAR A LA NIÑA MARÍA
EN EL SANTO EMPLEO DEL TIEMPO**

Después de haberos puesto delante de los ojos el santísimo uso que nuestra amable Niña hizo de todo su tiempo mientras estuvo en el templo de Jerusalén, dad por bueno que me dirija a vosotras para exhortaros y suplicaros que no despreciéis este bellissimo espejo que el Rey de los cielos os quiere dar. ¿Qué espejo es éste? Escuchad al Gran San Ambrosio, él os lo dirá: «Poned, dice, delante de vuestros ojos la vida purísima y santísima de vuestra bienaventurada María. Es un divino espejo en el que veréis la deslumbradora hermosura de todas las virtudes, y un modelo perfecto de vuestra vida y costumbres, conforme al cual debéis realizar vuestras acciones, y tomar regla de lo que tenéis que hacer y dejar de hacer, de los defectos que debéis evitar, y de las virtudes que necesitáis practicar, imitando con todo cuidado el ejemplo de esta divina Virgen.

En esta imitación, oh jóvenes, consiste vuestra gloria, vuestra felicidad y eterna salvación. ¿No es una gran gloria para una miserable criatura marchar tras las huellas de la Reina del cielo? ¿No es un gran honor y a la vez su felicidad, para la hija de una Princesa tan santa ser semejante a su Madre? Vuestra salvación eterna ¿no depende de la promesa solemne que hicisteis a Dios en vuestro bautismo de seguir a Jesucristo,

LA INFANCIA ADMIRABLE

y consiguientemente a su santa Madre, que es inseparable de su Hijo, y que siempre anduvo por el mismo camino por el que El marchó? Poned, pues, los ojos frecuentemente en vuestro bellissimo espejo, mirad el ejemplo de vuestra Reina, ved las perfecciones de vuestra Madre, observad cómo regula y dispone su tiempo, cómo emplea santamente todos sus momentos. . . Considerad después lo que vosotras hacéis. ¡Qué semejanza entre la Madre y las hijas!

Hablo, en primer lugar, de muchas que se dicen cristianas, pero que mas son paganas que cristianas; que son más bien hijas del príncipe del infierno que de la Reina del cielo; que han jurado en su bautismo renunciar a Satanás, a sus obras y a sus pompas y que viven como si hubieran prometido todo lo contrario. ¿Quiénes son éstas? Aquellas de quienes está escrito que la vanidad les roba todo sus días y todos sus años, vanidad que tan precipitadamente les lleva a la muerte, que mueren antes de haber comenzado a vivir: *Sus días desvaneciéronse como humo, y acabáronse muy presto los años de su vida (1)* .

Son las que no se cuidan sino de divertirse y de pasar su tiempo en los placeres y desórdenes del mundo, y que en un momento, cuando menos lo piensan, se ven desgraciadamente en los infiernos. Son las que pasan más de la mitad de su vida en dormir y comer, y el resto en idolatrarse ante un espejo, en gastarse gruesas sumas de dinero en bailar, danzar, en leer mil fruslerías, en galanteos y visitas mundanas en las que se desgarran la reputación del prójimo con mentiras y calumnias. Son aquellas a quienes San

(1) Ps. 77-33.

Jerónimo llama *Las amazonas del diablo* (1), que se arman de pies a cabeza para hacer la guerra a la castidad, y que, con sois cabellos con tanto artificio rizados, con sus pinturas, con la desnudez de sus brazos, espaldas y pecho, matan a esta Princesa del cielo, en las almas a quienes así escandalizan. Son las que no van a las iglesias sino para profanarlas, y deshonorar a Dios en su propia presencia, y en presencia de toda su corte. Porque, en lugar de postrarse ante su divina Majestad para adorarle humildemente, las veis encaramadas en sus altas sillas, como si el pavimento de la iglesia no fuera digno de sostenerlas, y como si no vinieran sino para hacerse ver y hacer ostentación de las pompas del mundo, en el mismo lugar en que prometieron a Dios renunciar a ellas (2).

En lugar de oír la misa o la palabra de Dios con silencio y respeto, y llorar sus crímenes, de que están cargadas, las veis reír, hablar y hacer hablar a las demás. En lugar de aparecer ante Dios, que es su Dios y su Juez que pronto las juzgara con rigor, en lugar, digo, de presentarse en su presencia con espíritu de humildad y de abatimiento, insolentemente hacen soportar a los demás sus consecuencias, tratan al Monarca del cielo con menos respeto que a un príncipe de la tierra, en casa del cual no se atreverían a presentarse en este estado.

Son también aquellas que han perdido el pudor hasta tal punto que se permiten andar por las calles, mejor diré por los rincones, acompañadas de cualquiera, hasta las diez o más de la noche, lo que es ocasión de muchos pecados.

(1) Lib. 2. adv. Jovin.

(2) Véase el Tratado del Respeto a los lugares santos.

Y lo peor es que todas estas personas mundanas viven en tal ceguera que hacen todas estas cosas y muchas otras sin escrúpulo, y se mofan de los predicadores y confesores que les amonestan.

¡Pobres insensatas! ¿No oís al Hijo de Dios que os dice que el día terrible del juicio os hará dar cuenta de toda palabra inútil que hayáis dicho? (1). Siendo esto así, ¿qué cuenta os pedirá de tanto tiempo tan mal empleado? ¿No sabéis que como consecuencia del pecado en que nacisteis y de los pecados actuales que habéis cometido, no tendríais derecho a vivir un momento si el Hijo de Dios no os lo hubiese adquirido con su sangre y con su muerte? Sí, todos los momentos de vuestra vida han costado la sangre adorable y la muerte dolorosísima del Cordero inmaculado; lo que os debiera obligar a amar y estimar todos estos momentos como una cosa que ha costado un precio infinito a vuestro Salvador, y que Él os ha dado con un amor infinito, a fin de que lo empleéis en servirle y amarle, y en ganáros la feliz eternidad.

¿No oís al Espíritu Santo que os dice por boca de San Pablo, que no sois vuestras sino de Aquél que os compró con tan gran precio? (2). Sí, sabed que el Hijo de Dios compró al precio infinito de su preciosísima sangre, vuestro ser, vuestra vida, vuestro cuerpo, vuestra alma, vuestros pensamientos, vuestras palabras, vuestros años, vuestros meses, vuestras semanas, vuestros días, vuestras horas, vuestros momentos. De donde se sigue que no tenéis derecho a hacer uso alguno de lo que en vosotras hay, ni a emplear un

(1) 1 Cor. 6-19, 20. (2) Matth. 12-36.

solo momento de tiempo sino por El; y que cuando empleáis alguna de estas cosas por el mundo o por vuestras pasiones, cometéis un robo, arrebatando a vuestro Redentor una cosa que El ha comprado al precio de su sangre.

Aun cuando no hicierais otro mal que pasar vuestro tiempo inútilmente, en lugar de emplearlo en buenas obras, ¿qué sería de vosotras, si tiene dicho la Verdad eterna que todo árbol que no da fruto será cortado Y arrojado al fuego eterno? (1).

¿Pero tenéis en cuenta para algo la promesa solemne que hicisteis a Dios en el santo bautismo a la faz de su Iglesia, de renunciar a Satanás, al pecado y al mundo, y de seguir a Jesucristo como los miembros deben seguir a su cabeza? ¿No sabéis que seréis juzgadas a la hora de la muerte conforme a esta promesa, y que si no la habéis guardado, éste será el motivo de vuestra condenación? Decidme ahora, os lo suplico, ¿es guardar esta promesa vivir como lo hacéis? ¿Es esto marchar por el camino por el que Nuestro Señor Jesucristo y su santa Madre y todos los Santos han marchado? ¿Ha llegado al cielo alguna de las personas que han seguido este camino? Ni una, si no lo ha abandonado antes de morir. Por el contrario, es este el gran camino del infierno, por el que han llegado a él una infinidad de almas, y allí arden y arderán eternamente.

Oígo una voz que clama en el Apocalipsis: « ¡Ay de la tierra y del mar!, porque el diablo habió a vosotros arrojado del cielo, y está lleno de furor, sabiendo que le queda poco tiempo» (2).

(1) Matth. 7-19. (2) 12-12.

Si este dragón cuenta los siglos y los millares de años por un tiempo tan corto, atendida la manía que tiene de hacer cometer muchos crímenes y de perder gran número de almas, ¿qué interés no debierais poner en emplear muy de otra manera a como lo hacéis, el poco tiempo que tenéis para trabajar en el gran negocio de vuestra salvación, puesto que esta vida no es más que un momento?

¿No oís a este ángel de que se habla en el Apocalipsis que, poniendo un pie en la tierra y otro en el mar, para demostrar que va a hablar en nombre del que manda en la tierra y en el mar, y levantando la mano al cielo, jura por el que,

ve en los siglos de los siglos que ya no habrá más tiempo?» (1). Este juramento se cumplirá pronto con vosotras. Cercano está ya el día en que se dirá con toda verdad que no hay ya tiempo para vosotras. Pronto vendrá la hora, que será el fin de vuestro tiempo y el comienzo de vuestra eternidad, y si no os convertís, se dirá de cada una de vosotras: «Ha de ir a la casa de su eternidad» (2). Esta mundana, esta libertina se ha ido a la casa de su eternidad, y de una desgraciada eternidad. No hay más tiempo para ella, no hay sino una eternidad de terribles suplicios. Pasó su tiempo, y bien pronto para ella; pero esta terrible eternidad no acabará jamás. Y, en fin, ved el epitafio que habrá que poner en vuestra sepultura: «Pasó en delicias los días de su vida, y en un momento bajó -al sepulcro» (3). Esta miserable gastó todo su tiempo en placeres y vanidades del mundo, y en un momento, cuando menos

(1) Apoc. 10.6. (2) Eccl. 12-5. (3) Job. 21-13.

pensaba en ello, ha sido precipitada a los infiernos.

Si deseáis evitar este terrible mal, haced penitencia mientras tenéis tiempo, cambiad de vida, miraos en el espejo que Dios os ha dado, seguid el ejemplo de la Niña María en el santo empleo que ella hizo de su tiempo, y tendréis más verdadero sólido gozo en una hora que el que no pueden tener en toda su vida las que siguen al mundo,

CAPITULO XXXIII

PARA LAS QUE HACEN PROFESIÓN DE DEVOCIÓN

Entre las jóvenes' y demás mujeres que hacen profesión especial de devoción, hay muchas que llevan con ellas su espejo a todas partes, digo, este divino espejo del que he hablado en el capítulo precedente; que tienen sumo gusto en mirarlo con frecuencia, y que se dan con todo cuidado a imprimir en su interior una viva semejanza de aquella, cuya imagen lleven en su exterior por la condición de su sexo.

Pero, sin embargo, el número de éstas es muy pequeño, en comparación de muchas otras que se colocan en el rango de las devotas y no tienen más que la careta y apariencia de la verdadera devoción. ¿Quiénes son éstas? Son las que quieren colocar el arca del verdadero Dios junto al ídolo de Dagón y mezclar la devoción con el amor del mundo, de lo que el Espíritu Santo se lamenta por boca de San Juan: *No queráis, amar al mundo, ni a las cosas del mundo. Si alguno ama al mundo, no habita en él la caridad o amor del Padre* (1) .

Son las que quieren comulgar con frecuencia, buenísima cosa cuando se saca fruto, pero no quieren corregirse de mil defectos de que están llenas. Las que desean comer con frecuencia en la mesa de Dios y beber el cáliz del Señor, como dice San Pablo (2), pero no quieren perder su

(1) 1 Joa. 2-15. (2) 1 Cor. 10-20, 21.

LA INFANCIA ADMIRABLE

puesto en la mesa de Satanás, ni en la copa de los demonios; no haciendo esfuerzo alguno para mortificar sus pasiones, sino dejándose llevar fácilmente de sus inclinaciones y de la inmortificación de sus sentidos.

Manifiestan gran entusiasmo para recibir con frecuencia en su boca el cuerpo adorable y la preciosa sangre del Hijo de Dios, y después están también prontas para burlarse del prójimo, para hablar en perjuicio suyo, para decir palabras de doble sentido, para cantar aires mundanos y cantos profanos, como si no hubiesen comido sino un pan común y ordinario.

Son las que no querrían faltar a oír todos los días la santa misa, pero que no están por privarse de la satisfacción de presenciar ciertas comedias, aunque la iglesia las haya condenado como una cosa perniciosa.

Son las que leen a veces libros de piedad, pero que se pasan las noches leyendo amoríos o cosas semejantes en libros que tan al desnudo presentan las libertades de los hombres, que están llenos de veneno que emponzoñan las almas de las personas que los leen. Lo que hizo decir al gran Gerson, una de las más esclarecidas antorchas de la célebre universidad de París, hablando de cierto novelista, que «si supiera que se había muerto sin hacer penitencia de su pecado, no pediría a Dios por él más que por Judas».

Son las que tienen en sus habitaciones algunos cuadros de devoción, pero a la vez pinturas y algunas veces hasta figuras poco honestas por las posturas indecentes y por la desnudez que en ellas se ve, lo que es causa de que se cometan miles de pecados.

Son las que asisten con bastante asiduidad a las predicaciones de la palabra de Dios, pero que no hacen escrúpulo en tomar parte en bailes inventados por el demonio, como ocasión de infinidad de pecados y condenación de muchas almas. Lo que hace decir a San Efrén que la danza es «*la alegría de los diablos y la tristeza de los ángeles*» (1) ; y a San Crisóstomo que es «*la vorágine del diablo*» (2), que engulle multitud de almas para el infierno. Por eso el gran San Ambrosio clama, hablando a todas las madres: «*Aprended mujeres cristianas, lo que debéis hacer amar a vuestras hijas y lo que debéis hacerles odiar; salte y dance la hija de la adúltera. Pero una madre casta y pudorosa debe enseñar la piedad y la virtud a sus hijas, y no ¿a danza?*» (3). Y San Agustín llama al lugar en que se baila «*la caverna más sucia del diablo*» (4).

Son, además, las que hacen limosnas y obras aparentes de caridad, y hasta a veces fundaciones piadosas o cosas semejantes; pero que no pagan sus deudas, ni el salario debido a sus criados y criadas, ni a los obreros, ni lo que deben al panadero, carnicero, etc., por la manutención de su mesa; ni lo que trajeron de casa del pañero, del mercero y otros para vestir pomposamente, para amueblar sus casas, y para emplearlo en otros excesos de vanidad; todo lo cual, clama venganza delante de Dios.

Son las que, en lugar de amar el retiro y la soledad, que es carácter de la verdadera devoción, gustan mucho en correr de lado a lado, en

(1) Homil. 69. in Matth. 13. (2) Sermones. (3) De Virgin, lib. 3. (4) 215 de Temp.

hacer visitas mundanas e inútiles, no poniendo, por otra parte, cuidado alguno en la educación de sus hijos, ni en la instrucción de sus domésticos sin poner atención en estas palabras terribles de San Pablo: «*Quien no mira por los suyos, mayormente si es de la familia, ese tal negado ha la fe, y es peor que un infiel*» (1) .

Saben, sí, hablar de materias de devoción, pero también infamar al prójimo y entretenerse con sus faltas, que es una de las señales más ciertas de la falsa devoción.

Parecen las tales, ángeles en la iglesia; pero son demonios en sus casas, estando siempre encolerizadas contra los suyos, a quienes mucho desedifican con sus enfados y gritos, haciéndoles de este modo odiosa la devoción.

Son las que están siempre colgadas de las orejas del director, a quien hacen perder mucho tiempo; pero que se conducen sin respeto ni obediencia a sus maridos y a sus padres.

Las que se tragan dulce como la leche el veneno de la lisonja y dejan alabanzas con que unas a otras se emponzoñan; pero que no sabrían sufrir una palabra de desprecio, sintiendo vivamente las menores ofensas que se les hace.

Las que están llenas de estima y complacencia de ellas mismas; pero que están reventando de envidia y de celos para con los demás.

Las que protestan que nada quieren hacer que sea desagradable a Dios; y a la vez no quieren desagradar al mundo. Porque, ¿cómo es que quieren vestirse mundanamente, llevar sobre ellas

agradables olores, poner gran cuidado en la hermosura de su rostro y de sus manos, y hacer ostentación de la desnudez de sus brazos, sin cuidarse de aquello que dice San Crisóstomo que «las desnudeces, aún de las figuras muertas, mucho más de las vivas, son el asiento y trono del demonio»? ¿Por qué, digo, hacen todas estas cosas sino para agradar al mundo, por más que agradar a Dios y al mundo son cosas ordinariamente incompatibles? «Si todavía prosiguiese complaciendo a los hombres, no sería yo siervo de Cristo», dice San Pablo (1) .

Son, en fin, las que se persuaden que son muy sabias, y son, no obstante, verdaderamente locas, puesto que siguen la locura del mundo, como se echa de ver en los cambios continuos de sus modas: «El necio se muda como la luna» (2). Porque, no obstante su devoción, quieren seguir las vanas modas del mundo en sus vestidos, en sus muebles, en su lenguaje y en todo lo demás. ¡Malditas modas, que son las fuentes de mil y mil pecados y que atraen muchos castigos y maldiciones de Dios sobre ellas y sobre las demás.

No os extrañe, después de todo esto, si un San Carlos Borromeo prohibía a los confesores de su diócesis dar la absolución a las mujeres que no llevasen vestidos modestos sino que vestían mundana y pomposamente. Encuentro en la vida de este gran Santo que, haciendo un día la visita pastoral y encontrando a una señora vestida mundanamente, le habló de esta manera: «Miserable, le dice, ¿no piensa usted en su salvación? No tiene usted seguridad de estar mañana con vida, ¿y no piensa en su salvación?» ¡Cosa extraña!

(1) Eccli. 27-12. (2) Gal. 1-10.

268 -

LA INFANCIA ADMIRABLE

¡Qué terribles son los juicios de Dios! Al día siguiente encontraron a esta desgraciada mujer muerta en su cama; señal para temer que no sacara el fruto que debía de tan caritativo aviso.

¡Plegue a Dios abrir los ojos a las que quieren, mezclar al mundo con Dios, para hacerles conocer cuán lejos están de la verdadera devoción, y que el camino que llevan no les llevará al cielo, si no lo abandonan, sino al infierno, porque «nadie puede servir a dos señores», dice el Salvador (1) . ¿Qué tiene que ver la santidad con la iniquidad, dice el santo Apóstol; ¿qué compañía puede haber entre la luz y las tinieblas, entre Cristo y Belial? (2) «No podéis beber, dice el mismo Apóstol, el cáliz del Señor y el cáliz de los demonios; No podéis tener parte en la mesa de Dios y en la mesa de los demonios» (3).

¿Hasta cuándo, pues, cojearéis de ambos pies?

Es el Espíritu Santo el que así os habla en el libro tercero de los Reyes (4). Si el mundo es vuestro Dios, si ha derramado su sangre y sacrificado su vida por vosotras y tiene un paraíso para daros, seguidle enteramente. Pero si el Señor es vuestro Dios, si es El el que ha derramado su sangre e inmolado su vida por vosotras, si es El el que puede enviaros a los tormentos del infierno o daros un reino eterno, seguidle perfectamente. No partáis vuestro corazón entre el amor de Dios y el amor del mundo, entre Jesucristo y el Anticristo. Dadlo todo a Dios a imitación

(1) Matth. 6-24. (2) 2 Cor., 6-14, 15. (3) 1 Cor. 10-20, 21. (4) 18-21.

LA INFANCIA ADMIRABLE

269 -

de la pequeña hija de Joaquín y Ana, que da y emplea de todo corazón todo lo que es, todo lo que tiene y puede, toda su vida, todo su tiempo, exclusivamente para la gloria de su Dios. Dad todo al que os ha dado todo. Dad todo y tendréis todo, y podréis todo y seréis todo en el que lo es todo.

CAPITULO XXXIV

PARA LAS RELIGIOSAS

A vosotras, mis queridas hermanas, os miro y honro como a las imágenes vivientes de nuestra divina María. Porque hablo a verdaderas religiosas, que no lo son de nombre y solamente a los ojos de los hombres, sino que son religiosas de hecho y con toda verdad, ante Dios y ante los hombres; que han sido escogidas por la divina Bondad para ser llamadas a la santa religión; que no han entrado en ella por consideraciones humanas y terrenas, sino por motivos celestiales y divinos; que no han dejado el mundo a medias, sino completamente, y que no se han separado de él sólo con el cuerpo, sino con el espíritu y el corazón; que tienen en más su santa condición que la de princesas y reinas de la tierra; que no se contentan con llevar el hábito exterior de la profesión religiosa, sino que se esfuerzan por despojarse enteramente de ellas mismas, y por revestirse perfectamente de Jesucristo, según estas palabras del Espíritu Santo: *Revestíos de Nuestro Señor Jesucristo* (1), es decir, de sus santas virtudes, y de sus divinas perfecciones; que aman su santa soledad como un verdadero paraíso terrestre; que temen salir de ella, más que los peces de su elemento; que huyen de la comunicación con el mundo como de una cosa muy peligrosa; que no se mueven sino por caridad y obediencia; que no están en las salas de visita sitio

(1) Rom. 13-14.

LA INFANCIA ADMIRABLE

lo menos que pueden y tratando siempre de impulsar a los que vienen a verles al temor y al amor de Dios; que no hablan jamás entre ellas de noticias, curiosidades y bagatelas del mundo, sino de cosas de su profesión; que ponen todo su contento en guardar fiel y exactamente sus votos y sus reglas por amor de Aquél a quien más que a ellas mismas aman; que cifran sus delicias en conversar, en la oración y en la lectura de los libros de piedad, con el que nos asegura que sus delicias son estar con los hijos de los hombres (1) : que, estando bien persuadidas de que la maldición de Dios es inseparable de la desobediencia, y de que el bien soberano y único medio de agradar a Dios es no tener otra voluntad que la suya, se esfuerzan cuanto pueden por matar su propia voluntad, como se mata una serpiente, y por no tener otra que la de Dios que se les manifiesta por sus divinos mandamientos, por los de su Iglesia, por sus reglas y por la voz de sus superiores; que, mirándose como esposas de Jesús e hijas de María, procuran continuamente hacerse agradables a su queridísimo Esposo y a su amable Madre; que, en fin, sabiendo bien que todo su tiempo ha sido adquirido por el Hijo de Dios al precio infinito de su preciosa sangre, y que se les pedirá cuenta hasta de un momento, huyen de la ociosidad como del manantial de todos los males, y se ocupan siempre, a imitación de la santa Virgen, en cosas agradables a Dios y útiles a sus almas. He aquí lo que es la verdadera religiosa, cuyo numero es hoy, gracias a Dios, muy considerable.

«Sois, dice San Cipriano, la gloria y la flor *del celo eclesiástico*, la gloria y el *ornamento de*

(1) Prov. 8-31.

LA INFANCIA ADMIRABLE

la grada *del cristianismo*; sois la alegría *de la Iglesia*; sois la obra maestra a *de la integridad y de la incorrupción, digna de un honor y de una alabanza inmortal*; sois la divina imagen *de la santidad del Señor*; sois la más ilustre porción *del rebaño de Jesucristo*» (1) .

A todo esto añado una palabra que lo comprende todo, y es, que sois las esposas del Rey de los reyes, y, por consiguiente, las hijas amadísimas de la Reina del cielo y de la tierra. He aquí una dignidad y un favor incomprensibles, tan grandes que si los pudieseis conocer perfectamente, estoy cierto de que, o moriríais de gozo o no querríais jamás cesar de decir: *Sea Dios loado, por su don inefable* (2).

Gracias tan grandes piden también cosas grandes. Puesto que sois las esposas del Santo de los santos e hijas de la Reina de todos los Santos, debéis trabajar en vuestra santificación, caminando por el camino por el que vuestro Esposo y vuestra Madre han caminado. Pero, si en lugar de seguir la ruta que el Esposo y la Madre de las vírgenes siguieron, tomáis la de las vírgenes fatuas, con las vírgenes fatuas iréis al mismo lugar a que ellas fueron, después que este adorable Esposo les hubo cerrado la puerta de su casa, diciéndoles que no las conocía: *En verdad os digo que yo no os conozco* (3). ¿Por qué fueron reprobadas? Cuando sobre ello reflexiono, tiemblo; porque no encuentro en el Evangelio que sea por lo alguno de malicia que hayan cometido, sino por la negligencia que tuvieron en hacer provisión de aceite para sus lámparas.

(1) 2 Cor. 9-15.

(2) De disciplina et habitu virginum.

(3) Matth. 25,12.

274 -

LA INFANCIA ADMIRABLE

Y se redobra mi espanto cuando leo, en el mismo capítulo del Evangelio, en que se habla de estas miserables vírgenes, lo que está escrito inmediatamente después, que un siervo negligente es condenado por el soberano Juez a ser arrojado atado de pies y manos a las tinieblas exteriores, donde no hay más que llanto y crujir de dientes. ¿Por qué? Porque ha sido inútil, y no ha hecho el uso que debía del talento que su Señor le había dado.

Tened siempre delante de vuestros ojos, mis queridas hermanas, el bello espejo que Dios os dio en la persona de vuestra divina Madre. Mirad el ejemplo admirable de su vida y de sus virtudes, especialmente del santo uso que hizo de su tiempo. Concedid el propósito de emplear en adelante todo el vuestro en hablar con Dios en la oración; en oír hablar a Dios por sus inspiraciones, por la voz de los predicadores y por la lectura de los libros de piedad; en hablar de Dios con el prójimo; en seguir en todas las cosas su adorable voluntad; en trabajar por Dios, y en hacer cuanto hacéis para agradarle; en renunciar a vosotras mismas y a todas las cosas por amor del que se despojó de todo por vuestro amor; en darlo todo a quien todo os ha dado; en sufrirlo todo por el amor de Aquél cuya vida entera no fue sino un continuo sufrimiento por amor vuestro; en fin, en morir por El, si se presenta la ocasión.

De esta manera el Rey del cielo os amará como a queridísimas esposas, y su divina Madre como a sus muy amadas hijas.

CAPÍTULO XXXV

EXCELENCIA MARAVILLOSA DE LAS VIRTUDES DE
LA NIÑA MARÍA

Es cierto que la dignidad infinita de Madre de Dios eleva a María por encima de todas las Puras criaturas; pero es también cierto lo que dice San Justino mártir, que «las virtudes por las que mereció ser Madre de Dios la hacen en cierta manera más feliz y gloriosa que su divina maternidad» (1) .

¿Qué virtudes son estas por las que ha llegado a esta admirable dignidad? Son todas las virtudes cristianas que fueron infundidas en su alma con la gracia santificante, desde el instante de su inmaculada Concepción, y que de momento en momento tomaban tal acrecentamiento que, como la gracia que hay en esta divina Niña aventaja incomparablemente a todas las gracias de todos los Santos, así hemos de decir de las virtudes, que las posee todas en un grado más eminente que todos los Santos juntos.

Hay esta diferencia, dice el Doctor angélico, entre la bienaventurada Virgen y los demás Santos, que cada Santo sobresale en alguna virtud; pero la Reina de los Santos posee todas las virtudes en grado soberano. Por cuya razón es llamada por San Juan Damasceno «la casa y el palacio de todas las virtudes» (2) ; y por San Anselmo

(1) Quaeest. 136. ad Orthod. (2) De fide orthodox, lib. 4. cap. 15.

LA INFANCIA ADMIRABLE

«el santuario de todas las virtudes» (1)

Pero, resplandecen especialmente en ella de maravillosa manera las virtudes que fueron desconocidas en los siglos precedentes, como la virginidad, la humildad, el amor a la pobreza, el amor de los enemigos, y otras semejantes. Porque ella es la que comenzó a practicarlas, y la que las practicó y enseñó con su ejemplo antes aún que Nuestro Señor Jesucristo. De aquí viene que el Espíritu Santo la llame: El *comienzo de los caminos del Señor* (2).

Voy más allá; me atrevo a decir con muchos santos Doctores que la menor de las virtudes de nuestra santa Niña da más gloria a Dios y le es más grata que todas las virtudes juntas de todos los Santos, porque realiza los más pequeños actos de virtud con más gracia y amor que lo que hay en todos los Santos, como dijimos en su lugar.

Aún voy más adelante, porque no temería decir después del gran San Jerónimo, que como no hay bondad ni santidad comparable a la de Dios, no hay tampoco virtud ni perfección, por eminente que sea, que pueda compararse con la virtud y perfección de nuestra incomparable Virgen.

De aquí viene el que San Gregorio Nacianceno, San Juan Damasceno y San Eutiquio, patriarca de Constantinopla, digan de María, Madre de Jesús, lo que la Iglesia canta de Jesús, Hijo de María: «Tú sólo eres santo». «Tú sola santa, tú sola pura, tú sola casta, tú sola humilde», dicen estos santos Padres hablando a la Madre de Dios.

(1) Orat. ad B. V. (2) Prov. 8-22.

San Anselmo añade a esto una cosa notable: «Las virtudes de María, dice (1), nos dan un ejemplo que tiene yo no sé qué de más dulce, de más humano, de más conforme a nuestra debilidad que las virtudes de su Hijo, porque la alteza y esplendor de éste nos deslumbra y nos abruma, pero la dulzura y la suavidad de aquélla nos atrae, nos anima a imitarlas, especialmente cuando las consideramos en el ejercicio que de ellas hizo durante el curso de su santa infancia».

Entre todas las virtudes que resplandecen como otras tantas estrellas, o mejor, como otros tantos soles en el cielo de la santa infancia de nuestra divina María, señalaré aquí doce de las más principales.

La primera es su inocencia. Ella sola, después de Jesús, ha estado dotada de una perfectísima inocencia, tanto por haber estado totalmente exenta de todo pecado original y actual, como porque jamás ha sabido lo que es perjudicar a cualquiera que sea y de manera que sea.

La segunda es su sencillez. Practicó excelentemente estas palabras que su Hijo debía decir mucho tiempo después: «*Sed sencillos como palomas*» (2). Porque una de las alabanzas que su divino Esposo, el Espíritu Santo, le dirige es ésta: «*Son tus ojos como los de la paloma*» (3). Jamás tuvo curiosidad ni doblez, que son los contrarios de la sencillez. Huyó de la duplicidad en sus pensamientos, en sus proyectos, en sus deseos, en sus intenciones, no teniendo nunca más que un solo proyecto, un solo deseo y una única in

(1) Lib. de excell. Virg. (2) Matth., 10-16. (3) Cant., 1-14.

intención en todas las cosas, que era la de agradar a Dios y cumplir perfectísimamente su adorabilísima voluntad.

La tercera virtud es su humildad. Fue tan humilde que jamás se prefirió a nadie, antes se miró y se trató siempre como la última de todas las criaturas. Dijo una día a Santa Matilde que la primera virtud que practicó, desde el primer instante de su vida, fue la humildad.

La cuarta es su obediencia. Fue tan obediente que, mirando siempre a Dios en sus padres y superiores, les obedeció siempre perfectísimamente, sin desagradarles jamás.

La quinta virtud es su paciencia. Como jamás nadie ha sufrido tantos trabajos, tantas persecuciones, tantos oprobios y tantas angustias como ella, después de su Hijo; jamás se ha visto tampoco paciencia como la suya. Porque, conociendo desde su infancia que el Hijo de Dios debía venir al mundo y sufrir en él tormentos tan atroces y una muerte cruelísima para salvar a los hombres; este conocimiento, junto al amor ardentísimo que le tenía, le causó dolores inconcebibles que le proporcionaron amplísima materia para ejercitar una paciencia tal como la de Aquel.

La sexta virtud es su amor a Dios. No amó nunca más que a Dios, comenzando a amarle desde el primer instante de su vida. Lo amó ella sola desde su infancia más que todos los ángeles y santos juntos. Su amor a Dios quiere decir que más hubiera querido ser aniquilada que dar a criatura alguna la menor centellita del amor que debía al Criador; que todo lo hizo, todo lo sacrificó, todo lo dejó por su amor; que jamás tuvo otra voluntad que la suya; y que, como el Padre

eterno llama a su Hijo *el hombre de su voluntad* (1), bien puede llamar a María «la Virgen de su voluntad», o bien «mi voluntad en ella». Porque la divina voluntad siempre reinó en esta admirable Niña con toda perfección, y siempre puso su gozo y sus delicias en querer todo lo que Dios quería, y en no querer nada de lo que El no quería, lo cual es una señal contundente del divino amor.

La séptima virtud es su caridad para con el prójimo. Lo cual quiere decir que jamás tuvo pensamiento alguno, ni dijo palabra alguna, ni realizó obra alguna contraria a esta virtud; sino que siempre hizo a todos todo el bien que pudo; que amó hasta a sus más crueles enemigos, es decir, a los que conocía, por la lectura de los santos Profetas, que habían de crucificar al Salvador del mundo, para quien tuvo desde su infancia un amor incomparable, y hasta tal punto los amó que ya desde entonces comenzó a pedir misericordia por esos pérfidos, y a ofrecer por ellos al Padre eterno la sangre preciosa que habían de derramar sacada de las venas sagradas de este adorable Redentor.

La octava virtud fue el desprecio y desprendimiento del mundo y de sí misma. Vivió siempre desde el comienzo de su vida con un desprecio y desprendimiento del mundo tan grande, que podía decir mucho mejor que San Pablo: *Miro a todas las cosas como basura para ganar a Cristo* (2). Muerta enteramente estaba a sí misma, a todas sus voluntades e inclinaciones, a su propio espíritu, a su amor propio, a todos sus intereses y satisfacciones, no sólo en las cosas corporales,

(1) Is., 46.11. (2) Philip., 3-8.

sino también en las espirituales, no buscando en todo y por todo sino contentar a Aquél en quien y por quien únicamente vivía, respiraba y hacía todas las cosas.

La novena virtud es su pureza virginal, que tanto amó desde el primer momento de su vida que hizo voto de ella, según el sentir de muchos Doctores; y los santos Padres aseguran que si se le hubiese propuesto ser Madre de Dios sin ser virgen, o ser virgen sin ser Madre de Dios, en el supuesto de que Dios le hubiese mandado elegir una de estas dos cosas, hubiera ella preferido la virginidad a la divina maternidad, y que esto era lo que quiso decir en las palabras que dijo a San Gabriel: *¿Cómo ha de ser esto?* (1).

La décima virtud es su silencio. Es decir que amó tanto el silencio y tan exactamente lo guardó en su infancia que no leemos en las sagradas Escrituras, ni en las historias eclesiásticas, ni en autor alguno que haya hablado una sola palabra, sea mientras estuvo en casa de sus padres, sea el día de su presentación en el templo, sea durante el tiempo que en el templo vivió.

La undécima virtud es su dulzura y mansedumbre. Yo os diré de ella que jamás se vio semejante bondad y mansedumbre, después de la de su Hijo. Lo que obliga al Esposo, al Espíritu Santo, a hablarle así: *Miel y leche tienes debajo de la lengua; son tus labios, ¿un panal que destila miel* (2). Y el mismo Espíritu Santo la hace hablar de esta manera: *Mi espíritu es más dulce que la miel, y más suave que el panal mi herencia* (3).

(1) Luc., 1-34. (2) Cant., 4-11. (3) Eccli., 24-27.

Pero no sólo ha estado de este modo llena de dulzura en su infancia, la conservó siempre y la conservará eternamente.

Tan llena ha estado de ella aun para con los más horribles pecadores, que jamás ha rechazado a ninguno de los que van a ella para invocar su auxilio, especialmente en lo que mira a su salvación, aun cuando hubieran cometido todos los crímenes imaginables. La misma Iglesia nos lo recalca cuando dice que ella es nuestra vida, nuestra dulzura y nuestra esperanza y que está llena de clemencia, de piedad, de misericordia y de mansedumbre.

La duodécima virtud es su modestia. De ella os diré que estaba revestida de una modestia angelical, que su exterior era tan compuesto que la hubieseis tomado por un ángel encarnado que encantaba y edificaba maravillosamente a todos los que la contemplaban.

¡Alabanzas y gracias inmortales al Dios de las virtudes por todas las perfecciones con que enriqueció a esta admirable Niña! ¡Honor y eterna bendición a nuestra divina María por toda la gloria que dio a la Santísima Trinidad con la práctica de todas las virtudes que ejercitó durante el curso de su infancia!

CAPITULO XXXVI

**LAS VIRTUDES DE LA SANTA INFANCIA DE MARÍA,
MODELO Y REGLA DE LAS VIRTUDES QUE TODOS LOS
FIELES DEBEN PRACTICAR**

Después de haber puesto delante de vuestros ojos, en el capítulo precedente, un pequeño compendio de las eminentes virtudes de nuestra amable Niña, os diré ahora con el gran San Ambrosio: *Fue tal María que su vida fue la enseñanza de todos* (1). ¿Queréis ser de número de los discípulos de esta divina Maestra? ¿Queréis formar vuestra vida y vuestras costumbres sobre el sagrado modelo de la vida y de las costumbres de vuestra gloriosa Madre? Esforzáos por caminar sobre los pasos que ella os ha trazado en su dichosa infancia, mediante una cuidadosa y fiel imitación. A este efecto:

Primero. Si deseáis imitar su inocencia, temed el pecado, huíd de su menor sombra más que de la muerte, y vivid de suerte que pueda decirse de vosotros con verdad que no sabéis lo que es perjudicar a nadie; así es como seréis verdaderamente inocentes.

Segundo. Si queréis imitar su sencillez, guardáos de la curiosidad, que le es muy contraria; huíd de la duplicidad que la destruye, no admitiendo en vuestro corazón más que un solo proyecto, una sola pretensión, a saber: la de agradar a Dios y uniros a todas sus santas voluntades.

(1) Lib. 2 de Virg.

LA INFANCIA ADMIRABLE

des. Pero sobre todo detestad y aborreced la mentira, el disfraz, la doblez, el artificio como a enemigos jurados de la sencillez cristiana.

Tercero. Si deseáis seguirla en los caminos de su humildad, aborreced todo lo que es contrario a esta santa virtud, en vuestros pensamientos, en vuestras palabras y acciones; estudiáos cuidadosamente a vosotros mismos, para que, conociendo que no sois nada, que no podéis nada, que nada tenéis de vosotros mismos más que la nada, el pecado, la perdición y un abismo de toda clase de miserias, aprendáis a no preferiros jamás a nadie, sino a concebir una muy baja estima de vosotros mismos, a poner os debajo de todos, a amar la abyección y el menosprecio como cosa que os es conveniente, y a humillaros en todo lugar, en todo tiempo y en todas las cosas.

Cuarto. Si tenéis deseo de imprimir en vosotros la imagen de su obediencia, mirad y tratad a vuestra propia voluntad como a vuestro más formidable enemigo y esforzáos por aplastarle como a una serpiente. Destruid todos vuestros deseos a los pies de Nuestro Señor, dejándole querer y desear para vosotros cuanto le agrade, complaciéndoos de no tener otra voluntad que la suya y de poner todo vuestro gozo y vuestro paraíso en su propio contento, y, por consiguiente en su santísima voluntad; porque El toma infinito contentamiento en todo lo que quiere y hace; y por este medio os llamará: «*el hombre de mi voluntad*» (1).

Mirad, honrad y amad a vuestros superiores como a personas que ocupan el lugar de Dios, y a las que debéis obedecer pronta y ciegamente Is., 46-11.

con alegría, como a El mismo, grabando en vuestro corazón esta verdad: que la bendición de Dios acompaña en todas partes a la obediencia, y que su maldición va inseparablemente unida a la desobediencia; de suerte que la bendición de Dios está en todo lo que se hace por obediencia, y su maldición en todo lo que se hace contra su obediencia. Vuestra es la elección, mi querido hermano: «*Ya veis que os Pongo delante la bendición y la maldición*» (1). Escoged pues.

Quinto. Si tenéis el propósito de seguir a nuestra amable Niña en su paciencia, trabajad fuertemente por domar vuestra cólera, vuestras tristezas, vuestras impacencias en los accidentes fastidiosos que con frecuencia ocurren en la vida, tomando todas las cosas como venidas de la mano de Dios, y llevando con paciencia los sufrimientos por su amor.

Sexto. Si deseáis imitar su amor a Dios, desterrad enteramente de vuestro corazón el amor del mundo, el amor de las criaturas, el amor desordenado a vosotros mismos. Considerad frecuentemente que no estáis en el mundo sino para amar a Dios; que tenéis una infinidad de obligaciones de amarle; que este amor es el verdadero centro de vuestro corazón; que ahí es donde él encontrará su descanso, su paz, y su perfecta felicidad; y que fuera de esto, no encontraréis jamás otra cosa que turbación, amargura, angustia, maldición e infierno. Dad, pues, vuestro corazón al que os lo pide hace ya tanto tiempo: no hagáis ya nada si no por su amor; sed fieles a todos los deberes y obligaciones de vuestra condición por amor a El, y en hacer todas las

(1) Deut., 11-26.

cosas con perfección, con un gran corazón, por amor del que es para vosotros todo amor y todo corazón.

Séptimo. Si habéis resuelto imprimir en vuestro corazón una semejanza de la caridad de nuestra muy caritativa Niña, no permitáis nada en vuestros pensamientos, en vuestros afectos, en vuestras palabras, ni en vuestras acciones que sean ni siquiera un poco contrario a la caridad fraterna. No hagáis al prójimo lo que no querríais que a vosotros se os hiciera; y haced por cada uno lo que quisierais que por vosotros se hiciera. Sobre todo, detestad la envidia, la maledicencia, la murmuración, las chanzas pesadas, y no guardéis jamás frialdad ni resentimiento en vuestro corazón; sino tened a mucha honra, y profesad muy altamente el obedecer de todo corazón a la voz de vuestro amabilísimo Salvador, que os manda que améis a los que os odian, que bendigáis a los que os maldicen, y que roguéis a Dios por los que os calumnian y os persiguen.

Octavo. Si estáis bien resueltos a no ser del mundo, como jamás lo fueron vuestro Padre y vuestra Madre, Jesús y María: «*No soy del mundo*» (1), dice el Hijo de Dios; y su santísima Madre pudo decir otro tanto desde su infancia; grabad en vuestro corazón estas palabras de vuestro Salvador, que dijo dos veces la víspera de su muerte, hablando de sus hijos: «*Ellos ya no son del mundo, como ni yo tampoco soy del mundo*», (2), y estas de su Amado Discípulo: «*No queráis amar el mundo, ni a las cosas del mundo. Si alguno ama al mundo, no habita en él la caridad o amor del Padre*» (3).

(1) Joan, 16-6. (2) 1 Joan, 2-15. (3) 1 Joan, 2-15.

Como también si deseáis imitar al Hijo y a la Madre en la abnegación que para con ellos mismos practicaron, estudiad y practicad estas divinas palabras de nuestro Salvador: «*Sí alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y cargue con su cruz y sígame*» (1) .

Noveno. Si amáis la pureza como nuestra santísima Niña la amó, que hizo voto de ella desde el primer momento de su vida, y si teméis a su enemigo, que es el más horrible de todos los monstruos infernales, y el que más almas arroja al infierno, huíd más que de la muerte y del infierno mismo, de todo lo que pueda empañarla con palabras, con acciones o de cualquier manera que sea. Sobre todo, haced pacto con los ojos, a imitación del santo Job (2) de no mirar jamás objeto alguno que sea capaz de arrojar el veneno de la impureza en vuestro corazón. Y cuidad de ponerlos siempre bajo la protección de esta purísima Virgen.

Décimo. Si deseáis guardaros de los pecados de la lengua, que son perniciosísimos y numerosos, amad particularmente el silencio que religiosamente observó nuestra gloriosa Niña, acordándoos de estas palabras del Espíritu Santo: «*En el mucho hablar no faltará pecado*» (3) ; y de estas otras del apóstol Santiago: «*Si alguno se precia de ser religioso o devoto sin refrenar su lengua, la religión suya es vana*» (4).

Undécimo. Si os encanta la mansedumbre y benignidad de nuestra dulcísima Niña, escuchadla,

(1) Matth., 16-24.

(2) Job, 31-5.

(3) Prov., 10-19.

(4) Jac., 1-26.

que os dice lo que también su Hijo os dirá a su tiempo: «*Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón*» (1) ; y *que mi espíritu es más dulce que la miel*» (2).

Y a fin de excitaros a aprender bien esta santa lección, considerad frecuentemente estas sagradas palabras de su amado Hijo: «*Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra*» (3). Y las de su divino Esposo, el Espíritu Santo: «*No cae bien en el siervo de Dios el altercar, sino ser manso con todos*» (4). «*La respuesta suave y humilde quebranta la ira*» (5) . «*La palabra dulce multiplica los amigos y aplaca a los enemigos*» (6).

Duodécimo. Además de lo dicho, representáos con frecuencia la maravillosa compostura exterior y la modestia más que angelical de nuestra amable Niña, a fin de animaros a la práctica de esta santa virtud que el Espíritu Santo no cesa de predicaros y recomendaros por estas palabras del Apóstol: «*Sea vuestra modestia patente a todos los hombres*» (7).

En fin, si tenéis una verdadera voluntad de imprimir en vosotros una imagen de las admirables virtudes de la santa infancia de vuestra divina Madre, es necesario que empleéis tres medios para llegar a este fin: la oración, la mortificación y la vigilancia. La oración, para obtener las luces y las gracias de que para ella tenéis

(1) Matth., 11-29. (2) Eccli., 24-27. (3) Matth. ' 5-4 (4) 2 Tim., 2-24. (5) Prov., 15-1. (6) Eccli., 6-5. (7) Philip., 4-5.

necesidad. La mortificación, Para mortificar en vosotros vuestras pasiones, vuestros malos hábitos, y todo lo que es contrario a las susodichas virtudes. La vigilancia sobre vuestro espíritu, sobre vuestro corazón, sobre vuestra lengua y sobre todo vuestro comportamiento a fin de no dejaros llevar de los Pensamientos, sentimientos, palabras y obras opuestos a estas mismas virtudes, sino a fin de abrazar con fervor todas las ocasiones de practicarlas.

Escribe San Buenaventura (1) que la bienaventurada Virgen declaró un día a Santa Isabel de Hungría que, «a excepción de la primera gracia santificante que la divina bondad derramó en su alma en el primer momento de su vida, no tuvo don alguno de Dios, ni gracia, ni virtud, sino con gran trabajo, una continua oración con ardentísimos deseos, con una profunda devoción, con muchas lágrimas y mortificaciones: empleando siempre por su parte todo cuidado, vigilancia y fidelidad posibles para agrandar a su divina Majestad en sus pensamientos, palabras, acciones y en todas las cosas. A lo que añadió estas palabras, hablando a esta Santa: «Una cosa debes saber, hija mía, que es muy cierta, que no se da gracia alguna al alma cristiana sino mediante la oración y mortificación, tanto de cuerpo como de espíritu».

Después de todo, no obstante, es siempre una gran verdad que el camino de las virtudes que conduce al cielo es mucho más fácil que el camino de los vicios que lleva al infierno, y que lo que Dios manda es siempre más cómodo, y que las cosas opuestas a sus mandamientos son las más difíciles. Por esto nos asegura que «su yugo es

(1) Medit. vitae Chr., cap.

suave y su carga ligera», y por el contrario, podemos decir con entera verdad que la tiranía que el demonio y los vicios ejercen sobre sus esclavos es cruel e insoportable. He aquí, para terminar, un oráculo del Espíritu Santo que no puede engañarse a nadie: «*Tribulación y angustias aguardan sin remedio al alma de todo hombre que obra mal. Mas la gloria, el honor y la paz, serán la porción hereditaria de todo aquel que obra bien*» (1).

¡Oh queridísima Madre, oh Reina de mi corazón, pedid a vuestro amado Hijo que me conceda la gracia de olvidar por completo todo lo que hay en la tierra, para no pensar ya sino en El y en Vos, para no amar mas que a El y a Vos, para no buscar en adelante otro consuelo que en Jesús y en María, y no preocuparme ya más de agradar sino a Jesús y a María!

¡Oh Madre de gracia, los hombres no conocen vuestras bondades. *Ciertamente, si* conociesen convenientemente una mínima parte de ellas, os consagrarían por completo sus corazones, y los entregaríais Vos a vuestro Hijo, y les colocaríais en el rango de sus hijos, y de esta manera las almas no bajarían por millares al infierno, como a diario acontece!

He aquí por qué he trabajado por presentar al público este libro, a fin de que cuantos lo lean os conozcan un poco, y para contribuir por este medio a la salvación de algunas almas. Reconozco ante el cielo y la tierra que todo lo bueno que pueda llevar, lo he recibido por vuestro medio de vuestro Hijo, que es el único principio de todo bien; y que no he tenido más intención que la de

(1) Rom., 2-9.

agradarle y darle gloria, escribiendo las alabanzas de vuestra admirable infancia, porque el honor de la Madre es la gloria del Hijo. ¡ Oh qué feliz sería, si me fuera dado sellar con mi sangre todas las verdades que en *este libro* se contienen, para alabanza del Hijo y de la Madre.

Puedo decir, con verdad, que más he trabajado con el corazón que con la mano; por esto querría con todo mi corazón poder imprimirlo en los corazones de todos los habitantes de la tierra, a *expensas* de un millón de vidas, si las tuviese. Suplico a vuestro divino Esposo, el Espíritu Santo, que El mismo lo haga y que se sirva de las cosas que aquí van escritas, para grabar en las almas de los que las *leyeren* una devoción especialísima a vuestra santa infancia.

Si este pequeño trabajo, que ha sido para mí más que labor onerosa delicioso descanso porque como he dicho, es la obra más de mi corazón que de mi mano; si esta *pequeña obra*, digo, os es agradable, oh Reina de mi corazón, haced de suerte que me obtengáis de vuestro Hijo la gracia de acabar otra que he comenzado sobre vuestro amabilísimo Corazón, a fin de que lo poco que me resta de vida lo consuma cantando las alabanzas del Corazón admirable de mi amabilísima Madre, de cuya bondad tengo recibidos innumerables favores. Permitidme, oh mi buenísima Madre, que os haga a *este fin* la misma súplica que os fue hecha por uno de vuestros mejores hijos expresada en estos términos (1) :

«Obtenedme de vuestro Hijo, oh sacratísima Madre de Dios, por vuestras continuas oraciones, que *emplee toda* mi vida en alabaros, glorificaros

(1). Raymundo Jordan. in Prolog. Contempl. B. V.

y bendeciros, en publicar vuestras virtudes y vuestras excelencias, en anunciar vuestras maravillas, en predicar vuestra vida ejemplar y divina, en dar a conocer a todos, los tesoros inmensos de bondad, de misericordia y de caridad que están ocultos en vuestro maternal corazón, para que encuentre la vida eterna en vuestras alabanzas, según vuestras palabras y promesas: «Los *que me* esclarecen, obtendrán la vida eterna (1) ; o mejor, para que no viva ni en la tierra, ni en el cielo sino para cantar incesantemente con mis pensamientos, palabras, acciones, escritos, con todos los latidos de mi corazón y de mis venas, y con todas mis respiraciones, las alabanzas de mi adorabilísimo Jesús y de mi amabilísima María.

En fin, yo os suplico con todo mi corazón, oh Madre de gracia y de bendición, que deis vuestra santa bendición a todos los que *leyeren* este libro, y que nos alcancéis de vuestro Hijo que ellos y yo seamos del número de los que tendrán la dicha de oír estas dulces palabras de su divina boca, el día terrible del juicio: «Venid, *benditos* de mi Padre, a tomar posesión del reino celestial que os está preparado *desde el* principio del mundo» (2) ; los cuales bendecirán, amarán y glorificarán eternamente, con Vos y con todos los habitantes del cielo, a la adorabilísima y amabilísima Trinidad, a quien sean dados honor, gloria y bendición por los siglos de los siglos.

(1) Eccli.í 24-31.

(2) Matth., 25-34.

CAPITULO XXXVII

**MEDITACIONES SOBRE LA SANTA INFANCIA DE LA
BIENAVENTURADA VIRGEN**

Harto que meditar encontraréis en este libro sobre los tres principales misterios de la santa infancia de esta bendita Virgen, es decir, sobre su Concepción Inmaculada, sobre su Natividad y sobre su Presentación.

No dejaré, sin embargo, de poner aquí algunas meditaciones enteras sobre el sagrado nombre de María, sobre las razones por las que quiso Dios que pasase por el estado de la infancia, sobre la inocencia y sencillez de esta amable Niña, sobre su humildad, sobre su obediencia, sobre su caridad y mansedumbre, sobre su silencio y sobre su virginidad.

Podrán muy bien servir para una novena preparatoria de la gran fiesta de los Colegios: la Niña María en el misterio de su Presentación en el templo. Si las encontráis largas, no toméis más que lo necesario para entreteneros con Nuestro Señor durante el tiempo que se os señale, dejando lo demás para otra vez.

PRIMERA MEDITACIÓN

PARA LA FIESTA DEL SANTÍSIMO NOMBRE DE MARÍA

Punto 1 - Origen y significación del Nombre de María

Considera que el nombre santísimo de María ha venido del cielo; que salió del corazón a

LA INFANCIA ADMIRABLE

adorable de la santísima Trinidad, en el que estuvo oculto desde toda la eternidad; que ha sido traído a la tierra por el arcángel San Gabriel que se lo anunció a San Joaquín y a Santa Ana, y que es un maravilloso tesoro que contiene riquezas inmensas.

Porque, en primer lugar, encierra en sí la divina Maternidad, puesto que María quiere decir, según San Ambrosio *«Dios, nacido de mi raza»*.

Además, María significa *«iluminada e iluminadora»*, y no sin razón. Porque tan llena estuvo de luces desde el primer momento de su vida, que conocía al Criador y a las criaturas y cuanto hay que hacer o evitar. Y si tan esclarecida estuvo desde el comienzo de su vida, juzga cómo lo estaría a medida que iban andando los años de su infancia, puesto que esta su luz crecía y se duplicaba, como su gracia, de momento en momento.

Da por ello gracias al Padre de las luces y pide a tu Madre que haga tuyos los efectos de su nombre, ya que no sólo significa iluminada, sino también iluminadora. Pídele que te haga participante de sus luces y que te dé a conocer las bondades infinitas de Dios para amarlo; el horror instintivo al pecado para aborrecerlo; la vanidad de las cosas del mundo para despreciarlas y el abismo de tu nada para humillarte.

Punto 2 - Otra significación del nombre de María

Considera que María significa, según un santo doctor, que fue obispo de Loreto, «*imitadora de Dios*»; y que, en efecto, la santísima Virgen imitó tan perfectamente a Dios desde su

LA INFANCIA ADMIRABLE

295 -

infancia en el amor que a sí mismo se tiene, en su caridad para con los hombres, en su bondad, en su liberalidad, en su misericordia, en su pureza, en su santidad y en todas sus perfecciones que llevó en sí desde su infancia la imagen de la Divinidad de una manera más acabada que la que pudieron llevar todos los santos juntos. Por esta razón es llamada por Santo Tomás «*la imagen perfectísima de la divina Bondad*» (1), por San Andrés Cretense «*un compendio de las incomprensibles perfecciones de Dios*» (2), y por San Crisóstomo «*un abismo de las inmensas perfecciones de la Divinidad*» (3).

Gózate con ella; da por ello gracias a la santísima Trinidad, ofrécele todo el honor que esta santa Niña le dio con esta maravillosa imitación. Piensa en estas palabras del Espíritu Santo que habla por boca de San Pablo: «*Sed imitadores de Dios, como que sois sus hijos muy queridos*» (4). Humíllate por haberlas practicado tan mal hasta el presente; entra en un gran deseo de portarte mejor en adelante, especialmente en las virtudes cuya imitación te es más necesaria; y suplica a esta sacratísima Virgen que te ayude con sus santas oraciones.

Punto 3 - Tercera significación del nombre de María

Considera que María significa «*Señora*», y que, efectivamente, la gloriosa Virgen es desde su infancia, Señora soberana del cielo y de la tierra, de los hombres, de los ángeles y de todas

(1) Opuse. 61. De 10 grad. charit. grad. 10. (2) Orat., de Assumpt. (3) In Hor. Ani. (4) Eph., 5-1.

296 -

LA INFANCIA ADMIRABLE

las criaturas; y que tiene un Poder absoluto en el Cielo, en la tierra y en el infierno, sobre los demonios, sobre las cosas corporales y espirituales y sobre todas las obras de Dios, y esto por tres títulos: Como primogénita, y por lo tanto heredera de todos los estados del Padre eterno; como Madre de Dios, y como Esposa del Espíritu Santo que, consiguientemente, entra en todos los derechos de su Esposo. Es cierto que cuando aún tenía corta edad no tuvo uso perfecto de este poder y de los derechos de su soberanía, aun cuando tuviera su honor y dignidad ante Dios y ante los ángeles. Mas la mayor parte de los hombres, y aún de los cristianos, en cuanto en ellos está, le arrebatan la autoridad y los poderes que Dios le ha dado sobre ellos, para dárselos a su enemigo Satanás. Esto es lo que has hecho tú mismo tantas veces cuantas has ofendido a su Hijo mortalmente.

Pide perdón por ello al Hijo y a la Madre y concibe un gran deseo de hacerles reinar perfectamente en tu corazón. Mira, a este efecto, los obstáculos que se te pueden presentar y torna la resolución de hacer lo que esté de tu parte para destruirlos, suplicando a la bienaventurada Virgen que haga aquí uso de su intercesión, y del poder que ha recibido de Dios.- Jaculatoria: O clemens, o pia, o dulcis Virgo María - Oh clemente, oh piadosa, oh duce Virgen María!

SEGUNDA MEDITACIÓN

RAZONES QUE NOS OBLIGAN A HONRAR E IMITAR A LA BIENAVENTURADA VIRGEN EN SU SANTA INFANCIA

Punto 1.---Excelencia la Santo Infancia de María

Considera que estamos obligados a honrar a la sacratísima Virgen en su infancia: primeramente, porque el estado de esta santa infancia, habiendo durado doce años, contiene en sí una infinidad de cosas muy grandes y santas, que merecen muy singular honor y serán eternamente el objeto de las alabanzas de todos los habitantes del cielo. Cuenta todos los misterios, todas las excelencias, todas las virtudes, todos los pensamientos, afectos, palabras, acciones y mortificaciones de esta santa Niña, y todo el santo uso que hizo de las potencias de su alma, y de todos sus sentidos inferiores y exteriores en el espacio de doce años, y podrás contar otras tantas razones que nos obligan a tener una devoción singular a su bienaventurada infancia. Porque, como siempre estaba llena de gracia y poseída del Espíritu Santo, que la guiaba en todas las cosas, todo lo que pasaba en su interior y en su exterior estaba lleno de perfección y santidad, siendo, por consiguiente, digno de una particular veneración.

En segundo lugar, debemos reverenciar esta admirable infancia, porque todo el estado de su infancia fué un ejercicio continuo de alabanza y amor a Dios; y, como estaba más llena de gracia que los mayores santos en la plenitud de su santidad, y obraba Ella siempre interior y exteriormente según toda la extensión de su gracia, glorificó más a Dios con las más insignificantes acciones

LA INFANCIA ADMIRABLE

de su infancia que los primeros de entre los santos con las más heroicas virtudes que practicaron.

En tercer lugar, debemos tributar él honor posible a esta gloriosa Infancia porque todas las virtudes de su infancia fueron empleadas para prepararla a darnos un Salvador y a cooperar con El en la obra de nuestra salvación. Que todas estas razones exciten en nuestros corazones una devoción muy singular y un amor muy particular a esta amable Niña.

Punto 2.-Ventajas que de la infancia repartamos

He aquí otras consideraciones que nos hacen ver que estamos obligados a honrar la santa infancia de María, y son tres grandes favores que Dios nos ha hecho.

Para entender bien esto, ten en cuenta que el Hijo de Dios, teniendo que nacer en la tierra, podía haber creado una virgen en una edad perfecta, de la que hubiera podido nacer. Pero su infinito amor a nosotros le obligó a escoger una madre que fuese hija de Adán, y por consiguiente, que venida al mundo por vía de nacimiento, hubiese pasado por el estado de la infancia, a fin de honrar, por este medio, a toda la posteridad de Adán con tres señalados favores.

El primero es que por este nacimiento de la Niña María, la divina Bondad nos da dos tesoros de santidad, es decir, a San Joaquín y a Santa Ana, a quienes sin esto no los tendríamos como Padre y Madre, con relación a Jesús y a María y a todos nosotros sus hijos, ni con la alta santidad que acompaña a estas eminentes cualidades.

El segundo favor es que, por el nacimiento de esta santa Niña Dios hace a la raza de Adán otro don inestimable, que es un inmenso tesoro de toda clase de bienes. ¿Qué tesoro es este? Es la santísima y preciosísima Madre de Dios. Porque si el Hijo de Dios hubiera querido nacer de una madre que no hubiese venido al mundo por vía de nacimiento, como la primera mujer, no hubiera sido hija de Adán, y así la raza de Adán no hubiera sido honrada con una Madre de Dios salida de su sangre y la Madre de Dios no hubiera sido nuestra hermana.

El tercer favor es que por el nacimiento de esta maravillosa Niña poseemos un cuarto tesoro infinitamente más rico que los tres precedentes: este tesoro es el Hombre-Dios, que es nuestro hermano, y no lo sería si hubiera nacido de una madre que no hubiera venido al mundo por vía de nacimiento, y, que por consiguiente, no fuese hija de Adán. Porque siendo esto así, El mismo no sería extraído de Adán, y así no sería nuestro hermano.

Pondera bien estos tres grandes favores que Dios nos ha hecho con el nacimiento de esta santa Niña. y que estas consideraciones exciten en tu corazón un gran deseo de honrarla de todas las maneras posibles.

Punto 3.-La Santo Infancia Modelo de vida cristiana

Considera que el Hijo de Dios ha querido que su dignísima Madre pasase por el estado de la infancia, a fin de darnos por este medio un ejemplar y una regla de la vida que todos los cristianos deben llevar, ya que por la ley del evangelio deben ser niños en la inocencia, en la sencillez, en la humildad, en la obediencia, en la pureza,

300 -

LA INFANCIA ADMIRABLE

en la dulzura y en la mansedumbre, *«En verdad os digo, dice nuestro Salvador que si no os convertís y os hacéis semejantes a los niños, no entraréis en el reino de los cielos» (1) .*

Dagracias al Hijo de Dios, por el favor que te ha hecho de haberte dado un ejemplar tan noble y encantador, y una regla tan santa y tan dulce. Ten una singular veneración a este divino ejemplar y un cordial afecto a esta amable regla. Pon con frecuencia tus ojos en este sagrado modelo; estudia cuidadosamente esta regla. Mira si la seguiste en tu pasado. Humíllate y pide perdón a Dios por las faltas que en esto hayas podido cometer. Concibe un gran deseo de comenzar a guardarla, mediante una cuidadosa imitación de las virtudes de la santa infancia de tu santa Madre, y suplícale con toda instancia que imprima en tu alma una perfecta imagen suya.

Jaculatoria: Visi afficiamini sicut parvuli, non intrabitis in regnum coelorum - si no os hacéis semejantes a los niños, no entraréis en el reino de los cielos.

TERCERA MEDITACIÓN

INOCENCIA Y SENCILLEZ DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN EN SU INFANCIA

Punto 1-Inocencia de Marta durante su infancia

Considera que quien dice una persona inocente, dice una persona que no sabe lo que es perjudicar a nadie, y por consiguiente que no sabe

(1) Matth., 18-3.

lo que es pecado, puesto que sólo el pecado deshonra a Dios y es nocivo a los hombres, especialmente al que lo comete, y a aquel contra quien se comete.

Considera que entre todas las puras criaturas sólo la Inmaculada Virgen ha sido concebida, ha nacido y vivido, hasta el último aliento de su vida en una perfectísima inocencia; puesto que ella sola es la exenta de toda clase de pecados; más, la que siempre fue impecable. Porque según el sentir de muchos santos doctores, la bondad omnipotente de Dios la colocó desde el primer momento de su vida, en una feliz impotencia de pecar, por tres medios:

En primer lugar, por un favor singularísimo de su divina Providencia que alejaba de ella todos los peligros y ocasiones exteriores de toda clase de pecados, tanto por medio de su inmediata protección como por la mediación de un millón de ángeles que por todas partes la acompañaban y guardaban con todo cuidado, como convenía a la dignidad de la que había sido escogida por Dios para ser la Madre del Santo de los santos y soberano Monarca del universo.

En segundo lugar, por la gran luz interior que de tal modo iluminaba su espíritu que vela clarísimamente los más pequeños átomos de imperfección y los menores peligros de venir a caer en ella; y por una abundantísima gracia de que Dios la llenó desde el instante de su concepción, para vencer de cualquier manera al pecado.

En tercer lugar, por el fuego sagrado de su divino amor que de tal manera poseía y abraseba su corazón que se mantenía en un continuo ejercicio del más puro amor a su divina Majestad, sin interrupción alguna, sin aflojar ni cansarse

jamás; todo lo cual daba a su voluntad una impotencia moral de apegarse a falta alguna, por pequeña y ligera que fuese.

Da gracias a Dios por esta maravillosa inocencia de que revistió a esta santa Virgen desde su infancia y desde el primer instante de su vida. Toma la firme resolución de imitarla cuanto puedas en esta santa inocencia, guardándote de todo lo que pueda hacerte ofender a Dios, al prójimo y a tu propia alma. A este efecto, dedícate cuanto puedas al ejercicio del divino amor; porque cuanto más amas a Dios, más lejos estará tu voluntad del pecado por obra de su divino amor. Ofrece tu corazón a la Madre del amor hermoso, y suplícale que ponga en él una centellita de la ardiente hoguera que al suyo abrasó desde su infancia.

Punto 2-Sencillez de María durante su Infancia

Considera que la sencillez cristiana es una virtud tan agradable a Dios que la palabra divina nos asegura que Dios *tiene sus delicias y complacencias en los que proceden con sinceridad* (1). Es una virtud que destruye la multiplicidad en los pensamientos, en los deseos, afectos, palabras y acciones; y que hace que una alma verdaderamente sencilla no tenga más que un pensamiento, un deseo y una única pretensión: la de agradar a Dios en todas las cosas. Es una virtud que modera la lengua, haciendo que se abstenga uno de la demasiada palabrería. Es una virtud que regula las acciones, cercenándolas que son inútiles y no sirven más que para disipar el espíritu y distraer el corazón de lo que debe ser

(1) Prov., 11-20.

el único objeto de nuestros afectos y pensamientos. Es una virtud que odia la curiosidad que el espíritu humano tiene de ver, oír y saber cosas cuyo conocimiento no es necesario para hacernos mejores y más gratos a Dios. Es una virtud enemiga jurada de la doblez, del artificio, del disfraz, del servilismo, del engaño y de la mentira. Es una virtud que nos hace amar el andar siempre por el camino recto del candor, de la franqueza y de la sencillez de la paloma, sin desviarnos a uno u otro lado. Es una virtud que se complace en las cosas sencillas y comunes en el hablar, en el comer, en el andar, en el vestido, en los muebles y en todas las cosas y que detesta todas las nuevas modas del mundo, llenas de ligereza, vanidad y superfluidad.

Considera que nuestra santa Niña poseyó esta virtud en soberano grado, como se echa de ver en las palabras que el Espíritu Santo le dice: *Son tus ojos como de paloma (1)*. Da gracias a Dios y ofrécele toda la gloria que ella le dio por la práctica de esta virtud.

Punto 3---obligación en que estamos de imitar esa inocencia y sencillez

Adora al hijo de Dios en los pensamientos y designios que sobre tí tuvo cuando pronunció estas palabras: *Sed sencillos como las palomas (2)*. Porque entonces te tenía El presente, y te llevaba en su espíritu y en su corazón lleno de un ardentísimo deseo de verte adornado de esta santa virtud para la gloria de su Padre y para la salvación de tu alma.

(1) Cant., 1-14. (2) Matth., 10-16.

Entra también en un gran deseo de poseerla. Examínate cuidadosamente sobre las faltas que contra ella has cometido con la multitud de deseos, afectos y pensamientos; con el exceso de las palabras o acciones; con la curiosidad de tus ojos, de tus oídos y de tu imaginación; con tus ficciones, artificios, mentiras y engaños; con la aversión que has tenido a las cosas sencillas y comunes; con la inclinación a las modas del mundo, etc. En todo ello demuestras un espíritu muy opuesto a la bienaventurada Virgen, cuya manera de obrar fue siempre muy sencilla y modesta.

Pide a Dios perdón por todas estas faltas y toma una firme y constante resolución de arrancar de tu corazón cuanto en él encuentres contrario a la sencillez cristiana y de imitar con tanta perfección la sencillez de nuestra santa Niña, que seas del número de los que son llamados por San Pablo *irreprensibles y sencillos como hijos de Dios (1)*, y puedas decir con el mismo San Pablo: *Toda nuestra gloria consiste en el testimonio que nos da la conciencia, de haber "cedido en este mundo con sencillez de corazón y sinceridad delante de Dios, no con la prudencia de la carne, sino según la gracia de Dios (2)*.

Jaculatoria: Simples filii Dei - sencillos como hijos de Dios.

(1) Philip., 2-15. (2) 2 Cor., 1-12.

CUARTA MEDITACIÓN

SU SANTA INFANCIA
HUMILDAD DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN EN

Punto 1---Razones por las cuales Dios ama la humildad

Considera las razones por las que Dios ama tanto la humildad y tanto aborrece el orgullo, la ambición y la presunción. Tres son las principales:

Primera. Dios ama infinitamente la verdad, porque es la verdad esencial; y odia infinitamente la mentira, porque es enemiga de la verdad. De aquí que tenga un amor infinito a la humildad y un odio entrañable al orgullo, toda vez que humildad y verdad no son más que una misma cosa, como son lo mismo el orgullo y la mentira.

Porque, ¿qué es la humildad sino una muy baja estima de nosotros mismos, si tenemos el verdadero conocimiento de que nada somos, podemos ni tener de nosotros mismos sino un abismo de pecado y de miseria? ¿Y qué es el orgullo, sino una muy grande estima de nosotros mismos, en la creencia de que somos algo, lo que es engaño y falsedad? Si *alguno piensa ser algo*, dice San Pablo, *se engaña a sí mismo, pues verdaderamente de suyo es nada (1)*.

Segunda. Dios ama infinitamente la justicia, porque es la justicia misma; y odia infinitamente la injusticia, como enemiga de la justicia, y por consiguiente de Dios. Por eso ama la humildad, que es una especie de justicia que nos hace

(1) Gal.. M.

306 -

LA INFANCIA ADMIRABLE

dar a Dios el honor y la gloria que le son debidos; y odia la soberbia, que es una injusticia que arrebató a Dios su gloria para atribuírsela a sí misma.

Tercera. Dios abomina toda idolatría, porque da a la criatura los honores soberanos que no son debidos sino al Criador; y ama soberanamente la virtud de la religión, porque hace que le rindamos los deberes que le pertenecen. He aquí por qué aborrece el orgullo, puesto que se idolatra a sí mismo poniéndose en el lugar de Dios y hasta levantándose por encima de Dios, cuando quiere que sus intereses, sus satisfacciones, su voluntad y su gloria sean preferidos a la voluntad y a la gloria de Dios; y ama la humildad, puesto que está animada del espíritu de la religión que nos obliga a dar a Dios el honor y la gloria de todas las cosas. Adora en el corazón mismo de Dios este amor infinito que tiene a la humildad, y pide que imprima en tu corazón estos dos sentimientos de amor y de odio.

Punto 2-Humildad de María en su Infancia

Considera cómo Dios imprimió en el corazón de esta santa Niña estos dos sentimientos de amor a la humildad y de odio a la soberbia, más profunda y perfectamente que en todos los corazones de los ángeles y santos juntos. Por esta razón tuvo ella, desde su infancia, más horror al orgullo y a la ambición y más amor a la humildad que todos los santos en la madurez de su edad. Es la primera virtud que María practicó en el primer momento de su vida. Jamás se prefirió a nadie, antes se sobajó a todas y se miró y trató como la última de todas las criaturas, alegrándose de que así le

trataran.

LA INFANCIA ADMIRABLE

307 -

Porque la luz de que estuvo llena desde el momento de su concepción le hizo ver claramente que, siendo hija de Adán, hubiera contraído la culpa original, si Dios no le hubiera preservado de ella; y, como consecuencia, hubiera sido capaz de cometer todos los Pecados del mundo de los que es fuente y manantial la culpa de origen.

Esta humildad es la que atrajo hacia Ella todas las gracias con que Dios la enriqueció, y la que la hizo digna de ser Madre de un Dios y Reina del cielo y de la tierra.

Da por ello gracias al que resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes, al que humilla a aquellos y ensalza a éstos, y ofrécele toda la gloria que esta humilísima Virgen le dio por la práctica de esta virtud, en su santa infancia y -en todo el resto de su vida.

Punto 3--Necesidad que tenemos de la humildad

Considera que la práctica de la humildad no es una cosa de puro consejo, un detalle de perfección, sino un mandamiento y una obligación;

puesto que Nuestro Señor nos declara que si no somos pequeños y humildes como niños, no entraremos en el reino de los cielos.

Considera que los terribles castigos que la ira de Dios impuso a los ángeles apóstatas, a Coré, Dathan y Abirón, y a muchos otros soberbios, nos deben llevar a detestar el orgullo tan abominable ante Dios; y que los ejemplos maravillosos de humildad prodigiosa de Nuestro Salvador y de su bienaventurada Madre y de todos los Santos nos deben excitar a amar la humildad que Dios tan ardientemente ama.

Concibe, pues, un gran deseo de practicar

308 -

LA INFANCIA ADMIRABLE

esta santa virtud y de huir de todo lo que le es contrario. Para ello, haz un buen examen de tus pensamientos, sentimientos, afectos, palabras y acciones, para reconocer lo que puedes tener contrario a la humildad. Mira qué aprecio tienes de tí mismo; por qué motivos haces tus buenas obras; cómo recibes los desprecios y humillaciones que te sobrevienen, los honores y alabanzas que se te tributan, los avisos que se te dan y las correcciones que se te hacen; si te complaces en que se hable de tí y de tus cosas favorablemente; si eres obediente con tus superiores; si murmuras de ellos; si te prefieres a los demás; si te sientes acometido por la envidia; si haces ostentación de tu nacimiento, de tu ciencia, o de otras ventajas naturales o sobrenaturales de que Dios te ha dotado; si realizas alguna acción por aparentar o para traerte las miradas y la estimación de los hombres. Humíllate profundamente y pide perdón a Dios por todas las faltas que hasta hoy llevas cometidas contra la humildad. Pide a Nuestro Señor y a su Santa Madre que las reparen y que ofrezcan en satisfacción de ellas al Padre eterno todo el honor que ellos le dieron con su humildad. Toma la resolución de guardarte de ellas en lo venidero y de practicar estas palabras de Espíritu Santo: *Humíllate en todas las cosas y hallarás gracia en el acatamiento de Dios; porque Dios es El solo grande en poder y El es honrado de los humildes (1).*

Jaculatoria: Humilia te in omnibus, et coram Deo in annis gratiam - Humíllate en todo y hallarás gracia delante de Dios.

QUINTA MEDITACIÓN

OBEDIENCIA DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN EN SU SANTA INFANCIA

Punto 1-Sumisión de María a la divina Voluntad

Considera que no habiéndonos Dios puesto -en este mundo sino para hacer su santa voluntad, debemos mirar y amar esta adorable voluntad como nuestro primer principio y nuestro último fin, y por consiguiente como nuestro soberano bien y como nuestro centro en el que encontraremos el descanso de nuestro espíritu, la paz de nuestro corazón, nuestra perfecta felicidad y nuestro verdadero paraíso. Considera, por el contrario, que siendo nuestra propia voluntad completamente opuesta a la voluntad de Dios, debemos mirarla y odiarla como a enemigo jurado de Dios y nuestro; la debemostratar, según el sentir de San Bernardo, como a una malísima bestia, como a una loba feroz, como al origen del infierno, ya que sin ella no lo habría, como a la madre de todas las abominaciones de la tierra, como a una serpiente llena de veneno, como a un detestable homicida que da la muerte a nuestro cuerpo y a nuestra alma, y hasta como un execrable deicida, que, en cuanto está en ella, da la muerte a Dios, dice San Bernardo (1).

Considera que nuestra bienaventurada Niña, habiendo conocido clarísimamente todas estas verdades desde el comienzo de su vida, por la gran luz que la inundaba, renunció enteramente a su voluntad, a pesar de que no se encontraba,

(1) Sermo 3 in temp. Resurr.

310 -

LA INFANCIA ADMIRABLE

como la nuestra, corrompida y depravada por el pecado; y de tal manera se sujetó a la divina voluntad que jamás se separó un punto de ella, sino que puso toda su gloria, su contento y su alegría en seguirla en todo y por todo con entera sumisión y perfectísima obediencia.

Bendice a Dios que hizo esta gracia a María y ofrece a su divina Majestad toda la gloria que Ella le dio con esta virtud en reparación de todas las rebeliones y desobediencias a su santísima voluntad.

Punto 2-Obediencia de la Santísima Virgen a cuantos tenían autoridad sobre Ella.

Considera que nuestra santa Niña no sólo se sometió a Dios inmediatamente, sino que fue siempre obedientísima a todas sus divinas voluntades que le fueron manifestadas por sus santos mandamientos, por la ley de Moisés, por sus padres y por todos sus superiores, en los que miraba y honraba a Dios, a cuya voz obedecía como a la voz de Dios. Se consideraba muy feliz con estar bajo la dirección de los demás, y nunca dio qué sentir lo más mínimo a las personas que la dirigían. No sólo esto, sino que estaba dispuesta a obedecer según Dios y por Dios, a toda clase de personas, conforme a estas santa! palabras: *Estad sumisos a toda humana criatura por respeto a Dios (1).*

En fin, que no se ha visto jamás nada tan dócil y obediente; y como jamás ha habido humildad tan profunda, jamás tampoco se ha visto obediencia tan perfecta. Era una obediencia

(1) 1 Petr., 11-13.

LA INFANCIA ADMIRABLE

311 -

elega, pronta, puntual y alegre; porque no tenía esta santa Niña otro contento ni más delicias que el seguir en todo y por toda la amabilísima voluntad de Dios, manifestada por las personas puestas en su lugar.

Da por ello gracias a su divina Majestad, y ofrécele todo el honor que esta humildísima Niña le dio con la práctica de esta virtud, en satisfacción de las faltas que contra ella hayas Mido cometer.

Punto 3- Es preciso renunciar a nuestra propia voluntad para hacer la divina

Considera que la bendición y paz de tu alma, el paraíso de tu corazón y tu soberano bien consisten en seguir en todo Y por todo la santísima voluntad de Dios que se te manifiesta por sus divinos mandamientos, por los de su Iglesia, por las reglas y obligaciones de tu estado, y por todas las personas que ocupan el lugar de Dios. *La obediencia es la madre de la felicidad*, dice un santo doctor.

Considera, en segundo lugar, que para seguir la voluntad de Dios es preciso que renuncies a la tuya, porque la divina y la propia voluntad son tan opuestas como Dios y el diablo, como Jesucristo y el Anticristo, puesto que nuestra propia voluntad está corrompida y envenenada por el pecado.

Considera además que para determinarle a renunciar a ella, debes mirarla como a enemigo jurado de tu eterna salvación. Nada hay que como esto, tanto debes temer, puesto que es la madre del pecado, y por consiguiente el manantial de todos los males y desgracias de la tierra y del

312 -

LA INFANCIA ADMIRABLE

infierno. Es un dragón que si no le aplastas te ahogará. Debes temerle más que a todos los dragones de la tierra y del infierno; porque éstos son perros encadenados que no pueden morder sino a los que se arrojan a sus dientes, pero la propia voluntad es una serpiente que llevas dentro de tus entrañas.

Por lo tanto trabaja por destruirla imitando la perfecta obediencia de nuestra santa Niña. Examínate sobre las faltas que en esto hayas cometido en pensamientos, palabras, obras u omisiones, y pide por ellas perdón a Dios. Suplícale que te conceda la gracia de la corrección, poniendo por medianera a la bienaventurada Virgen.

En fin, graba en tu corazón esta infalible verdad: *Que la bendición de Dios acompaña siempre a la obediencia, y que su maldición es inseparable de la desobediencia*. Y esfuérzate por imitar de tal manera a Jesús y a María en su sumisión a la divina voluntad que el Padre eterno pueda llamarte, después de su Hijo, *el hombre de su voluntad* (1).

Jaculatoria: Vir obediens loquitur victorias - El varón obediente cantará victoria.

(1) Isa., XLVI-11.

SEXTA MEDITACIÓN

CARIDAD Y DULZURA DE LA BIENAVENTURADA
VIRGEN EN SU SANTA INFANCIA

Punto 1-Caridad universal de María

(Considera que habiendo Dios escogido a la bienaventurada Virgen desde el primer instante de su vida para ponerla en lugar de Eva, que debía ser la reina y madre de todos los vivientes, dióle desde entonces una caridad universal para con todos los hombres: caridad tan grande como la gracia santificante que fue infundida en su alma desde el comienzo de su vida; suponiendo que, según el sentir de los teólogos, la gracia y la caridad no son sino una misma cosa. Así que como esta admirable Niña tuvo más gracia desde el comienzo de su vida que todos los santos, tenía también más caridad que todos ellos. Y como su gracia se duplicaba cada momento, lo mismo su caridad, de modo que al fin de su infancia llegó a un grado tan alto que sólo Dios lo puede, comprender.

Considera también que habiéndola escogido el Padre eterno desde el momento de su concepción para comunicarle su divina paternidad, y para hacerla madre de su Hijo Jesús y de todos los demás hijos, comenzó a hacerla desde entonces participante de su amor paternal a su amado Hijo y a todos nosotros. De suerte que, aun cuando no supiera que había de ser Madre del Hijo de Dios y de todos los cristianos, conociendo, sin embargo, que El había de encarnarse y ser padre de un gran número de hijos: *el Padre del siglo*

314 -

LA INFANCIA ADMIRABLE

venidero (1), abrasábase su corazón de amor ardentísimo hacia El -y se inflamaba en inmensa caridad para con sus hijos: caridad proporcionada a la dignidad infinita de Madre de Dios, y por consiguiente, en cierta manera, infinita.

Esta caridad la empujó, cuando aún era niña, a pedir a Dios con tal ardor e instancia la venida del Salvador que, según varios teólogos, mereció que se adelantase el tiempo de su encarnación. Esta caridad, unida a su humildad y virginal pureza, la dispuso a ser madre del Redentor.

Da gracias por todo al que es todo caridad y ofrécele la gloria que esta amable Niña le dio con su amor a El y a los hombres, en reparación de las faltas que aquí hayas cometido.

Punto 2-Dulzura de María

Considera que la sacratísima Virgen, como es entre las puras criaturas la persona más poderosa después del Padre eterno, por una comunicación muy singular que este adorable Padre le otorgó de su infinito poder; y como es la persona más sabia y esclarecida, después del Hijo de Dios, por una participación eminentísima, de la inmensa sabiduría de este mismo Hijo: así también es Ella la más dulce, benigna y bondadosa del universo, después del Espíritu Santo, por una abundantísima efusión que este Espíritu suavísimo y benignísimo realizó de su incomprensible dulzura y delicada bondad en su corazón virginal, desde que de él tomó posesión, es decir, desde el primer momento de su vida. Jamás se ha visto ni se verá en la tierra, después del benignísimo Jesús, nada tan dulce, afable, graciosa

(1) Isa., IX-6.

y misericordioso como esta amable Niña. Su benignísima caridad y su muy caritativa benignidad se extendían no sólo a sus amigos y a las personas indiferentes, sino hasta a sus más crueles enemigos, es decir, hasta a los enemigos del Salvador del mundo. Porque sabía desde su infancia por la lectura de los profetas y por la revelación del cielo que este adorable Salvador sería perseguido y crucificado por los pérfidos judíos; mas en lugar de pedir a Dios que los castigase, el espíritu de caridad y benignidad de que esta dulcísima Niña estaba animada, le hacía formular por estos miserables la misma oración que su misericordiosísimo Redentor haría por ellos en la cruz: *Perdónales, porque no saben lo que hacen* (1).

Oh amabilísima Niña, no me extraña que diga vuestro divino Esposo que vuestros labios no destilan sino miel y dulzura, que vuestra lengua está empapada en miel y leche y que vuestro espíritu es más dulce que la miel» (2), ni que la santa Iglesia nos predique tanto vuestra benignidad: *Virgen singularmente mansa entre todos. Oh benigna, oh clemente, oh piadosa, oh dulce Virgen María.*

Gracias inmortales sean dadas al divino Espíritu que os ha embriagado con el dulcísimo néctar de su divina caridad y que completamente os ha transformado en su delicada benignidad. Ofreced, oh Madre, al Padre eterno todo el honor que vos le disteis con vuestra sin par dulzura, en satisfacción de todas las faltas cometidas contra esta virtud.

(1) Luc., 23-34.

(2) Cant., 4-11 y Ecc1i., 24-27.

Punto 3-Debemos imitar la caridad y dulzura de la Virgen Santísima

Considera que si quieres ser del número de los verdaderos hijos del benignísimo Jesús y de la bondadosísima María, has de esforzarte por imitarles en su caridad y benignidad. Para animarte a ello piensa con frecuencia en estas palabras del Espíritu Santo: *Sobre todo mantened constante la mutua caridad entre vosotros* (1). *Dios es caridad, y el que permanece en la caridad, en Dios permanece, y Dios en él* (2). Y estas otras: *Tratando a todos los hombres, con toda la dulzura* (3). Y las siguientes: *La caridad es sufrida, es dulce y bienhechora. La caridad no tiene envidia, no obra precipitada ni temerariamente, no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busca sus intereses, no se irrita, no piensa mal, no se huelga de la injusticia, complácese sí, en la verdad: A todo se acomoda, cree todo el bien del prójimo, todo lo espera y todo lo soporta* (4).

Oye sobre todo la voz de tu Salvador, que te dice: *El precepto mío es: que os améis unos a otros, como Yo os he amado* (5). *Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón* (6). Y estas palabras de tu santa Madre: *Mi espíritu es más dulce que la miel* (7).

Concibe un gran deseo de hacer un santo uso de todas estas palabras. Examínate sobre las faltas del pasado, en pensamientos, sentimientos,

(1) 1 Pet., 4-8. (2) 1 Joan., 4-16. (3) 1 Cor., 13-14.

(4) 1 Cor., 13-14.

(5) Joan., 15-17. (6) Matth., 23-27. (7) Eccli., 24-27.

afectos, palabras, acciones y omisiones. Pide a Dios que te las perdone; suplica al Hijo de Dios y a su santa Madre que las reparen, que te hagan participante de su admirable caridad y que destruyan en tí a toda costa toda idea contraria.

Jaculatoria: Spiritus meus super in en dulcis - Mi espíritu es más dulce que la miel.

SÉPTIMA MEDITACIÓN

SILENCIO DE LABIENAVENTURADA VIRGEN EN SU SANTA INFANCIA

Punto 1-Silencio de Cristo Nuestro Señor en su vida mortal

Considera que el silencio es maravillosamente agradable a Dios, puesto que el Hijo de Dios, palabra eterna del Padre venido a este mundo para hablar a los hombres: para predicarles e instruirles y que tan grandes, importantes y necesarias cosas tenía que decirles, pasó no obstante casi toda su vida en el silencio, observando exactísimamente la regla que su Padre le dio de guardarle en su infancia, en su vida oculta hasta la edad de treinta años, en su soledad en el desierto y en su santa pasión, sin que jamás de él se dispensara, aun teniendo muchas veces grandes razones para hacerlo, como cuando los santos Reyes vinieron de lejos para adorarle, y cuando Herodes le buscó para matarle. Y no contento con guardar silencio en su vida mortal y pasible, lo guarda aún desde que está en su vida gloriosa y en el santísimo sacramento del altar hace más de mil novecientos años.

Considera las razones que tuvo nuestro

318 -

LA INFANCIA ADMIRABLE

Salvador para guardar tan riguroso silencio. Es la primera, para enseñarnos que Dios es mucho más glorificado en el silencio. Porque habiendo venido el Hijo de Dios a la tierra primera y principalmente para honrar a su Padre, y siéndole muy bien conocidos los medios por los que más podía glorificarle, al escoger el silencio, nos prueba infaliblemente que este es el medio más excelente de honrar a Dios y agradarle.

En segundo lugar, vivió en el silencio para reparar todo el deshonor que los hombres dan a Dios con los pecados de palabra. En tercer lugar, para merecernos la gracia de hacer buen uso de nuestra lengua. Dale gracias por toda la gloria que Él dio a su Padre con el silencio, y por el ejemplo que en esto te ha dado; y suplícale te conceda la gracia de seguirle.

Punto 2-El silencio de María

Considera como la bienaventurada Virgen estuvo poseída y animada desde su Infancia, del mismo espíritu que había de guiar a Aquél de quien iba a ser Madre; y cómo desde entonces comenzó a practicar lo que el Espíritu Santo enseñaría a todos los fieles por boca de San Pablo: *Tened en vuestros corazones los mismos sentimientos que tuvo Jesucristo en el suyo (1)*. Desde entonces amó Ella lo que debía amar y aborreció todo lo que debía aborrecer. Por esto tuvo una singular afición al silencio y una gran aversión al mucho hablar.

Además, ni en el Evangelio, ni en la historia eclesiástica, ni en otro libro alguno leernos de

(1) Philip., 11-5.

Ella que dijera una sola palabra durante su infancia, sea mientras vivió en Casa de sus padres, sea cuando salió de ella para ir a presentarse a Dios, sea mientras tuvo su morada en el templo. Y en el sagrado Evangelio no encontramos que haya hablado más que siete veces en toda su vida, y aún muy poco cada vez.

i Oh santísima Virgen, yo os entrego mi corazón y mi lengua: tomad plena y perfecta posesión de uno y otra. Haced que no tenga corazón más que para amar a vuestro Hijo y a Vea, y que no tenga lengua sino para hablar el lenguaje de mi adorabilísimo Padre y de mi amabilísimo Madre.

Punto 3-Importancia del silencio en la vida cristiana

Considera atentamente estas palabras del Espíritu Santo que habla por boca de Santiago: «*La lengua es un mundo entero de maldad*» (1). Es el manantial de las blasfemias, de las impiedades, de las maldiciones, de las calumnias, de las mentiras y murmuraciones, de los perjurios y falsos testimonios, de las burlas y engaños, de las palabras injuriosas y picantes, de las palabras lascivas y de una infinidad de pecados. Ama Dios infinitamente el silencio, precisamente por esto, porque el silencio preserva a las almas de todos estos pecados y de todos los males que en pos de sí acarrearán. De aquí que el mismo Espíritu Santo clame por boca del mismo apóstol Santiago: «*Si alguno se precia de ser religioso, o devoto, sin refrenar su lengua, antes bien engañando, o precipitando con ella su corazón, la religión*

(1) Jac., 111-6.

320 -

LA INFANCIA ADMIRABLE

suya es vana, es falsa su piedad (1) . Y por el contrario: «Si alguno no tropieza en palabras, este tal es perfecto varón» (2) .

Dios ama también el silencio, porque es un sacrificio que hacemos de la pasión e inclinación grande que tenemos a hablar; sacrificio que le es tan grato que da por bien hecho el que nos abstengamos a veces hasta de las palabras buenas, según aquello de los salmos: «Enmudecí y humilléme y me abstuve de responder aún cosas buenas» (3). Nuestro Señor y su santa Madre se abstuvieron de decir muchas cosas santas y buenas, porque otra clase de cosas no podían decir. San Juan Bautista estuvo, casi treinta años en el desierto sin hablar, y se retiró a él «para que no se viera manchada su vida ni con la más leve falta». Por esto se ha visto a tantos millares de santos pasar su vida entera en la soledad y en el silencio. Por esto, en fin, todos los fundadores de las santas órdenes que existen en la Iglesia han recomendado tanto el silencio y la mortificación de la lengua en las reglas en ellas establecidas, y con razón, porque las alabanzas, aún las que nuestra lengua da a Dios, no son más que una hipocresía, según la palabra de Nuestro Salvador (4), cuando únicamente proceden de la lengua sin que en ellas tome parte el corazón. «La voz de la lengua, dice San Agustín, no es escuchada por Dios, si no va unida con la del corazón». Dios no tiene oídos para oír a la lengua, si la lengua no habla con él corazón (5). Siendo esto así, ¡en qué alta estima ha de tener el

(1) Jac., 1-26. (2) 111-2. (3) XXXVIII-3. (4) Matth., XV-7, 8. (5) In Po. 119.

silencio! Qué deseo he de concebir de imitar a esta santa Niña! ¡Qué cuidado he de tener en mortificar mi lengua y en guardarme por lo menos de las malas palabras, de las mentiras, maldiciones,

murmuraciones, etc. En fin, no olvidemos que Nuestro Señor Jesucristo nos ha dicho que nos pedirá cuenta el gran día del juicio de toda palabra ociosa que hayamos dicho.

Pidámosle perdón de todos los pecados que hayamos cometido por el mal uso de la lengua. Supliquemos a la bienaventurada Virgen que nos conceda la gracia de imitar a su Hijo y a Ella, en el uso que hicieron de su santa lengua y en el singularísimo amor que tuvieron al silencio.

Jaculatoria: In sidentivet fuiste proficit anima devota- En el silencio y la virtud progresa el alma devota.

OCTAVA MEDITACIÓN

MODESTIA DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN EN SU SANTA INFANCIA

Punto I-Excelencia de la modestia

La modestia es una virtud que regula y modera de tal manera las acciones exteriores del hombre que nada se ve en él que desedifique.

Es uno de los frutos del Espíritu Santo, según San Pablo (1) : De suerte que donde está la modestia, está el Espíritu Santo, y donde reina la inmodestia hay un espíritu opuesto al espíritu de Dios.

(1) Gal., V-23.

322 -

LA INFANCIA ADMIRABLE

La modestia es, según el mismo apóstol, una señal visible de predestinación. Es uno de los caracteres por los que son conocidos los elegidos, los santos y todos los amados de Dios, según estas palabras de] Espíritu Santo: «*Revestíos, como escogidos que sois de Dios, santos y amados, revestíos de entrañas de compasión, de benignidad, de humildad, de modestia, de paciencia*» (1).

Allá en los tiempos de la primitiva Iglesia, cuando la tierra estaba aún llena de infieles eran conocidos los cristianos por su modestia, que de tal manera edificaba a los paganos que muchos de ellos se convertían a la verdadera fe.

Que estas consideraciones impriman en tu espíritu y en tu corazón una alta estima y un amor singular a esta virtud juntamente con un ardiente deseo de buscar los medios de adquirirla.

Punto 2-Admirable modestia de Jesús durante su vida mortal.

Represéntate al Hijo de Dios tratando con los hombres en la tierra. Contempla la maravillosa modestia que resplandece en su semblante, en su mirar, en su andar, en su hablar, en sus gestos, vestidos y en todo su continente. Declaro un día la Virgen bienaventurada a Santa Brígida que estaba dotada de una hermosura, de una dulzura y de una modestia tan encantadoras que su aspecto daba consuelo y gozo no sólo a la gente de bien, sino también a los malos, y aún a sus enemigos, y que los judíos, cuando se encontraban en alguna tristeza o aflicción, se decían u

(1) Coloss., 111-12.

nos a otros: < «Vamos a ver al hijo de María, su vista nos consolará» (1).

Adora a tu Salvador en esta admirable modestia. Dale gracias por el honor que a su Padre tributó y por el ejemplo de esta virtud que nos legó a nosotros.

Entra en un gran deseo de practicarla a una con El y por su amor. Pídele para ello su santa gracia y la de destruir en ti todo sentimiento contrario.

Punto 3---Modestia angelical de la Virgen Santísima

Pon ante tus ojos la angelical modestia de la pequeña María. Después de la de Jesús, no hubo modestia semejante. De haber contemplado su actitud y su porte de haberla visto caminar u oído hablar, de presenciar sus gestos y su compostura exterior, de pies o sentada, trabajando, tomando su refacción o descansando, bien cuando conversaba con el prójimo, bien cuando oraba a Dios en el templo o en cualquier otra parte de mirar su semblante angelical, sus ojos de paloma, la sencillez de sus vestidos, que no tenían más color que el natural de la lana, y la santidad de todo su ser, hubierais dicho que era un ángel visible o la modestia misma encarnada (2).

La modestia de nuestra santa Niña procedía de tres causas: del pudor virginal que aparecía en su rostro y en todo su exterior. De que andaba siempre en la presencia de Dios, unida continuamente a El con el pensamiento y con el corazón;

(1) Revel., lib. 4, cap. 70.

(2) S. Epih. apud Niceph. Hist. lib. 2. cap. 28.

y de que el Espíritu Santo, que la llenaba y poseía completamente, imprimió en ella una imagen viva y perfecta de la adorable modestia de Aquél de quien debía ser Madre.

Da gracias a Dios porque tan provechosamente la adornó de esta santa virtud. Ofrécele todo el honor que Ella le dio con su excelente práctica, en reparación de las faltas que aquí hayas podido cometer. Escucha y graba en tu corazón estas palabras del Espíritu Santo, y toma la resolución de ponerlas en práctica. *Sea vuestra modestia patente a todos los hombres; porque el Señor, que os mira continuamente, está cerca» (1) .*

Haz un detenido examen sobre tu manera de conducirte en el andar, hablar, trabajar, en el comer y beber, en el tomar tu descanso, en el orar ante Dios'; examínate qué uso haces de tus ojos y demás sentidos exteriores, a fin de conocer las faltas contra la modestia cometidas, y pedir a la vez perdón a Dios de ellas.

Toma la resolución de enmendarte y pide a la bienaventurada Virgen que te obtenga esta gracia y la de imprimir en tu corazón una imagen de su santa modestia para gloria y alabanza de su divino Hijo.

Jaculatoria: Modestia vestía nota si omnibus hominibus - sea nuestra modestia patente a todos los hombres.

(1) Philip., IV-5.

NOVENA MEDITACIÓN

VIRGINIDAD DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN
EN SU SANTA INFANCIA

Punto 1-Aprecio de María por la Virginidad

-Considera cómo María es la primera que hizo voto de virginidad por lo que es llamada por San Buenaventura: «*la primera Virgen*», y «*la Virgen del nuevo voto*» (1). Según algunos muy señalados autores, María hizo este voto desde el momento de la Concepción Inmaculada. «Esta santa Virgen, dice Alberto el Grande, libró a la virginidad de la maldición y servidumbre de la ley antigua; consagrándola en sí misma, la volvió tan honorable y gloriosa como desechada e ignominiosa había sido. Ella fue la que de esta manera puso a las vírgenes bajo su poder y autoridad, siendo llamada desde entonces con todo derecho la Reina de las vírgenes.

De aquí proceden muchos bellos elogios que de su virginidad hacen los santos Padres. Es llamada por Santiago en su Liturgia «*virgen del todo inmaculada y santísima*» (2) ; por San Gregorio Taumaturgo «*la sola Virgen, santa de cuerpo y de espíritu*» (3) ; por San Juan Damasceno «*el tesoro de la virginidad*» (4) y «*la defensora y amadora de las vírgenes*» (5) ; por San Ildefonso «*la eternidad de la virginidad*» (6), en

(1) In Psalt. min. (2) Liturg. S. Jac, (3) Homil. 1 de Annunt. (4) 1 de Nativ. (5) Orat. de Dormit. V. (6) Lib. de Virginit., cap. 10.

326 -

LA INFANCIA ADMIRABLE

el sentido de que la tuvo, amó y conservó siempre, a pesar de que habla de ser y fue madre. Por esto, no hay que extrañarse de que ella misma asegurara a Santo Tomás, arzobispo de Cantorbery que por sola su virginidad, sin hablar de las demás virtudes que practicó, dióle Dios una corona más rica y gloriosa que todas las coronas de todos los santos que están en la gloria.

Siendo esto así, puedes deducir la relevante pureza de esta incomparable Virgen, en cuya comparación toda otra pureza es como si no existiera. Copia en tí el amor extraordinario de esta santa Niña a la virtud angélica, y suplícale te conceda un instintivo horror al vicio contrario.

Punto 2 Excepcional pureza de la Virgen Madre

Como acabamos de indicar, quien dice virginidad, dice pureza; y quien dice cosa pura, como oro puro, vino puro, dice una cosa no mezclada con otras, sino que pura o exclusivamente posee toda la perfección de su naturaleza, sin que en nada absolutamente se desdore o disminuya con la mezcla de cualquier otra cosa menos noble o excelente.

Considera cómo el corazón de nuestra santa Niña no sólo no contrajo jamás mancha alguna, sino que se mantuvo siempre sin el menor afecto desarreglado a cosa alguna creada; estuvo siempre tan estrecha., única y puramente unida a Dios, como si no hubiera en el mundo más que Dios y Ella. Cumpliéronse a la perfección en nuestra amada Niña aquellas palabras de los salmos: «*Haz que mi corazón se conserve puro en tus divinas justificaciones*» (1) o santificaciones, es decir,

(1) Ps. CXVIII-80.

por la unión o adherencia que quiero que tenga a vuestras divinas voluntades que justifican, que santifican y hasta deifican a todo corazón que perfectamente las ame y las siga.

Por este medio, el corazón santísimo de la Reina de todos los santos ha sido siempre inmaculado, conservándose en una pureza y santidad tan eminente que mereció, dice San Anselmo, la reparación del mundo. He aquí las palabras de este santo Padre: *«La purísima santidad y la santísima pureza del purísimo corazón de María superan incomparablemente a todas las puridades y santidades de todas las criaturas; ha merecido, por esta admirable pureza de su corazón virginal, ser la dignísima reparadora del mundo que se encontraba sumergido en el más profundo abismo de perdición»* (1).

Trabaja por purificar y santificar tu corazón. ¿Dirás acaso que esto es exclusivo de las almas que están retiradas en los monasterios? Basta que estés bautizado para creerte obligado a ello. Oye las palabras de San Pablo: *Nos escogió antes de la creación del mundo, para ser santos y sin mancha en su presencia»* (2).

Exáminate, piensa lo que debes hacer en adelante.

Punto 3-Los sacramentos y en especial la eucaristía exigen del cristiano pureza perfecta

Considera cómo has de ser puro y santo, por la especial razón de los santos sacramentos que recibes, sobre todo el de la comunión, ¿Quién ha de ser más puro y santo, de cuerpo y de espíritu,

(1) De excell. B. Virg. cap. 9. (2) Ephes., 1-4.

sino el que a diario recibe en su cuerpo, en su corazón y en su alma el sacratísimo cuerpo el purísimo corazón, la santísima alma y la preciosísima sangre del Hijo de Dios, con toda la plenitud de su divinidad? ¿No está aquí el manantial inexhausto de toda pureza y santidad? Extraordinaria debiera ser la pureza y santidad de esos ojos que a diario contemplan la Hostia Inmaculada y presencian el tremendo misterio de la consagración, de esa boca y de esa lengua teñidas con la sangre preciosa del Cordero Inmaculado. Oh cristiano, quien quiera que seas, si comulgas, estás obligado a una gran pureza y santidad. Tu vida y tus costumbres deben ser santas. Santo debes ser en tu interior y en tu exterior, en tus pensamientos, en tus palabras, en tus acciones, en tu conversación con el prójimo. en todo y por todo.

¡Oh santa Niña, dirigid una mirada a este hijo vuestro, frágil, y miserable! Obtene de vuestro santísimo Hijo la divina gracia que torna posible y fácil lo que a la humana flaqueza es imposible. Convencido estoy, oh Madre, de que con esta divina gracia es mucho más fácil ser puro e imitaros, que seguir la corrupción del mundo y las sugerencias del demonio. Hacedme participante de la divina virtud con que Dios fortificó vuestro santo y virginal corazón. ¡Oh gran Princesa!, dadme fuerza y virtud contra toda clase de enemigos; emplead vuestro poder en destruir en mí todo aquello que desagrade a vuestro divino Hijo, y que de una vez para siempre se establezca en mi corazón el reino de su gloria y de su amor.

Jaculatoria: Elegit nos ut essemus sancti et immaculati - Nos escogió para ser santos y sin mancha en su presencia.

ORACIÓN DE LAS NIÑAS

a la admirable niña María, para ofrecerse y consagrarse a su santa infancia.

Santísima y amabilísima Niña, heme aquí a vuestros pies con alma y corazón, con todo el respeto y la humildad que me es Posible y uniéndome a todo el amor y a toda la devoción de todos los corazones que os reverencian y aman, os saludo y glorifico, como me es posible, en el estado de vuestra santa infancia.

Oh admirable Niña, hija unigénita del Padre eterno, Madre del Hijo de Dios, Esposa del Espíritu Santo, en unión del amor infinito con que el Padre os escogió, desde el primer momento de vuestra vida, por Hija suya, el Hijo por su Madre, y el Espíritu Santo por su Esposa. Yo N. N. os escojo hoy por mi soberana Señora y Patrona, por mi honorabilísima Madre y por Reina de mi corazón; y en unión del amor incomprensible con que el Verbo eterno se dio a Vos para ser vuestro Hijo, y se dio aún desde el primer momento de vuestra vida para ser el Hijo de vuestro corazón, puesto que desde entonces le formasteis e hicisteis nacer en vuestro corazón infantil; en unión, digo, de este mismo amor, os ofrezco, os entrego y consagro el estado de mi infancia y de toda mi vida, a gloria y alabanza de vuestra santa infancia protestando que quiero que todo mi ser, mi cuerpo, mi corazón mi alma, todos mis pensamientos, palabras y obras, todas las dependencias y pertenencias de mi vida. sean entera e irrevocablemente dedicadas y consagradas a la alabanza de vuestra gloriosa infancia.

LA INFANCIA ADMIRABLE

¡Oh Niña incomparable!, emplead todo el poder que Dios os ha dado para tomar una entera y perfecta posesión de todo lo que hay en mí, y para disponer absolutamente de ello, de la manera más grata a vuestro Hijo. Destruid totalmente en mí cuanto os desagrade, e imprimid en mi interior y en mi exterior una viva imagen de la inocencia, de la sencillez, de la obediencia, de la paciencia, de la humildad, de la caridad, del menosprecio del mundo, del desprendimiento de todas las criaturas, de la pureza, del silencio, de la dulzura, de la modestia y de todas las demás virtudes de vuestra bienaventurada infancia; y todo ello. únicamente para la gloria de vuestro amado Hijo, a fin de que sea del número de los hijos de su Corazón y del vuestro, en el tiempo y en la eternidad.

Bienaventurado San Gabriel, bienaventurado San Joaquín, bienaventurada Santa Ana; ángeles y santos todos, ayudadme con vuestras santas oraciones a conseguir de mi divina Madre el efecto de mi petición, a fin de que sea digna de alabar, amar y glorificar con Ella y con Vosotros a la Santísima Trinidad por los siglos de los siglos. As! sea.

(Será muy bueno renovar esta consagración todos los años el día de la Presentación o el día ocho de cada mes, dedicado especialmente a honrar la divina infancia de la sacratísima Madre de Dios).

Í N D I C E

Prólogo						...		7
A San Joaquín y a Santa Ana				1 3				
A todas las Religiosas de Enseñanza					1 5			
CAPITULO 1 - Razones del título de este libro 21								
CAPITULO 2 - Que todos los cristianos están								
obligados a tener una devoción a								
todos los estados y misterios de								
la vida de la sacratísima Virgen 27								
CAPITULO 3 - Designios de la bondad incom								
parable del Hijo de Dios para con								
nosotros en la santa Infancia de								
su bienaventurada Madre si								
CAPITULO 4 - Predestinación eterna de María 35								
CAPITULO 5 - Promesas que Dios nos ha hecho								
de darnos a María 4 1								
CAPITULO 6 -Figuras e imágenes de esta divina Niña antes de que existiese								
el mundo 4 9								
CAPITULO 7 - Concepción Inmaculada de María 5 7								
CAPITULO 8 - Privilegio maravilloso de la Concepción 6 3								
CAPITULO 9 - Nacimiento de María 69								
CAPITULO 10 - Nace María de un padre y una								
madre santísimos 7 7								
CAPITULO 11 - María fruto milagroso de las o--raciones, lágrimas y buenas								
obras de San Joaquín y de Santa Ana 8 3								
CAPITULO 12 - El nacimiento de María revelado a San Joaquín y a Santa Ana 8 9								
CAPITULO 13 - Gozo extraordinario de que se vio lleno el mundo en el nacimiento de María 9 5								
CAPITULO 14 - Comentario de la Liturgia de la Iglesia en el nacimiento de María 103								
CAPITULO 15 - Sigue el comentario de la Epís								
tola 1 13								
CAPITULO 16 - Continúa el comentario de la Liturgia de la Iglesia. El capítulo XXIV del libro sagrado								
del Eclesiástico 1 23								
CAPITULO 17 - Nobilísimo origen y estirpe mal								
de María 1 85								
CAPITULO 18 - El Santo nombre de María ... 143								
CAPITULO 19 - Otras interpretaciones del santo nombre de María 151								
CAPITULO 20 - El santo nombre de María es el tesoro y el amor del Padre E								
terno 1 61								
CAPITULO 21 - El santo nombre de María es el tesoro y el oráculo de la Iglesia 167								

CAPITULO 22 - Perfección y hermosura incomparables del cuerpo virginal de María	175
CAPITULO 23 - Perfección admirable del alma santa de María	185
CAPITULO 24 - Luz y ciencia de María	189
CAPITULO 25 - Gracia prodigiosa de que estuvo adornada la santa Infancia de la bienaventurada Virgen	197
CAPITULO 26 - Santidad y perfección maravillosas de esta santa Infancia ...	203
CAPITULO 27 - Vida y ocupaciones de María en los tres años que estuvo en casa de sus padres	211
CAPITULO 28 -Sale María de la casa paterna y va a presentarse a Dios en el templo de Jerusalén	219
CAPITULO 29 - Presentación de María a Dios en el templo de Jerusalén	229
CAPITULO 30 - Estancia de María en el templo de Jerusalén	239
CAPITULO 31 - Ocupaciones y ejercicios de Ma ría en el templo	247
CAPITULO 32 -Exhortación a las jóvenes y mujeres cristianas para impulsar las a imitar a la Niña María en el santo uso del tiempo	255
CAPITULO 33 Para los que hacen profesión de devoción	263
CAPITULO 34 Para las religiosas	271
CAPITULO 35 Excelencia maravillosa de las virtudes de la Niña María	275
CAPÍTULO 36 Las virtudes de la Santa Infancia de María, modelo y regla de las virtudes que todos los fieles deben practicar	283
CAPITULO 37 - Meditaciones sobre la Santa Infancia de la bienaventurada Vir gen	293
PRIMERA MEDITACIÓN- Para la fiesta del santísimo nombre de María ...	293
SEGUNDA MEDITACIÓN- Excelencia de la santa Infancia de María	297
TERCERA MEDITACIÓN- Inocencia de María durante su santa Infancia	300
CUARTA MEDITACIÓN- Humildad de la bienaventurada Virgen en su Santa Infancia	305
QUINTA MEDITACIÓN- Obediencia de la bienaventurada Virgen en su santa Infancia	309
SEXTA MEDITACIÓN- Caridad y dulzura de la bienaventurada Virgen en su santa Infancia	313
SEPTIMA MEDITACIÓN- Silencio de la bienaventurada Virgen en su santa Infancia	317
OCTAVA MEDITACIÓN- Modestia de la bienaventurada Virgen en su santa Infancia	321
NOVENA MEDITACIÓN- Virginidad de la bienaventurada Virgen en su santa Infancia	325
ORACIÓN DE LAS NIÑAS	329

ESTE LIBRO SE ACABO DE IMPRIMIR EL 15 DE MARZO. DE 1957. EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL
«SAN JUAN

EUDES, USAQUEN-BOGOTA. D.E., COLOMBIA.

